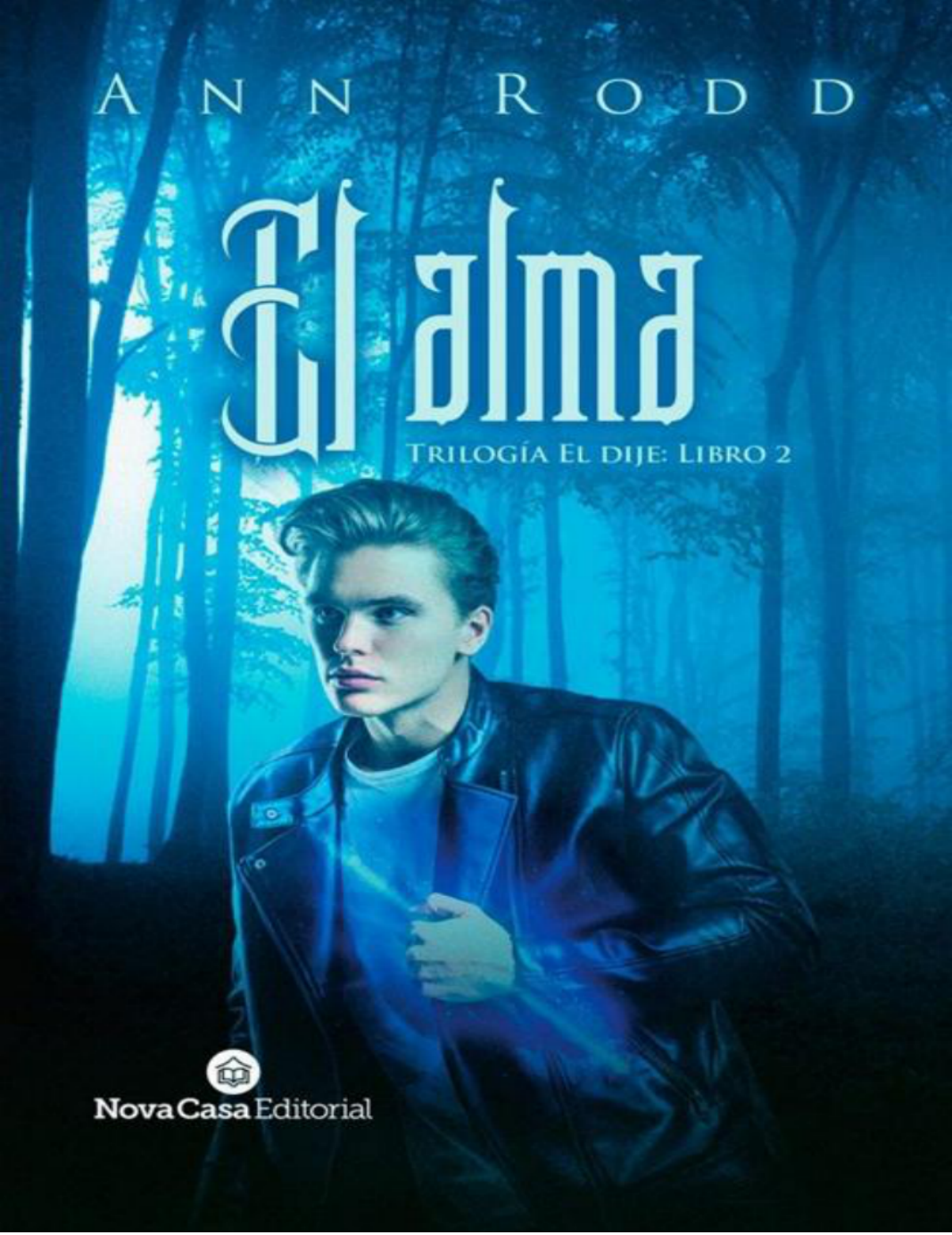
ANN RODD

El alma

Trilogía El dije: Libro 2



Nova Casa Editorial

Publicado por:

NovaCasa Editorial
www.novacasaeditorial.com
info@novacasaeditorial.com

© 2018, **Andrea Rodríguez Salas**
© 2018, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor
Joan Adell i Lavé

Coordinación
Daniel García P.

Portada
Vasco Lopes

Maquetación
María Alejandra Domínguez

Revisión
Nathalia Tórtora

Primera edición: septiembre de 2018
ISBN: 978-84-17589-31-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

Ann Rodd

El alma

Trilogía El Dije: Libro 2

Nova Casa Editorial

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Para mis abuelos:
Elsa, Lucho, Juana y Antonio.

«Ubi concordia, ibi victoria»
«Donde está la unidad,
está la victoria».

Publilio Siro

«Ut desint vires, tamen est laudanda voluntas»
«Aunque el poder es deficiente,
la voluntad es encomiable».

Ovidio

«Vive, y cumple con tu deber.
Muere, por quienes amas
y por quienes merecen seguir coexistiendo
con este hermoso planeta.

Muere para salvarlo,

porque él va a destruirlo
si el dije queda en sus manos.»

Capítulo 1

Zoey estaba acostumbrada a que la gente señalara su cabello. Cuando la humedad era insoportable, no había peine que lo dominara. Por fortuna, más allá de las habladurías, a ella tan solo le importaba su propia opinión: ya sabía que era horrible.

Correteó por los pasillos, rumbo al aula de Química, mientras renegaba mentalmente con Jessica por no haberla despertado antes de marcharse. Se ajustó la mochila al hombro y apresuró el paso. En el fondo, muy en el fondo, sabía que no era culpa de su amiga, sino suya. Pero a veces era más fácil pasarle la carga a alguien más.

Después de regresar de la casa de la abuela de Zackary Collins, se quedó despierta hasta la madrugada, incapaz de dormir. Había obtenido información valiosa que ahora estaba guardada en una carpeta debajo del colchón de su cama.

—Te juro que intenté despertarte —dijo el conejo blanco de peluche[1], que asomaba la cabeza por una abertura de su mochila.

Cualquiera se hubiera aterrorizado ante la situación, pero Zoey estaba acostumbrada a que Zack tomara aquella forma para que no lo vieran.

—Ni siquiera te sentí —admitió ella, con los labios fruncidos mientras saltaba los últimos escalones para llegar al primer piso.

—Estabas cansada. ¿Qué esperabas?

El conejo escondió la cabeza justo a tiempo, cuando un grupo de estudiantes de octavo grado salía del aula de Música justo frente a ellos, a pocos pasos de la escalera. Zoey no quería ni imaginarse lo que habría pasado si los alumnos hubieran visto la escena. Recordaba que, la primera vez que ella se topó con el chico en forma de conejo, estuvo a punto de vomitar y de desmayarse al mismo tiempo, porque no se supone que los animales de felpa puedan hablar o moverse. Además, Zack debería estar muerto y esa era la razón principal para

esconderse tras la imagen de un conejito blanco.

Y lo estaba, realmente estaba muerto, solo que por culpa del collar que colgaba ahora del cuello de Zoey, él había vuelto del otro lado para cuidarla; era como una misión por cumplir antes de llegar al cielo: Zack tenía que proteger a la nueva portadora del dije de quienes deseaban matarla para apoderarse del objeto. Estarían unidos hasta que ella falleciera.

Zoey alcanzó el aula a tiempo, apenas unos segundos antes de que la profesora cerrara la puerta en su cara.

—Buenos días, Scott —saludó la docente con una sonrisa.

La joven supo enseguida que se trataba de una indirecta por llegar tarde. Cabizbaja, fue derecho a su lugar en el fondo, contra la ventana, junto a Jessica.

—Voy a matarte —le espetó a su amiga—, deberías haberme despertado.

Jess frunció los labios.

—Lo intenté, pero no funcionó.

—Tendrías que haberme golpeando con el palo de hockey, o con cualquier otra cosa —contestó Zoey, antes de que la profesora comenzara a hablar sobre el tema del día.

Ella no era muy buena en Matemáticas ni en ninguna materia que llevara números, por lo que Química era un verdadero karma; prestar atención era de suma importancia si es que no quería reprobar. En el trimestre anterior había sacado buenas notas gracias a Zackary, su profesor particular del más allá, y esperaba que él la ayudara también durante los meses siguientes.

Pero si bien la escuela era importante, Zoey tenía otros asuntos con mayor grado de prioridad de los que preocuparse. Ya lo había discutido con Zack la noche anterior, cuando se sentaron a conversar en la azotea del instituto al regresar de la casa de la abuela Collins. Ahora, su mente se dividía entre la clase y lo que recordaba de la madrugada.

—Es un algoritmo que opera sobre las letras de forma individual —había dicho Zack mientras blandía las hojas del código de cifrado ante los ojos azules de Zoey—. ¡Tal y como lo habíamos pensado!

—Claro, el problema era que no teníamos el código correcto —había concluido ella.

—Y resulta que es más simple de lo que imaginábamos.

—A mí me parece que es bastante rebuscado —contradijo la chica.

—Creo que tenemos tiempo para descifrarlo por completo.

—¿También tenemos tiempo para todo lo demás? —inquirió ella entre bostezos—. Recuerda que los exámenes comenzarán pronto —

murmuró—. Me gustaría mantener mis buenas notas, si es que estás dispuesto a ayudarme una vez más.

Él asintió.

—Por supuesto que sí, boba. Ya verás cómo nos organizamos con todo. Por el momento, lo más importante es descifrar el libro para esclarecer el asunto del dije. Averiguar qué sucede con los otros templos, qué son o para qué eran, no tanto. No pienso abrir el túnel para comprobar si de esa forma se desbloquea una puerta espiritual al colegio o no.

Ella se acurrucó.

—Pues, tu abuela tiene razón en algo: antes, el túnel estaba cerrado y Jude pudo asesinarte de todas formas.

Zack suspiró.

—Lo he pensado. Jude no estaba ahí cuando morí, aunque sí estaba el hechizo que me empujó a la muerte.

—Pero él entró.

—En realidad —el chico se pasó una mano por el cabello—, puede que él no haya entrado. ¿Y si encontró una forma de implantar su magia en el sótano sin necesidad de ingresar?

Eso es lo único que tenían: conjeturas incompletas.

En medio de su clase, Zoey solo podía continuar con sus deducciones. Le irritaba pensar que nunca obtenían información específica en las historias que giraban alrededor del dije.

El código era una nueva esperanza. La chica confiaba en que, lo que fuese que dijera el cuaderno de la logia, podría ayudarlos a entender el objeto y que, quizás, hubiera alguna cura para la maldición que suponía ser su portador. Si existía una manera para quitarse el collar sin perder la vida, ellos tenían que encontrarla cuanto antes.

La clase de Química finalizó sin que Zoey entendiera siquiera un poco. Enseguida supo que lo mismo ocurriría con las siguientes materias. No podría concentrarse hasta desayunar. Necesitaba café y se encargó de conseguirlo antes del siguiente período, junto con pequeño sándwich que comería de camino a la próxima aula.

Jessica intentó mantenerla atenta con pellizcos regulares en el brazo durante toda la mañana, pero fue recién a la hora del almuerzo que Zoey pudo despejarse un poco.

Después de que las clases del día llegaran a su fin, la chica tuvo tiempo de recostarse y descansar la cabeza. Todo mejoró pronto. Se despertó un par de horas más tarde, ansiosa por empezar con las tareas cometidas; aprovechó el horario para ir con Zack a la biblioteca donde creía que nadie los molestaría.

Con todo listo para comenzar, ambos se pusieron a trabajar, pero, a pesar de la emoción, tardaron alrededor de una hora y media en obtener los primeros resultados.

—R… A… Aquí va una C…

—Raciocinio, ra-cio-ci-nio —repitió Zack en voz alta—. Hasta ahora tiene sentido.

Sosteniendo la hoja en alto, Zoey releyó la primera oración traducida.

—*«Es el primer objeto inanimado que tiene un verdadero raciocinio».*

—Chocolate por la noticia[2] —bufó el conejo mientras caminaba por encima de los libros de la biblioteca que la encargada todavía no había ordenado.

—Ya, es solo el principio.

—Creo que es una introducción. Tú simplemente adelanta hojas —conjeturó él, apurado.

Zoey negó y, con cuidado, continuó por la siguiente oración. El proceso le resultaba lento, en especial porque no estaba familiarizada con el código de traducción de ese extraño idioma. Supuso que mientras más se entretuviera con ello, más rápido terminaría de hacerlo.

Sin embargo, no era tan fácil y lo descubrió con el paso de las horas. A cada rato, tenía que volver a chequear las mismas palabras, las mismas letras, regresar para intentar comprender por qué tal código significaba una «A» y tal otro una «Á».

La cabeza le daba tumbos, incluso cuando se turnaron para realizar la tarea en las noches y Zack aprovechaba sus horas de sueño para seguir. Después de dos largos días de traducción de la primera página, descubrieron que, como habían predicho, el libro era más bien un diario

—*«Ninguno de nosotros sabe de dónde obtuvo su poder, qué es, cómo se creó, incluso si lo creó Dios o si se creó a sí mismo. A sabiendas de cuán peligrosa es su tenencia y del porqué muchos se enfrentan por obtenerlo, nos comprometimos a su cuidado y ocultamiento. Elegimos a un portador, a un desinteresado portador al que intentamos proteger de los externos a nosotros. Pero incluso los internos han demostrado ser corruptos en alma»* —leyó Zoey, ya cansada de una larga tarde de trabajo, sentada en la biblioteca tal y como el día que iniciaron.

—Se refiere a que miembros de la misma logia han querido el dije para sí mismos.

—*«Por eso, mantuvimos en secreto esta vez a quién hemos elegido. Solo tres personas sabemos quién tiene el dije y hemos jurado con nuestra sangre guardar el secreto. Las amenazas son constantes. A veces, el portador no puede confiar en nadie, ni siquiera en mí».*

—Entonces, hubo dos portadores. El primero fue traicionado —concluyó Zack—. Sigue.

—*«Como organización, es vital no pretender poseer la magia del objeto. El portador tiene pleno conocimiento de nuestras políticas y compromete su vida a eso. No por el riesgo a morir asesinado, sino por el riesgo que presupone utilizar el dije contra su voluntad. La carne humana no está hecha para manejar tal poder espiritual. El dije es un objeto que no pertenece a este mundo y algunos de nosotros lo hemos comprobado de la peor forma posible, movidos por la avaricia».* —Zoey suspiró, dejó la hoja, cerró el libro y apoyó la cabeza en la mesa.

—Genial, una hoja llena de charlatanería. Perdimos el tiempo en esta parte.

—¡No podemos omitir nada! —insistió ella—. ¿Qué tal si nos perdemos algo importante?

Zack bajó las orejas.

—De acuerdo, de acuerdo. Yo traduciré la página siguiente esta noche, creo que ya le agarré la mano.

Salieron de la biblioteca justo a tiempo para la cena. Encontraron a Jessica a medio camino, se veía bastante emocionada, casi que parecía estar a punto de brincar.

—¡Adivina qué! —le gritó a Zoey en la cara, antes de que pudieran entrar al comedor.

—Eh, ¿qué?

—Habrá una súper fiesta en el aula magna. Los de tercero pidieron permiso para hacerlo. Si bien algunos han objetado porque la muerte de Zack y la desaparición de Adam todavía son recientes, los chicos convencieron a la directora diciéndole que habíamos pasado por demasiados asuntos complicados y que necesitábamos ser felices por un rato, y que merecemos al menos una noche para relajarnos.

—¿Una fiesta? —terció Zoey, no muy segura—. No me parece.

—Incluso decidieron hacer un homenaje a Zackary, puesto que se acerca la fecha de lo que hubiera sido su cumpleaños número dieciocho.

Zoey dejó caer la mandíbula. ¡Cuánta razón tenía su amiga! Recién empezaba septiembre, y con él se acercaban la primavera y las alergias, pero con todo lo que había pasado en los últimos tiempos, se había olvidado que el cumpleaños de Zack estaba también muy cerca.

—No puede ser —se quejó.

Su amor muerto cumpliría dieciocho años en veintiún días. ¿Qué se suponía que debía regalarle? Por supuesto que él se merecía un obsequio. Había fallecido, pero aún estaba allí y eso era motivo suficiente para seguir festejándole la fecha.

—¡Sí! La fiesta la harán el viernes previo. ¡Y el código de vestimenta será formal! Ya sabes, vestidos, tacones…

—Oh, no. —Ante eso, no pudo evitar bajar la cabeza. No es que no le gustara usar vestidos, pero lo cierto era que no tenía ni uno. Eran caros y, como todos en su pueblo, su familia ni realizaba ni asistía a fiestas de grandes dimensiones, nunca se había dado el gusto.

—No te preocupes, tenemos tiempo de comprarlos por internet. Y en el peor de los casos, ¡conseguiremos faldas!

—¿Estás loca, Jess? No tengo dinero para gastar en algo así. Además, ¿cuál sería el objetivo de ir, si fuera?

Jessica puso los ojos en blanco.

—¿Objetivo? ¿Capturar a algún chico lindo? Hay más de cien chicos que todavía no conocemos bien. —En la mochila azul de Zoey, Zack rechinó los dientes—. ¿Y cómo que «si fueras»?

—No estoy interesada en chicos. —Zoey suspiró y su amiga puso cara de horror.

—No hablarás en serio.

—No me refiero a que soy lesbiana —aclaró ella, ante el tono indignado de Jessica—. Igual, si lo fuera, ¿qué?

—No estoy diciendo eso, ya sé que no. Y no tendría problemas —aclaró—. A lo que me refiero es a que ya sé que Zack era el amor de tu vida, Zo, pero no puedes pasarte la vida lamentando su muerte. Mereces buscar alguien más en quien centrar tu obsesión platónica. Alguien que, además, te corresponda.

—No necesito eso.

—Sí, sí lo necesitas. Ambas lo necesitamos. No digo que olvides a Zack, pero simplemente date la oportunidad de pasarla bien por un rato. —Jessica se estiró para acariciarle el brazo.

Zoey hizo una mueca llena de inseguridades, mitad conmovida por el cariño de su amiga y mitad contrariada por las razones que había detrás. ¿Cómo explicarle a Jess que ella solo quería a Zack, aunque todo estuviese en su contra? A ella, los chicos vivos le interesaban tan poco como las matemáticas.

—Oh, Zo…

—Da igual, Jess —cortó ella, no quería explayarse más. Lo cierto era que tenía muchas otras preocupaciones además de lo que sentía por Zack. No tenía tiempo para pensar en conquistar chicos—. No tengo dinero para malgastar en un vestido.

Jessica bufó, pero no dijo más nada, por suerte. Juntas, se dirigieron al comedor en silencio, donde ya la mayoría de los alumnos cenaban y conversaban sobre la fiesta. Los ánimos estaban por las nubes y Zoey comprendió que el alumnado necesitaba del evento.

—Estúpida fiesta. —Se quejó en voz baja mientras se sentaba a esperar a Jess, que había ido por la comida.

—¿Por qué? Será divertido —dijo Zack, sin salir de la mochila.

—No me interesa buscar chicos y, por como es Jess, temo que me obligue a hablar con alguno.

—Pero Jessica tiene razón en eso —murmuró él—. Deberías buscar a alguien…

—No —lo interrumpió Zoey con sequedad—. Creí que tú, más que nadie, lo entenderías.

—No voy a ofenderme si un chico te invita a salir y tú aceptas.

—No se trata de ti, se trata de mí.

Zack guardó silencio y al comprender que ella tenía razón. Él no era nadie para decidir sobre sus sentimientos. ¡Y por supuesto que esto no se trataba de él! Sino de lo que ella tenía ganas de hacer.

«Según propias palabras del portador, el dije puede tomarse como un ser intachable. El portador bromea, dice que siempre se comporta delante de los invitados. Pero el humor tan solo es signo de su cansancio.

El día de ayer tuvo que admitir que no se sentía bien, a pesar de que se encontraba en perfecta salud. Haciendo hincapié en lo sucedido la pasada semana, el actuar del portador se vuelve sospechoso. No creo que pretenda priorizar sus deseos por encima de los objetivos de la logia. Simplemente, su actuar es extraño.

La semana pasada fue el inicio de todo esto. Decir que fue inesperado es poco. Pasadas las tres de la tarde, el portador salió de su casa en total soledad (algo que normalmente no acostumbra) y caminó sin detenerse hacia el bosque norte. Ignoró a su prima, a quien cruzó en el camino, como si no la hubiese oído. Se detuvo solo cuando un miembro de la logia lo sacudió. Lo cierto es que parecía estar en trance y, al entrar en razón, solo se limitó a decir que quería ver los árboles.

No creo que los demás miembros, incluido el joven que despertó al portador de su trance, vean lo que yo; especialmente porque ellos no saben quién tiene el dije».

Zoey bostezó. En los últimos días habían traducido varias hojas del libro. Ahora algunos dibujos tenían más sentido. Uno de los primeros bocetos se correspondía con posiciones dentro de la logia, pero con nombres en clave como «Interno 1», «Interno 2», «Portador», etc. En los gráficos, el portador no estaba dentro del círculo, algo que los llevó a creer que no tenía una posición real dentro de la logia. Era una persona que utilizaban y nada más.

Pero, por lo demás, avanzaban con lentitud. Notaban que el escritor se esforzaba por comprender la naturaleza del objeto y, según todo lo que faltaba, era posible que hubiera descubierto muchísimo al respecto.

Zoey suspiró.

—Trance… —dijo en voz alta, y pasó las hojas hasta aquella que tenía escrito en un margen *«J.D. Clarence»* y *«Posesión»*—. Posesión…

¿Y si, en realidad, a lo que se refería eso era a que el dije podía controlar a las personas? Sí, ella lo sabía porque lo había experimentado. El objeto introducía sus propios deseos dentro de una persona, pero ¿era capaz de controlar a alguien por completo?

—¡Ya estoy aquí! —chilló Zack, abriendo la ventana de un golpe.

Zoey brincó en su asiento.

—¿Eres idiota? Jessica aún podría estar aquí.

—Pero no lo está, la fiesta ya comenzó.

—Apenas —contestó ella, volviendo su atención al libro.

Zack puso los ojos en blanco y entró al cuarto, acarreando dos grandes bolsas de compras.

—Ahora ven aquí.

Ella se giró a verlo.

—¿Qué es eso?

—Un regalo de mi parte —sonrió—. Estoy seguro de que te quedará genial.

Zoey parpadeó.

—¿Zack?

—¡Te he comprado un vestido in-cre-í-ble!

---

[1] **Peluche:** felpa. Muchas veces se llama así a los juguetes creados con dicho material.

[2] **Chocolate por la noticia:** frase común en Argentina que se usa como sarcasmo o ironía cuando se ha dicho algo demasiado obvio.

Capítulo 2

—No estarás hablando en serio.

Zack sonrió.

—Claro que sí. No te vas a perder esto.

—Pero, ¿cómo? ¿Cómo se te ocurre comprarme un…? —exclamó ella, dejando caer algunas hojas del escritorio—. ¿Con qué dinero?

—Robé tus ahorros —dijo él y, cuando Zoey se puso pálida a causa de la ira, se echó a reír—. ¡Claro que no, boba! Le pedí dinero a mi abuela.

Esta vez, la chica pegó un verdadero chillido.

—Tú, ¡¿qué?!

—Ya, no hagas un escándalo. —Zack suspiró—. Como se llevaron de la escuela todas mis cosas después de mi muerte, mis ahorros, que ya no me sirven, no están a mi alcance. Fui hasta lo de mi abuela para pedirle dinero prestado. Cuando le dije que era para ti se mostró encantada de colaborar.

—¿Gastaste el dinero de tu abuela en un vestido para mí? ¡Realmente te has vuelto loco!

—No. —Zack abrió una de las bolsas—. Esto te va a quedar genial.

Del paquete sacó una bella caja de color rosa anudada con una cinta. A pesar de su enojo, Zoey se inclinó hacia delante, llena de curiosidad.

Dentro había un vestido de *chiffon* color aguamarina. Cuando él lo estiró frente a ella, Zoey se sorprendió. Era incluso más hermoso de lo que había imaginado en un comienzo. Sin embargo, la emoción duró poco. Volvió a indignarse cuando se dio cuenta de un pequeño detalle:

—¿Cómo crees que me pondré eso? —chilló, señalándolo—. ¡No tiene tirantes!

—¡Lo sé! —contestó él, con sorna—. ¡Por Dios, Zoey! Que si no te lo pones tú, te lo pongo yo.

—Estás loco.

—Ni creas, ¡y mira esto! —Con cuidado, Zack dejó el vestido sobre la cama. De la misma bolsa, sacó una caja mucho más pequeña—. Un corpiño[3] para vestidos sin tirantes. Hará que se sostengan por sí mismas, ¿lo ves? —le mostró, poniéndoselo sobre el pecho para mostrar cómo funcionaba.

Zoey enrojeció. ¿Le había comprado un sostén también?

—Eres un monstruo —susurró ella, sonrojada—. ¿Te atreviste a comprarme ropa interior?

—Vamos, ver tu talle no es difícil. —Él se encogió de hombros—. La vendedora dijo que sujeta muy bien y que es como usar uno común.

—Bromeas —negó ella.

—¡Y aún no termino! —Zack abrió la siguiente bolsa, que contenía una caja de calzado.

—¡Oh, no! —exclamó Zoey, ya muerta de los nervios. Empezaba a sentirse mal—. ¿Zapatos?

—Por supuesto, y tengo muy buen gusto —se jactó Zackary al tiempo que le mostraba un par de bellos zapatos en color blanco perlado—. Combinan muy bien con este vestido.

—¡Zack! ¡Has gastado una fortuna! ¡Para una boba fiesta escolar! Pareceré una idiota. Nadie va a estar tan elegante.

—Es un baile, Zoey —respondió él, dejando los zapatos en el suelo —, puedes jugar a ser princesa por un día. Y conociendo a la organizadora de este evento, yo diría que sí van a estar todos muy elegantes. Sabes que Mariska puede arrojar dinero al techo y que su amiga Sara hará lo que sea para imitarla.

—La verdad es que no lo sabía —retrucó la muchacha, cruzándose de brazos. Hacía tiempo que no le prestaba atención a Mariska—. Pero… —Tragó saliva. No era que no quisiera ponerse esas cosas tan bonitas, la cuestión era que le daba pena—. Debió salir muy caro y no me parece justo gastar los…

—¡Da igual! —Zack la levantó de la silla, le puso el vestido en las manos y la empujó al baño—. ¡Y no olvides el «agarra bubis» nuevo! —Se lo lanzó, antes de cerrar la puerta.

Ella se quedó dura, parada junto a la puerta del baño con el vestido en las manos. Era muy bonito aunque también exagerado. Iba a desentonar. Pensó en quedarse allí, refugiada, pero Zack asomó la cabeza para amenazarla.

Entre suspiros, Zoey se quitó el pijama y el corpiño que traía puesto, para reemplazarlo por el *strapless*. Luego, se colocó el vestido. Estiró las manos hacia su espalda para subir el cierre[4] y, cuando se miró al espejo, pensó que ese atuendo era realmente revelador.

—¿Lista?

—Zack —susurró ella—. Aunque tenga un vestido, todavía estoy despeinada y no tengo puesto maquillaje. Se hará tarde.

Él abrió la puerta.

—Tonterías. Jessica se fue justo antes de que yo volviera, ¿no? La fiesta acaba de comenzar, aún tienes tiempo para peinar esos rizos y colocarte algo de labial y además… ¡Mierda! ¡Sabía que te verías sexy! —Zack abrió la boca y la miró, anonadado—. Oh, vamos, por favor, péinate ya y maquíllate un poco. Todos morirán por ti —la halagó.

Zoey frunció los labios.

—Me tardaré —insistió.

—Tienes quince minutos para hacerlo o te llevaré a rastras al salón estés como estés.

La dejó sola otra vez y, nerviosa, ella abrió las gavetas del mueble del baño donde guardaban el rizador y los maquillajes.

Tembló. Quince malditos minutos.

Tomó varios mechones de cabello hasta poder domar las partes más rebeldes. Soltó el rizador caliente y vació el cajón de sombras y labiales sobre la mesada.

¿Qué color podría usar para un vestido como ese? Rebuscó entre algunas cosas de Jessica hasta decidirse por algo simple: marrón y negro, eso resaltaría sus ojos. Luego de hacer malabares y de aplicarse un poco de brillo labial, salió del baño a las corridas y Zack se rio cuando aterrizó frente a la cama.

—Trece minutos —canturreó—. Ahora ponte los zapatos.

Se colocó los tacones, que eran más altos de lo que había usado jamás, y miró a Zack con disgusto para demostrarle qué tan incómoda se sentía.

—Me caeré con esto —dijo, preocupada—. Se reirán de mí.

—Procura no hacerlo —le advirtió él—. Por cierto, mi abuela te presta esto. Ella lo usó cuando tenía quince[5], en su fiesta de cumpleaños.

Le abrochó a la muñeca una linda pulsera[6] de plata y brillantes blancos.

—Vaya, me siento Cenicienta —murmuró Zoey con la mirada puesta en el maravilloso accesorio—. Es muy bonita, me da cosa

usarla.

—No es nada. —Zack se levantó—. Solo no la pierdas.

Conmovida por el gesto de la abuela Collins, Zoey sonrió. Se estiró para abrazar a su mejor amigo, aquel chico que estaba muerto y, aun así, hacía todo por ella.

—Gracias —dijo en su oído.

—De nada.

Zack tenía razón en que la fiesta recién había comenzado. Pocos bailaban, la mayoría solo comía y reía con sus amigos. Todos los estudiantes del secundario estaban allí, era una verdadera multitud, o al menos eso parecía en el mediano salón de la planta baja. No era un sitio muy grande, pero alcanzaba para hacer un baile escolar entre unos pocos cursos.

Muerta de vergüenza por cómo la miraron un par de alumnos más jóvenes, se movió entre los chicos en busca a Jessica, con cuidado de no pisar a nadie ni tropezar en el camino.

Vislumbró a Mariska Sullivan en un ceñido vestido rosa con una falda de tul. Se reía con sus amigas y posaba con sensualidad cada vez que un chico caminaba cerca de ella. A Zoey la actuación le pareció ridícula, pero ahogó su risa con un buen logrado disimulo.

—Ups —dijo un chico de tercero que chocó con ella. Zoey apenas si lo miró. ¿Davenson? Podía ser. Se había puesto un saco de vestir encima de una remera[7] estampada.

—No es nada —le respondió con una sonrisa, e intentó seguir avanzado.

—Oye —la llamó Davenson, pero Zoey acababa de ver a Jess, que tomaba un sándwich pequeño de la mesa al fondo del salón.

—¡Jess! —llamó a su amiga mientras agitaba una mano.

Jessica miró hacia todos lados en busca la voz de su compañera, hasta que al final centró sus ojos en la delgada rubia de largos rizos que llevaba un vestido que resaltaba entre el montón.

—¡Oh, por Dios! —Dejó caer su aperitivo—. ¿Zoey Corinne Scott? ¿Estás jugando conmigo?

Zoey se detuvo frente a ella.

—No, ¿por qué lo haría?

—¿Qué diablos traes puesto? ¿No se supone que no tenías nada que ponerte? ¡Oh, vamos! ¡Te ves increíble! ¿Por qué nunca te has vestido

de esta forma? Tienes la apariencia de una rubia hueca de revista.

Aquello la dejó dura.

—No estarás hablando en serio —dijo, Zoey, ofendida.

—No es para mal. —Jessica giró alrededor de ella—. Te ves muy bien, este color te favorece y también el vestido. Es lo más provocativo y tierno que alguna vez he visto.

Zoey suspiró, con las mejillas encendidas.

—Sí, es muy exagerado. ¿No brilla mucho?

—¡Pero te sienta bien, tonta! Con esto será difícil que algún chico no se te acerque. Me gustan los brillos.

—Vamos. —Ella se encogió de hombros—. Nuestros compañeros ya nos conocen de antes, ¿por qué se me acercarían justo ahora?

—Oh, no sé. —Jessica puso los ojos en blanco—. ¿Tal vez porque te ves sexy?

—No me veo sexy —replicó Zoey, indignada.

—Ahora, dime de dónde sacaste todo esto. Decías que no tenías dinero, ¡y mierda! ¡Esos zapatos son la gloria! —Jessica se agachó para ver mejor el regalo de Zack—. ¿Cómo te atreviste a ocultarlo de mí?

—Fue un regalo inesperado, Jess. Mi tía abuela me lo envió. Llegó justo después de que te fueras —mintió, no muy convencida. Cualquiera sabría que la tía abuela no gastaría en eso jamás. Y que el correo no llegaba a altas horas de la noche de un viernes.

Jessica no era estúpida.

—Zo…

Zoey, mordiéndose el labio inferior, dijo de nuevo lo primero que se le vino a la cabeza.

—¡De acuerdo! Me llegó hace tres días, lo oculté porque quería darte una sorpresa.

Jess arqueó una ceja, pero se relajó enseguida.

—Eres una muy buena actriz —terció—. ¡En serio pensé que te ibas a quedar a estudiar en el cuarto!

Zoey sonrió, aliviada, y se estiró para tomar algo de comer. Ahora que lo pensaba bien, tenía mucha hambre. Se encogió cuando alguien pasó cerca de ellas; el vestido no cubría demasiada piel y hasta la más suave brisa le hacía sentir frío. Lamentó no haber traído una chaqueta.

Un *hit* de la temporada comenzó a sonar y Jessica insistió en que bailaran. Sus demás compañeros también colmaron poco a poco la pista cuando las luces bajaron.

—¿Sabes? Creo que nunca me había fijado en lo lindo que puede

ser Alan —murmuró Jess, mirando hacia su costado.

Zoey, que procuraba no caerse, siguió la línea de su mirada.

—¿Alan? ¿Alan de primer año?

—El único Alan que hay en esta escuela —se rio Jessica, y ella frunció los labios.

—Pero es de primero —le recordó Zoey. Durante el año anterior varios chicos que ahora estaban en primer año habían invitado a salir a Jess, y ella los rechazó por ser demasiado pequeños. La ironía estuvo a punto de hacer que Zoey escupiera el sándwich que todavía masticaba.

—Solo es un año menor.

Dejó a Jessica parlotear mientras miraba a Alan desde la distancia. Sí, podía ser lindo, pero su expresión era tan dulce que se veía todavía más pequeño de lo que era. Sí que los gustos de su amiga eran raros: había pasado de la extraña belleza dura y fría de Adam a uno que parecía del kínder.

Bailaron un poco más y cuando James, un compañero de segundo año, se acercó amablemente a invitar a Jessica a bailar, Zoey se alejó para buscar un vaso con agua.

—¡Te ves bien, Zoey! —le dijo James con una sonrisa sincera antes de apartarse con Jess.

Encontrar un vaso limpio fue verdaderamente una batalla. Tuvo que inclinarse sobre la mesa para alcanzar unos que estaban apilados detrás de una bandeja de comida. Se sirvió un poco de gaseosa[8] de lima y bebió despacio para no atorarse con el gas.

Mariska se detuvo junto a ella en la mesa y la ignoró mientras alcanzaba un vaso. Zoey la miró de reojo.

—¿Nunca te has contactado con una agencia de modelaje? —le preguntó sin pensar.

Mariska se detuvo y giró la cabeza hacia ella.

—¿Me hablas a mí? —preguntó, sin sonar maleducada. Más bien, estaba bastante sorprendida de que interactuaran.

—Pues sí. —Zoey había dejado de preocuparse por ella hacía tiempo—. Me preguntaba si se te había ocurrido ser modelo.

La chica estrechó los ojos, bastante confundida por el tono amable que Zoey usaba con ella. Seguro que también se preguntaba dónde estaba el fantasma de Zack en ese momento.

—No me interesa el modelaje —respondió, sin más.

—Vaya, podrías hacerlo sin ningún problema.

—¿Por qué me halagas? ¿O esta es una forma de insultarme, tal

vez?

Zoey parpadeó y negó con suavidad.

—La verdad es que solo era una pregunta. Tal vez no me caigas muy bien, pero sería estúpida si no admitiera que ese vestido te queda genial.

Mariska se quedó callada por unos segundos.

—Claro —dijo al final—. También es lindo el tuyo. —Se alejó con indiferencia.

Con un encogimiento de hombros, Zoey se giró hacia la pista de baile. Jessica se reía con James, que de seguro hacía chistes estúpidos. Al verla tan feliz, pensó que ellos hacían una bonita pareja.

Observó cómo chico le tendía la mano a su amiga para llevarla al centro de la pista. ¿Podía ser que él hubiera estado esperando tener esa oportunidad por mucho tiempo? Si Jessica aceptaba algo más de él, seguro que el chico iba a soñar con matrimonios esa noche.

—¿Me pasas un vaso? —pidió un muchacho junto a ella. Zoey lo miró. Él podía alcanzar los vasos perfectamente, pero en ese momento no fue capaz de notarlo. Se estiró sobre la mesa para darle uno—. Gracias —dijo él, a quien ahora reconocía como Davenson otra vez.

—De nada. —Volvió a cruzarse de brazos y a fijarse en Jess y James.

—¿Tú eres Zoey Scott? —preguntó Davenson, a pesar de que la chica ni lo miraba. Zoey asintió, justo cuando James hacía girar a Jessica—. Te ves muy bien.

—Ah, gracias.

—Sabes quién soy, ¿no? —insistió él. Ella lo miró y trató de no mostrarse maleducada.

—En realidad no. Conozco tu cara, pero no tu nombre.

—Soy Rick Davenson —contestó, y ella sonrió al darse cuenta de que había tenido razón al adivinar el apellido del chico. Pero él pensó que le sonreía por otra cosa—. Entonces, ¿quieres bailar conmigo?

Aquella era una pregunta muy sencilla, pero Zoey sintió un repentino nudo en el estómago.

Negó y trató de sonreírle otra vez, a modo de disculpa.

—Lo siento, acabo de comer.

—Oh, vamos —se rio Rick—. ¿Cuánto podrías haber comido? —dijo, acercándose a ella y pellizcándole la cintura. Sobresaltada por ese gesto de extrema confianza, ella retrocedió dos pasos—. Si estás bien delgada.

—No hagas eso —le reprendió—. Ni siquiera te conozco bien como

para que…

Davenson alzó las manos en el aire.

—Oh, lo siento. No esperaba que te molestara —dijo con amabilidad—. Solo resaltaba que eres delgada.

—Está bien, pero no pongas tus manos en mí.

—¿Entonces eso significa que no bailarás conmigo? Prometo no tocarte.

—No, gracias —repitió ella, deseando cada vez más alejarse de Davenson.

Él puso mala cara y, a pesar de que Zoey creyó que se iba a marchar, el chico no se movió.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a quedarte aquí toda la noche? ¿O esperas que te invite alguien en especial? Si es eso, conmigo podrías causarle celos.

Ante la última táctica de Rick, Zoey puso los ojos en blanco.

—No hay aquí nadie que me interese —se limitó a responder.

Rick suspiró antes de alejarse de ella. Se sintió muy aliviada y no pudo evitar pensar que Zack estaba solo en su cuarto.

De seguro él anhelaba estar en esa fiesta como todos los demás. Se preguntó también cuántos de aquellos chicos en ese momento pensaban en él. Tal vez era la única. Todos se veían felices, divirtiéndose tanto como podían. Era difícil creer que alguno recordara a su compañero muerto como ella lo hacía.

Jessica no regresó al terminar la siguiente canción tampoco. Y a pesar de que se sentía algo sola y totalmente aburrida, Zoey no la culpó. Estaba contenta por ella, por verla disfrutar con alguien más.

Caminó por el borde del salón en busca de un lugar donde sentarse. El único que encontró estaba junto a un grupo de niñas de primero que parloteaban excesivamente alto. Entre lo que escuchó, la frase «Mariska se ve tan zorra» le provocó una risa, seguida de un instintivo sentimiento de culpabilidad. Ninguna de ellas conocía a Mariska de verdad. Ni siquiera ella misma lo hacía.

Se reclinó en la silla y cerró los ojos. Se prometió nunca volver a juzgarla, a menos que ella la tratarla mal, claro.

—¿Hola? ¿Quién es esta hermosa sirena que duerme sobre la costa?

Abrió los ojos de pronto, completamente sorprendida. Frente a ella, con un pantalón de vestir negro y una simple camisa blanca, estaba Zackary Collins. El muerto Zackary Collins.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? ¡Zack! —chilló, brincando de la silla.

Él se abalanzó sobre ella para taparle la boca con la mano.

—Si gritas mi nombre se darán cuenta de que soy yo —susurró—. Está oscuro, no hay de qué preocuparse.

Pasando una mano por su cintura, la llevó hacia la pista.

—*Hey*, aguarda un minuto —soltó ella.

Zack se detuvo, sujetó la mano de Zoey y, con un rápido movimiento, la pegó a su pecho. En lo que duró una fracción de segundo, ambos se miraron a los ojos.

—Tu príncipe ha llegado, Cenicienta —sonrió él.

---

[3] **Corpiño:** Término utilizado en Argentina para referirse a un sostén o brassier.
[4] **Cierre:** Término utilizado en reemplazo de "cremallera" en algunas zonas de Sudamérica.
[5] **Quince años:** En algunos países se celebra el quinceavo cumpleaños de las mujeres como ocasión especial con una gran fiesta.
[6] **Pulsera:** brazalete.
[7] **Remera:** Término utilizado en Argentina para hacer referencia a una camiseta.
[8] **Gaseosa:** Término utilizado en algunos países como sinónimo de "soda"

Capítulo 3

Tal vez debería haberle dado una explicación más exacta a Rick Davenson. El chico que a ella le interesaba estaba ahí, pero no entre los vivos. Miró a Zack y se reafirmó que estaba enamorada de él y que eso no iba a cambiar por más que lo intentara. ¿Cuándo iba a aceptarlo? Él ya no era su amor platónico, era su amor en todas las expresiones que podía utilizarse en ese mundo.

Y ahora también era su mejor amigo. Le resultaba imposible separar las dos cosas. En un comienzo ella había pensado en convertirse en solo su amiga, pero la vida le demostraba que eso no era posible. La relación entre ellos era apenas la punta del iceberg e iba de la mano de sus más profundos sentimientos.

—¿Sabes? —dijo Zack, sonriente—. Me puse un poco celoso cuando te vi salir así vestida a una fiesta llena de mortales hormonales, porque te veías muy linda y pensé que yo no podría bailar contigo y otros sí, que no tendría mi oportunidad como todos los demás.

Con eso, ella rio.

—No es para tanto —le dijo—. Sigo siendo yo.

—Pero te ves sexy —aclaró él, riendo también.

—Jessica dijo lo mismo, pero eso no cambia lo que soy. Estoy igual que siempre, Zack.

—Pero sí cambia lo que yo siento cuando te veo partir —le explicó el muchacho, bajando la cabeza—. Me gustaría poder participar de estas cosas contigo. Y si quieres insistir en lo de la ropa, ya que parece que te preocupa tanto, te diré que Jessica y yo estamos emocionados porque nunca te vimos con tanto brillo. Siempre estás un poco más relajada.

Ella frunció el ceño mientras él la hacía girar entre las personas que ni se percataban de la cara del chico.

—Oye, ¿estás diciendo que me visto simplona o qué?

Él negó.

—Te vistes normal. Por ejemplo, Mariska hace uso de su dinero para verse como estrella pop todos los días del año. Por eso tiene tanta atención de los muchachos. Tú no lo haces a menudo, y por eso es que hoy de seguro tienes a miles de personas muriendo por ti —aclaró, batiendo sus gruesas pestañas.

—¿Miles? —contestó ella, riendo sin control. Le dio unas palmadas en el brazo.

—Hablo en serio —dijo Zack, estrechando los ojos para acentuar su falta de humor al respecto.

Pero Zoey no podía evitar reírse de sus comparaciones. Para ella, nada había cambiado por usar tacones Acomodó mejor los brazos sobre los hombros de Zack y le devolvió la mirada. No seguían ningún ritmo en particular, se movían poco.

—Bien, de acuerdo —aceptó—. Me veo sexy según tú, Jessica y Davenson, lo que no es mucho. No son miles, ¿ves?

Zack se irguió de pronto.

—¿Davenson? —repitió.

—Me invitó a bailar y le dije que no.

Zackary frunció el ceño y miró a su alrededor, tal vez buscando a Rick, pero cuando Mariska enfiló hacia ellos, volvió a girar la cabeza.

Se movieron con disimulo hacia el otro lado, justo cuando la chica pasó por detrás de Zoey. Siguió su camino sin mirarlos y ambos se relajaron en cuanto comenzó otra canción de moda que llevó a la mayoría de nuevo a la pista de baile.

—¿No te molesta que estén haciendo una fiesta tan cercana a la fecha de tu cumpleaños? —le preguntó Zoey. Zack bajó la mirada, sonrió y negó—. Es pasado mañana, ¿sabes? Y lo irónico es que tú trajiste regalos para mí y yo pasé semanas pensando qué darte.

—No tienes que darme nada —le contestó él, estirando la mano para apretarle los cachetes—. Eres todo lo que tengo. Eso es bastante para mí. Y por lo otro… Es como si esta fuera mi fiesta de cumpleaños —reflexionó Zackary, mirando la bola de espejos—. Yo lo veo así. Apenas faltan dos días y es extraño pensar en el asunto porque en verdad no voy a crecer. Por más que mi cumpleaños llegue, nunca voy a tener dieciocho.

Zoey suspiró.

—Para mí sí.

—Para ti soy muchas cosas —rio él—. Tu amigo, tu no-novio, tu peluche, tu protector. Para ti estoy vivo —suspiró también, y Zoey

tuvo que bajar la cabeza para ocultar con sus rizos las mejillas rojas.

«Tu no-novio», se repitió. ¿Qué significaba eso?

—No es gracioso.

—No —admitió Zack, mientras tomaba su mano y la hacía girar—. La verdad es que no lo es. Pero si seguimos pensando en la tristeza, lloraríamos toda la vida.

Cuando volvió a quedar delante de él, Zoey frunció los labios.

—No me refiero a eso —dijo, tan bajo que creyó que él no la había escuchado.

—¿A qué entonces?

Zack la abrazó con sutileza, como si estuvieran bailando un tema lento. Obviamente, ella había olvidado que él podía oírla por encima de toda esa música con facilidad. Apoyó la cara en su pecho y pensó en lo que iba a decir.

—Que no es gracioso tener que luchar contra esto —dijo con suavidad. Zack se quedó callado y al final, ella siguió hablando—. Todo el tiempo lucho contra lo que dices que eres para mí: mi «no-novio», —repitió con una expresión de angustia.

Él deslizó las manos por su espalda, pensativo.

—No eres la única que lucha contra eso. A veces pienso que es tu culpa —dijo, y la sostuvo pegada a él cuando Zoey quiso protestar por lo último—. Tal vez si tú creyeras que estoy muerto de verdad y no me quisieras, yo no tendría que lidiar con lo que siento cada vez que te tengo así. —Bajó el tono de su voz—. Entendería a la muerte como debe ser. Entonces, comienzo a pensar que la culpa es mía y de nadie más.

Guardaron silencio mientras la música cambiaba. Fue casi irónico cuando una melodía lenta y dulce llenó el ambiente. Los que tenían pareja se pusieron románticos, y los que estaban solos, a tontear.

Pero Zack y Zoey se quedaron congelados. No supieron qué hacer durante los primeros compases, hasta que él tomó la determinación de bailar como correspondía. Alejó a la chica unos centímetros de él, puso ambas manos en su cintura y la incitó a colocar los brazos alrededor de su cuello.

Zoey evitó mirarlo, avergonzada.

—¿Alguna vez… —Zack se inclinó un poco hacia ella— soñaste con bailar algo así conmigo?

No había rastro de burla en su pregunta, así que ella se animó a mirarlo. Zack tenía sus ojos grises clavados en los de ella, esperando ansioso por una respuesta.

—Creo que sí. Creo que sí lo soñé.

—¿Me creerías si te dijera que yo también lo he soñado? En todo este tiempo que he pasado contigo, he soñado con compartir muchas cosas así.

Se miraron a los ojos, presos de aquello que había en sus corazones, un sentimiento tan fuerte que no distinguía entre vida o muerte, entre carne o espíritu. Rozaron sus labios, con el pensamiento concreto de que ya no valía la pena seguir negándolo: no tenía sentido. Sus existencias ya eran lo suficientemente extrañas como para huir de una de las pocas certezas.

—Creo que los dos tenemos la culpa —susurró Zoey.

Pusieron fin a la charla con un beso intenso, ignorando al resto del mundo. En ese instante, los dos estuvieron de acuerdo en que ninguna otra cosa valía la pena. El contacto de sus labios era suave y dulce, tibio y placentero como la mejor de las delicias. Y es que, cuando se ama a alguien de esa forma, hay pocas cosas que no saben a gloria.

De pronto la música se esfumó, las luces volvieron a subir y ambos se detuvieron, nerviosos.

—¡Hola! —dijo la voz de Mariska, amplificada por el micrófono—. Sé que todos la están pasando muy bien, espero que hayan disfrutado del tema lento —agregó con picardía. En medio de su confusión, Zoey miró a Zack. ¿El lento había terminado? ¿Se habían besado sin parar todo ese tiempo? —. Pero a decir verdad, quiero hacer una pausa para decir algo importante. —Los chicos se agacharon un poco, ocultándose entre sus compañeros. Si alguien miraba demasiado a su alrededor, reconocería a Zack con facilidad—. Este domingo, Zackary Collins estaría cumpliendo dieciocho años, de estar con nosotros. Muchos lo conocieron, muchos quisieron conocerlo; y siendo esa una fecha importante para sus amigos, en especial para mí…

Dicho esto, Zoey rechinó los dientes, a pesar de todo lo que había dicho sobre no juzgarla.

—Voy a golpearla —gruñó—. ¿Por qué siempre se pone en el papel de víctima?

Zack se encogió de hombros.

—Tiene un complejo con la atención, ya te lo dije.

—… Quiero pedirles que guardemos un minuto de silencio en donde recordemos sus mejores momentos. Tengámoslo siempre presente en nuestros corazones —finalizó Mariska.

En ese instante Zoey tuvo que admitir que lo último lo había dicho con sinceridad. Mariska podía tener muchos defectos, pero había querido a Zack. Él sonrió y negó con la cabeza.

—Viniendo de ella, es algo tierno.

—Algo —concedió Zoey.

Todos se quedaron en silencio, pero los que menos habían conocido a Zack susurraron cosas entre ellos, se distrajeron y miraron a su alrededor con tedio.

—Mejor salgo de aquí.

—Y yo me voy contigo.

Esperaron bien encogidos a que Mariska agradeciera por el momento, a que la música volviera; y cuando las luces bajaron otra vez, ambos se escabulleron entre la gente.

—¡Oh, espera! Déjame buscar a Jessica.

Zack se escondió detrás de ella cuando Davenson pasó a su lado. Zoey ignoró totalmente la mirada desconcertada y ofendida que él le dirigió al verla con un chico rubio sujeto a su cintura.

Jessica seguía con James, solo que ya no bailaban. Conversaban animadamente como dos mejores amigos. Zackary se pegó a la pared, de espaldas a la gente, fingiendo que tomaba algo de la mesa.

—¡Ah, Zoey! —exclamó Jessica, radiante al verla llegar.

—Te buscaba, creo que me iré a la cama. No me siento muy bien.

Jess dejó caer la mandíbula.

—¡No! ¡No puedes hacer eso! ¿Qué hay del rubio con el que te estabas besuqueando? ¿Vas a dejarlo así nomás? ¿Quién es? ¿Es de tercero o es de primero?

Ante esa pregunta, ella se quedó petrificada. De entre todas las personas, Jessica tenía que verla.

—No me siento bien, Jess —repitió, con expresión dura.

La morocha bufó y James soltó una risa.

—Déjala ir, no la obligues a estar aquí si se siente enferma.

—¡No está enferma! —Jess puso los brazos en jarra—. Solo quiere huir del rubio, ¿verdad?

—¡Que no! Él ya se fue. Además, tengo ganas de vomitar —mintió. Confiaba en que su amiga se lo pensaría mejor de esa forma; no querría que Zoey se humillara a sí misma al vomitarle en la boca a quien supuestamente le había dado su primer beso. Al menos, eso serviría de momento hasta que pudiera inventarle de quién se trataba.

Jessica estrechó los ojos, pero aceptó.

—Bien, vete ya.

Con una sonrisa, Zoey se despidió de ambos. Salió del salón, seguida de cerca por Zack que, en medio del tumulto, se convirtió en conejo. Aquello fue una buena idea. En los pasillos cercanos al salón merodeaban algunos alumnos del baile y otros profesores que hacían

rondas periódicas para controlar también que niños menores no salieran de sus cuartos. Además, la gran mayoría del alumnado, que no vivía en el colegio sino en el mismo pueblo, debía abandonar el edificio a la una de la mañana, hora en que finalizaba la fiesta, por lo que los adultos debían coordinar que los chicos fueran recogidos por sus padres.

Zoey llegó al cuarto descalza. No hubiera podido hacer todo ese camino con los tacones. Se congeló los dedos de los pies con el frío piso de cerámica.

Apenas eran las doce de la noche cuando cerró la puerta de la habitación. Suspiró, cansada como si hubiera bailado una eternidad. Zack brincó sobre su cama y tomó forma humana al caer al suelo.

—Uf, si estuviera vivo, me hubiera quedado allí contigo, besándote toda la noche —dijo tranquilamente, como si la frase no fuera un flechazo en el corazón de la chica, que estuvo a punto de derretirse.

—Claro —asintió Zoey—. Creo que la próxima vez haremos eso y olvidaré que Jessica existe.

Zack puso los ojos en blanco.

—De verdad es que te preocupas mucho por ella. Estaba tranquila con James.

—Me pareció injusto irme sin avisarle. Hemos tenido problemas antes —replicó Zoey mientras dejaba los zapatos en el rincón—. Pensé que, si no le decía nada, nuestra amistad podría hacerse más débil.

—A veces parece que todavía le pides permiso para hacer las cosas —indicó él mientras se recostaba—. Es como que esperas su aceptación.

Ella se irguió al darse cuenta de que en verdad era así. Pero no parecía estar segura de si eso estaba bien o mal. Se quitó la pulsera de la abuela de Zack y buscó la cajita en la que él la había traído. Luego de guardarla, se giró a verlo.

—Tienes razón. No necesito que Jessica me diga qué hacer. Ella es así por naturaleza, pero yo estoy mal al permitir que su naturaleza también me domine.

Zackary sonrió y estiró una mano. La llamó con un dedo y con una sonrisa pícara grabada en el rostro.

—Podemos seguir aquí sin problemas, ¿no? Jessica y toda su naturaleza de seguro se quedarán con James hasta la una, ¿verdad?

En un rápido movimiento, se pegó a ella hasta dejarla con la espalda contra la puerta, de la que Zoey no se había alejado demasiado. Con una de sus manos giró la llave y trabó la cerradura.

—Ah, ¡Zack! —soltó ella, sonrojada otra vez.

—¿Puedo ponerme un poco intenso? —le preguntó Zackary, con cara de cachorro, pegando los labios a su mentón.

Ella se quedó muda, sin saber qué decir.

«No tienes que pensar demasiado, boba», se recriminó.

Zack pareció leer sus pensamientos, porque ensanchó la sonrisa y se inclinó para besarla con lentitud y pasión. Ella se relajó por completo en sus brazos y suspiró en su boca. Devolvió el beso, pasando los brazos por sus hombros.

—Eres realmente bonita —le dijo él, despegándose por apenas un segundo—. Y te quiero.

—Gracias —dijo ella, con un suspiro—. Y yo también te quiero.

Zack volvió a besarla.

Efectivamente, había algo en eso que los hacía volar. Cuando sus labios se tocaban nacía una electricidad que los hacía sentir fuera de este mundo. Zackary, por su lado, no se sentía vivo, se sentía más que vivo, como si no hubiera un cuerpo que lo sujetara al planeta, como si su alma pudiera despegar de placer con cada toque.

—Quiero… ir ahí —rogó Zoey de pronto mientras señalaba la cama. Él la miro durante unos segundos en un intento por comprender la intención reflejada en sus ojos, pero Zoey los tenía cerrados y todavía se apretaba a él.

—Zoey —susurró Zack justo antes de que ella lo jalara hacia su cama. Cayó sobre su cuerpo mientras luchaba con el deseo. Zoey abrió los ojos apenas unos segundos y alzó la cabeza, buscando ser besada otra vez—. Mierda, Zo, ¿en verdad quieres que me propase contigo?

Ella abrió la boca y él aprovechó para morder su labio inferior.

—Creo… creo que me gustaría eso. En verdad.

Zack jadeó, tal vez estaba soñando.

—Recuerda que las cosas pueden ser muy diferentes a partir de…

—Cállate —le espetó ella con cierta rudeza—. ¿Cuál sería la diferencia? Me besaste como un loco y eso también cambia las cosas.

—La diferencia es que estaremos juntos por primera vez, Zoey. Será tu primera vez con alguien. Y no estoy vivo —dijo él, inclinándose hacia ella. Moría por besarla otra vez.

—¿Y qué? No eres un cadáver como para preocuparme por mis problemas mentales —le recriminó ella—. Tú estás vivo para mí.

Parecía determinada. Estaba determinada. No había titubeos ni dudas, sus ojos demostraban firmeza. Eso era algo que quería que él también notara. No había vuelta atrás desde que se habían besado por primera vez.

—No quiero hacerte daño.

—No vas a hacerme daño —replicó ella, animándolo.

Zack se volvió a concentrar en sus ojos azules. Miles de cosas pasaban por su cabeza y ella casi que podía leerlas. ¿Ser egoísta y salvarlos ambos? ¿O darle lo que quería y destruir todo?

Pero para él, la situación una nueva dimensión. Zoey era más importante que cualquier cosa material o sexual: era lo único que tenía, lo único que de verdad valoraba. Había perdido su familia, su futuro, su vida. No tenía nada por lo que luchar. Solo ella lo mantenía todavía en la tierra. Ella era algo por lo que volvería a morir.

—Zoey —susurró—, eres todo lo que tengo. Esto sí va a lastimarte luego y no puedo permitirlo.

Ella frunció el ceño, automáticamente.

—¿Qué es lo que prefieres? ¿Seguir pensando en lo que podría haber sido o luego arrepentirte por lo que hiciste? ¿No has ya pasado por eso? ¡Estás muerto y te la pasas pensando en todo lo que podrías haber hecho, arrepintiéndote por lo que no lograste! —terció ella, mirándolo con tanta tristeza contenida que él se fue hacia atrás—. ¿No es lo mismo ahora? ¿Vas a seguir arrepintiéndote por lo que no hiciste?

Se miraron a los ojos durante lo que pudo ser una eternidad. Zack no dijo nada y ella esperó su respuesta paciente y serena, pero también resuelta y decidida.

—No quiero arrepentirme —murmuró.

—Entonces, bésame —pidió ella, con los ojos brillantes.

Él no perdió un segundo más. La besó con tanta fuerza que sus cuerpos se hundieron en el colchón. Zack estaba abrumado por todo lo que sentía por Zoey y, sin duda alguna, nunca iba a arrepentirse de ello. Besó su cuello, acarició sus piernas desnudas y, al final, metió la mano por debajo de su espalda buscando el cierre del vestido. Se lo iba a quitar tan rápido que iba a parecer tragado por un agujero negro.

No dejó de besar su boca ni un solo instante, aun cuando le tocó saldar sus posibles temores. Zoey, sin dudar de sus sentimientos, lo abrazó fuerte y confió en que lo que fuese que pasara, iba a estar bien si ambos se encontraban en la misma sintonía.

Lo miró una vez más, antes de pedirle que le sujetara fuerte la mano porque nunca había hecho algo así y tampoco había pensado en lo que sentiría al vivirlo.

—No te quedes callada —le respondió Zackary, besándole la nariz con dulzura—. Cualquier cosa que me pidas, yo la haré. Incluso si

deseas que me aleje.

—Nunca voy a pedirte eso —contestó Zoey, sacándole un mechón de cabello de la frente—. Siempre querré que estés conmigo.

Zack volvió a besarla. Ese «siempre» podría todavía cavar hondo en sus fortalezas. Pero lo cierto era que, en ese momento, la eternidad sí se definía para ellos. Siempre, sería siempre.

Capítulo 4

Por la mañana Zoey era un estropajo. O así se sentía porque su cabello estaba revuelto, pajoso y horrible; los pies le dolían y el maquillaje negro que debía estar en los ojos se había pegado a sus mejillas. Además, estaba agotada; cansada como si hubiera montado a caballo. Sí, eso, montado a caballo.

Abrió los ojos y apretó el acolchado contra su pecho. No sería bueno que Jessica le preguntara por qué estaba desnuda debajo de las sábanas, no quería responder a eso. Pero, aunque esperaba estar como Dios la trajo al mundo, se descubrió a sí misma vestida con una camiseta fina de tirantes y *shorts* con dibujos de estrellitas.

Giró el rostro hacia el costado, donde el conejo Zackary Collins tenía las rayas bordadas de los ojos bien estiradas.

—Me vestiste —susurró Zoey.

Él se encogió de hombros.

—¿Preferías que te dejara desnuda?

—No —contestó ella. Entonces, se dio cuenta de que no había ropa interior debajo del pijama. Miró a Zack por unos segundos más antes de sentir que los glóbulos rojos se le agolpaban en los cachetes.

—¿Dormiste bien? —preguntó él, y ella asintió con la cabeza—. ¿Te duele? Anoche dijiste que te dolía un poco.

Zoey hizo una mueca. No se acordaba de eso hasta que él lo nombró. Apretó las piernas y muy en el fondo pudo sentir un leve ardor.

—Estaré bien.

—Sé que lo estarás —rio él.

Jessica hizo ruidos desde su cama, por lo que Zoey se volteó hacia ella para vigilarla. Su amiga estaba mitad despierta, mitad dormida y, por un segundo, le aterró que hubiera podido oír a Zack.

—¿Qué hora es? —preguntó Jess, volviendo a cerrar los ojos.

—No sé —le respondió Zoey al tiempo que se quitaba el acolchado de encima—, pero hace calor.

Salió de la cama y fue directo al baño. Necesitaba una buena ducha. Se detuvo al verse en el espejo. Los labios de Zack habían dejado numerosas marcas. Necesitaría también una buena capa de maquillaje.

Después de asearse, Zoey se plantó con cepillo en mano delante de la mesada del baño y raspó su piel con la esperanza de que las cerdas dispersaran el hematoma. El método no funcionó, más bien se dejó la piel hecha un desastre.

Molesta, comenzó a ponerse capas de corrector de ojeras y base. Sabía que, sin importar lo que hiciera, Jessica lo notaría igual —y haría preguntas que ella no sabría responder— pero, al menos, tenía hasta el lunes para que el color se aclarase un poco. Que lo vieran sus compañeros sería incluso peor.

Zoey salió del baño con el cabello recogido en una coleta. Jessica estaba a medio levantarse, con las piernas fuera del colchón pero la cara aún contra la almohada.

—Si quieres, puedes seguir durmiendo —le dijo Zoey—. Es sábado.

—¡No! —Jessica se giró hasta quedar boca abajo—. Tengo que salir.

—¿Salir? —Zack le dirigió una mirada confundida y ambos alzaron las cejas—. ¿De qué estás hablando?

—Quedé con James. Vamos a pasear por el patio y a comer chocolates.

Zoey dejó caer la mandíbula. Luego, esbozó una sonrisa. Saltó sobre el trasero de su amiga, aplastándola contra la cama.

—¿En serio? ¿Con James? ¡*Wow*! Y qué rico, chocolates. Me parece una de las mejores citas de las que he escuchado en mi vida —le dijo, con verdadera sinceridad.

—¡Zo! —protestó Jessica, empujándola fuera—. Que me aplastas.

—¡Pero cuéntame! ¿Cómo pasó?, ¿cómo te invitó?, ¿qué marca de chocolates?

—No. —Jess levantó por fin la cabeza de la almohada—. No te diré nada porque eres la peor amiga del mundo.

Ante eso, Zoey borró la sonrisa.

—¿Qué?

—¡Tú no me dices nada a mí del chico rubio! Y… —Los ojos de su amiga se clavaron en los manchones tapados con maquillaje—, ¡hasta

esto te estás guardando! —gritó—. ¡Habla ya!

—No hay nada que decir —respondió ella con prisa. No iba a contarle que había tenido sexo con alguien, en especial cuando ese chico estaba muerto—. No me di cuenta de lo que hacía.

—¿Segura? —rio Jessica—. Porque son enormes.

—Cállate —le dijo Zoey, alejándose de ella. Si era necesario, volvería a darse otra ducha para escapar de sus preguntas.

Pero Jessica se metió en el baño para sus propios aseos y Zoey regresó a la cama. No tenía sueño, pero prefería estar acostada un rato más antes de ponerse con la traducción del libro.

—Ya que Jess se va… —musitó Zack en su oído, todavía como conejo— nosotros podríamos…

—¿Traducir? —bromeó ella—. Esa es una buena idea.

—Ya sabes que lo que menos quiero hacer es traducir es esa cosa —contesto él—. Quiero traducir tu cuerpo —añadió con picardía.

—Oh, vamos, como si traducir fuera una palabra candente —se rio ella con tanta fuerza que temió que Jessica saliera a preguntarle si además se había tomado algo anoche.

Zack parloteó unos segundos más sobre cómo las palabras podían volverse pornográficas si se las mezclaba con partes del cuerpo en casi toda situación.

—Mmm, tu diente está enorme —probó Zoey y, al terminar de decirlo, se le escapó una carcajada inmensa.

Zack bufó y Jessica salió del baño, después de todo.

—¿Qué diablos te sucede? ¿Te emborrachaste anoche o qué?

«Bingo».

—No.

Jessica alzó las cejas y miró durante un segundo demasiado largo al conejo. Pero como no había nada sospechoso en él, siguió hasta su armario para buscar algo que ponerse. Casi no hablaron durante el resto de la mañana porque la morocha se negaba a contar cómo había sido lo de James hasta que Zoey le confesara la verdad sobre el rubio del baile. A las once, antes de irse, Jess le dio una especie de amenaza.

—¡Ya verás cuando quieras detalles, niña mugrosa! —aseguró, pero Zoey solo se rio de ella.

Enseguida, Zack tomó forma humana.

—¿Puedo volver a preguntar cómo estás?

Zoey lo miró y sonrió.

—Ya te dije que estoy bien.

—Físicamente —contestó él—. ¿Pero de lo otro?

Dubitativa, ella se incorporó.

—¿A qué te refieres con lo otro?

Zack se sentó delante de Zoey y tomó sus manos. No habló de pronto, sino que permaneció callado mientras acariciaba su piel con los dedos en busca de las palabras justas.

—De lo que me decías ayer, sobre arrepentirte o no.

Ella se quedó dura, no le gustaba por dónde iba la cosa.

—¿Tú… te arrepientes, Zack?

Él negó, pero no levantó la cabeza.

—No, pero aún quiero saber si estás segura de esto. Si no va a lastimarte.

—Puede que me lastime algún día, cuando no pueda tenerte —musitó ella—, pero estoy bien ahora. Soy consciente de todo, tomamos esta decisión a sabiendas.

—Me preocupa ese «algún día».

—A mí también, pero ¿qué más da ahora?

—Nada, ahora nada. —Zack se llevó sus manos a los labios y le besó los nudillos—. Pase lo que pase, yo estaré siempre para ti.

El domingo estaba nublado, lo que lo hacía aún más deprimente. Zoey miraba por la ventana los crecientes nubarrones mientras terminaba de ajustarse la chomba[9] del uniforme. Zack estaba sentado en el alfeizar con la mirada en el cielo.

—Oh, el mundo me quiere tanto —murmuró él.

Zoey todavía no había podido decirle feliz cumpleaños o darle siquiera un abrazo o un beso. Ni mucho menos el pequeñísimo regalo que había logrado armar durante la noche mientras simulaba estudiar y él fingía ser un peluche más. Todo gracias a Jess que había decidido levantarse temprano.

Pensando en eso, trenzó su cabello rubio y lo ató con un moño negro que tenía desde hacía tiempo. Su amiga se fijó en el gesto y pensó en cosas que ella no.

—¿No es un poco de velatorio? —le preguntó Jess con el ceño fruncido.

Zoey miró su inocente moño y luego a su amiga que en todo ese rato había estado mirado al conejo quieto en la ventana, pero nunca había llegado a oír sus comentarios.

—¿Por qué lo dices? —preguntó, cayendo en lo que Jessica verdaderamente pensaba.

—Podrías ponerte algo más colorido —apuntó, pero Zoey la ignoró. El moño iba bien con el uniforme, eso no era por el cumpleaños del fallecido Zackary—. Para monjas lloronas de negro ya tendremos a Mariska —siguió su amiga.

Bueno, sí. La misa iba a ser bastante aburrida, en especial si se sentaban cerca de la novia viuda.

—Es solo un moño, de verdad que no había pensado en eso. Además, creo que a él le gustaría que cada uno se pusiera lo que deseara en su cumpleaños —le respondió Zoey mientras se colocaba sus zapatos.

Faltaba poco para el horario de encuentro. Debían formarse con el resto del curso en algunos minutos.

Jessica no dijo más nada, un poco extrañada por el comentario. Cuando ella se dio vuelta para busca algo, Zoey aprovechó la distracción y metió a Zack en su mochila. Sin embargo, Jess la vio y apretó los labios.

—No, no vas a llevar a ese muñeco tonto a la iglesia también —dijo —. ¿No crees que es un poco raro? No tienes seis años, Zoey. — Intentó alcanzar la mochila—. De verdad es que quiero comprenderlo, pero no puedo.

Zoey corrió su mano y se alejó de ella. Intentó ser amable y directa.

—Me da lo mismo, Jess. No todos reaccionamos igual ante las cosas que nos duelen.

Aferró la mochila con fuerza y se escapó del cuarto antes de que Jessica pudiera quitársela. Como ella todavía estaba descalza no salió de la habitación. Esperó que su amiga no se lo tomara a mal y que entendiera que lo que hacía con su vida era su propio problema.

Zoey llegó a la planta baja y buscó la fila de su curso para ponerse detrás de alguna de sus compañeras. Muchas no llevaban nada, otras cargaban algún bolso, así que Zoey con su mochila no estaba tan desubicada.

Jessica arribó dos minutos después y se paró detrás de ella con los brazos cruzados. Zoey la ignoró, a sabiendas de que seguro estaba molesta. En silencio acató las órdenes de las profesoras cuando los hicieron salir del colegio y cruzar el puente para ir a la catedral.

Por suerte, una vez dentro de la iglesia los alumnos de tercer año —y Mariska— se sentaron delante de todo, lejos de ellas. Como se acostumbra en una celebración religiosa, se cantó, se leyeron los salmos y, además, se recordó a Zack con anécdotas especiales de sus

amigos. Mariska tuvo una que contar, pero por suerte fue algo inocente de cuando eran pequeños.

Antes de culminar el evento se elevaron plegarias silenciosas por su alma.

Cuando la misa dio por finalizada, un pequeño grupo comenzó a cantar el popular «¡Qué los cumplas feliz!». Pero no se cantó «Amiguito que Dios te bendiga» porque esa canción terminaba con un «¡Y que cumplas muchos más!», algo que nadie quería decir en realidad.

Despacio, los alumnos se levantaron y las profesoras dieron unos minutos de más para que aquellos que deseaban rezar por motivos personales pudieran hacerlo frente a las estatuas de sus santos predilectos. Jessica se fue a pasear al lado de James en cuanto vio que este no tenía nada que pedir. Zoey se quedó quieta cerca de una de las enormes columnas que sostenían el edificio y miró el cielorraso.

—Feliz cumple, Zack —le dijo, sabiendo que él podía oírla desde la mochila—. Tengo un pequeño regalo en el cajón del escritorio. Cuando lleguemos a la habitación quiero que lo veas.

—Gracias, linda —murmuró él.

Zoey sonrió y deslizó sus ojos por las partes de la catedral que no tenían acceso al público. La iglesia era reconocida por sus escalinatas, recovecos y balcones internos a los ella nunca había ingresado. Y entonces, se encontró con una joven pálida que le devolvía la mirada. Tenía un traje de época, de 1800 y algo. Parecía un horrible camisón con puntillas en el cuello y los hombros.

—Zack —murmuró, temiendo que lo veía era un fantasma.

—¿Qué pasa?

La chica bajó la cabeza y estiró un brazo en su dirección. Zoey tardó en comprender que le hacía señas con los dedos.

—¡Un fantasma me está llamando! —jadeó.

—Estás bromeando —bufó Zack, pero sacó media cabeza blanca por entre el cierre de la mochila—. Yo no veo nada.

Zoey estaba a punto de señalarle el sitio exacto, cuando la chica se volteó y comenzó a subir unas escalinatas que se perdían en algún piso superior.

—Espera, ¡ella se va!

Con los ojos fijos en la chica fantasma, Zoey esquivó a varios alumnos. Bordeó los asientos de madera y se metió en el pasillo que pasaba por detrás del altar. La chica había estado por ahí, en los pisos superiores. Si encontraba una escalera…

—¡Zoey! —Zack salió de la mochila y tomó forma humana—.

Aguarda un segundo —dijo, tomándola del brazo cuando ella comenzaba a levantar la pierna para pasarla por arriba de la cadena con el cartel «Prohibido pasar» de una escalerita secundaria.

—Ella me llamó —explicó.

—A ver, ¿un fantasma? —preguntó él, incrédulo.

—¿De qué te sorprendes? Tú casi que eres uno también.

Zack frunció los labios y ladeó la cabeza, aceptando su verdad.

—¿Por dónde lo viste?

—Arriba.

El chico asintió y la sostuvo de la mano para que pasara por encima de la cadena sin problemas. Zoey subió las escaleras, entre maravillada por estar en una parte de la catedral en la que nunca había estado y nerviosa por lo que había visto.

La escalera giraba, pegada a una columna.

—¿Por dónde? —repitió Zack, pero Zoey ahora no tenía idea. Se quedaron parados, viendo para todos lados.

Giró sobre sí misma y, entonces, la cara del fantasma apareció a menos de diez centímetros de ella. Zoey gritó y se arrimó a Zack, que la apartó con un brazo del espectro.

—¿Qué quieres? —inquirió él, mirando fijamente al fantasma de la joven.

«Quizás entre muertos se entienden mejor», pensó Zoey, con una mano en el corazón.

La joven no respondió. Levantó su brazo fantasmal y señaló a la chica sin decir nada.

—¡Oh, por Dios! —Zoey se aferró a la manga de la camisa del chico —. ¡Mira su cuello!

Zack bajó la vista hasta el pálido cuello del fantasma, de él pendía un collar metálico, pequeño y apagado en su forma espiritual.

—El dije…

La chica tenía su propia versión del dije.

---

[9] **Chomba:** Prenda de vestir ligera. Suele llevar cuello de polo y llegar hasta la cintura. Es siempre de mangas cortas.

Capítulo 5

Ambos miraban embobados el dije que colgaba alrededor del cuello pálido y delgado de la niña y, como puro reflejo, Zoey llevó la mano a su pecho. Por debajo de la chomba podía sentir el dije real con los dedos.

—Ella debe haber sido una portadora —musitó Zack—. Cuando murió todavía tenía el collar puesto.

—¿Y es…?

—Es un reflejo de su cuerpo en ese momento.

El fantasma continuó con sus ojos apagados fijos en Zoey, con la mano izquierda estirada y un dedo apuntándole.

—Me da miedo —dijo ella.

—Deberíamos irnos.

Pero cuando Zack sugirió esto el fantasma se trastornó. Su rostro se tornó gris y su cabeza se movió con frenesí. El chico se colocó delante de Zoey y le hizo frente al espíritu.

—Aléjate —le dijo, pero la joven parecía no oír.

—*¡Mortem!* —gritó entonces, con su voz descompuesta y llena de ecos—. *Mortem est output.*

—¿Qué? —susurró Zoey, mientras Zack apretaba su mano.

—«La muerte es la salida» —tradujo él y repitió—. La muerte es la salida.

Zoey se apretó a su brazo, asustada. Las palabras del espíritu le helaban la sangre

—Salgamos de aquí —insistió Zack.

Tirando de su mano, él la llevó hacia las escaleras. Bajaron apurados. Al llegar a la planta baja el chico saltó a su mochila, ya como un peluche blanco. Sin detenerse, ella buscó a Jess y al resto del

grupo que ya estaba reunido en la puerta de la catedral.

Jess la observó arribar y le preguntó dónde diablos se había metido. Esta vez Zoey pudo mentir a la perfección.

—Le pedía a la Virgen por mamá y por mi hermanito.

Con la aparición del fantasma ambos volvieron a concentrarse en la traducción del libro. Lograron avanzar apenas una página más en toda una semana y, envueltos en una ola de calor terrible, Zoey terminó aplazando la tarea para descansar de la humedad que el clima traía.

Tampoco es que hubieran tenido grandes avances; el libro amenazaba con decepcionarlos. Decía poco y nada sobre el dije, al menos en lo que pudieron obtener hasta ese punto de la traducción. El texto se focalizaba más bien en lo que veía ese hombre en la logia. Zoey todavía tenía esperanza de que el tema de la posesión se resolviera en las próximas páginas.

Ella también creía que, si el fantasma había sido una portadora, la mencionarían en alguna parte.

Jessica se hizo más fácil de manejar gracias a que James representó una gran distracción. Cuando ella veía a Zoey actuar de forma extraña ya no se enfadaba, sino que prefería ignorarla. Pero, si en algún momento decidía hacer un comentario al respecto, la rubia se sentía lo bastante segura de sí misma como para restarle importancia al asunto. Además, ahora que la chica ocupaba sus momentos libres con su nuevo interés romántico, Zack y Zoey podían pasar lago tiempo solos.

Tirada en su cama y con la mirada puesta en el ventilador de techo, Zoey optó por quitarse la camiseta. Daba igual si se quedaba en corpiño con Zack en la misma habitación; esconder su cuerpo ya no tenía demasiado sentido. Sin embargo, a pesar de que esperaba que él dejara el libro y se girara para verla con su usual expresión de pervertido insoportable, él no se movió.

—Zack —murmuró ella—, ¿no crees que ha sido suficiente por esta semana?

—No —dijo él, pasando las hojas del cuaderno—. No me gustó nada ese fantasma y no voy a dejar que termines igual.

—O igual que tú —agregó la rubia desviando la mirada al techo de nuevo.

Zack no respondió a eso y continuó alternando hojas del código con las del libro. Zoey bufó, aburrida y molesta por la falta de atención. Estaban solos, ¡muy solos! No habían vuelto estar juntos porque

Jessica podía encontrarlos, pero ahora que ella estaba con James y tenían la oportunidad, nada sucedía.

—Zack —llamó otra vez—, ¿no quieres venir conmigo un rato? —le preguntó inocentemente—. Me aburro.

—Ahora no, Zo. Espera —murmuró él, todavía sin verla.

Ofuscada, le dedicó una mirada llena de odio. ¿Qué le ocurría? Todo el año le había dedicado insinuaciones, pero ahora que podían disfrutar el uno del otro, Zack la ignoraba. Zoey se cruzó de brazos, un poco frustrada, para caer luego en la cuenta de que quizás él estaba arrepentido de verdad.

—Jessica volverá cuando termine de esperar —insistió.

Se sentó en la cama y se quitó también los pantalones cortos.

—¿Y qué? —inquirió él—. ¿Qué tiene que ver Jessica? —Entonces, por fin giró la cabeza hacia ella. La lapicera que tenía en su mano cayó al suelo—. ¿Estás intentando acostarte conmigo? —preguntó con las cejas alzadas.

Zoey se encogió de hombros. No había reparado en lo que la mirada intensa de Zack podía hacer en ella, y se dio cuenta tarde de qué tan nerviosa eso la ponía.

—Algo por el estilo, quizás. Aunque ahora lo estoy repensando.

Zack se paró de un golpe y, en menos de un segundo, posó sus labios sobre los de ella y colocó ambas manos en su cintura mientras la tumbaba sobre la cama.

—Tu regalo de cumpleaños —le dijo él entonces. Guiñó un ojo y tomó la carta que había recuperado del cajón y que llevaba en el bolsillo de su pantalón. La agitó en el aire delante de su rostro, con una sonrisa pícara—. Fue súper cursi, pero me hace quererte todavía más.

Con un poco de vergüenza, ella se la quitó. Había sido muy cursi en sus oraciones, sí, pero no se arrepentía. Eran sus más puros sentimientos por él y sabía que, aunque no se lo hubiese dicho, Zack se sentía de la misma manera.

Él volvió a besarla y ella simplemente arrojó el papel a un lado de la cama.

—Ya no puedo más —jadeó Jessica—. Me arrojaré de cabeza.

La pileta[10] de natación había estado sin uso desde hacía más de un año. Era vieja y las fisuras tardaron en arreglarse por falta de presupuesto. Pero al fin, gracias a Dios, podían meterse en el agua y

compensar todas las clases que habían perdido debido a las reparaciones.

El nuevo profesor, un joven de unos veintiséis años, tenía a todas las alumnas suspirando; pero con el calor que hacía ni Zoey ni Jess se fijaban mucho en él. Todavía se acordaban de las tortuosas clases de la profesora Matilde, una campeona olímpica ya un poco vieja que descargaba su frustración en los jóvenes.

El tipo[11] hablaba sobre sí mismo, sobre tener buena onda y sobre hacerle caso en los ejercicios. La mayoría de las chicas de segundo y tercer año no lo escuchaban en lo absoluto. Mariska estaba sentada muy cerca de él y lo miraba con la boca abierta. Su amiga Sara estaba a punto de crear su propia pileta olímpica con la baba que se le caía.

—Oh, vamos, ¿nunca han tenido un profesor hombre? Claro que sí —se quejó Jessica de las caras de bobas que había a su alrededor.

—No tan joven, en realidad —contestó Zoey.

Ambas miraron el agua fresca, impacientes, mientras el tipo terminaba con su charla.

—Está bueno, pero si no me deja meterme en la piscina en este momento, voy a empujarlo por una escalera —avisó Jessica.

Y Zoey le ayudaría, claro. No le interesaban los pectorales tan marcados que tenía, solo quería sentir el agua.

—¡Muy bien, señoritas! Podemos empezar a sumergirnos para acostumbrarnos a la temperatura del agua —indicó por fin el charlatán.

Jessica y Zoey se levantaron de un salto. Casi que fueron las primeras en lanzarse.

—¡Oh, sí! —exclamó Zo, antes de hundirse hasta el fondo. Se movió de un lado a otro disfrutando enteramente de sacarse el calor de encima. Algunas de sus compañeras empezaron a tontear mientras que las chicas de tercero permanecían cerca del profesor.

Mariska se había apoyado en el borde de la piscina y le sonreía agradablemente. El profesor le devolvió el gesto antes de meterse en el agua sin usar la escalera.

—¿Cuánto te apuesto a que Mariska quiere tirárselo? —preguntó Jessica.

—¿Veinte pesos[12]? —alegó Zoey.

—¿Veinte? ¿En serio?

—Tengo la ligera sensación de que ya estoy apostando demasiado con esto —terció, riéndose por la poca fe que le tenían.

—¿Qué tal si te apuesto cincuenta a que en realidad se lo tira? ¡Mírala!

Mariska pasaba su mano por el fuerte brazo del profesor Héctor.

—Pero es un tipo grande, no creo que le interese una cría.

—Bueno, cuarenta —canturreó Jess—, cuarenta a que se enreda con ella.

Zoey puso los ojos en blanco.

—Bien —estiró la mano y la trabó con la de su amiga—, pero quiero pruebas.

—¿Algo así como fotos de ellos desnudos?

—¡No! Qué asco.

El profesor pasó a rever las técnicas de natación que habían aprendido en los años anteriores, pero después de unos diez minutos los alumnos lo ignoraron por completo; él se dejó distraer cuando Mariska y algunas otras chicas que se interesaron mucho en saber dónde se había hecho uno de sus tatuajes.

Zoey y Jess nadaron con libertad, jugando entre sí y con las demás hasta que al final armaron un gran partido de voleibol y las pelotas mojadas volaron para todas partes. Cuando una de ellas terminó en la cara de Mariska, Héctor frenó el juego.

—Vaya, te sangra la nariz —dijo él, levantando el mentón de Mariska con cuidado, mientras ella le hacía ojitos de cachorro enamorado—. Te llevaré a la enfermería.

Y así, Mariska y el profesor se largaron y el juego siguió con risas, no sin antes recibir una advertencia de Jessica.

—¡Esos cuarenta pesos son míos! —gritó, balanceando sus caderas de un lado a otro.

—¡Te lo juro! Son ellos. —Jessica intentaba convencer a Zoey de que los que aparecían en la borrosa fotografía de su celular eran el profesor de Natación y Mariska.

—No voy a darte los cuarenta pesos hasta que vea una prueba de verdad —resumió Zoey, apartando el celular con la mano.

—¡Pero si ahí se ve su tatuaje!

La profesora de Química entró al aula arrastrando los pies. La ola de calor persistía después de dos días terribles y nadie estaba exento a sus efectos.

—Hoy responderán unas breves preguntas y luego pueden irse.

Los alumnos se miraron entre ellos y luego sonrieron.

—Vamos, podríamos ir a la pileta de contrabando —propuso Jess,

sin tapujos.

—La están usando los de octavo grado ahora —se metió James, arrastrando su silla junto a la mesa de laboratorio—. Escuché que la profesora va a dar un trabajo práctico para tres personas, ¿quieren hacerlo conmigo?

Jessica asintió con efusividad.

—Claro, si a Zoey no le molesta.

—Para nada.

—¿Y qué decían sobre unas pruebas certeras?

Jessica le puso el celular en la cara al chico e intentó convencerlo de que esos eran quienes ella juraba.

—¡Es su tatuaje! ¿No lo reconoces?

James negó.

—No ando mirando los tatuajes de otros tipos, Jess. No tengo idea de cómo es.

Ella bufó.

—Todo por cuarenta pesos —rio Zoey y James le devolvió la sonrisa.

—Si es por eso, podemos averiguarlo —dijo él, confiado.

—¿Cómo lo harías, eh? —retrucó ella, divertida.

—Por favor, lo que hace Mariska no es ningún secreto para nadie.

—Pero estando con un profesor la cosa es diferente, tendrán que ocultarlo —comentó Zo.

—¡Bah! —James sacudió la mano y se reclinó en su silla—. Tengo contactos.

Es decir que no descansarían hasta hundirla.

Después de contestar las preguntas dadas por la profesora de forma escrita, los tres entregaron y salieron del aula.

—Quiero conseguir un permiso para el fin de semana, tal vez podamos ir a comer, Jessica —dijo James.

Zoey se adelantó un poco para dejarlos arreglar los términos de su cita.

Suspiró cuando se dio cuenta de que con Zack no podría tener algo así, al menos no en ese pueblo; sentía un poquito de sana envidia por Jess. Por suerte, nada era eterno y, quizás, al terminar el colegio podría salir con Zackary en una cita de verdad.

Llegaron al cuarto y James se despidió de ambas. Zoey abrió la puerta y encontró al conejo sentado en su cama con el cuaderno entre las patas. No le dio tiempo a cambiarse de posición, solo a quedarse

quieto. Jessica entró detrás de ella y se cruzó de brazos.

—Esa cosa cada vez me da más miedo —musitó— ¿Cómo puedes dormir con él?

—Yo lo acomodé así —terció Zoey—. Es gracioso.

—No lo es, es tétrico.

Ella bufó, burlándose del comentario Jessica. También para ella había sido tétrico al principio, pero ahora tenía que convencerla de que era un inocente conejo de peluche.

—Algún día, cuando no te des cuenta, voy a arrojarlo por la ventana —dijo su amiga antes de encerrarse en el baño para darse una ducha.

—Y yo voy a volver para matarte de un susto, *muajajaja* —contestó Zack. Zoey le sonrió y se dejó caer en la cama junto a él—. ¿Cómo estuvo el día?

—Pesadísimo por el calor. Las clases, bastante bien. Ni los profesores quieren trabajar. —Estiró la mano para alcanzar el cuaderno—. ¿Y qué hay de esto?

—Saqué unas frases más —dijo Zack, enseñándole la hoja que había completado—. *«El portador ha pasado dos días sin hablar, dicen que tiene pesadillas en las noches. La situación se ha calmado después de la muerte prematura de su madre. Es mi parecer que el portador lo ha presentido y ha estado de luto desde horas antes».*

—¿Esto solo?

—Sí, que el portador presentía la muerte de su madre. Este es trabajo de no acabar. Aún quedan doscientas hojas.

Ambos suspiraron al mismo tiempo.

—Quizás hay que tomarlo con calma.

—No sabemos cuánta calma tendremos antes de que Jude vuelva. Adam también está por ahí, sin contar a las sombras esas y al fantasma. —Zack se cruzó de patas—. Son cosas… extrañas. De verdad hay algo más serio en todo esto. No se trata de tu inocencia nada más.

Zoey frunció los labios.

—¿Y entonces?

—Quiero mantenerte a salvo a toda costa, Zo. Tenemos que resolver esto. Aprender tanto como sea posible sobre el dije es nuestra única oportunidad. Si yo hubiera tenido la información necesaria tal vez seguiría vivo. Nunca pensé que detrás de esa cosa había tantos misterios.

Jessica abrió la puerta del baño con un estruendo y Zack se quedó quieto.

—¿Has visto mi crema de enjuague? —preguntó—. No está en el baño.

Zoey se colocó disimuladamente delante de Zackary; su mejor amiga estaba apenas en una toalla corta.

—No. ¿No se habrá acabado?

—Tenía medio pote ayer —contestó Jess, mirándola con desconfianza.

—Pues yo no la he tocado. ¡Es para cabellos oscuros! ¿Por qué la querría?

—¿Es que alguien entró en el cuarto entonces?

—No —insistió ella, aunque ahora que se lo pensaba mejor… No. Seguro que la crema de Jessica se había terminado y no lo recordaba —. Usa la mía, ¿sí? —Jess se encerró en el baño nuevamente—. ¿Tú tomaste la crema de enjuague? —inquirió, solo por curiosidad.

Zack guardó silencio.

—Sé que no necesito bañarme, pero lo hice de todas formas —musitó él, minuto después—. Extrañaba la sensación.

—¿Y te acabaste la crema de enjuague de Jessica?

—No la acabé, solo la deje destapada y esta se vació accidentalmente.

—Genial. ¿No ves que a Jess ya le está dando cosa contigo? ¿Y si nos descubre? —Se quejó Zoey

—¿Por una botella de acondicionador? —ironizó Zackary—. Creo que tenemos más posibilidades de que nos encuentre desnudos a que relacione mi turbia presencia con la desaparición de su crema de enjuague.

Ella arqueó las cejas y le dio un golpecito en la nuca.

—No digas «desnudo» con Jess aquí.

—Pero está en el baño —murmuró él, señalando lo obvio.

—¡Y quizá todavía pueda oírte! —replicó Zoey, palmeándose las mejillas para ocultar el calor. En realidad, prefería no escuchar la palabra por su propio pudor. No es como si no quisiera volver a desnudarse con él.

—Deja de pensar en sexo —dijo Zack con seriedad y ella tropezó con las sábanas al intentar levantarse de la cama—. Ya sé que te encanta, pero si pones esa cara de «ayer tuve una noche tremenda», Jessica se va a dar cuenta. Calculo yo que conoce ese tipo de expresión.

—¡Zack! —le gritó, incapaz de contenerse. Lo empujó fuera de la cama y se levantó por fin, sin darse cuenta de que el tono de voz se le

había ido por las nubes—. ¿Cómo puedes…?

Zack alzó las cejas de felpa.

—Vamos, ¿vas a decirme que no? —rio él.

—¡Es que no! No ando con esa cara.

—No lo digas como si fuese algo malo —insistió el conejo—. Fue bello, bello.

—¡Apenas lo hemos hecho dos veces! No estoy segura de amarlo todavía.

—¿Ah, no? —terció Zack, poniéndose de pie, indignado. Con las orejas bien paradas, puso ambas patas en el aire y comenzó a caminar de un lado a otro. Y Zoey supo que había dado en el clavo con su ego —. ¿Y los gemidos? ¿Y cuando me dices: «Sí, me gusta» y «Oh, Zack, te quiero»? ¿Qué diablos significa eso? ¿Qué en realidad estás pensando en lo mucho que te agradan los pasteles? ¡Por favor!

Zoey se puso roja como un tomate y se pasó una mano por la cara. ¡Él tenía esa capacidad para volverla loca! ¡Era un caso especial! No podía creer que estuviera indignado.

Con solo dos veces incursionando en ese campo, aún no era capaz de disfrutar del todo. Todavía se sentía incómoda. Lo que más disfrutaba era el juego previo. Zack era muy bueno con sus labios y sus dedos y, en eso, tenía razón: lo amaba. ¡Pero se estaba perdiendo el meollo del asunto!

—¡Cierra el pico! —chilló, antes de darle una patada para apartarlo de ella.

Jessica salió del baño, cruzada de brazos y con una expresión mortífera apenas dos segundos después.

—Entre que no tengo crema de enjuague y que ese peluche me da terror, tú te pones a gritar como una loca. ¿Zoey, qué diablos está pasando?

—¡Estaba hablando por teléfono, Jess! —mintió, como si le molestara que su amiga desconfiara hasta de eso.

Jess asintió, dándole una miradita de «No te creo nada».

—¿«Zack»? ¿Por qué gritaste su nombre?

La tenía atrapada. Zoey abrió y cerró la boca varias veces, sin tener ni la más mínima idea de qué decir. ¡Ni siquiera la mentira más estúpida!

—Es que… —balbuceó—. Me acordé de él y estoy algo sensible, con el calor y todo eso —balbuceó, a lo que su amiga arqueó las cejas.

«Vaya, es la mentira más estúpida del mundo. Bien, Zo».

—¿El calor te recuerda a Zack? —repitió Jessica con las cejas

alzadas.

—Ya sabes —Zoey se encogió de hombros—, él estaba bien caliente.

—¡Zoey, está muerto! —chilló su amiga, llevándose las manos a las mejillas—. En serio, en serio que intento comprenderte, pero me asusta pensar que harás algo extraño en cualquier momento. Tienes que olvidarte de él.

Jamás podría hacer eso, pero si se lo decía así, Jessica iba a darle un sermón interminable sobre lo insano que era atarse a una persona fallecida; que solo tenía dieciséis y que la vida continuaba. Así que asintió y bajó la cabeza. También tenía que entender que Jessica veía todo desde afuera y por ello le resultaba difícil comprenderla.

—Tienes razón, lo haré. Lo prometo.

Jessica frunció los labios y relajó los hombros.

—Necesitas ver a un psicólogo. Hablas sola, actúas extraño, desapareces cada tanto. Algo no está bien contigo y te lo digo porque me preocupas. —Dio varios pasos hasta quedar frente a ella, mientras ponía sus pensamientos en palabras—. ¿No hay nada que quieras decirme? Sabes que puedes confiar en mí. Me he portado mal contigo con lo de Adam, pero solo me sirvió para confirmar que eres la mejor amiga de todas. Y yo quiero ser eso para ti también

Ante la sinceridad de su amiga, Zoey estuvo a punto de soltar la verdad. Pero no podía. Por el bien de Jessica, lo mejor era quedarse con la boca cerrada. Ella no debía meterse en estos asuntos, en especial después de lo sucedido con Jude en el bosque, donde había terminado en peligro de muerte por culpa del imbécil de Smith.

—Estoy bien, Jess. La muerte de Zack no fue tan fácil para mí; todavía tengo pesadillas con su cadáver.

—Desearía que no lo hubieras hallado tú —susurró Jess—. Si no lo hubieras visto, te habría afectado menos.

—Capaz que sí —admitió. Seguramente, si no hubiera estado en ese sótano, no tendría el dije ahora, no estaría Zack allí. Sí, hubiera estado menos afectada. Estaría dolida, pero no en constante peligro. Todo, sin contar lo que tener a Zack con ella significaba.

—Solo dime si necesitas hablar conmigo.

Jess se inclinó para abrazarla con fuerza y, algo sorprendida, Zoey le devolvió el gesto. Sabía que ella había quedado desplazada en su vida mientras Zack se convertía en su mejor amigo. El distanciamiento con Jess había sido mutuo.

—Gracias —le dijo.

Eso pareció contentar un poco a su amiga, que volvió al baño para

terminar con su aseo. Durante el resto de la tarde ambas permanecieron con poca ropa —con Zack bajó una capa de prendas en una esquina del cuarto— pintándose las uñas y hablando de chicos —o más bien, de James—. Pareció que por un rato las preocupaciones se esfumaron y Zoey logró recuperar un poco de la clase de amistad que solo podía compartir con otra chica.

Algunas veces, Jess intentó sacarle información sobre el rubio de la fiesta, pero Zoey desvió el tema con preguntas sobre James en toda ocasión. «¿Él es bueno besando? ¿Ya lo hiciste con él?». Antes no se hubiera animado a mencionar esas cosas, pero teniendo en cuenta de que ninguna de las dos era virgen al momento —no es como si ella fuera a contárselo—, era un buen tema para distraerla.

Resultaba que Jessica aún no había tenido sexo con James. Después de su mala experiencia entregándose a Adam y siendo usada por él, había aprendido la lección.

—Me hubiera gustado que alguien más fuera el primero —musitó ella en un momento y Zoey no supo qué contestarle.

Al llegar la hora de la cena bajaron al comedor. Al menos Zack tendría un rato para salir de debajo de la montaña de ropa.

James se unió a ellas junto con uno de sus cabezotas amigos, Julián.

—¿Jugo de naranja, chicas? —dijo James al ver sus vasos.

Ellas asintieron y Zoey fijó sus ojos en la bandeja que Jessica había llenado de comida.

—No voy a comer todo eso —le espetó.

—Si lo harás, estás muy flaca.

—No es cierto.

—Bajaste de peso, Zo, estás más flaca de lo normal. Lo noté con ese vestido el otro día.

—Lo que tú digas.

Zoey consideraba que se veía igual que siempre. Comió con prisa, un poco cansada de que Julián solo hablara sobre los vestidos de algunas chicas del baile, tema de conversación que comenzó y terminó él solo pues James se limitó a asentir mientras que Jess miraba a su chico y Zoey observaba la puerta del comedor, distraída.

—Me iré a la cama —dijo, por fin sin ser capaz de aguantar más.

Salió del comedor y caminó por los pasillos, deslizando sus ojos lentamente hacia las ventanas. Entonces, ahogó un gritó y se retiró hacia la otra pared. El fantasma de la chica portadora estaba del otro lado del vidrio, afuera del colegio, mirándola.

[10] **Pileta:** Piscina.
[11] **Tipo:** Modismo de Sudamérica para “hombre”.
[12] La novela utiliza pesos argentinos. Cuarenta pesos del 2018 equivalen a alrededor de 1,5 USD.

Capítulo 6

Un segundo después, Zoey se tapó la boca. Había chicos en los pasillos que se voltearon para mirarla. Desde donde estaban, el ángulo de la ventana no les permitía ver al fantasma. Nerviosa, se giró y corrió hacia las escaleras sin explicar nada a nadie.

—Habrá visto una araña —dijo un chico de noveno grado al verla pasar.

Subió hasta su cuarto sin atreverse a mirar por las ventanas, con la vista siempre fija en el suelo.

—Ella no puede entrar aquí —se dijo a sí misma—, no puede. Nadie puede. El túnel está cerrado. —Llegó a su piso jadeando y empujó la puerta de la habitación, con sudores fríos en la nuca.

Zack estaba en forma humana. Miraba el techo, recostado sobre su cama con la mitad de la camisa blanca abierta. La piel de su pecho la distrajo por un instante, sacándole de la cabeza al siniestro fantasma.

—¿Pasa algo? —preguntó él, levantando los ojos hacia ella—. Vaya, teniendo en cuenta que dentro del colegio estás más segura que fuera, no pensé que pudiera ocurrirte algo en el rato que tomas para cenar.

—Es ese fantasma —explicó Zoey, temblando—. Se apareció en una ventana.

Él se irguió de pronto y saltó de la cama como un rayo.

—¿En serio?

—¿Por qué nos siguió hasta aquí?

—¡A ti! —exclamó Zackary—. Yo estoy tan muerto como ella, le doy igual, ni debe de haberse percatado de mi presencia. Tú tienes el dije.

—¿Y qué hace aquí, entonces? —murmuró ella mientras corría hasta la ventana. Sin dudarlo, cerró las cortinas. Lo único que faltaba

era que esa cosa se apareciera a mitad de la noche y que Jessica la viera.

—Tranquila. —Zack se acercó a ella y le pasó un brazo por encima —. Quizá quiere decirnos algo más. O tal vez solo nota que tienes del dije y te sigue por eso. Yo creo que es más bien lo segundo.

Sorbiendo por la nariz, Zoey se giró hacia el pecho del chico. Apretó la cara contra la piel desnuda de Zack y cerró los ojos. Lo abrazó con fuerza y no permitió que él se moviera de su lado. Zack no hizo ni el menor esfuerzo, tampoco.

—Estoy un poco cansada —le dijo ella luego, conteniendo las lágrimas—. Quisiera que esto se acabe ya.

—Terminará pronto —aseguró él mientras le acariciaba el cabello y enrollaba los rizos entre sus dedos—. Lo resolveremos.

Continuaron abrazados. Zoey intentaba tomar valor en su corazón. Los besos, los mimos, la amistad, el sexo… eso no era ningún tipo de declaración y era consciente de ello a raíz de todo el apoyo que le daba, de todo lo que lo necesitaba, de cómo la consolaba en ese momento.

En realidad, ella le había dicho que lo quería. Pero quererlo era poco. Lo que sentía era mucho mayor.

Con timidez, levantó la cabeza. Esperaba que él estuviera mirando hacia otro lado, pero Zack tenía los ojos en su rostro; se veía bastante tranquilo. Su expresión cambió cuando ella hizo una mueca nerviosa.

—¿Comiste bien? —preguntó él—. Estás un poco pálida y Jessica tiene razón al decir que no te alimentas lo suficiente.

—Estoy bien —murmuró Zoey, acobardada. «¡No! Tienes que decirlo de una vez», se dijo. Sería bueno para ella, sería como liberar su alma—. Zack…

—¿Sí?

Zack le sonrió, tan hermoso y perfecto como él era. Ella lo miró embobada; de pronto deseó ser besada y arrasada en una cama sin tregua ni perdón. Pero tenía que hablar, debía acordarse de hablar.

—Yo quería decirte lo que en verdad…

—¡Zoey! —Jessica casi pateó la puerta y Zack tuvo un milisegundo para convertirse en conejo. Completamente ofuscada por arruinar su oportunidad, Zoey se volteó a verla.

—¿Qué diantres te pasa? —le espetó, con la mandíbula apretada, sosteniendo al conejo.

Jessica sonrió.

—Nada —dijo y ahí le dieron deseos de asesinarla—. Te traje esto. —La chica no se inmutó por su expresión cargada de odio y le lanzó

una manzana roja—. Más te vale comértela toda.

—Para mí que deberías matarla de verdad. Yo quería saber qué ibas a decir. ¿Era sobre mi desempeño? —murmuró Zack por lo bajo, cuando Jessica se tiró sobre la cama.

Zoey lo hubiera golpeado, porque sabía que él se mofaba de la situación, pero prefirió morder la manzana con cáscara y todo mientras lanzaba al conejo contra las cortinas con la otra mano.

—¿Qué me dices de ese rubio? —preguntó Jessica, que señalaba a un chico de tercero del que Zoey no sabía ni el apellido—. ¿O ese? —Ahora apuntaba a uno de primero. Zo empezaba a preguntarse cuántos rubios asistían a esa escuela.

Había pasado ya todo un día sin ver al fantasma. Para ese momento, la mayor preocupación que tenía durante la jornada era Jessica, que moría por averiguar a quién había besado ella en la fiesta.

—¡O ese! Seguro es Cristian y ambos andan fingiendo que ni se hablan. —Él era un compañero de clases con el que casi no tenían trato, era más amigo de los chicos de tercero y, en realidad, parecía estar sumamente interesado en Mariska.

—¡Qué no! Ya basta.

—¡Pero tienes que decírmelo! Soy tu mejor amiga.

—Una amiga que pretende robarme cuarenta pesos con una foto de pésima calidad que, supuestamente, muestra al profesor Héctor y Mariska —terció ella entre risas—. ¡Si compruebas que tienen sexo, quizá te lo digo!

—Eso no es justo —Jessica apretó la correa de su mochila mientras entraban al comedor—. Tampoco es justo este calor. Si no es hoy el último día de esta mierda, voy a demandar al presentador del clima.

Vieron una mesa apartada en la que posiblemente se sentarían luego, puesto que las que estaban debajo de los ventiladores y del aire acondicionado ya estaban ocupadas.

—¿Podemos tomar las cosas y llevarlas al cuarto? —pidió Zoey mientras hacían la fila para alcanzar los sándwiches de pollo y tomate —. Me voy a morir aquí.

—O podemos sentarnos junto a las ventanas. —Jessica su almuerzo y lo cargó bajo el brazo. Las bandejas estaban demasiado lejos como para ir a buscar una. Mientras más pronto se alejaran de otros cuerpos calientes, mejor.

A Zoey no le agradaba la idea. Aunque el fantasma no había

aparecido en todo el día, le asustaba estar cerca de las ventanas. De todas formas, el aire afuera estaba tan caliente como adentro a pesar de que eran casi las nueve de la noche.

—Joder. —Jess se dejó caer en una silla—. Estamos en octubre, no en enero. Esto no es normal.

—Tiene que pasar mañana —contestó Zoey, abriendo la tapa de su *Coca-Cola*—. No puede durar mucho más.

—No solo demandaré al presentador si mañana no refresca, sino que a ti también.

Comieron poco ya que la humedad que había en el aire impedía tragar más; se sentían pesadas y cansadas, además de pegajosas.

Renuente a mirar por la ventana, Zoey terminó su bebida y se pasó una servilleta por la boca.

—¡Genial! Se están colando en la piscina —balbuceó Jessica con lo último de su sándwich en la boca.

Curiosa, Zoey miró fuera al fin y vio una figura que caminaba cerca del agua, entre las rejas que dividían el terreno. Pero esta figura no era un alumno, lo sabía porque la había visto antes. Era el fantasma de la chica portadora, con su vestido blanco, dando vueltas ausentemente.

—Es asunto de ellos —terció Zoey, deseando apartar la mirada, pero sin poder hacerlo—. Nosotras nos iremos a la cama.

—Eso es totalmente injusto —masculló su amiga.

—Más injusto será si nos atrapan.

Instó a Jess a levantarse y a salir de allí. Tendría una seria charla con Zackary en el baño. Tal vez podrían averiguar cómo exorcizar a un espíritu.

Llegaron al segundo piso jadeando, con las bocas abiertas. Un compañero de curso pasó junto a ellas y les recomendó que las cerraran antes de que alguien más buscara qué poner allí dentro. Jessica le devolvió un insulto, pero él se limitó a bajar por las escaleras riéndose como un idiota.

—Tarado.

Dentro del cuarto, encendieron el ventilador y se pelearon por quién tomaba una ducha primero.

—¡El otro día fuiste tú antes! —le recordó Zoey, y a Jessica no le quedó otra que sentarse en su cama, muerta de calor—. Y me llevo a mi amiguito para que no te coma —se burló después, agarrando al conejo Zack del escritorio.

Cerró la puerta del baño detrás de ella y abrió la ducha.

—¿Nos ducharemos juntos? —intentó Zack, con un tono meloso.

—Me imagino que guardaste el cuaderno, que no dejaste las anotaciones a la vista de Jessica, ¿verdad?

—Sí, señora. —Zack tomó forma humana mientras ella luchaba por sacarse la chomba escolar que estaba pegada a su cuerpo por la transpiración—. Está en tu cajón. ¿Quieres ayuda?

—Ya está.

Se terminó de quitar el uniforme mientras Zackary apoyaba la espalda contra la pared y miraba fijo cómo ella se desnudaba.

—¿Me trajiste aquí solo para esto o porque realmente vamos a bañarnos juntos?

—Vi al fantasma otra vez —le comentó Zoey, agachada de espaldas a él para quitarse la ropa interior. Sabía que Zack la miraba, pero le daba igual porque ya la había visto desnuda.

Él se acercó con prisa porque quería tocarla. Se abrazó a ella por detrás y la rodeó con los brazos. Besó su mejilla y le acarició los brazos.

—¿Y dónde estaba el fantasma? ¿Te amenazó o algo? —susurró, llevando los labios a su oído.

—Cerca de la piscina.

—Mmm —Zack suspiró—. Pensé que habría vuelto a la iglesia. No se me ocurre una forma de echarla. La verdad es que los fantasmas sí son raros.

—Mira quién habla —susurró ella—. ¿Me vas a dejar bañarme o qué?

—¿O entro contigo? —se rio él, soltándola.

—Zack —gimió ella—. Siempre piensas en lo mismo, eh.

Zackary se apoyó en la mesada del baño y se cruzó de brazos, concentrado en sus acciones.

—Podemos hacerlo dentro de la ducha —le recordó con una sonrisa tentativa, pero ella solo se metió bajo el agua y cerró la cortina.

—Jess está esperando —le recordó a su vez—. No es que haya mucho tiempo e intimidad.

—Podemos ser muy rápidos. Diez minutos —le dijo, pero ella ya se había echado champú en la cabeza.

—Ambos sabemos que no es cierto.

Zack silbó, del otro lado de la cortina.

—¿Lo ves? A que seguro tienes esa cara de «Anoche tuve una noche tremenda».

Esta vez, no lo contradijo. Se lavó lo más rápido que pudo y salió totalmente empapada. Se secó un poco y trató de no distraerse con los juegos que él le tuvo preparados mientras la ayudaba a desenredarse el cabello.

Cuando le mordió la oreja, estuvo a punto de darse vuelta y besarlo como loca.

—¡Apúrate! —chilló Jess, fuera—. ¡Me derrito!

—¡Ya voy! —le respondió Zoey.

—Pero si tienes todavía el pelo muy enredado —murmuró él, cuando ella se liberó y se dispuso a salir.

—¡Sh! Hazte conejo ahora.

Él puso los ojos en blanco y se transformó, antes de que lo tomara por las orejas y lo sacara del baño.

—¡Al fin! —Jessica se metió dentro del cuarto como un rayo y allí Zoey aprovechó para hablar con seriedad, esta vez sin distracciones.

—El fantasma sigue ahí. Me gustaría que fuéramos a ver.

Zack puso tiesa las orejas.

—¿Y eso por qué? Hasta hace un rato parecías muy trastornada con eso.

—Porque debe querer algo. No se irá hasta que lo resolvamos. ¡Por algo me llamó en la iglesia! Por algo está aquí ahora.

—Esa cosa se volvió loca la otra vez, Zo.

—No puede hacernos daño de todas formas. Es un fantasma —replicó ella—. Por más que sea aterrador.

Zack bajó las orejas y se cruzó de patas.

—Iremos. Si vuelve a pasar lo mismo, nos largamos.

—No voy a discutirte eso.

Jessica se tomó más de veinte minutos para bañarse. Zoey se metió en la cama e insistió para que su amiga hiciera lo mismo, pero la morocha se quedó mirando *Facebook* en su celular por más de una hora, antes de dormirse del todo.

Como solían hacer, Zoey y Zack bajaron por la ventana. No había ningún guardia de seguridad a la vista; y es que con ese calor nadie tenía ganas de vigilar que los críos no anduvieran por ahí.

Anduvieron rápido y en silencio, con Zack como humano, por los jardines hasta el área cercada de la piscina.

—Está desierta —aseguró él.

—Tal vez ella se movió hacia otra parte.

—Tú quédate cerca de mí. —Zack tomó su mano—. Estamos fuera,

recuerda.

—Lo sé.

Caminaron con cuidado alrededor de la reja, prestando atención a cada sonido o movimiento, pero no vieron nada. Al final, él la ayudó a pasar al interior del área de la piscina, del otro lado de la verja.

—¿En verdad no quieres darte un chapuzón? —La tentó él con una sonrisa. Zoey negó y señaló su propio pijama a modo de excusa—. ¡Vamos! Será divertido.

—Vinimos a buscar a un fantasma, no a tener sexo en una piscina escolar —murmuró ella.

Zack alzó las cejas y le dirigió una mirada peligrosa.

—¿Quién habló de sexo, pervertida? Ahora resulta que quieres aprovecharte de mí.

Zoey sintió las mejillas arder.

—Idiota.

—¿Perdón? Después, el «ninfómano» soy yo —contestó, alzando la barbilla con orgullo.

—Lamento decirte que no puedes ser «ninfómano». Es un término femenino. —Zoey se encogió de hombros cuando Zack frunció el ceño.

—¿Y qué soy entonces? —Él ahora se mostraba confundido, perdido.

—¿Sexualmente hiperactivo?

—Oh. —Se detuvieron junto a la pileta y al final Zoey se quitó las ojotas[13] y metió los pies en el agua. Zack se sentó a su lado y la atrajo a su pecho—. Así que la ninfómana ahora eres tú.

—Cállate, no soy ninfómana. ¿Tengo que recordarte otra vez cuántas veces hemos estado juntos?

—No. Las llevo contando. Pero es normal. —Zack sonrió—. Conmigo es normal volverse adicta. Tu cara lo dice todo.

Con el ceño fruncido, Zoey lo golpeó en el estomagó. Zack fingió retorcerse de dolor, lo que le arrancó una carcajada.

—¡Te dije que no digas esas cosas! No lo hemos hecho tantas veces como para decir que soy adicta. Mi rostro no dice nada. La gente no anda por la vida con caras especiales, Zack.

—Estoy seguro de que no te negarías si ahora te quitara ese pijama.

—Cierra la boca —murmuró ella, golpeándolo otra vez.

De pronto, algo se arremolinó alrededor de su pie. Zoey apenas tuvo tiempo de mirar hacia abajo y ver la cara del fantasma en el agua antes de que el espíritu la arrastrara a tres metros de profundidad, hasta el fondo. Zackary no pudo sujetarla.

[13] **Ojotas:** Sandalias informales de verano.

Capítulo 7

Zoey intentó gritar, pero ese fue el error más idiota del mundo porque la boca se le llenó de agua. Sus pies chocaron con el fondo de la pileta y, desesperada, agitó los brazos para tratar de salir a flote.

No veía a Zack arriba, pero eso era lo que menos le preocupaba. Si él no estaba allí para sacarla, tendría que salir sola. Intentó impulsarse, pero el fantasma la rodeó y la apretó contra el fondo, empujándola hasta hacer que su espalda chocara contra el cemento.

Si hubiera podido llorar, lo hubiera hecho, en especial cuando la cara del espíritu se transformó, volviéndose negra hasta perder todo tipo de rostro; allí Zoey lo supo: no era un espíritu, era una sombra. Había sido una trampa. ¡Y había corrido directamente hacia ella!

La sombra la envolvió por completo, impidiendo que pudiera moverse. Estaba allí para ahogarla, para matarla de una vez por todas, e iba a lograrlo.

El dije se desprendió de su ropa y se balanceó en el agua, muerto como parecía, inanimado como se supone que debería ser, pero tan consciente de todo como la propia Zoey. Brilló, cubrió todo con su luz hasta apartar a la sombra y devolverle a Zoey la vida que se le escapaba. La chica pudo respirar a pesar de estar debajo del agua, su mente no estaba todavía lista para preguntarse el porqué. Solo quería salir.

Nadó hasta la superficie, donde el aire limpió sus pulmones. Jadeó, moviéndose otra vez en el agua, cansada, completamente agotada.

Salió de la piscina sin buscar a Zack con la mirada ni preguntarse dónde estaba. Trepó la reja y corrió por los jardines con una dirección fija, sin mirar atrás, sin detenerse ni una sola vez.

Llegó al portón de la entrada para autos del colegio y, sin dudarlo, comenzó a subirlo, agarrándose de donde podía. Pisó estratégicamente

en los lugares correctos. ¡Como si hubiera escalado portones antes en su vida! Tampoco se preguntó cómo es que lo había logrado, y menos se detuvo a pensar en eso cuando estuvo fuera del colegio. Tan solo corrió en dirección opuesta a la institución por la calle pavimentada e iluminada por faroles nuevos.

Se movió como si su vida dependiera de ello, como si lo que hubiera detrás fuera lo último que querría ver en el universo.

Lo último, lo último… ¿Qué era lo último que querría ver en el universo? ¿La muerte? ¿A Jude? ¿Un cuchillo?

Gimió mientras sus pensamientos trataban de ponerse en orden sobre lo que hacía. Si estaba Zack para protegerla, y si dentro del colegio en teoría se encontraba segura, ¿por qué corría lejos de él?

Zoey se detuvo abruptamente. Parpadeó en medio de la noche e intentó recuperar el control de su cabeza.

—¿Qué demonios? —murmuró.

Se encontraba en medio de la calle, ya a dos largas cuadras del colegio. Se volteó y miró el portón iluminado por las lámparas en las columnas de cemento, mucho más allá. ¿Por qué estaba allí?

Tampoco había nadie para cuidar este espacio. ¿Qué pasaba con los adultos en el lugar? ¿Por qué nadie la vio salir? ¿Por qué nadie la detuvo? Realmente, la seguridad era un asco.

Se llevó una mano a la cabeza y se golpeó con suavidad, manteniendo el control de sí misma. Entonces, miró su pecho. Allí, el collar titilaba con luz propia cada tanto.

Así entendió todo. El dije no solo le había salvado la vida, sino que la alejó de allí. La había controlado. Sus deseos habían sido más fuertes que ella… La había poseído.

Se llevó una mano al corazón y luego se la pasó por la cara mojada, otra vez.

—No puedes hacerme esto —dijo a la nada, a la noche, al dije—. Soy una persona. Yo no he intentado controlarte a ti. ¿Por qué lo haces conmigo entonces?

No recibió una respuesta; sabía que no la obtendría. El dije podía escucharla, pero no hablar. La otra vez, en la tormenta, la había oído, había comprendido sus palabras. Tenía que hacerlo ahora también.

Suspiró y volvió a refregarse la cara.

—No hagas eso —jadeó—. Yo solo quiero vivir, no quería estar contigo. No quería que me metieran en esto. ¡Tampoco quería que Zack muriera y él tampoco quería nada de ti! Sé que eres egoísta, que te importa solo tu destino. ¡Pero no puedes meterte en la cabeza de la gente que lo que menos quiere es meterse contigo! Derrite el cerebro

de otros, no el mío. Yo nunca voy a pedir nada de ti. Si te pedí ayuda la otra vez fue porque juntos hicimos un desastre y nos correspondía detenerlo. Fue porque cuando uno hace algo mal tiene que arreglarlo, no importa si eres un humano o un collar. —Se calló—. O lo que sea que tú seas. ¡Sabes que no voy a utilizarte, que tu magia no me importa! Yo solo quiero volver a mi vida normal y no puedo.

Contuvo las lágrimas que estaban a punto de surcar sus mejillas ya mojadas. El pijama le escurría, pero con el collar todavía brillando en su pecho, no le importaba.

—Y salvaste mi vida. Gracias.

Tampoco obtuvo un «de nada». Eso no pasaría. Era mejor buscar a Zack que quedarse allí empapada y sola, ofrecida como un filete a los leones. Corrió de vuelta al colegio y, cuando llegó al portón, maldijo entre dientes. ¿Cómo mierda había escalado eso sin romperse la cabeza? Ella era atlética, pero no tenía poderes sobrenaturales.

Bien, si lo había subido antes, lo subiría de nuevo.

Puso un pie en caño de la reja y logró alzarse a cuarenta centímetros de altura.

—Esto va a salir muy mal. Si me mato, te culparé a ti expresamente y, como Jessica suele decir, te demandaré. Seguro que allí arriba tienen servicios legales contra esencias encerradas en dijes —masculló cuando ponía el pie derecho un poco más alto.

Subió apenas un metro y medio, estaba a punto de alcanzar otra parte de la reja negra que la llevaría medio metro más arriba cuando un cuchillo afiladísimo se clavó en la madera oscura del portón, junto a su cabeza.

—Mi puntería no está muy bien que digamos —comentó alguien debajo y Zoey dio un respingo. Jude sonreía, con otros dos cuchillos de gran tamaño entre sus manos.

—Mierda —maldijo ella.

—¿Dónde está tu amigo ahora?

—¡Déjame en paz! —gritó Zoey. Tenía que subir. Dentro del colegio estaba la seguridad. No había otra salida.

—Tendré que hacerte bajar —murmuró Jude. Se estiró para atrapar su pierna y, sin dudarlo, la jaló al suelo.

Su espalda fue lo primero que tocó la grava, porque el enemigo se hizo a un lado. Las piedritas del piso se le clavaron en la piel y en la columna; durante un primer momento, creyó que no iba a poder moverse más.

Escuchó su risa y, después, obtuvo una patada en las costillas que, de querer haberle roto algo, podría haberlo hecho. Sin embargo, le

pareció igual de doloroso. Jude solo jugaba con ella.

—Me tienen un poco cansado, la verdad. Pero ahora vamos a solucionar esto y hasta que tu amigo vuelva, podemos entretenernos, ¿no, linda?

En un instante de lucidez, Zoey se giró y trató de arrastrarse lejos. El dije no iba a salvarla en esas circunstancias y sin Zack solo podía valerse de sí misma. Odió con toda su alma no poder hacer más nada que eso, que correr, pero no iba a dejar que él la atrapara así sin más.

Jude volvió a reírse y balanceó el cuchillo en el aire, yendo tras ella. Pero, gracias a Dios, la Virgen o los ángeles, una buena piedra apareció delante de su rostro mientras intentaba huir y no lo pensó dos veces. La sujetó, se giró y se la arrojó con todas las fuerzas que tenía.

La piedra le dio a Jude en la frente y, aunque estaba lejos de matarlo, cayó al suelo sentado y soltó el cuchillo. El impacto lo distrajo y Zoey logró ponerse de pie para empezar a moverse de verdad.

—¡Ni lo sueñes! —Él era rápido. Todavía desde el piso, pudo recuperar el cuchillo, estirar la mano y clavarlo en la pierna de Zoey.

El grito que se escapó de su garganta pudo haber alertado a todo el colegio, pero cuando paró, no hubo más que silencio y el único sonido fue el de la cuchilla que salía de su gemelo. Se le vencieron las piernas y cayó de rodillas, a la merced de un hombre imparable que ya había asesinado a Zack y estaba listo para cortarle el cuello a ella de una pasada.

—Acabemos con esto.

Antes de que Zoey pudiera sentir el cuchillo contra su piel, Jude voló por los aires. Zack lo corrió del camino justo a tiempo, haciéndole tanto daño como le fue posible. Le quitó el cuchillo de la mano y se lo enterró en el estomagó de un golpe, con tanta fuerza que la acción lo empujó al suelo, más allá.

Enseguida, Zack estuvo sobre ella; con los dedos apretaba el corte en su pierna.

—Mierda —murmuró él mientras se arrancaba tiras de tela de la camisa blanca—. No sé cómo curar esto.

Rápidamente, hizo un torniquete en la rodilla y apretó tela contra la herida. Muerta de dolor, Zoey negó.

—Hay mucha sangre —lloró, mirando a su alrededor. ¿Y si había dañado un nervio o una vena importante? No podía moverse.

—Necesitamos ir a un hospital.

Zack la levantó en sus brazos y pasó por encima de Jude, que

gemía en el suelo. Su herida era mucho peor que la de ella; o moriría pronto o al menos iba a estar fuera de combate por un tiempo.

Usando toda la fuerza que tenía, Zack corrió al hospital más cercano, que estaba en la ciudad vecina y era el único que tenía guardia durante la noche.

Sin saber siquiera qué iban a decir para explicar la herida, irrumpieron en la sala de emergencias. Tenían la ropa manchada de sangre y los rostros pálidos. Dos enfermeras voltearon a verlos, sorprendidas.

—Nos asaltaron —soltó Zack en el momento—. Le clavaron un cuchillo.

Enseguida, subieron a Zoey en la camilla para transportarla por los pasillos hasta una habitación en donde Zack la perdió de vista. Durante más de una hora se quedó sentado en la sala de espera, sin tener noticias de ella. Como lo suponía, la herida había sido grave y ahora temía que hubiera afectado algún hueso, arteria o tendón. Eso sería complicado y podría traer problemas con la escuela y con su familia si Zoey no estaba en su cama por la mañana.

Esperó con la cabeza apoyada contra la pared hasta que la enfermera lo llamó para indicarle que todo estaba bien y que podía pasar a ver a la chica.

Zoey estaba quieta sobre una cama, se veía cómoda, aunque con el rostro pálido y turbio. La herida estaba vendada y ella pasaba los ojos de la enfermera a Zack.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Zoey asintió y lo llamó disimuladamente con los dedos. Él se acercó lo suficiente como para que ella pudiera hablarle al oído.

—Llamaron a la policía, estarán aquí en nada. ¡Quieren nuestros datos para una denuncia y para llamar a nuestros padres!

Él se irguió de pronto, echando una mirada a la enfermera que anotaba algo en un papel. Eso significaba que tenían que escapar y pronto.

«Oh, genial», pensó. Iba a tener que poner a dormir a una buena mujer.

Zack miró a su compañera, tomó aire y se giró con una sonrisa impecable. La enfermera pensó que el dulce niño quería agradecerle, pero él la noqueó[14] y la mujer cayó al suelo inerte como un saco de papas.

—Espero no haberle hecho daño —murmuró él con la mirada en la puerta. Tenían que correr.

Ayudó a Zoey a bajar de la cama y ella se subió a su espalda,

apretando las piernas contra su cintura tanto como el dolor le permitía. Nerviosos por lo que iban a hacer delante de tanta gente, salieron de la habitación y corrieron por la sala de emergencias.

Los pocos médicos y enfermeras que estaban allí pegaron gritos en el cielo e intentaron ir por ellos, pero Zack era más rápido, inhumanamente más rápido. Esquivó la camilla que intentaron poner en su camino y saltó por encima de una mujer gorda en bata blanca que gritaba aterrada.

¡Vaya espectáculo estaban dando!

—Cuidado, ¡cuidado! —chilló Zoey al ver cómo un hombre que esperaba en la sala, enorme como un gorila, y se lanzaba sobre ellos. El pobre hombre pensaba que Zack se robaba a la chica herida y, como todos intentaban evitar que salieran, su buen corazón lo llevó a ayudar.

Lástima. Zack lo golpeó en el estómago y el tipo, con su enorme tamaño y todo, cayó sobre un banco de espera, rompiéndolo completamente. Los gritos aumentaron de volumen y tuvieron que esquivar ágilmente a un oficial de seguridad que había aparecido de la nada. Al menos, aún no se trataba de la policía misma.

Salieron del hospital tan rápido como pudieron, Zackary corría más rápido que durante el trayecto previo. Saltaron sobre un auto para ganar terreno, viraron hacia la ruta y, entre las sombras, volvieron al pueblo. Sin problemas, él brincó el portón del colegio y trepó hasta la ventana del cuarto, justo cuando la lluvia comenzaba a tronar sobre sus cabezas.

Se dejaron caer en la cama de Zoey, agotados —ella en realidad, Zack solo mentalmente— y miraron el techo a oscuras.

—¿Y quién me va a sacar los puntos? —preguntó Zo en un susurro, antes de que ambos soltaran un sonoro suspiro.

No era agradable tener quichicientos puntos en la pierna; primeramente, porque no tenía cómo explicarlo ni cómo excusarse en la clase de Educación Física, menos en Natación. Había tenido suerte conforme a las arterias, venas y tendones. Al parecer, el cuchillo había entrado en un ángulo en el que ni siquiera había llegado al hueso. Solo tuvieron que suturarle los cortes internos antes de coser los externos. Pero eso no significaba que no le doliera y que en algún momento una persona competente tuviera que revisar la herida y sacar los puntos.

—Yo me encargaré de todo —dijo Zack antes de que se fueran a

dormir esa noche—. Aprenderé cómo.

Por supuesto, eso no le daba seguridad alguna a Zoey. Ese día fingió sentirse mal para escapar de Educación Física y tendría que fingir al día siguiente también para escapar de las dos horas de Natación, si es que no llovía de forma tormentosa.

Al final, después de esa terrible ola de calor, las lluvias que estallaron en la provincia fueron terribles. En distintas partes de la zona, e incluso en la capital, se encontraron techos volados, árboles caídos, personas heridas y barrios inundados. El río había aumentado su caudal en grandes cantidades, lo que lo había hecho peligroso. Ahora las autoridades temían por una crecida atroz si las lluvias continuaban de esa manera. Pero para Zoey, que las lluvias continuaran significaba salvar su existencia y no tener que explicar cosas inexplicables.

Con Jessica en clases, le quedaba nada más quedarse tranquila en cama. La patada de Jude no había roto ninguna costilla, como le habían hecho saber en hospital, pero seguía doliendo. Moverse no era agradable y cada vez que tenía que salir de la cama para ir al baño lloriqueaba como un bebé.

—Te traje antiinflamatorios —dijo Zack, tendiéndole una botella de agua que había robado de la cafetería y varias pastillas que había hurtado de la enfermería.

Zoey se tomó un ibuprofeno de 600 mg. Y, una hora más tarde, un paracetamol de 400 mg. Así, las molestias se redujeron y pudo dormir una buena siesta mañanera para recuperar el insomnio de la noche.

—Júrame que no vamos a salir nuevamente por estupideces —le dijo a Zack al despertarse cerca del mediodía. Él le corrió el cabello de la cara y le plantó un beso en la frente.

—Te lo juro. ¿Ahora vas a explicarme por qué mierda saliste del colegio?

Ah, la parte interesante. Zoey se irguió lo más que pudo, ante la mirada molesta que le dirigía.

—Tengo la respuesta a la palabrita que estaba escrita a mano en el libro.

—¿Cuál de todas? —murmuró él.

—Posesión. —Ahora todo tenía sentido. El dije podía poseer a las personas; no solo eran sus portadores, sino que eran sus cuerpos—. Él me poseyó. Me dijo qué hacer, movió mi cuerpo y mi mente —le

explicó, tomando el collar con la punta de los dedos—. No sé cómo recuperé mi conciencia. De pronto te recordé a ti y… ¿Dónde diablos estabas tú, eh?

Zack hizo una mueca.

—¡Juro que intenté sacarte del agua! Pero, por supuesto, nuestro muy querido amigo Jude me alejó del combate, no sé qué demonios me hizo, pero algo en su magia me lanzó hasta el bosque y más allá. ¿Puedes creerlo? ¿Él? ¿A mí? —jadeó.

—No quiero ser mala —murmuró Zoey—, pero ya te sacó de combate antes.

—Pero era mortal. No soy mortal ahora. Este tipo tiene nuevos trucos bajo la manga. Entiendo que sea hechicero, pero… —Zack se levantó de la cama y deambuló por el cuarto—, hay cosas que no tienen sentido. Primero las sombras, luego el fantasma que no era un fantasma. ¡Y estas nuevas cosas que tiene Jude en su poder para sacarme a mí del colegio sin haber entrado! Caí cerca del templo y estuve raro durante unos minutos. Fue muy extraño, casi como estar noqueado. No entendía nada y tampoco duró mucho —se apresuró a agregar—, pero fue suficiente como para llegar a ti. Simplemente fue como ser absorbido por algo. Cuando pude ver a mi alrededor, no estabas a mi lado. ¡Y eso no lo hace un tipo como él así nomás!

—Pero dijiste que es un hechicero, vimos que puede hacer cosas mágicas, ¿por qué no podría hacer todo eso?

—Porque esta magia que vimos últimamente no la puede hacer un hechicero como él, un humano común y corriente, ¡no es normal! —Zack se pasó ambas manos por el cabello rubio—. Jude no está solo. Si no, piensa exactamente en cómo se encargó de asesinarme a mí en primer lugar. Él no puede pisar el colegio, las sombras tampoco podían antes, pero de alguna forma me puso una trampa que guio al dije al sótano. ¿Cómo? Él no lo hizo solo. Y ahora, ese fantasma se convirtió en una sombra dentro de la piscina. Hay cosas que no cierran.

—¿Y entonces quién podría haberlo ayudado? ¿Adam?

Zack torció el gesto.

—Quizás Adam pudo haberlo ayudado en algunas cosas. Pero Adam tampoco es mago —escupió—, creo… Y si lo fuera tampoco podría hacer cosas así. El que está con Jude es fuerte, pero no tengo idea de por qué no da la cara.

Zoey guardó silencio, mientras lo pensaba.

—Pero, en realidad, no sé, es que pienso que muchas cosas no cuadran, porque fue Adam quien nos dijo lo de la escuela, que era tierra segura. Él sabe cosas y no podemos jurar que no tenga ese

poder, ¿no?

Zack empezó a negar antes de que ella terminara.

—No, no, es que no puede ser. Me dieron estos poderes para ser mejor que todos ellos. La magia no es para cualquiera, y quienes pueden manejarla no logran hacer cosas así.

—¿Seguro?

—Están haciendo cosas equivalentes al dije, pienso yo. Y nada puede ser equivalente al dije.

Zoey apretó los labios. Zack no se veía muy seguro, pero ella lo entendía. Era increíble que a él lo hubiesen largado al mundo siendo tan ignorante de todo, preparado para morir sin poder hacer nada para evitarlo. Para ella, era más que posible que la gente hiciera magia, se había acostumbrado a verla. Suponía que el dije era incluso más poderoso que los humanos como ella, pero no conocía a otros brujos y magos como para compararlo. Quizás en eso Zackary sí tenía más idea.

—Es que yo era pésimo en la magia —replicó entonces, encogiéndose de hombros para fingir que no importaba—. Mi abuelo quiso enseñarme mientras estaba vivo, decía que, sin el dije, mucha gente puede hacer magia básica, como hechizos de protección, pero no me salían muy bien que digamos. Siempre fui mejor en lucha física. Tomé clases de artes marciales durante muchísimos años. Mi abuelo dijo también que cuando yo tuviera el dije todo iba a ser distinto, porque era cosa de la familia. Pero cuando recibí el collar tampoco me salieron bien los hechizos. Aprendí un montón, pero jamás funcionaron. Y ya sabes, me rompí algunos huesos.

Zoey le sonrió y le palmeó el hombro. Zack era bueno en miles de cosas y no tenía por qué sentirse de esa manera. Al fin y al cabo, ella consideraba que tampoco sería buena en la magia y no había que sentir pena por eso.

—No conozco a otro mago además de Jude; y si lo pones así, entonces significa que es muy bueno.

—Eso seguro. Pero, no sé, cada vez que creo que algo tiene lógica, me doy cuenta de que en realidad es incoherente

Y eso era todo lo que sabían: que no sabían nada en verdad y que estaban más perdidos que una paloma en la Antártida[15]. Por eso era tan importante traducir el cuaderno y estar preparados para todo. Era posible que Jude recibiera ayuda de alguien más. Pero ¿de qué les servía temerle a ese alguien más si primero estaba Jude dando la cara con sus ataques? Tenían que aprender lo suficiente sobre el collar como para enfrentarlo a él primero. Y, en realidad, si le temían a alguien, tenían que temerle a ese nuevo Jude con mayores poderes.

Zoey estaba casi segura de que el enemigo volvería aparecer, porque muerto no estaba.

---

[14] **Noquear:** Anglicismo derivado de “Knock out” (dejar inconsciente con un golpe).
[15] **Más perdido que una paloma en la Antártida:** Expresión utilizada en Argentina para indicar un alto grado de desorientación.

Capítulo 8

—¿Por qué cojeas? —le preguntó una compañera de clases.

Zoey intentó ponerse lo más derecha posible. No creía que cojear fuera la palabra indicada porque apenas era capaz de apoyar bien el pie. Sabía que lo mejor hubiera sido quedarse en cama, pero no podía permitirse faltar a clases por más tiempo. Ya no le quedaban excusas y la enfermera del colegio había ido a visitarla para ver si seguía resfriada. Como ya no parecía enferma, no podía hacer nada.

—Me doblé el tobillo.

—¿Y por eso la venda?

La venda se notaba bastante debajo de la media[16] escolar. Zoey rezaba para que ningún profesor le preguntara qué demonios le había pasado. Se lo había ocultado a la enfermera, pero sabía que, si se aparecía con el uniforme de gimnasia sin permiso, podrían ponerle una amonestación. Hubiera sido más cómodo, la verdad, porque Zack era terrible haciendo vendas y más malo aún siendo cuidadoso a la hora de desinfectarle la herida. Jamás iba a quedar bien con una media escolar por encima y le molestaba el bulto y lo apretado que estaba.

—Es para mantener el tendón quieto —balbuceó sin tener idea de lo que decía.

Sofía se irguió y parpadeó. Ella tampoco entendía nada del tema.

—Espero que te mejores pronto, entonces.

—Gracias, Sofi —le dijo Zoey con una sonrisa. Le costó disimular el esfuerzo cuando se sentó en su escritorio, pero hizo lo mejor que pudo. Jessica llegaba tarde y James ya volteaba la cabeza hacia la puerta como un frenético—. Se quedó dormida, no se la va a comer un monstruo en el pasillo —añadió ella en voz alta.

Él sonrió y se levantó de su silla para acercarse a Zoey.

—Sabes, quería preguntarte algo sobre Jess, pero… —James dudó —, me gustaría que no se lo dijeras.

Zoey intentó adivinar hacía dónde iba eso y asintió con la cabeza.

—Está bien, pregúntame.

—Bueno, quería saber sobre ella y Adam Smith. Sé que salieron y luego Adam se borró y Jessica no estuvo bien.

—Sí, fue así.

—¿Ellos…? ¿Jessica estuvo con él?

Zoey frunció los labios. Justamente esa era una pregunta que solo Jessica debía responder. Era posible que su amiga no quisiera que James se enterara de qué tanto se había metido con Adam.

—Bueno, con respecto a eso, yo no puedo decirte hasta qué base llegaron porque no lo sé —mintió con prisa—. Jessica y yo estábamos peleadas en ese entonces. No nos hablábamos mucho.

James alzó las cejas, sorprendido.

—¿De verdad? ¿Ustedes dos sin hablarse? No pensé que habría sido tan serio.

—Pues sí. Yo no quería a Adam con ella porque ya imaginaba que no era un buen tipo. Y a Jessica no le cayó muy bien cuando le dije que debería dejarlo.

James asintió y miró hacia un costado con disimulo.

—Entonces, si ustedes dos ahora se hablan, quiere decir que tengo tu aprobación de amiga, ¿verdad?

Tentada por el comentario, Zoey rio.

—Claro que sí. Tú no eres como Adam.

—Era un tipo raro, ¿eh?

—La verdad que sí. Yo te diría que no hables de eso con Jess. Es decir, pregúntale si crees que es necesario saber si han tenido relaciones o no, pero Adam Smith es como el innombrable, ¿entiendes? Ella la pasó muy mal —explicó Zoey.

James volvió a asentir y se paró de un saltó cuando Jess entró al aula, despeinada pero feliz.

—Dormí como un bebé anoche —contó, sentándose en el lugar donde James había estado—. ¡Amo la brisa fresca que entra por la ventana!

—¡Y yo! —James se inclinó para besar a Jess en la mejilla—. ¿Crees que podamos hacer algo este viernes?

Jessica sonrió. Se notaba que le gustaba James y que estar con él la hacía feliz. Y para Zoey, un rato de Jess con James significaba un rato a solas con Zack.

Durante esos días no había tocado el cuaderno para traducir, aunque la curiosidad sobre la posesión era demasiado fuerte. Zack se la pasaba en internet informándose sobre cómo cambiar vendas, cómo desinfectar heridas profundas y cómo quitar puntos, aunque se suponía que debían esperar dos semanas todavía. Por otra parte, los exámenes volvían, irremediablemente, y ella ya se estaba poniendo a leer los apuntes de las materias que más le costaban.

Jessica y James le habían ofrecido hacer un grupo de estudio, estaban muy interesados en Zoey por las buenas notas que había obtenido el trimestre anterior, pero ella quería que la dejaran sola para poder usar a Zack de profesor. Además, así podría quejarse tranquila de cuánto le dolía la pierna.

Ese sábado, ambos se escabulleron en la biblioteca luego de un lento trayecto por los pasillos del colegio. Buscaron la mesa más apartada entre las estanterías. Zoey desparramó los cuadernos y Zack comenzó a ordenarlos por materias. Al menos, estudiar los distraía de las cuestiones que les preocupaban.

—¿Qué hay de Química?

—El tema de ayer me costó un montón entenderlo. La profesora dijo que la semana que viene haríamos una prueba en el laboratorio para tomar apuntes, y la otra semana tendremos el examen —explicó Zoey.

—¿Pero lo entendiste o no? —inquirió Zack, buscando el tema en la carpeta.

—Algo, aunque me gustaría repasarlo.

—Sí, porque después vas a tener que explicárselo a Jessica. Eso te vendrá bien, ¿sabes? Repasarás otra vez al ser profesora de los demás.

—No soy buena explicando.

—Lo serás —resumió el chico—. En verdad van a extorsionarte para exprimir tu cerebro.

Zoey alzó las cejas.

—¿Extorsionarme? Ni con extorsión conseguirían exprimir mi cerebro.

—Sí, si quieres salvar a alguien más. —Zack se mostró muy serio en el asunto—. Yo dejaría que exprimieran mi cerebro por ti.

Ella le sonrió.

—Eso es dulce, pero empecemos por tener en cuenta el punto de que no tienes un cerebro que exprimir.

—¿Por qué nombrar lo que me faltas si puedes nombrar lo que tengo? Y lo que tengo está muy bien puesto.

Ya sabiendo por dónde iba a seguir la conversación, Zoey le

arrebató el libro. Había ido a estudiar, no a que él se zarpara[17] con sus comentarios halagadores de sí mismo. Además de que no quería oír la frase «Anoche tuve una noche…» flotando en el silencio de la biblioteca. Empezó a recitarle los ejercicios de matemática que no entendía y consiguió que Zack se distrajera lo suficiente.

El estudio no duró mucho. Después de que Zack consiguiera hacerle entender dos ejercicios, Jessica y James aparecieron entre las estanterías.

Jess frunció el ceño al ver al conejo tirado sobre la mesa. Como siempre, le daba miedo y desconfianza.

—¿Estabas aquí sola? ¿Por qué no nos avisaste?

James se sentó frente a ella y le robó el apunte.

—Para mí que nos engaña con alguien más —terció él, agitando las hojas escritas con la letra de Zack—. ¿Con quién nos traicionas, Scott?

—No seas bobo. —Zoey recuperó su apunte—. ¿Cómo me encontraron?

—El trimestre pasado te la pasaste estudiando aquí —murmuró Jessica con los ojos clavados en Zack—. Así que vinimos a chequear.

—Y te encontramos. ¿Dónde está el tercero en discordia, eh? ¿Acaso es el chico rubio con el que te besabas en la fiesta? —James la apuntó con un dedo, como si él fuera también su mejor amigo de toda la vida y exigiera respuestas.

—Oh, no, no imites a Jess —bufó ella—. Además, ¿tercero en discordia? ¿Ustedes vienen en dupla o qué? Porque si no conté mal, nosotros ya somos tres.

—Jessica y yo somos uno solo —respondió James con tanta naturalidad que a su chica le subió el calor hasta las cejas.

—No seas imbécil —gruñó la morocha, pero ambos ya se habían delatado. Al parecer la cita del viernes había salido bien para ambos. De seguro ya eran novios de forma oficial. La chica parecía más feliz de lo que había sido con Adam—. ¡Me olvidaba! —chilló Jess de pronto, buscando desviar el tema—. Me enteré de que tendremos un nuevo compañero a partir del lunes.

—Rarísimo —aportó James y Zoey estuvo de acuerdo con él.

—¿En octubre? ¿No es un poco…? —preguntó.

—¿Extraño? —Jess finalizó la frase de su amiga y se encogió de hombros—. Tamara y Sofía dicen que el chico mató a alguien en su anterior colegio.

—Oh, vamos —rio James—. ¡También dijeron que debe ser el hijo de un espía encubierto! No tiene ni pies ni cabezas. Seguramente el chico tuvo algún problema en su anterior colegio y no le quedó otra

que terminar el año aquí.

—Justo aquí —susurró Zoey, alzando las cejas—. Como que no somos el colegio más conocido de la zona.

—Es el único que es privado —Jess se encogió de hombros otra vez.

—Con eso tienes un punto, linda.

—Bueno, supongo que será interesante —corroboró Zoey sin tener nada más que aportar.

—Sí, y si el rubio no vuelve —James sonrió—, podrías intentar conquistar al muchachón.

Zoey le dirigió una mirada elocuente. ¿Por qué estaban tan desesperados por emparejarla con alguien? Ella no tenía tiempo para personas vivas; además, entre los muertos estaba su amor platónico de toda la historia.

Con Zack tirado sobre la mesa, los chicos repasaron matemáticas hasta que el teléfono de Zoey se volvió loco en su bolsillo. Lo atajó con las manos antes de que armara más escándalo y contestó. Su padre la saludó con ánimos, pero, por detrás, Zoey podía escuchar a su madre en su parloteo intenso.

—Estaba estudiando —contestó, cuando le preguntaron por sus actividades.

—Esperamos no estar interrumpiendo, pero mañana quisiera ir por ti al colegio, para que pudieras pasar el día aquí.

Zoey se mostró sorprendida.

—¿Y eso por qué? Me hubiera venido a buscar ayer, no mañana, en pleno domingo. No podría aprovechar el fin de semana.

—Zoey. —El señor Scott bufó—. Tu madre dio a luz hace dos horas. ¡Tienes un hermanito!

Casi se le cae el teléfono. ¿Cómo pudo haber olvidado que su madre ya estaba en fecha?

«Oh, genial, el crio ya estaba aquí».

—¿De verdad? ¿Y tiene todos los dedos? —preguntó, sin saber que decir.

—¡Por supuesto! Su nombre es Mateo, ¿qué te parece?

Bueno, Mateo no sonaba mal para el pequeño Scott, pero por alguna razón a Zoey le daba igual.

—Oh, vaya, es… es bonito.

—Arreglaré las cosas para retirarte por la mañana. No tendrás de que preocuparte, en la noche estarás de vuelta a tiempo para prepararte para las clases del lunes.

Perdería un día de su vida por ver a un estúpido bebé que aún no

hacía nada. Le respondió a su padre todo que si, miles de veces, hasta que al final colgó el teléfono impaciente. Volvió hasta la mesa donde James y Jess seguían leyendo la teoría y comenzó a meter sus cosas en la mochila.

—¿Algún problema? —preguntó James.

—Mi madre acaba de parir un crio —dijo, como si fuese una peste. James abrió los ojos como plato y Jessica saltó de su silla.

—¿Tu hermano ya llegó? ¡Eso es fantástico!

—Sí, lo que tú digas. Voy al cuarto a prepararme las cosas para ver al niño.

Se puso a Zack debajo de un brazo y salió de la biblioteca con su ritmo metódico y cojo, colgándose la mochila azul al hombro. Apenas llegó a la habitación lanzó las cosas sobre la cama y buscó el bolso que usaba para las salidas. Eso iba a ser muy aburrido, así que metió los apuntes de historia y la laptop para matar el tiempo en la sala del hospital. No es como si fuera a pasar todo el maldito día al lado de la cuna. Más valía que no.

—¿Vas a arrojarlo por la ventana o algo? —se burló Zack, tomando forma humana mientras ella se quitaba los zapatos.

—Por favor.

—No es tan malo tener hermanos.

—Eso lo dices porque tú nunca tuviste que cambiar pañales. Mi verano será una inexcusable jornada de limpiar pipi y popo por todas partes.

Zack soltó una sonora carcajada.

—¡Jamás podré imaginarte como madre, Dios!

Malhumorada, Zoey se sacó también las medias rojas y, descalza, caminó hasta el armario para buscar un pantalón más cómodo, tal vez el del pijama.

—No seas tonto, sí que me gustan los niños.

—¿Solo que cuando no son tuyos son horribles? Realmente, podrías no tenerlos si no quieres. Hay maneras de evitar que te inflen el bombo[18].

Zoey se giró hacia él, sosteniendo el pantalón rosa de algodón con las manos.

—¡Que no seas tonto! —le urgió y él esbozó una de sus picaras sonrisas—. Que no me haga feliz la idea de cambiar pañales no quiere decir que no vaya a tener hijos algún día. Los bebés son más lindos cuando son de uno, en eso tienes razón.

—¿Segura? Yo pensaba que eran más lindos cuando no son de uno.

—Cuando son tuyos los toleras porque tienen tu sangre. Cuando no son tuyos, si son insoportables no hay genética que refrene tus deseos de darle tundas en el trasero. Solo te refrena que no eres una persona golpeadora de niños.

—Hablas como si lo fueras.

Zoey puso los ojos en blanco. Que algunos niños la volvieran loca, como su malcriada primita, no quería decir que fuera mala con ellos. Se quitó el *jean*, estirándolo con cuidado por encima de su herida. Zack se aproximó a ella y se agachó para recoger el pantalón del suelo. Enseguida, pegó sus labios a su muslo y lo besó con deliberada lentitud.

—¿Sabes que me gustan mucho tus piernas? Incluso con esta horrible herida de guerra —dijo él besándole la venda antes de llevar el mentón a su muslo otra vez.

Ahora, a Zoey le temblaban. ¿Dónde estaba la seguridad que tenía recién al quitarse los pantalones?

—Creo… que alguna vez lo dijiste —murmuró, mirando como boba cómo él subía, deslizando los labios por su piel sin despegar los ojos de su mirada.

—Sí, ¿y te dije qué otra cosa me gusta mucho?

La puerta se abrió despacio, pero por primera vez en todos esos meses, ni Zack ni Zoey tuvieron tiempo de sobreponerse. Jessica se quedó en la entrada con la boca abierta y con el pánico recorriéndole el rostro a medida que reconocía al famoso rubio, con la cara casi entre las piernas de su mejor amiga.

—Oh… mi… Dios —fue todo lo que ella pudo decir.

Pero Zack y Zoey lo corearon en sus mentes.

---

[16] **Media:** Calcetín
[17] **Zarparse:** Pasarse de la raya. Decir algo fuera de lugar a propósito.
[18] **Que te inflen el bombo:** Expresión vulgar para decir “que alguien te deje embarazada”.

Capítulo 9

—Jess… —empezó a decir Zoey.

Temía que pudiera desmayarse. Zack, por su parte, no se atrevió a moverse. ¿Y si eso hacía que Jessica enloqueciera a los gritos?

—¡No!, ¡no!, ¡no!, ¡no! —repitió Jessica una y otra vez. Se tapó los ojos y volvió a mirar cada vez más pálida, como un fantasma. ¿Hubiera sido buena idea convertirse en conejo cuando no me miraba? No, Jessica sabía lo que había visto—. Dime que no es cierto. Dime que estoy loca, dime que lo que tienes ahí agachado no es a Zackary Collins o voy a hacerme pis en encima.

Zack se movió despacio, alejándose de las piernas desnudas de Zoey, pero no habló. Se quedó agachado en el piso, todavía tranquilo.

—Jess, tranquila. Solo… cierra la puerta y te lo explicaré.

—¿Qué quieres explicarme? —chilló Jessica, evitando mirar al chico con todas sus fuerzas. Dio una vuelta en la puerta sin saber si correr, llorar o vomitar, de la misma forma que lo había hecho Zoey en su primer encuentro—. ¡Mierda! ¡Yo lo vi muerto! No fuiste la única que vio su cadáver. ¡Está muerto! ¡Está muerto!

Temiendo que sus gritos alertaran a sus compañeros, Zoey cerró la puerta de un golpe.

—No grites tanto, por favor.

—No, no. Abre eso —suplicó—. No quiero estar encerrada aquí con esta cosa al mismo tiempo. Por favor —chilló la chica, clavándole las uñas en el brazo y pegándose a la puerta como un moco—. Es un fantasma, ¿no es cierto? ¡Por Dios, Zoey! ¡Es un jodido fantasma y está con nosotras! —Entonces, hizo cálculos mentales. Las pupilas se le dilataron más—. ¿¡Hace cuánto tiempo que está con nosotras!?

—No, Jess, cálmate.

—¿Cómo que no? —la voz se le ponía cada vez más aguda. Empezó

a gritar miles de cosas a la vez y Zoey no pudo seguirle el hilo. Jessica terminó arañando la puerta. Tiró del picaporte con todas sus fuerzas, con los dientes apretados, pero la rubia puso su espalda contra la madera—. ¡Déjame salir!

—¡Ni de broma! —replicó Zoey, resistiendo.

Jessica podía ser tan menuda[19] como ella, pero tenía más fuerza de lo que había imaginado. Era el miedo lo que sacaba toda esa adrenalina.

—¿No sería mejor que yo lo explicara? —preguntó Zack desde el suelo y Jessica volvió a chillar como loca, mientras intentaba apartar a su amiga de la puerta.

—¡No! —lo reprendió Zoey, olvidando que todavía estaba medio desnuda—. Tú cierra la boca, no vas a ayudar.

—¡Encima habla!

—¡Jessica, por Dios! Todo tiene una explicación, si dejas de gritar te contaré todo.

—¿Cómo quieres que deje de gritar cuando estoy a punto de sufrir un paro cardiaco?

—Oh, vamos Jess —se metió Zack—. Eres joven para sufrir un paro cardiaco. A lo sumo puedes morir de otras cosas. Es más probable que te mates en un accidente de auto que…

—¡Zack!

—¡No puedo quedarme callado ahora que me vio! Me aburro.

—¡Maldita sea! —Zoey le señaló de inmediato la puerta del baño—. Entra ahí y no salgas hasta que yo lo diga.

Zack bufó como un niño pequeño y se encerró en el baño. Jessica se relajó pronto al no tenerlo presente, pero sus ojos castaños estaban todavía dilatados. Tratando de mantener la calma y el silencio, Zoey la sujetó por los hombros y la obligó a sentarse en la cama.

—Yo hablo y tú escuchas. No vale interrumpir.

Jessica no dijo que sí, sus ojos se clavaron en la puerta blanca del baño.

—Júrame que no va a salir a comerme. Ni a matarme —pidió.

—Él no va a hacer eso. Zack no es malo.

—Está muerto —repitió Jessica.

—Sí, lo está.

—No entiendo.

—Si te calmas, te lo explicaré —dijo Zoey, palmeándole el brazo.

Al final Jessica asintió.

—¿Es realmente él?

—Sí.

—¿Es un fantasma? —insistió su amiga.

—No exactamente. Tiene un cuerpo de verdad, pero no es mortal —Zoey se encogió de hombros, esperando que eso no fuese más confuso. Pero Jessica no se detuvo a pensarlo demasiado.

—Esto tiene que ser una broma —balbuceó ella.

Despacio, Zoey sacó el dije de debajo de su remera de mangas cortas.

—Esta es la razón por la que Zack sigue aquí.

La cara de Jessica fue épica, en ella se leía: «Me estás jodiendo, ¿ese estúpido collar hace que el muerto del año esté entre tus piernas en nuestro cuarto?». Cuando Zoey le explicó lo que supuestamente era el dije y que había sido la causa de la muerte de Zack, el rostro de su amiga se descompuso. Creyó que iba a vomitar también cuando le contó, además, que ahora la que podía morir era ella.

—Por eso Zack volvió. Lo enviaron de vuelta para cuidarme.

—¿Quiénes? —preguntó Jess, pero ni Zack ni Zoey tenían respuestas para eso. Cuando negó, Jessica tragó saliva—. ¿Y Adam?

No era tan extraño al final que Jessica intuyera que él tenía algo que ver en el asunto. Zoey tomó aire y metió el collar de nuevo bajo su ropa.

—Adam quiere el dije. Cuando se dio cuenta de que yo lo tenía, se acercó a ti. Y… lamento mucho haberte metido en esto. Intenté advertirte que Adam no era de confiar, ¿pero cómo podía darte verdaderas razones? Todo era basado en lo que Zack y yo pensábamos. Y se supone que Zack no debería estar aquí.

Jess no dijo nada, guardó silencio durante unos cuantos minutos mientras flexionaba las rodillas y abrazaba sus piernas con los brazos.

—Es por eso que no puedes olvidar a Zack —murmuró ella—. Él ha estado aquí siempre. También mientras yo me cambiaba —gruñó entonces.

—Te juró que nunca le dejé ver cuando te cambiabas. Él no es así. —Y tuvo que morderse la lengua, porque sí lo era, pero no con Jessica.

—Y el famoso chico rubio, ¡era él! ¿Cuántas veces te has encerrado en el baño con él? ¿Se metía a través de las paredes o algo?

Zoey negó con la cabeza, sintiendo el calor acumulándose en sus mejillas.

—El conejo…

—¡Oh, mierda! —Jessica se paró sobre su propia cama y agitó los brazos como una loca—. ¿Me estás diciendo que ese jodido muñeco es él? ¡¿Todo este tiempo?!

Zoey asintió despacio y tiró de su falda para obligarla a sentarse.

—Es la forma que toma para que no lo vean como… como él.

—¡Yo te dije que era tétrico! Siempre pensé que se movía solo. ¡Y lo hace!

—Fuera del colegio Zack tiene que venir siempre conmigo para evitar que me maten. Y con eso… la vez que seguiste a Adam al bosque… ¡No se te ocurra volver a hacer algo así!

—Adam también quiere matarte —susurró entonces Jess, más como una pregunta—. Y lo del bosque, ¿me hizo ir detrás de él para que tú fueras por mí?

Eso era más difícil de explicar. Lo de Adam era un tema serio, especialmente porque no sabían para qué bando jugaba. Apretó los labios en una fina línea e intentó contar las cosas de la mejor manera posible. Jessica escuchó, comprendiendo por fin por qué debía alejarse totalmente de Adam si volvía a verlo.

—¿Crees que no gritarás si le pido a Zack que salga del baño?

Jess asintió, un poco resignada, como si la idea de ver Zack le desagradara más que hablar de Adam.

—Aunque hay ciertas cosas que tú y yo tenemos que hablar. ¡Punto número uno: lo besaste! ¡Punto numero dos: él estaba entre tus piernas! ¡Y tú solo con unas braguitas! —Señaló sus piernas desnudas, con una ceja oscura arqueada; no dijo nada sobre la venda, parecía que lo otro era más importante—. Te das cuenta de que está muerto de verdad, ¿no es así?

—Lo sé Jess. Y…. —Zoey se mordió el labio inferior—. No solamente nos besamos un poco.

Jessica se quedó en blanco y luego, volvió a pararse sobre la cama.

—¡Maldita! Tuviste sexo con él, perdiste tu virginidad, ¡y no me lo contaste!

Estupefacta, sabiendo que Zack podía oírlo, y tal vez el resto del colegio también, Zoey la sentó de un tirón, de nuevo.

—¿Qué querías que te dijera? ¿Qué me acosté con un muerto? Ibas a volverte loca y ya llevabas días molestándome con lo de la fiesta. No se suponía que debías vernos.

—¿Y entonces para qué se pasean por todo el salón chuponeándose? —espetó ella—. Ahora Zoey, si se besaban y me dices que tuvieron sexo, es por algo. Yo sé muy bien que estás enamorada de él. ¿Pero… y él?

Zoey bajó la voz.

—Bueno, me ha dicho que me quiere —admitió—. Y sé que es así porque también lo demuestra. Sé que haría cualquier cosa por protegerme y eso lo ha hecho verbal también. Sé que, si pudiera, moriría de vuelta por salvarme.

—Oh, eso último es dulce.

—Sí, pero todavía faltan cosas —agregó en un susurró, esperando que eso no lo oyera él. Se inclinó hacia ella y le dijo en el oído—: He intentado decirle que lo amo. Pero me has interrumpido, maldita.

Jess arqueó las cejas.

—Eso no es mi culpa.

—No, lo cierto es que no —corroboró Zoey—. Pero sí me la cagaste una vez.

Jess se quedó callada y, de pronto, como si el silencio o la tranquilidad la molestaran, saltó de la cama y volvió a parlotear sobre Zack, sobre la muerte y sobre cómo ella pudo haberle ocultado eso durante tanto tiempo.

Zoey ya no dijo nada más, no tenía caso. Hasta que ella lo aceptara, no iba a haber forma de calmarla. Por lo menos ya no gritaba a todo pulmón. Cuando Jessica empezó a hablar sobre cada cosa extraña que había notado, ella fue hasta el baño y liberó al chico; él asomó la cabeza, disgustado.

—No va a golpearme con algo, ¿o sí? ¿O a lanzarme por una ventana cuando no te des cuenta?

Ante la mención de la amenaza que Jess había hecho hacía unos días, ella gritó y le lanzó una almohada la cara.

Perfecto.

—Te lo llevas, ¿verdad? —murmuró Jessica por la mañana, todavía escondida debajo del acolchado a pesar de que llevaba casi dos horas despierta. Zoey creía que intentaba cambiarse sin que Zack la viera.

Ellos, por su parte, la miraban entre divertidos e impacientes. Jess ya estaba enloqueciendo demasiado.

—Si me quedara, no te haría daño, Jessica —intervino él, como conejo, lo que le ponía los pelos de punta a la chica—. Cálmate, no soy un monstruo. No mato gente ni violo chicas, eh.

—No, para nada —ironizó ella, con la voz ahogada—. No me tocarías a mí, eso lo tengo clarísimo. Zoey viene primero en la lista de presas. Solo espero que no hayan hecho cochinadas en mi cama.

Como el teléfono de Zoey vibró, alertando de un mensaje de texto,

ella se levantó y metió a Zack en la mochila antes de que él pudiera replicar.

—Volveremos en la tarde. Pasa un buen rato con James sin decirle nada de esto. ¿Ok?

—Como si me fuera a creer —gruñó Jess antes de que salieran por la puerta.

Tener a Jess al tanto de todo tenía su punto bueno, pero Zoey no sabía qué tan genial iba a ser todo eso. Los momentos de intimidad con Zack no iban a ser tantos y seguramente ella querría participar en todo lo que ellos supieran sobre el dije. Y tendría que compartir a Zack como profesor. El pobre James iba a quedarse fuera del grupo de estudio.

Llegó al vestíbulo, donde su padre conversaba con la preceptora. Al parecer, la mujer lo felicitaba por el nuevo miembro de la familia. Al ver a su hija, el Sr. Scott esbozó una enorme sonrisa; era más que obvio que Mateo era la nueva luz de sus ojos.

Zoey quiso vomitar. Más valía que eso terminara pronto.

Durante el viaje, la chica no hizo ni una sola pregunta, fue su padre el que habló del bebé, del parto y de su madre durante todo el rato. Al final, ella se vio forzada a sonreír o a preguntar algo sin sentido para darle el gusto.

—¿Y es rubio también, o más bien se parece al sodero[20]?

Su padre arqueó las cejas por el espejo retrovisor.

—¿Qué clase de chiste tonto es ese?

—Era una broma —murmuró ella—. Solo hablaba de su cabello, más vale que es tuyo.

—Más vale que es mío. Es tu hermano, Zoey.

Ante eso, prefirió quedarse callada. Estaba comportándose como una niña sin poder evitarlo y era mejor no seguir con la negatividad. Quizás el bebé era lindo.

Al ingresar a su pueblito se dirigieron directo al pequeño hospital local. Fue desagradable encontrarse con la sala de espera llena de familiares que ansiaban conocer al bebé y molestar con sermones sobre lo que una hermana mayor debía hacer.

Cada vez más ofuscada, siguió a su padre por el pasillo hacia la habitación, con los brazos cruzados y la mochila firmemente colgada en la espalda.

—¡Zoey! —chilló su madre desde la cama al verla entrar. Al menos ella parecía feliz por verla—. Mi niña, qué bueno que estás aquí.

Tratando de sonreír, Zoey se inclinó sobre la cama y abrazó escuetamente a su madre.

—¿Estás bien?

—Claro que sí —sonrió ella—. Y mira aquí. —Señaló del otro lado de la cama, donde la cunita de plástico estaba envuelta en mantas—, tu hermano.

«Vale, hagamos esto rápido», se dijo.

Bordeó la cama y se detuvo frente a la cuna. Mateo era un bebé pequeñísimo, sin pelo, de piel colorada, con la cara redonda y aplastada. No le veía bien las facciones porque tenía la boquita tan fruncida que parecía un pequeño repollo.

«Uff, los recién nacidos son horribles». La desilusión la embargó por completo.

—¿No es hermoso? —preguntó su mamá, y ella hizo una mueca.

—Si lo comparas con una lechuga capuchina, sí. Al menos no es verde.

—Zoey —replicó su padre, desde la puerta.

—¿Qué? Mírale la cara, es como algo todo fruncido. No se ve lindo, precisamente. No me van a preguntar a quién se parece, ¿o sí? Porque eso sería de verdad imposible.

Su madre ni se inmutó, seguía viendo al nuevo Scott con adoración.

—Todos los bebés son así cuando nacen. Tienen ese aspecto de repollitos durante un tiempo. Es porque han pasado mucho dentro de la panza —le explicó.

—¿Entonces dices que luego se le irá y se verá como un bebé normal? ¿Y qué hay de esa piel colorada? ¿No será así siempre, o sí?

—No, no seas tontita, hija.

¿Tontita? Ella no sabía nada sobre bebés. ¿Cuál era el problema con preguntar? Ni siquiera lo había hecho de mal modo esa vez. Sin más, sin pedir cargarlo, se sentó en el sillón y miró a sus padres. Esperaba que el día pasara rápido, muy rápido.

---

[19] **Menuda:** De complexión pequeña

[20] **Sodero:** Persona que vende soda (agua gasificada) a domicilio. Se usa la expresión “se parece al sodero” como indirecta de que la mujer ha engañado a su marido con este personaje.

Capítulo 10

—Solo iré por algunas cosas —dijo Zoey a su padre cuando se detuvieron en la casa de la familia. Subió las escaleras tratando de que no se le notara la cojera y abrió la puerta de su ordenado cuarto.

—Qué mala eres —terció Zack, sabiendo que estaban solos—. Menos mal que tu hermano no puede entenderte o hubiera llorado.

—No conmigo allí. No quiero soportar llantos. Espero que cuando vuelva a casa en el verano ya haya aprendido a no berrear delante de mí.

Zack ahogó una risa.

—¿Pero qué diantres crees que es un bebé? —inquirió él, sacando la cabeza por el cierre de la mochila.

—Da igual. Espera aquí. Ya regreso.

Dejó la mochila sobre la cama y se encerró en el baño del pasillo. Se había aguantado las ganas orinar en el hospital. Cada vez que había querido ir, alguien la había detenido.

Abrió la canilla[21] y se miró al espejo. De pronto, vio a alguien más reflejado y la sorpresa le hizo echarse para atrás y refregarse los ojos. Evidentemente estaba cansada, no había dormido bien gracias a la histeria de Jessica; allí no había nada. Suspiró. Era solo paranoia. No había de qué preocuparse porque Zack estaba en el cuarto de al lado.

Metió las manos bajo el agua y se lavó el rostro, le picaban un poco los ojos. Debería dormir en el viaje de vuelta porque en el colegio Jessica estaría como loca otra vez, e intentar descansar sería un desastre como lo fue la noche anterior.

Volvió a levantar la cabeza y a mirarse en el espejo. Su corazón latía demasiado rápido, palpitando en su pecho con furia.

Había algo que no estaba bien. Había algo que tenía que

solucionar. Había alguien a quien tenía que desaparecer. Se miró a los ojos, conteniendo la furia azul en ellos.

—Somos nosotros, o él. Entiéndelo —escupió.

Frunció el ceño. «Nosotros o él. Nosotros o él». Era como una canción. Zoey lo comprendía, era él o ellos, ¿cuál era la parte difícil del trato? La parte difícil era que no había un ellos. Solo estaba Zoey. ¿Quiénes eran «ellos» entonces?

Pestañó y se agitó, llevándose una mano al corazón. No era ese órgano el que palpitaba con fuerza, era el dije el que saltaba en su pecho.

—¡¿Qué mierda…?! —exclamó, tirando del collar para apartarlo de ella.

Otra vez con lo mismo; apenas llegara al colegio tomaría ese cuaderno y traduciría la hoja que tenía la palabra «posesión» escrita, porque si eso se ponía más serio ya no sería Zoey, serían ellos. O solo el dije.

—¿«Nosotros o él»? —jadeó—. ¿De qué rayos estás hablando? —La chica se miró al espejo, pero ya no había respuesta de ningún tipo—. ¡Zack!

Salió del baño y volvió al cuarto. Él estaba parado en medio de la habitación con su mochila en la mano.

—¿Todo bien?

—Para nada. Esta cosa me está controlando y no quiero imaginarme qué más piensa hacer conmigo —le dijo, mostrándole el collar.

Zack hizo una mueca.

—¿Controlándote otra vez?

—«Somos nosotros o él. Entiéndelo» —repitió Zoey—. Todas mis acciones en los últimos segundos; me hizo hablar por él. Y durante un momento, creí que lo entendía. Pero ya no. No sé a qué se refiere.

Zack se acercó a ella y le colgó la mochila en la espalda.

—¿Ustedes? A ustedes dos… ¿Y por él…? ¿Se refiere a mí?

Zoey negó.

—No, no lo creo. ¿Y Jude?

Zackary no estaba feliz ahora.

—Tal vez sí sea por Jude. Quizás el dije realmente no quiere que te maten. Al menos el otro día él te sacó del agua y te alejó de Jude por unos minutos.

Bueno, en eso tenía un punto. Quizás él de verdad la protegía, pero a Zoey no le gustaba nada ese instinto asesino que había percibido en

su ser cuando el dije habló por ella.

«Somos nosotros o él». Esa simple frase llevaba consigo tanto odio que le aterraba. Ya lo sabía, desde siempre había sabido que eran ellos o ella. Que, para sobrevivir, sus enemigos tendrían que morir antes. No había espacio para ser una buena persona, tenía que salir adelante y controlar un rencor que en realidad no le pertenecía.

—Vámonos de aquí —murmuró Zoey.

Zack cayó en sus manos como conejo y ella bajó las escaleras apurada. Su papá, que la esperaba sentado en el auto, sonrió cuando se acomodó en el asiento trasero sin decir una sola palabra.

«Voy a dormir», se dijo mientras se ponía el cinturón; pero después de lo que había pasado en el baño le fue imposible. Tenía un sabor amargo en la boca del estómago que no le dejaba pensar en otra cosa. Necesitaba aceptarlo: eran ellos o Zoey. Se trataba de ella, siempre. El dije no podía adquirir tanta autonomía como para ponerse a su nivel. No podía ser «Zoey y el dije», como si fuese una persona más. Y, por sobre todas las cosas, no tenía que transformarse en un «ellos o el dije».

—¡Muero por ver al chico nuevo! —chilló Jess, peinándose el cabello corto—. ¿Crees que tendrá algo interesante para contar? No más interesante que esto —señaló a Zack—, pero quizá tiene algún problema de drogas.

Mas cansada que de costumbre, Zoey se puso los zapatos. Resultaba que el recién llegado no solo sería nuevo en la institución, sino que también en el curso.

—Creo que me da igual.

—Pongámosle que a todos nos da igual —agregó Zack, caminando como conejo por encima del escritorio—. Solo mantengan las bombachas[22] en su sitio si el tipo es lindo, o no solo James terminará asesinando a alguien.

Jessica lo miró con una pequeña chispa de ternura, hasta que recordó que Zack conejo no le gustaba para nada e hizo una mueca de disgusto.

—Sí, claro. Se meará[23] en sus pantalones antes de que lo golpees si te apareces así. Y pensándolo bien, no quiero mirarlo demasiado.

Jess abrió la puerta del cuarto y salió, dejándolos solos. Zack se carcajeó al instante y Zoey bostezó.

—Me encanta que me tenga miedo. Le da esa cosa como de ironía

mezclada con pánico.

—No la provoques, no es fácil para ella.

Es que Jessica había estado otra vez dando vueltas toda la noche —y eso que el conejo Zack nunca se movió de la cama de Zoey—. Según Jess, todavía no podía decidir qué era más tétrico, si ver al muerto en forma humana o ver al conejo.

Zoey peinó como pudo la maraña de cabellos y se despidió de Zack con la mano. Él iba a quedarse traduciendo arduamente las hojas señaladas, esas que tanto habían dado vueltas en su cabeza. La palabra «posesión» estaba escrita allí por algo.

Bajó al comedor justo a tiempo para el desayuno y no se entretuvo demasiado. Apenas tomó un jugo de naranja y un budín antes de subir al aula para la clase de Historia. Jessica y James ya estaban ahí, con las cabezas juntas, sentados al lado del habitual lugar de Zoey.

—Oh, ya estás aquí.

—Jess dijo que te habías caído de la cama —bromeó James—. Algo así como que tenías un sueño mojado.

Jessica le dio un golpe en la cabeza.

—Yo no dije eso.

—En realidad —Zoey se desperezó y pasó por entremedio de ellos —, la que se cayó fue ella.

James arqueó las cejas y miró a la chica con una expresión divertida.

—Así que la que tenía sueños mojados eras tú.

—Oh, cállate, imbécil.

Aprovechando que la profesora no había ingresado todavía, Zoey desayunó en silencio mientras sus amigos peleaban entre ellos. Eran tal para cual y, a decir verdad, nunca hubiera imaginado que James pudiera ser tan simpático.

Los alumnos más dormilones entraron justo cuando Zoey terminaba el último bocado, pero la profesora siguió sin aparecer, por lo que, aburrida, sacó sus apuntes y los dejó sobre la mesa.

—Oye —James llamó su atención—, tienes que decirme la verdad. —Zoey no tenía idea de lo que estaba hablando—. Ella dice mi nombre dormida, ¿cierto? Entre gemidos.

Le agarró un ataque de risa, no solo por la seriedad de James, sino por la cara de horror de su amiga. Negó con la cabeza, escondió la cara en el pupitre y se quedó así hasta que dejó de agitarse. De pronto, Jessica ahogó una exclamación.

—Es gay —dijo automáticamente James, receloso, como todo típico

chico inseguro, y Zoey levantó la vista.

Un muchacho de pelo oscuro, alto y pulcro, entró al aula con su mochila bajo el brazo. No miró a nadie en particular y se sentó en uno de los lugares vacíos, en medio de la fila. Quedaba claro por qué James había dicho eso. El nuevo no era gay, al menos no que él lo haya dicho, sino que era muy guapo y lo que a su nuevo amigo le preocupaba era la atención de Jessica.

Pero Zoey sabía que la atención de Jess se debía a la curiosidad. Y es que toda el aula lo observaba. El pobre muchacho bajó la cabeza y se quedó inmóvil.

—Lo van a ojear —murmuró Jess, sin poder quitarle los ojos de encima—. Debe ser tímido, pobre.

—¿Ahora no crees que pueda ser un asesino loco? —susurró James, tirando de su pollera[24] para atraer de vuelta su atención.

—No parece un asesino —admitió Jess.

—Estaría buenísimo que no dijeran asesino en voz alta —murmuró Zoey cuando el muchacho giró la cabeza para mirarlos, en especial a ella. Tenía los ojos azules.

En ese momento el pecho de la rubia se agitó con incomodidad. El muchacho no se detuvo a verla mucho más, giró su cabeza y, como molesto con la situación, se recostó sobre su mochila, ocultándole el rostro a todo mundo.

—No me agrada —dijo James, cruzándose de brazos como si su palabra fuera suficiente para ambas.

El chico nuevo tendía a estar solo. Algunas personas intentaron acercarse a él, incluso Jessica se ofreció a prestarle la goma de borrar, pero él parecía más cómodo así. Se mostraba desconfiado de la gente, como si alguno fuera a atacarlo con algo, como si todos fueran a herirlo.

A Zoey le pareció entonces que él no tenía buenas experiencias con los nuevos colegios, o que tal vez él había sufrido abuso por parte de sus antiguos compañeros. Al fin y al cabo, la razón por la cual estaba ingresando en octubre a la institución todavía nadie la conocía.

—¿Quién querría venir a este colegio después de la muerte de Zack? —mascullaba James cuando Jess se mostraba compasiva por el muchacho, el pobrecito y abandonado Lucas.

Zack pensaba exactamente igual, a pesar de que todavía no lo había visto en persona. Para él, no había nada de qué preocuparse, aunque

todo fuera raro. Si Lucas podía entrar al colegio significaba que nada malo había en él. Todavía las paredes del edificio funcionaban bien como protección, aunque ellos no supieran bien el porqué.

Zoey tampoco se preocupaba demasiado; tenía el foco puesto en la traducción del cuaderno y en el hecho de que pronto tendría que sacarse los puntos de la pierna. Parecía que la herida estaba mucho mejor y no dolía casi al caminar.

Ahora que Jessica sabía todo sobre ellos, había discutido con Zack sobre la mejor manera de cortar los hilos quirúrgicos y hasta insistía en dejarlos más tiempo del necesario, por las dudas de que la herida no hubiese sanado del todo.

—¡Que dos semanas no es suficiente! —exclamaba ella y Zack hacía gestos imitándola, lo que provocaba arranques de ira en Jess—. ¡Quita a esta cosa de aquí! —le exigía luego a Zoey. Y él, para molestarla, se convertía en conejo y preparaba trampas dignas de películas de terror, como subirse a la biblioteca y lanzarse gritando sobre ella cada vez que salía del baño.

Perfecto, ahora su cuarto era un campo de guerra entre un conejo de peluche y una niña de secundaria; y no eran las clases de guerra que Zack y Zoey pudieron haber mantenido tiempo atrás cuando no tenían por donde licuar la tensión sexual. Bueno, ¡él tenía la tensión sexual al máximo! No ella.

Así, Zack no iba a terminar nunca esas dos páginas. ¡Y también tenían que estudiar!

—¡Al diablo! —dijo Jessica, la noche siguiente mientras Zack se arrastraba por el suelo como un conejo maldito, hablando guturalmente—. Yo me pondré con esto. A que lo hago más rápido.

Pateó a Zack disimuladamente y él se quejó de forma teatral. Zoey, recostada sobre la cama, arqueó las cejas hacia ambos.

—En serio, si no dejan de pelearse como inútiles los arrojaré a los dos por la ventana.

Zack tomó forma humana, aún recostado en el suelo. Apoyó la mejilla en su mano y sonrió.

—Oh, habló la poderosa portadora del dije —se burló.

—Yo creo que se aburre —murmuró Jessica, sentándose en el escritorio y poniéndose a memorizar el código del abuelo de Zack—. ¿Por qué no van al baño a entretenerse? De verdad no me molesta.

Zoey se puso como un tomate y Zack se carcajeó en el suelo. Lo que faltaba era que también Jess hablara sobre su vida sexual.

—No iremos al baño.

—¿Por qué no? —inquirió Zack—. Dijo que no le molestaba.

—¡Porque acaba de decir una idiotez!

Jess arqueó una ceja en su dirección.

—¿En serio no han hecho nada conmigo aquí?

Zoey se tapó la cara con las manos.

—Ay, Dios. ¡Es que no! ¿Cómo crees?

—Ah, es tierna cuando pasa de asesina serial a vergonzosa colegiala —dijo Zack, mirándola con un brillo peligroso.

—Cállate —le espetó Zoey. Tenía razón, podía tener poca paciencia y ser dura cuando quería, con sus padres o con Jess, pero cuando se trataba de pudor… El pudor podía con ella—. Creo que iré a buscar algo para comer —murmuró, tratando de huir de las miradas de los chicos. Zack se convirtió en conejo y se trepó por su pierna mientras ella alcanzaba la puerta.

—Comer, sí, claro —oyó que Jessica decía antes de cerrar la puerta detrás de ella.

Zack se subió hasta su hombro y caminaron en silencio por los pasillos vacíos. La cafetería cerraba a las diez y ya casi era la hora.

—¿Te molesta que bromee sobre ti? —preguntó él, bajito, por si alguien aparecía en las escaleras.

—No —negó, pero la verdad es que a veces le molestaba. Ahora Jess y Zack, ¡e incluso James!, podían confabularse contra ella cuando quisieran.

Zack ahogó una risita.

—Lo siento —se disculpó con sinceridad

Llegaron al comedor y Zoey alcanzó a agarrar dos alfajores[25] de chocolate. La cocinera, que estaba limpiando la encimera le sonrió y bromeó con ella, como si hubiese escuchado su conversación con el conejo minutos antes.

—¿No es mucho chocolate?

Zoey le sonrió.

—Nunca es mucho chocolate.

Abrió el paquete del alfajor saliendo del comedor, ya de mejor humor, olvidando las bromas de sus amigos. Cuando llegó a las escaleras, su pie se detuvo en el aire.

De pronto no quería subir, su cuerpo estaba congelado. La premisa era agobiante. «No lo hagas. No lo hagas».

—¿Zoey? —murmuró Zack, pero ella no podía contestarle. A lo único que podía prestar atención era a la frase en su mente. «No lo hagas. No lo hagas».

Comprendió de pronto lo que pasaba, así que se forzó a liderar su

cuerpo. Puso el pie en el primer escalón y soltó el aire de sus pulmones. «Ya, Dije, yo soy la que manda aquí», masculló en su cabeza. El dije mantuvo su «boca» cerrada.

—¡Zoey! —volvió a insistir Zack.

—Estoy bien, estoy bien.

Sin pensar demasiado en lo que el dije había susurrado, subió las escaleras. Zack no necesitó que ella le explicara las cosas como para comprenderlas. Llegó a la habitación y se derrumbó en la cama.

—¿Ese alfajor es para mí? —preguntó Jess, levantándose del escritorio. Zoey le dijo que sí con la cabeza y estiró la mano para entregárselo.

—Nada de comida chatarra para ti —terció Zack, todavía aferrado a la cabeza de la chica—. ¡O traduces esa cosa o te arrojaré por la ventana cuando ella no me vea!

---

[21] **Canilla:** Grifo
[22] **Bombacha:** bragas.
[23] **Mear:** Orinar.
[24] **Pollera:** Falda.
[25] **Alfajor**: Dulce/golosina muy común en Iberoamérica.

Capítulo 11

—Pues aquí no dice nada que insinúe cómo solucionarlo —parloteó Jessica—. *«El portador ha experimentado otra vez un trance de particularidades cada vez más extrañas…».* Bla, bla, bla. Relata lo que le pasó a esta persona, pero ni ellos saben qué es.

Zoey apoyó la mejilla sobre la mesa de madera.

—Genial.

—Seguramente hay que traducir las hojas siguientes —dijo Zack, como conejo, con las patas cruzadas.

—No es ningún problema. —Jessica volvió a abrir el viejo cuaderno. Lo había marcado con un separador color rosa que tenía un oso de peluche en una de sus caras—. Puedo hacerlo.

—Tal vez deberías preocuparte por el examen de Química. —Zoey suspiró.

—Puedo hacer ambas cosas ahora que sé cómo aprobaste todo el trimestre anterior —dijo su amiga, mirando de reojo a Zack. Estaban en la biblioteca, a punto de comenzar con la tarea de matemáticas antes de que James llegara a las cinco—. Me quedé hasta las tres de la mañana traduciendo esta hoja y ni siquiera tengo sueño.

—Deja entonces el cuaderno ahora. O vas a reprobar otra vez. —Zack le señaló el libro de matemáticas y, sin inmutarse por la cara frustrada de Jessica, les ordenó a ambas que copiaran los primeros ejercicios de la página 68.

Zoey arrastró la cara por la mesa, mientras intentaba levantarse a sí misma para tomar el lápiz. Pero le resultaba una tarea casi imposible.

—Si no copias y resuelves el número 170 en quince minutos, te obligaré a recitar la lección de inglés en alemán —murmuró Zack, a lo que Jessica rio en un bajo bufido.

—No me molestes —terció ella. No tenía fuerzas moverse, así que

le importaba un bledo el alemán. Pero tampoco sabía cómo iba a encontrar las palabras exactas para explicarle a su no-novio cómo se sentía.

Y mierda, seguía siendo su no-novio porque gracias a Jessica tenía poco tiempo a solas con él. No es como si antes hubieran tenido demasiados ratos de intimidad, pero ahora Jess sabía que Zack se la pasaba en el baño mientras ella se duchaba y detestaba que estuviera del otro lado de la puerta pensando que se daban como animales. Y además, con los exámenes sobre ellos, Jessica y James tampoco salían solos como las semanas anteriores.

—¿Pero, qué te pasa? —preguntó él.

Jessica le levantó la cara y soltó una exclamación poco adecuada para decirla en una biblioteca.

—Parece que puso su cabeza en un asador. Tiene fiebre —explicó ella.

Zack puso mala cara, o lo que se suponía que debía ser con esa cabeza de conejo, y se apresuró a colocar una pata en su frente.

—¿Puedes marchar hasta el cuarto sola? Deberías acostarte.

Zoey no sabía qué contestar a eso. No tenía idea de si iba a poder caminar hasta que lo pusiera en práctica, así que se giró en la silla y se impulsó hacia arriba con las manos en la mesa. Con razón se sentía tan mal, ahora todo tenía sentido.

Jessica la sostuvo desde atrás cuando intentó pararse, pero viendo que podía mantenerse sobre sus dos pies, la dejo ir. Zack se metió en su mochila y, así, como una muerta viva, sorteó todos los obstáculos del camino. La parte más difícil fue la horrible escalera doble. Llegar a su cuarto fue como cruzar un desierto interminable. Cuando por fin puso un pie dentro de la habitación, estuvo a punto de derrumbarse en el suelo. Zackary la sujetó y la cargó hasta la cama, donde le quitó gran parte del uniforme.

—Duerme un poco —murmuró él después de darle un beso en la frente y dejarla sola.

⚜

Cuando despertó, Zackary no estaba a la vista. Las que hablaban eran Jessica y la enfermera del colegio. La movían, pero ella no quería ni que la tocaran. Le quitaron la ropa de cama de encima, le tomaron la temperatura y la enfermera le dio un jarabe que sabía a frambuesa. Intercambiaron un par de palabras más y luego la mujer se fue.

Cuando pudo abrir bien los ojos, Jessica se sentó junto a ella en la

cama.

—Dijo que no era bueno moverte por ahora, pero que si la fiebre subía tendrías que pasar la noche en la enfermería. —Zoey no sabía ni qué hora era. Además, quería a Zack con ella. ¿Dónde estaba? ¿A dónde había ido? —. También dijo que sería bueno que te dieras una ducha para refrescarte. Zack fue a buscarte medicamentos cuando te dejó aquí, pero cuando volvió estabas dormida, no podía metértelos en la boca así nomás.

Despabilada al fin, pero terriblemente mal, Zoey miró hacia un costado.

—¿Y Zack?

El pequeño conejo blanco asomó la cabeza por el borde de la cama.

—Aquí estoy, linda.

—Si tienes hambre, puedo ir a buscarte algo para comer. —Zoey asintió a la propuesta de Jess. No es que sintiera hambre en realidad, pero en ese estado iba a decir que si a cualquier cosa.

Su amiga le dirigió una sonrisa encantadora y dejó el cuarto. Enseguida, Zack tomó forma humana y se ubicó junto a ella en la cama, rodeándola con un brazo para aplastarla contra su costado. No hablaron de nada en un principio, Zoey cerró los ojos y él se limitó a acariciar su frente con la punta de los dedos. Los segundos se convirtieron en minutos y al final Zackary suspiró.

—Creo que es esta cosa la que te enferma —murmuró, tocando la cadena del dije. Zoey no le contestó. Quizás él tenía razón; no literalmente, pero al menos de forma indirecta el dije y toda la situación estaban agotándola—. Ojalá pudiéramos pedir vacaciones.

—Vacaciones permanentes —susurró ella, abriendo los ojos—. Renunciar también estaría bien. Me merezco una inmunización incluso.

Zack se agitó por la risa que le causó el comentario dicho con esa voz perezosa y enferma.

—Vaya, has de ser la mejor empleada, para darte el lujo de renunciar y que te paguen por eso.

—Creo que el dije estaría de acuerdo conmigo al decir que soy la mejor portadora que ha tenido. —Un poco más animada, Zoey sonrió —. De lo contrario hubiera dejado que me mataran.

Guardaron silencio de pronto, como si no estuvieran seguros de eso y les diera miedo decirlo en voz alta. Se quedaron quietos y Zoey volvió a cerrar los ojos, pensando en que tal vez debería volver a dormir, ahora que estaba cómoda en los brazos de Zack.

—Jessica se encargará de esa comida por ti —le dijo él,

burlonamente al oído, antes de acomodarla mejor en la cama—. Nos vemos mañana, Zo.

Zack besó su sien y luego bajó hasta sus labios por su mejilla, rozando apenas la piel afiebrada. Cuando alcanzó la boca, Zoey suspiró de placer. Su tacto frío aliviaba y era más que satisfactorio. Le encantaba. El beso fue demasiado lento y demasiado dulce; relajó cada centímetro de su cuerpo.

—Hasta mañana.

Se despertó a mitad de la noche; necesitaba orinar. Zack estaba despierto, por supuesto, pero no dijo nada cuando ella lo apartó para salir de la cama. Se sentía notablemente mejor y podía caminar derecha sin irse al suelo.

Se lavó la cara para sacarse el sudor y, al final, optó por abrir la ducha. Había que hacerle caso a la enfermera. Se metió bajo el agua fría y tiritó bajo ella durante al menos un minuto. Bueno, quizá debía mezclarla con algo de agua caliente.

Estuvo a punto de agarrar el grifo cuando la mano pálida de Zack lo hizo por ella.

—Estás mejor, ¿no? —sonrió él, corriendo la cortina del baño. Zoey, abrazada a sí misma, asintió—. ¿Quieres compañía?

—Sería bueno que me sujetaras por si se me ocurre irme al suelo —musitó ella, temblando.

Zack rio, arregló el agua y tardó menos de dos segundos en quitarse la ropa. Entró a la ducha y la rodeó con los brazos, apretando el pecho contra su espalda y descansando el mentón en su delgado hombro.

—Me alegro de que estés mejor —dijo él mientras besaba la piel de su cuello.

Zoey suspiró y se apoyó completamente en él. Era bueno tenerlo a su lado en cada momento, incluso en esos.

—Si no me sintiera mal… —empezó a decir. Se le antojaba mucho darse la vuelta y pedirle que le diera todo de sí, pero era esperar demasiado de su propio cuerpo. Estaba débil y aunque el jarabe para la fiebre había hecho su efecto, no duraría mucho. Seguramente ya era hora de tomarse unos verdaderos analgésicos en pastilla.

—Tendremos tiempo para eso. —Zack la mimó, acariciando su cabello mojado—. Tendremos tiempo para muchas cosas.

—¿Y si no? —preguntó ella. La verdad era que muchas cosas podrían arruinar sus planes. Como, por ejemplo, ella podía morir.

—Las cosas no van a salir mal, Zoey. Tengo fe en eso. Tenla tú también.

—Estoy algo cansada de esta vida. ¿Siempre fue así para ti?

Extrañamente, Zack negó.

—Mi vida fue bastante tranquila durante los tres años que tuve el dije. Supongo que el colegio cumplió su función mientras tanto y nadie me halló hasta el final. Y en casa… Mi abuelo dejó todas las indicaciones para proteger mi paradero estando en casa.

—Por eso conmigo es tan difícil.

—Nadie esperó jamás que tú terminaras en esto, Zoey. Por eso estoy aquí, al final de cuentas, incluso si hay algo más en todo el asunto.

—Incluso si hay algo más —repitió Zoey—. ¿Por qué crees que realmente hay algo más?

Zack suspiró.

—¿Tú no lo crees? Después de todo este tiempo aquí, cada vez estoy más seguro de que las cosas no cuadran. ¿Por qué ahora?, ¿por qué a mí?, ¿por qué contigo? Y cuando me envían de vuelta a proteger a una chica que cayó en el juego sin querer, resulta que los enemigos más poderosos, las cosas más extrañas… —Zack se calló de golpe—. Ya te dije que no es normal, Zoey. Los poderes que Jude tiene no son de este mundo. A veces equiparan los míos, me dificultan la tarea. Y yo ya no pertenezco a este mundo, tampoco este cuerpo. Mis poderes son lo que son porque no son mortales, ¿lo entiendes?

—Si lo entiendo —replicó ella—, lo que no entiendo es cómo esperas obtener las respuestas.

—No creo que podamos obtener las respuestas. Nos han largado aquí sin instrucciones, sin verdaderas razones. Solo me dijeron: «Cuida de ella»; y la pregunta es por qué. ¿Por qué debería cuidar de ti? ¿Qué es lo que hace que sea así? Encima el dije parece muy cómodo contigo. Te escucha. Detuvo la tormenta porque se lo pediste, te salvó de la sombra y quiso alejarte de Jude.

—¿Qué intentas decir? —lo cortó Zoey, con más miedo del que pensó que jamás tendría al hacerse todas esas conjeturas.

—Estoy intentando decir que esto no fue al boleo[26]. ¡Ellos sí lo esperaban!

Ante eso, Zoey gimió. No le gustaba nada.

—¿De qué mierda hablas, Zack? —insistió. Quería que él fuera claro para poder ordenar sus propios pensamientos. Incluso a pesar de que lo que temía que le dijera fuera justo eso que no quería oír.

—Ellos lo sabían, Zo. Los que me mandaron de vuelta me

mandaron porque hay algo contigo, algo que no te hace igual a ningún otro portador anterior. Ellos quieren que vivas. El dije quiere que vivas, y me dejaron a mí como tu arma.

Zoey sorbió por la nariz. Estaba a punto de llorar y agradecía que el agua no la delatara tan pronto. Si eso era exactamente así, su vida estaba jodida sin remedio y sin soluciones. Estaba en el horno[27] desde antes de la muerte de Zack, y lo odiaba, odiaba todo eso en lo que estaba metida.

Se giró para enterrar la cara en el pecho de él. Ahogó un extraño sonido en la garganta y lo único que Zack pudo hacer fue abrazarla y contenerla, porque en ese punto no había magia ni ilusiones sobre el futuro que la consolaran.

⚜

—¡Lo tengo! —exclamó Jessica, agitando el viejo cuaderno. Zoey alzó la cabeza desde la cama y Zack bajó el termómetro que había estado mirando a contra luz—. *«El portador ha presentado lo que él definió como posesión. Cree que el dije lo ha estado guiando, imprimiendo en él sus deseos. No puede decirnos si está a gusto o en contra de esto. Muchos de nosotros creemos que, si esto sucede, es porque el dije tiene un propósito. Pero el portador ha negado, diciendo que no hay propósito, que el dije solo quiere lo que él quiere y no le importa en realidad a cuántos miembros deba llevarse a la tumba. No estoy de acuerdo con eso; el objeto está en este mundo debido a su implacable destino, eso es algo que cada uno de los portadores debería saber».*

Zack arqueó las cejas y Jessica bajó el cuaderno.

—Bueno, y… ¿en realidad qué significa?

—¡Que el dije tiene algo en mente! —aclaró ella—. No parece que el tipo que escribió esto haya visto otros portadores poseídos. Seguramente él lo hace cuando es absolutamente necesario. ¿Y qué hay de ti? —Jess miró a Zack, que se encogía de hombros—. ¿No dijiste que él te llevó al sótano?

Zack se quedó mudo, como si recién hubiera comprendido todo.

—Sí, me llevó. Me llevó como me quiso llevar antes al templo.

—Y no es lo mismo —aclaró Zoey, tosiendo un poco—. Una cosa es el deseo y otra cosa es que él hable a través de ti. Cuando tienes el deseo, sigues siendo tú. No te das cuenta, pero tienes el control de tu cabeza aún. Sin embargo, cuando te posee, directamente no estás allí. ¡Dejo de ser yo cuando él hace eso! Me convierto en el dije.

Un poco confundido, Zack asintió.

—Sí, no creo que me haya controlado de esa manera. Más bien creo que cayó en la trampa. Jude no podía entrar al sótano, pero para matarme hizo lo que fuera necesario. Algo hizo para engañar al dije y hacernos bajar.

—Claramente —contestó Jessica, girándose hacia ellos—, ¿pero eso no diría exactamente que es como el principio de la posesión? Yo opino que él se ha mimetizado más con Zoey que contigo.

Ellos cruzaron miradas, pensando en lo que habían hablado el día anterior en la ducha. Con esa nueva teoría de que los de arriba sabían que Zoey sería la nueva y vulnerable portadora, una que tendría algo que los demás no, también venía la idea de que pudieran haber llevado a Zack a la muerte a propósito. Y a Zoey no le gustaba pensar eso. Le ponía los pelos de punta.

—Estoy seguro de que él quiere a Zoey. —Zack dejó el termómetro en la mesita de luz—. Más de lo que me quiso a mí. Probablemente se siente cómodo con ella.

Zoey lo miró de reojo.

—Quizás es porque es mujer. Quizás el dije sea mujer también —aventuró Jessica.

—No creo que tenga sexo —dijo Zack, rascándose la barbilla—. Ya hubo otras portadoras mujeres, además. De eso no cabe duda. Desde que el dije existe, muchas manos han pasado por él.

Zoey puso los ojos en blanco. Cuando parloteaban así se sentía peor. ¡Moría por otro analgésico! Pero el próximo tocaría dentro de tres horas. Por suerte la fiebre no había subido demasiado. La enfermera la había chequeado durante la mañana y le recomendó que no saliera de la cama. También conversó un poco con sus padres por teléfono, pero cuando su mamá comenzó a hablar sin parar sobre las hazañas de Mateo, Zoey le cortó.

«Qué insoportable», pensó ella en ese momento. «Un bebé ya tiene hazañas heroicas en su cuaderno de vida. ¡Mateo no tiene ni quince días! Que no jodan».

Suspiró y se encogió en la cama. Zackary clavó los ojos en ella.

—¿Quieres darte una ducha? Te bajará un poco la fiebre que tienes ahora. No es demasiada, pero…

—Ahora no —contestó ella y Jessica se volteó para seguir con la traducción. ¡Cualquier cosa era buena para no estudiar, por supuesto!

Al llegar el anochecer, Zack le quitó el cuaderno a Jessica por la fuerza y la despachó. Se suponía que ella y James intercambiarían apuntes antes de que el chico viniera a la habitación el día siguiente para estudiar los tres juntos. Además, ya casi era la hora de la cena y

era responsabilidad de Jess traer la comida para Zoey.

Se quedaron solos un buen rato y, en ese tiempo él escondió el cuaderno de la logia bajo la cama de la misma Jessica.

—Es para que afloje un poco. Ya sé que queremos saber, pero Jessica se está obsesionando con el asunto de una forma que no me agrada.

—Ella solo quiere ayudar.

—Claro que quiere ayudar, tiene miedo de que te maten. O de que las maten a ambas. —Zack acomodó el colchón y fue a sentarse junto a ella—. Pero tiene que dejar de hablar de esto a cada rato.

Zoey bufó.

—Estás molesto porque es más rápida que tú.

Él frunció el ceño. Desde que Jess había agarrado el cuaderno, él no había podido tocarlo. La chica era más rápida y había traducido casi dos hojas en dos días, más de lo que Zack había hecho en una semana.

—Claro que no —le contestó él.

—¡Claro que sí!

—No estoy molesto por eso.

—¿Ah, sí? Ves que estás molesto —se carcajeó Zoey.

—Pero no por eso.

—¿Y entonces?

—Me molesta que por culpa de esto no puedas pensar debidamente en mi cuerpo desnudo —confesó Zackary, de la nada, con mucha seriedad.

Zoey se atragantó con las flemas.

—¡Zack!

—Es la verdad, no estás pensando tanto en mí últimamente.

—¿Cómo quieres que…? —Con el pudor amenazando su capacidad para hablar, Zoey prefirió darle un manotazo—. Bobo. Siempre tienes que actuar como un degenerado.

—No soy nada de eso. Soy un, ¿cómo dijiste la otra vez? ¡Ah! «Sexualmente hiperactivo». Y todo este asunto está afectando mi problema, ¿sabes? —continuó él, pasando un brazo casualmente por encima de sus hombros, con una sonrisa estúpida en la cara—. Es como… como una enfermedad crónica. Tengo que medicarme.

Zoey lo miró entre divertida y estupefacta.

—Oye, olvidas que la verdadera enferma soy yo.

—Pero mañana estarás mejor, ¿o no?

Zoey agitó la cabeza. Él era irreparable, y no estaba segura de si

quería repararlo. Así le gustaba demasiado. Apoyó la cabeza en su pecho y suspiró; ya faltaba un poco menos para el siguiente antifebril.

El viento afuera agitó varias hojas contra la ventana. Algún árbol se había desprendido de muchas de ellas, porque eran bastante verdes. Entonces, un trozo de papel se pegó al vidrio.

—La gente es tan sucia —musitó ella, mirando la ventana—. ¿Qué les costaba tirarlo a un cesto?

—Quizá lo tiraron y el cesto se volcó —propuso Zackary. Era una buena opción, pero cuando la hoja de papel blanco no se movió, ni cayó al suelo, él se levantó de la cama y fue hasta la ventana—. Al menos la tiraré yo.

Sin embargo, se quedó congelado, con la mano estirada antes de abrir la ventana.

—¿Qué?

—No te muevas de allí —dijo él. Con cuidado, Zack abrió la ventana y agarró la hoja de papel pegada al vidrio. Curiosa, Zoey se irguió—. Este papel está encantado —musitó él y ella sacó las piernas de la cama.

—¿Qué cosa?

Zackary giró la hoja y Zoey pudo leer lo que tenía escrito.

«Portadora, tu pequeño hermano agradecerá tu presencia en el templo viejo».

---

[26] **Al boleo:** Al azar.
[27] **Estar en el horno:** Encontrarse en una situación complicada que pareciera no tener solución.

Capítulo 12

—¿Qué? —jadeó Zoey, sintiendo cómo un escalofrío la recorría de los pies a la cabeza—. ¿Mi hermano? No, no puede tener a Mateo, ¿o sí?

Zack arrugó el papel, furioso, y negó rápido con la cabeza

—Es una trampa. Jude sabe que funcionó con Jessica.

Sin saber qué hacer, Zoey agarró el celular de su mesita de luz.

—Llamaré a mamá. —Marcó el número de la casa y se exasperó cuando nadie contestó, así que optó por intentar comunicarse al móvil de su madre, pero tampoco obtuvo respuesta. Daba ocupado y, desesperada, intentó también ubicar a su padre. El resultado fue el mismo: nada—. ¿Por qué no contestan?

—No te pongas nerviosa —murmuró él—. Yo iré a chequear. Estoy seguro de que tu hermano no está allí, Zo.

Jessica regresó con la comida en una bandeja apenas un minuto después, leyó sus caras llenas de pánico y estuvo a punto de soltarla.

—¿Qué pasa? —murmuró, poniéndose pálida.

—Están chantajeando a Zo con el posible secuestro de su hermano —explicó Zack, mientras volvía a abrir la ventana—. Yo iré a revisar. No se muevan de aquí. Eso va en especial para ti, Zoey, —Él la miró de lleno—, no salgas del colegio por nada del mundo.

Tratando de recuperarse, Jessica dejó la bandeja sobre la cama.

—Yo me encargo de ella —dijo, temblando.

Zoey tomó aire y asintió al comprender que él esperaba por su respuesta. Tenía razón, ella tenía que calmarse y esperar antes de lanzarse al bosque. Se dejó caer en la cama y trató de respirar acompasadamente. Jessica fue y vino de un lado al otro del cuarto y, así de nerviosa como estaba, terminó por ordenar más de la mitad de las cosas que estaban tiradas en el suelo.

—Estoy segura de que no tiene a tu hermano —murmuró cuando empujaba un bollo de ropa dentro del ropero—. Es una trampa.

—Zack dijo lo mismo.

—¡Y no vas a caer en ella! ¿Cree que eres estúpida? —afirmó Jess.

—Cree que haré cualquier cosa por el bodoque ese.

Jess arqueó una ceja, mientras sus manos apretaban la ropa.

—Bodoque, como en *La Era del Hielo*.

—Es un bodoque. Un bebé bobo —resumió Zoey.

—Pero es tu hermano.

—Claro que es mi hermano —Zoey suspiró.

—¿Y lo irías a buscar? —Jess la miró, apretando los labios, porque bien sabía lo mucho que se quejaba ella del bebé.

Zoey hizo una mueca de exasperación. No era que odiara al niño, lo que no soportaba era toda la fiesta que había alrededor del tonto bodoque. Sí, Bodoque de verdad era un buen apodo.

—Claro que lo iría a buscar —terció—. Es un tonto bebé, pero sigue siendo mi hermano. Y a mi mamá le daría un ataque de histeria si algo le pasara. Lo que en realidad es difícil porque ella ya es histérica, lo sabes.

Jessica cerró las puertas del armario y se asomó a la ventana.

—¿Crees que Zack tarde mucho?

Zoey no contestó y continuó con la mirada en el techo. Lo cierto es que ya se tardaba más de la cuenta. Durante veinte o más minutos llenos de tortura mental, él estuvo afuera. Jessica se la pasó rondando como un aguilucho en busca una presa mientras su amiga intentaba volver a llamar a sus padres. No hubo caso.

—Bueno… —dijo, resignada a marcar el teléfono de su tía—. En casos extremos hay que hacer cosas extremas.

Escuchó los tonos pasar mientras aguardaba que su tía contestara. Cuando por fin lo hizo, se mostró sorprendida de que su sobrina estuviera al otro lado de la línea.

—¿Has visto a mis papás? Llevo más de media hora intentado comunicarme.

—No, para nada. ¿No están en la casa? Es raro que hayan salido tan pronto con el bebé. —Al parecer, la tía era de esas que creían que el niño debía estar en cuarentena—. Quizá salieron a cenar.

—¿Podrías intentar comunicarte con ellos y decirles que necesito hablarles? Que me llamen.

Colgó con la leve sensación de que su tía iba a tomarse más tiempo del necesario para ubicar a sus padres, de que no le había dado la

importancia alguna a su pedido.

—Esto va a tomar un buen rato —gruñó y volvió a marcar el número de su mamá.

Diez minutos después, Jessica dejó de caminar y Zoey se levantó de la cama. Fue hasta el baño y se mojó la cara. Todavía tenía fiebre y esa situación no ayudaba a que se sintiera mejor. Al volver al cuarto, miró el reloj y alcanzó las pastillas que debía tomar más adelante. Se metió una en la boca y atrapó el jugo de la bandeja de comida de Jessica. Si todo eso empeoraba, necesitaba estar bien medicada para seguir adelante.

—Aún faltaba —protestó Jess con la voz seca, pero ambas sabían que no tenía sentido pelear por eso.

Dieron vueltas por el cuarto, tratando de distraerse; su amiga incluso prendió el computador. Dubitativa, Zoey se sentó a su lado.

—Sabes, Zack está celoso de ti —dijo, y cuando Jess alzó la cabeza, confundida, se explicó mejor—. Porque has traducido más rápido que él.

Ella esbozo una pequeña sonrisa.

—Yo también he querido decirte algo este tiempo —musitó, bajando la mirada—. Estuve pensando en todo lo que has tenido que pasar desde la muerte de Zack. Muchas veces no he sido buena amiga. No sabía todo lo que había detrás. Te molesté, te presioné, te dejé sola. Quería pedirte perdón. En verdad no lo sabía.

Tratando de no reír cuando no tenía humor para eso, Zoey se tapó la cara con las manos.

—Claro que no lo sabías.

—Y nunca hubiera podido imaginármelo. —La codeó Jess—. Y yo que te insistía en que te olvidaras de Zack, que estabas obsesionada con él. ¿Cómo no iba a ser así? Lo tienes dando vueltas por aquí.

Zoey frunció los labios y apartó las manos de la cara.

—No ha sido tan fácil. Me costó acostumbrarme. Él es un desubicado la mayoría del tiempo.

Jessica se rio esta vez.

—Y tengo curiosidad, ¿desde que regresó fue así contigo?

—¿Desubicado?

—Sí, supongo.

Zoey asintió.

—Una de las primeras cosas que me dijo fue que tenía buenas piernas. Y no me hizo gracia porque estaba aterrada. Otra cosa que me dijo fue que no me había visto en el pasado. —Ante eso, sonrió un

poco. Realmente todas sus suposiciones de que había sido invisible para Zack habían sido verdaderas. Ahora todo se le antojaba muy lejano.

—Vaya, entonces realmente…

—Ni siquiera sabía mi nombre —Zoey se rio—. Y no hace mucho me dijo que hubiera preferido conocerme en vida.

Jess cerró el computador portátil y lo apartó.

—Bueno, Zo. Lo que ustedes dos hacen no es sano. Pero se nota que lo quieres, siempre se nota. Y veo ahora que él también te quiere. Está detrás de ti todo el tiempo, cuida cada paso que das.

—Es que no le queda otra.

—No es así —negó Jessica—. Él de verdad te quiere. Si bien no le has dicho que lo amas, creo que lo sabe y que él siente lo mismo por ti. Pero no es sano para ninguno. Zackary está muerto. Pero estoy segura de que eso ya lo sabes.

—Ya he luchado contra eso antes. —Zoey estiró las piernas—. ¿Te dije ya que fui yo la que lo besé la primera vez?

La cara de su amiga se transformó. Los ojos se le pusieron como platos.

—¿Estás de broma? ¿Tú, Zoey Scott, lo besaste a la primera?

Risueña por el momento, ella asintió.

—Y me lo respondió muy bien —se jactó en un bajo susurró—. Y luego casi rompe mi corazón diciéndome que no podíamos volver a hacerlo.

—Tenía razón. —Su amiga se encogió de hombros.

—Lo sé. Sigue teniendo razón, pero creo que ninguno de los dos puede más con eso. —Zoey miró la ventana, a la noche oscura a través del vidrio—. Sería más fácil si para mí hubiera muerto de verdad.

De pronto algo saltó sobre la ventana. Las chicas se sobresaltaron, pero pensaron que era Zack, por lo que no se preocuparon demasiado. Fue Jessica la que gritó como una loca al voltearse. Cuando los ojos de Zoey analizaron lo que había delante de la ventana y cuando comprendió que «eso» no era Zack, se paró de un salto.

Detrás del vidrio había un hombre, o al menos eso parecía ser, de piel negra como el carbón, un tono inhumano, oscuro como la misma noche. Extrañas líneas grises surcaban su cara, como si fueran grietas viejas y polvorosas. Sus ojos eran igual de grises y sus ropajes se confundían con la oscuridad del exterior.

—Oh, por Dios —murmuró Jess, que se había deslizado al suelo.

—No te muevas —indicó Zoey, recordándose que él no podía

entrar. Hasta ahora no había estado segura de qué elemento funcionaba como límite. Si las paredes del colegio o las medianeras. Hacía tiempo, el rubio de las flechas las había atravesado, pero luego Jude no había podido cruzarlas. Ahora esa cosa desafiaba todas las teorías de nuevo.

Por un momento temió que sí pudiera pasar al interior y que el efecto del colegio se estuviera perdiendo. El sujeto la miró, como sabiendo exactamente lo que ella pensaba, así que levantó uno de sus brazos para indicarle que no era necesario entrar, que más bien, era ella la que iba a salir.

Mateo estaba dormido entre sus manos.

—No, Zoey, no. —Jessica la aferró del brazo y allí se dio cuenta de que había dado un paso hacia la ventana—. ¡Ni siquiera sabes si es el mismo bebé! Todos los recién nacidos se parecen.

—Es mi hermano. —Ella no lo dudó—. Lo sé, tiene… —Mateo tenía puesto un saquito que su abuela le había hecho a ella de bebé, una prenda que su mamá había guardado todo ese tiempo.

—¡No puedes ir! —Jessica se paró y la jaló hacia atrás—. ¡Van a matarte!

—¡Van a matarlo a él también! —contestó, conteniéndose de saltar por la ventana. Casi al mismo tiempo, el celular las alertó. La chica lo tomó, sin quitar los ojos del tipo en la ventana, sin dejar de ver al bebé.

—¡Zoey! —Su mamá estaba envuelta en llanto, lo que la dejó aun más nerviosa—. Querida, tenemos un problema. Por favor, quédate tranquila en el colegio y…

—¿Problema? ¿Qué problema? —casi gritó, cortando la visual con el pequeño.

—Tu hermano… ¡Estaba en carro de bebé y de pronto… ya no! Alguien se lo llevó. Estamos en la comisaria —balbuceó la señora Scott.

Sintiendo como la sangre le hervía, Zoey levantó los ojos. Ni Mateo ni el tipo raro estaban allí. Algo en la comunicación con su madre falló y se quedó escuchando el tono imparable del teléfono muerto.

—¿Qué? —empezó a decir Jessica.

Zoey no llegó a contestarle. Corrió hasta la ventana y la abrió de un tirón. No importaba cómo, pero iba a bajar. Jess llegó a tiempo para atraparla por el pijama.

—¿Es que estás loca? ¡Es un segundo piso!

—¡Me da igual! Se robaron a mi hermano.

—¡Santo Dios, Zoey! Zack va a arreglarlo.

Zoey negó. Zack llevaba afuera más de media hora, de seguro algo habría salido mal y, si bien ella había prometido comportarse, su compostura se había ido por el inodoro en el momento en que esa cosa le mostró que de verdad tenía a Mateo.

Logró sacar un pie por la ventana y Jessica no fue capaz de frenarla. Parada en el alfeizar, se deslizó por los cantos del edificio hasta una columna que usaría para descender.

Jessica apareció también, deslizando medio cuerpo fuera de la ventana.

—¡Estás loca! —le gritó, pero la siguió hasta la columna—. ¡Juro que si no te matan ellos, te mataré yo!

—Eres la peor niñera del mundo —replicó ella, mirando al suelo. Vamos, no podía ser tan difícil.

Se aferró a la columna y rezó para que todo saliera bien. Apretando los pies desnudos contra la pared, se deslizó hacia abajo. Increíblemente, llegó al primer piso sin heridas.

—No puedo hacer esto —Jessica tembló.

—¡Tú quédate ahí! —le dijo Zoey.

—¡No voy a dejar que vayas sola!

Tomando en cuenta los movimientos de su amiga, Jess apretó los pies contra la columna, y viendo que ella no iba a tener lugar, Zoey continuó con el descenso. Ahora la altura no era tanta.

Despacio y con cuidado, se soltó al metro y medio y cayó, no muy bien, no como hubiera deseado. Sin embargo, había recibido golpes peores en el pasado. Más arriba, Jessica pegó un chillido al saltar y luego aterrizó sobre ella.

—Quítate —le espetó Zoey, tragándose un mechón de pelo marrón —. Necesitas un maldito corte de cabello.

—Lo quiero largo ahora —masculló Jess, muerta de dolor en algún sitio.

Se levantaron como pudieron y miraron a su alrededor.

—No hay que confiarse, ¿de acuerdo?

—Créeme —susurró Jessica, poniendo su espalda contra Zoey—, después de haber visto a ese bicho saltar a nuestra ventana, lo que menos tengo es confianza.

Capítulo 13

—¿Y ahora…? —preguntó Jessica, llena de nervios.

Zoey miró el bosque.

—Hay que ir al templo —explicó, señalando los árboles.

—Mierda, de verdad vamos a ir allí.

—¿Por qué crees que nos tiramos por la ventana? ¡Es allí a donde dijo que fuera!

Maldiciendo en voz baja, Jessica la siguió. Saltaron, ayudándose entre ellas, el paredón de cemento y se movieron entre los árboles, atentas a cada sonido.

—Vamos a morir, vamos a morir.

—¡Cierra la boca, Jess! Me pones nerviosa —respondió Zoey.

Caminaron en la oscuridad. Jessica preguntó varias veces si sabía a dónde iba; Zoey no respondió, no tenía ni que pensarlo, solo marchaba. El dije sabía dónde estaba el templo.

En algún punto Jess tropezó, pero consiguió levantarse pronto; su miedo la hacía moverse hacia delante; quedarse atrás no era una opción. Alcanzaron el templo poco después y lo encontraron aparentemente vacío.

—¿Esto? ¿Es este lugar?

Sintiéndose desprotegidas en medio del bosque, entraron al edificio circular. Jessica giró sobre sí misma, dándose cuenta de las marcas en las paredes.

—No te alejes —le dijo Zoey, tratando de arrimarse a una pared. No le parecía buena idea quedarse en el medio del lugar, donde eran más vulnerables.

Jessica la siguió y ambas apoyaron la espalda contra las paredes talladas.

—Este es el mismo lenguaje del libro —murmuró ella—. ¿Por qué no me lo dijiste? Probablemente tengamos más oportunidades de conseguir información aquí que con esa cosa.

Zoey frunció el labio.

—Más bien tengo la sensación de que aquí no dice nada importante. Es como si fueras a un templo cristiano y tuviera escrito en las paredes versículos de la biblia.

—¡Exacto! Ese tipo de cosas te hablaran mejor del dije que ese libro, que es como el cuento de un viajero.

Se quedaron calladas durante un momento porque les pareció oír algo afuera, como una rama que se partía cerca de una de las entradas. Jessica se pegó a ella y Zoey trató de mantener la calma. Las dos juntas eran más fáciles de atrapar que por separado.

—¿Dónde mierda está Zack? —murmuró.

—¿Lo habrán atrapado? Ese tipo, ¿Jude?

Sin dudas el sujeto que había aparecido con Mateo no era Jude y había certeza alguna de que tuvieran algo que ver. Por propia experiencia, Zo sabía que los enemigos nunca eran individuales y que podían estar enfrentándose a más de uno a la vez en esos momentos.

—¡Zoey! —Jessica tiró de su manga y le señaló una de las entradas del templo.

Frente a ellas estaba el tipo con Mateo en sus brazos. Temerosa, Zoey se liberó del agarre de Jess y dio un paso al frente.

—No tienes por qué hacerle daño —le dijo ella. El tipo ni se inmuto —. Solo… déjalo en el suelo y permite que mi amiga se lo lleve. No les hagas daño a ellos.

Jess soltó un bajo insultó y volvió a sujetarla del brazo.

—¿Estás loca? —le urgió.

Cansada de esa pregunta, Zoey la codeó.

—Cuando puedas, tómalo y marcha al colegio. Una vez que estés dentro, no va a poder lastimarte.

—Olvidas una cosa —dijo Jess entre dientes—. ¿Cómo mierda entro al colegio, eh? Si él puede subir a una ventana más rápido que yo. Además de que salir de este bosque no va a ser tan fácil.

—¡Tú solo corre! —Volviendo la vista hacia el hombre, Zoey casi temió que hubiera desaparecido otra vez. Dio dos pasos al frente y esperó. Él tenía que dejar a Mateo, pero no lo hacía—. Soy tuya. Por favor, déjalos ir.

Despacio, el hombre dejó al bebé en el suelo. El infante era completamente ajeno a lo que sucedía. Es más, Mateo estaba muy

tranquilo, probablemente dormido aún. Sabiendo que no iba a alejarse hasta que ella estuviera a su alcance, Zoey volvió a moverse hacia adelante.

—Aquí. —En otra de las entradas del templo, un segundo tipo negro y gris se presentó. Estiró la mano hacia ella y le indicó que avanzara hacia él. Así era mejor, pensó Zoey, porque se alejarían de Mateo y Jessica podría tomar al bebé. Miró a su amiga, intentando establecer contacto visual con ella. Ambas tenían que ser rápidas; al menos ella y Mateo tenían que salir vivos de esto.

Jessica le devolvió una mirada que al principio le pareció aterrada. Pero entonces, su amiga frunció el ceño y asintió con la cabeza. Ahora había decisión en su rostro.

Zoey también asintió y se giró hacia el otro sujeto. Caminó lento, esperando que su amigo se alejara de Mateo. Cuando estuvo a dos metros de él tomó aire.

—Dejen ir a mi hermano y a mi amiga, por favor.

—Ellos son libres, no son de nuestro interés —respondió el que estaba frente a ella.

Se sintió un poco más tranquila, a pesar de que sabía que iba a morir. Por alguna razón confiaba en la palabra de esos tipos. Si hubieran querido deshacerse de Jess y de Mateo ya lo habrían hecho, ¿no?

Se giró una última vez hacia su amiga y trató de sonreírle. Jess no pudo devolverle el gesto, pero la saludó con un movimiento de la cabeza. Ambas pusieron sus ojos otra vez en Mateo. Ahora el bebé estaba solo en el suelo. Zoey volvió a mirar hacia el frente. Los extraños, que se movían como sombras, ahora estaban juntos frente a ella.

Escuchó los pasos de Jessica sobre el suelo del templo y solo se giró justo a tiempo para ver cómo ella levantaba a Mateo del suelo y salía del edificio.

—Portadora, tu hora ha llegado.

Zoey cerró los ojos, esperaba que fuera rápido.

—Perdón, Zack —musitó. A él no le iba a hacer gracia saber de su muerte después de todo el esfuerzo que había hecho para protegerla, pero ya no importaba. Ambos estarían muertos después de esto; seguramente se desquitaría con ella en el más allá.

—Pasos afuera, Portadora —indicaron.

Avanzó y bajó los dos escalones. El viento que se filtraba a través de las copas de los arboles le despeinó el cabello. Lo que sintió a continuación fue la hoja de un cuchillo que se enterraba en su

estómago. El metal cortó todo a su paso y el aire se le escapó de los pulmones. El dolor fue algo que jamás hubiera podido imaginar. Se acordó del cuchillazo en la pierna por parte de Jude y, en esos segundos en los que perdía el equilibrio, comparó los ataques. Por alguna razón, en este no era capaz de gritar.

—¡Zoey! —chilló Jessica, horrorizada, y ella quiso golpearla. ¡Debería estar corriendo! No quieta allí, mirando todo.

—Mue… vete —le dijo, llevándose las manos al estómago. El cuchillo ya no estaba en ella. Sin más, cayó de espaldas al suelo. Ni siquiera podía moverse y era irónico que sus últimas palabras fueran así de vacías. No tenía ningún mensaje mejor que ese.

Creyó ver a Jessica correr a través de los árboles en un momento, pero no podía jurarlo. Por su bien, esperaba que fuera cierto. Los sujetos se quedaron junto a ella, sin volver atacar, solo la observaban.

Zoey miró el oscuro cielo estrellado mientras esperaba que la muerte llegara; por alguna razón, se tardaba demasiado. Comenzó a temblar, percibiendo la fiebre como algo estúpido y lejano. La presión en su abdomen era lo más importante, lo más decisivo. El sopor que llegó suavemente la quería obligar a cerrar los ojos. Pero sabía que, si lo hacía, no volvería a abrirlos y quería ver de este mundo todo lo que pudiera antes de marcharse.

Se concentró en las estrellas, en su brillo, pensó que quizás eso mitigaría el dolor y la ayudaría a calmarse, pero el peso de sus parpados se volvió insoportable luego de un tiempo.

—Aún no muere —susurró uno de los hombres negros y Zoey cerró los ojos durante un momento.

«No, no, ábrelos, tonta. ¡Tienes que mantenerlos abiertos! No volverás a ver las estrellas, es tu única oportunidad», se dijo, forzándose a abrirlos otra vez. Y cada vez que los cerraba, abrirlos era miles de veces más difícil. Era como cuando uno no puede despertar por la mañana, solo que el nivel de agotamiento era superior. ¿Y por qué resistir, entonces? Frunció el ceño. Quizá no moría porque estaba obsesionada con mirar las estrellas y eso alargaba su dolor. Un dolor que le impedía respirar, que le causaba frío y distorsionaba el resto de los sentidos.

—No tendremos el dije hasta que muera.

Las voces eran cada vez más lejanas.

—¿Cuánto tiempo ha pasado ya? Peat no estará feliz con esto.

—Deberíamos acelerar el proceso —dijeron, y a Zoey le pareció escuchar el zumbido del metal al agitar un cuchillo—. No podremos desprender el dije hasta que este muerta.

Ya no tenía miedo. El daño estaba hecho, seguramente otro cuchillazo no dolería tanto como el primero. Ya se encontraba envuelta en dolor y cansancio, no debería sentirlo. Cerró los ojos por fin y esperó por la tardía muerte.

Entonces, sintió el filo de la hoja en su cuello, midiendo. Iban a degollarla, ¿o a decapitarla? Eso ya no le gustaba tanto. De alguna forma, consiguió agitarse y gemir. Comenzó a llorar. No, no era eso lo que quería, no quería morir así.

«No, no, no, no».

Y entonces, escuchó que Zack gritaba, estaba cerca. El alivio la recorrió de arriba abajo y el cielo se iluminó, como si el sol hubiera salido a mitad de la noche.

Zack corrió con todas sus fuerzas, mientras el dolor y la desesperación le gritaban en el oído. Zoey estaba en el suelo y sabía muy bien que la mancha en su abdomen era de sangre. Iba a perderla si no llegaba a tiempo y, en realidad, no sabía si ya la había perdido.

Una bola de luz se expandió de pronto, irradiando su fuerza desde el pecho de la muchacha. El dije intentaba tomar el control de la situación, y el chico se permitió tener alguna clase de esperanza. Pero cuando quiso avanzar, el poder lo lanzó al suelo, como si la luz no solo tuviera la fuerza de dañar sus ojos, sino también de arrasar con todo a su paso.

Los demonios gritaron; el tercero, que lo perseguía, también lo hizo y Zack giró la cabeza a tiempo para ver el modo en el que la luz lo consumía, eliminándolo de a poco como a un parasito asesino, subiendo por su piel negra, rompiendo la oscuridad en ellos.

El chico se agazapó en el suelo tratando de resistir la presión. Se arrastró, mientras intentaba alcanzar a Zoey. ¡Tenía que llegar a ella!

—¡Mierda! —gritó, cuando notó que no importaba cuánto clavara los dedos en la tierra. Y entonces, durante un segundo, la luz lo devoró todo, incluso a él. Durante un segundo, todo fue blanco y brillante.

La luz se apagó de la nada y regreso a la paz previa. La oscuridad se echó sobre sus hombros y Zack solo pudo ver a Zoey tirada en el suelo. No había ni rastro de los tres demonios. Jadeando, corrió hasta ella y su peor miedo se vio reflejado en sus ojos cuando encontró el dije tirado en el suelo con la cadena rota. Miró a Zoey, que tenía los ojos firmemente cerrados, y se derrumbó sobre ella.

Lloró sobre su pecho, dolido como nunca. Jamás creyó sentir tanta

pena en su vida, o en su muerte. Era posible que el poder del dije hubiera sido demasiado para ella.

—Zoey, Zoey —sollozó, tomando su rostro con las manos. Eso no podía estar pasando, todavía tenía que haber esperanza; de lo contrario, él no seguiría allí. Acercó su boca a los labios de la chica y la besó, conteniendo las ganas de destrozar el bosque entero.

Entonces, ella suspiró y él se apartó, con los ojos muy abiertos.

—¿Zoey?

Ella continuó con los ojos cerrados, pero ahora era indudable que respiraba. Nervioso, Zack llevó las manos a su estomagó y levantó la remera llena de sangre para ver su herida. Se encontró con su piel sucia, pero lisa. ¡Ya no había nada allí!

Estuvo a punto de reírse a causa del alivio. La levantó del suelo y la apretó contra su pecho. Zoey volvió a quejarse y él besó cada parte de su cara.

Estaba viva, bien viva. No tenía sentido, pero en ese momento le importaba un rábano. No hubiera soportado que ella corriera la misma suerte que él, jamás se lo hubiera perdonado, aunque eso significara que ambos estarían en el mismo plano espiritual.

Zoey merecía vivir, merecía continuar. No importaba lo que ellos hubieran planeado, nada de eso importaba cuando una niña como ella en verdad merecía que todo lo bueno inundara su vida.

La alzó y estiró su mano para tomar al dije. Lo mejor sería que solo lo tocara él y se encargara de pensar bien a quién iba a dárselo para alejarlo de Zoey y de su familia. No sabía exactamente qué pensar de eso, pero ella ya no tenía que estar atada a ese destino. El dije y Zoey ya no estaban en el mismo camino.

Capítulo 14

Zoey se desperezó en la cama. Todo se sentía cómodo y mullido. Bostezó y abrió los ojos mientras sacaba las piernas por un costado del colchón. Hacía calor. Se quedó allí, mirando el techo de la habitación durante un buen rato hasta que se acordó de todo lo que había pasado.

Se irguió de pronto y llevó los dedos a su estómago. No había ni una herida allí y, durante un segundo, pensó que lo había soñado todo. Esa sería la única explicación lógica, porque no podía ser que no tuviera el corte del cuchillo.

—Esto…

Jessica salió del baño con el uniforme puesto y brincó de alegría al ver a su mejor amiga despierta. Se lanzó sobre ella, tumbándola de nuevo sobre la cama y apretando los brazos alrededor de su cuello.

—¡Al fin! Me has tenido como loca aquí. No sabíamos qué decir para que no insistieran en venir a verte. Al final, Zack me hizo decir que ya no tenías fiebre pero que aún te sentías mal. Funcionó cuando la enfermera vino ayer y te vio terriblemente dormida. Supongo que vendrá hoy también, así que es una suerte que hayas reaccionado.

Zoey apartó a Jessica, intentando también parar su barboteo.

—Jess, Jess —le dijo, mientras intentaba apartarla de su cara—. ¡Aguarda un poco! No entiendo nada.

—Ah, sí. —Jess se sentó—. En resumen: algo raro pasó con el dije y eliminó a las cosas negras esas, curó tus heridas y, ¡*voilá*! ¡Ya no eres más una portadora!

Zoey la miró con la boca abierta y logró escaparse de la cama. Se paró en medio del cuarto y levantó las manos.

—No, tú… ¿Y mi hermano? ¿Dónde está Zack?

Jess solo respondió a lo primero.

—Sano y salvo con tus padres.

—¿Y Zack?

Jessica hizo una mueca y a ella le entró el pánico. Llevó las manos a su pecho y comprobó que no había nada colgando de él. No tenía el dije… ¡No tenía el dije! Y eso… Y Zack…

—¿Dónde está Zack?

—Él quería estar aquí para cuando despertaras. Pero…

—¡Pero qué! —gritó, con las lágrimas a punto de reventar en sus ojos.

—Pero estaba buscando alguna respuesta a las cosas locas que sucedieron. —Zack apareció en la ventana y Zoey estuvo a punto de golpearlos a ambos. Sin embargo, corrió hacia él y no se detuvo hasta enterrar la cabeza en su camisa blanca.

—¡Me diste un susto de muerte!

—¿Y tú a mí? —Zack rio—. ¿Sabes el paro cardiaco que me dio cuando vi el dije tirado?

Sollozando de alivio, Zoey negó.

—Tú no puedes tener paros cardiacos.

—En mi corazón que se muere por ti, sí —murmuró él, besando su frente—. No sabes lo feliz que estoy de que estés viva.

Zoey volvió a apretarse contra él. No tenía idea de cómo, pero las cosas habían salido bien. Zack todavía estaba allí, ella estaba viva y el dije ya no la tenía como prisionera. De alguna manera, algo había permitido que la suerte estuviera de su lado.

—Me asusté —murmuró ella—. Si ya no está el dije, ¿tú te irás?

Zack contuvo el aire durante un segundo y la abrazó con fuerza al otro. Se fundieron como si ese fuera el último contacto que fueran a tener. Tal vez lo era.

—Yo… iré a almorzar —susurró Jessica, cerrando la puerta detrás de ella al salir.

Zoey se separó de Zack para verlo a la cara, y entonces tomó el cuello de su camisa y lo atrajo a su boca. El beso fue el más poderoso hasta el momento, como si quisieran tomar todo el uno del otro. Zack la alzó en el aire y no tardó en caer sobre ella en la cama. Le quitó el pijama a tirones y Zoey jadeó cuando se encontró encantada por su ferocidad.

De la misma forma, motivada por su arranque desesperado, ella tiró de la camisa del chico y llevó las manos al cierre de su pantalón gris. No sentía vergüenza de nada ya, lo quería demasiado como para preocuparse por las cosas que estaba haciendo. Necesitaba sentirlo,

necesitaba tenerlo una vez más, aunque fuera la última. Antes de que pudiera llegar a sus calzoncillos, ya estaba desnuda con las manos de Zack sobre su piel. Ese momento lo era todo.

—Es así como quiero recordarte siempre —murmuró él—. Mi Zoey.

La besó con tanta fuerza que le hundió la cabeza en la almohada y ella no pudo respirar por largos, largos segundos. ¡Como si eso le molestara! Disfrutó de quedarse sin aire, de ser devorada por la boca de Zack como si no hubiera un mañana y, cuando la soltó, ella lo miró a los ojos, lista para más.

¿Era así como alguna vez lo había soñado? En realidad, había deseado que su primera vez fuese con Zack, como efectivamente lo había sido: dulce, amable. Pero sin dudas, también había soñado tener esa clase de pasión con él y, durante un momento, se dijo a si misma que no era un sueño, que en verdad estaba pasando, aunque la situación no fuera de la manera que ella hubiera preferido.

«No, aférrate al momento importante», se dijo.

—Zoey. —Zack se detuvo y ella, de pronto ansiosa, se quejó—. Zo.

Ella apoyó la cabeza en la almohada y lo miró otra vez, conteniendo las lágrimas. Zack sonrió nuevamente y sus dedos trazaron suaves caminos en su mejilla

—Tengo algo importante que decirte —anunció Zack.

Ella hipó, cuando una lágrima furtiva al fin logró escapar.

—¿Qué? ¿Vas a decirme que siempre vas a estar conmigo? ¿Qué nunca voy a estar sola? ¿Qué…?

—No. —Zack posó los labios sobre los suyos, callándola—. Voy a decirte que te amo. —Ella contuvo el aire y se mantuvo quieta, pero por dentro el corazón le martillaba las costillas—. Y estoy feliz de irme amándote.

En ese momento, las lágrimas se fugaron. Zoey apretó los brazos alrededor del cuello de Zack y lloró con amargura, como no había tenido oportunidad de llorar el día de su muerte.

—Yo no quiero que te vayas, te necesito. Aún no puedes dejarme.

Zack rio en su oído, tan suave, casi silencioso.

—Entonces, en ese caso, sí. Sí, te diré que siempre voy a estar contigo. —La sostuvo mientras ella derramó cada triste lágrima que tenía. La besó y la acarició, pero a veces eso solo aumentaba el dolor —. Zoey, esto iba a pasar en algún momento, lo sabíamos.

—¡Pero no aún! ¡No aún! ¿Qué voy a hacer sin ti?

—Lo mismo que has hecho siempre: vivir. —Él apartó cuidadosamente sus manos y logró que ella dejara de llorar durante un segundo—. Tienes una oportunidad ahora. Y en realidad, ya no me

necesitas, Zo. Eso es lo que tú crees. Pronto te olvidarás de mí.

Zoey negó.

—¡Nunca! ¿Cómo crees que podría olvidarme de ti? En cualquier sentido, Zack. He estado enamorada de ti desde hace mucho tiempo. Estoy enamorada hoy más que nunca —aseguró. Zack borró la sonrisa de su rostro—. Nunca voy a querer a alguien como te quiero a ti.

Despacio, él volvió a llevar su boca a los labios de ella.

—Mi amor —murmuró—, hay cosas que no están destinadas a ser. Tú y yo somos una de esas. Así que te ruego, te suplico, que sigas adelante. Quiero que seas feliz, que te enamores otra vez, que te cases, que tengas hijos a los que no querrás revolear por la ventana. Que te mueras ancianita llena de nietos si eso es lo que deseas.

Ella tragó saliva.

—Aunque lo haga —dijo, apretando los labios—, será toda una farsa, porque el día en que muera en lo único que pensaré es en volver a verte.

Zack contuvo un suspiró y negó con la cabeza. Ella siempre sería cabeza dura.

—No será así, créeme. En lo único que pensarás es en el amor con el que habrás compartido tus años —aseguró él, y cuando ella volvió a negar, suspiró—. Pero aun así, estaré esperándote, siempre estaré esperándote.

—Esto no es justo.

—Nunca lo fue —contestó él, encogiéndose de hombros.

—Tendría que serlo.

—Pero no lo es. No podemos cambiar eso. ¡Tienes que aceptarlo!

Nerviosa por cómo él elevaba el tono de voz, Zoey se irguió. Se sentó en la cama y lo miró, en su rostro se reflejaba una clase de dolor más grande, más fuerte que cualquier cuchillada.

—No puedo aceptarlo. ¿Vas irte? Pues vete, pero eso no va a cambiar las cosas. Porque voy a seguir esperándote el resto de mi vida.

Zack le sujetó de pronto la cara con las manos, su mirada ahora no era tan triste o amable.

—Zoey —murmuró él.

Ella lo miró de igual forma, posesiva y terca, mostrándole que, aunque las cosas se dieran así, ella no iba aceptarlo. Él la sostuvo sin decir nada en realidad, quizá cansado de oírla con eso. Pero, al final, estrelló su boca contra la de Zoey y eso fue lo último que hablaron antes de ponerse serios en el asunto.

Zack seguía allí. Zoey lo miraba a cada rato como para asegurarse de que él no iba a desaparecer de un momento a otro. Pero habían pasado dos días y él seguía allí. No tenía sentido, nada de lo que había sucedido desde el secuestro de Mateo lo tenía.

Se había vuelto a comunicar con sus padres. Ambos estaban más tranquilos y relajados puesto que Mateo había aparecido a pocas cuadras del restaurante del que lo habían abducido. La policía ahora investigaba el intento de rapto con la teoría de trata de menores y venta de bebés. Nunca iban a descubrir la verdad: que había sido secuestrado por demonios para usarlo como chantaje y asesinar a su hermana mayor —y que un muerto que estaba enamorado de ella lo había devuelto a sus padres—.

Ni siquiera ellos mismos estaban cerca de descubrir la verdad del todo. Las incógnitas eran más fuertes que antes, pero todavía no sabían si valía la pena ponerse a pensar demasiado en el asunto. El libro no estaba siendo de gran ayuda y por ello habían dejado de tocarlo; seguía escondido debajo de la cama de Jessica.

Lo único seguro era que Zoey ya no tenía el dije y que este, de alguna forma, había curado todas sus heridas, incluida la de la pierna. Los puntos quirúrgicos se habían esfumado también y ni siquiera había una cicatriz. ¿Y la fiebre? Por supuesto que tampoco quedaban rastros de ella.

Ahora, el collar estaba en un alhajero de Jessica y la llave que lo cerraba la tenía Zack. Sopesaban entre los tres las mejores opciones para alejarlo de sus vidas, mientras se atenían a la posibilidad de que Zackary se fuera de un momento a otro.

—Creo que lo arrojaré al río —murmuró él.

—Pero con eso todavía hay gente que va a creer que lo tengo —susurró Zoey.

Zack asintió.

—Tal vez por eso aún no me voy, tal vez todavía estás en peligro.

—O tal vez quieren que me ponga el collar de vuelta.

Zack frunció el ceño y Jessica dio un respingo.

—¿De qué estás hablando? ¿Cómo te lo irías a poner de vuelta?

Zoey suspiró y apartó los apuntes de inglés.

—Que Zack dice…

—Digo que la situación ha sido extraña —interrumpió él, alcanzando el alhajero. Lo abrió con cuidado y sacó el dije, que ya no tenía el color verde agua brillante de siempre. Se veía apagado, como

un cristal viejo—. Yo nunca antes he lidiado con sujetos como esos. Jude, las sombras, estos… demonios o lo que fueran. Simplemente no es normal.

—Empecemos por decir que tú no eres normal —terció Jessica—. Tú eres un fenómeno de la naturaleza que desafía las leyes de la vida y la muerte. Empecemos por eso.

Zack no se inmutó por el tono de Jess; pasó los dedos por la cadena rota del collar y cerró el puño alrededor del dije.

—Exacto. ¿Por qué ella es tan importante? ¿Por qué hicieron esto conmigo… por Zoey? Yo creo que el asunto estaba pensado desde antes.

Zoey comenzó a negar.

—Ya no digas eso —masculló—, porque me sentiré horrible al pensar que alguien te hizo morir a propósito para que yo tuviera esa cosa.

—Eso no es…. —Jessica se puso pálida—, no es agradable. ¡Por supuesto que no ha sido culpa tuya!

—Pero, ¿y si lo ha sido?

—No. —Zack bufó—. Si fue así, la culpa la tiene alguien más, Zoey.

Guardaron silencio y Zack volvió a meter el collar en el alhajero.

—Tal vez busque a Jude para entregárselo. Estará feliz y nos dejará en paz.

Jessica y Zoey no contestaron. Ambas corrieron las sábanas de sus camas y, cuando Zack se convirtió en conejo, apagaron las luces de las lámparas. Zoey apoyó la cabeza en la almohada y el conejo se acurrucó en su costado. Se miraron por un breve instante y ella se estiró para besar su cabeza esponjosa.

Esperaba con mucho miedo que él estuviera allí en la mañana.

«Somos nosotros o él. Somos nosotros o él. Somos nosotros o él. No hay cambio, no hay otra posibilidad. Somos nosotros o él.

Capítulo 15

Había un rey sentado en lo alto del trono, pero muchos pasaban junto a él como si no lo vieran, como si no entendieran que tenían a un miembro de la realeza frente a ellos.

Al rey no le molestaba, miraba impasible hacia el frente a la espera de algo que ella no lograba comprender. Y de pronto, él desapareció y su trono se convirtió en escombros. Todo fue tragado por la oscuridad y los gritos que resonaron en su cabeza, que parecían provenir de otros tiempos, se alzaron fuertes y claros. Ahora que el rey no estaba, todos se arrastraban entre las sombras pidiendo su ayuda.

Pero ya era demasiado tarde.

Zoey se despertó sobresaltada, el incesante sonido de la alarma justo arriba de su frente. El conejo Zack sostenía el reloj con una pata y, con la otra, golpeaba su pequeña cadera blanca.

—Cuando reacciones correctamente, te odiarás a ti misma por no haber despertado antes.

Ya había reaccionado. Zoey rodó fuera de la cama y buscó el uniforme a tientas. Estaba arrugado, hecho un bollo sobre la silla del escritorio, pero a esta altura de su vida todo le daba igual. Pateó a Jessica que tampoco había conseguido levantarse a tiempo.

—¡Quiero que ambas lean hoy la teoría de matemáticas! —gritó Zack, antes de que ellas salieran corriendo por la puerta.

Corrieron rumbo al comedor, rezando por encontrar algo para desayunar. Esquivaron a los alumnos de tercero y pasaron velozmente junto a Mariska Sullivan que las miró de refilón con un gesto malhumorado.

—Me va a volver loca. ¿Cómo lo has soportado durante tanto tiempo? Es más exigente que un profesor de universidad.

Zoey arqueó las cejas hacia ella, mientras agarraba una botella de jugo.

—No tienes ni la más pálida idea de cómo es un profesor de la universidad.

—Bueno, Zack podría ser uno perfectamente.

Llegaron tarde a la clase; la profesora de Química las regañó y las envió al fondo, cerca de James.

—Yo también llegué tarde —susurró él mientras la docente comenzaba a escribir animosamente en el pizarrón.

Copiaron el temario del día tan veloz como pudieron. Zoey terminó con espacios en blanco en la hoja. Se veía que la profesora no estaba de buen humor. Apenas terminaba un párrafo, lo borraba del pizarrón. Algunos alumnos que se atrevieron a protestar recibieron tarea extra. Hacia el final de la clase James se quejó en voz baja sobre cómo iba a reprobar esa materia.

—No si yo puedo evitarlo —murmuró Jessica.

—Si Zackary puede evitarlo —corrigió Zoey en un susurro.

Por la tarde tuvieron una entretenida clase de Natación. ¡Bah!, entretenida para Mariska. Alegando que le dolía un tobillo, fue la única que no tuvo que repetir los cuarenta ejercicios que el profesor Héctor les dio a las demás. Y cuando él se fue a sentar junto a ella para supervisar la clase, Jessica le repitió a Zoey miles de veces en voz baja que tenían sexo en el sótano. Así de morboso.

Era increíble que Jess aún quisiera esos cuarenta pesos.

Para la noche, Zack todavía estaba en este plano y, físicamente, se veía bien. Zoey fue directo a abrazar su pecho y se quedó unos segundos allí hasta que Jessica anunció que se daría una buena ducha para quitarse el cloro del agua de la pileta de encima

Mientras tanto, Zackary se sentó junto a Zoey en la cama y le comentó lo que había estado pensando: en cuanto Jude volviera a aparecer, así como cualquier otro enemigo, este no se convencería de la veracidad del collar si veía a Zoey con vida; tampoco podían arriesgarse a que ella fingiera su muerte y estuviera cerca del dije otra vez solo para que alguien más pudiera tomarlo.

—Y entonces, ¿qué hacemos? —preguntó ella, quitándose los zapatos.

Él suspiró y metió la mano debajo de su cama para alcanzar el alhajero.

—No estoy seguro. Le he dado vueltas al asunto durante todo el

día. No me convence poner el dije cerca de ti.

—No voy a volver a tocarlo —murmuró ella.

—Lo sé. Y aunque el dije esté raro…

Zoey lanzó los zapatos al rincón.

—¿Raro? ¿A qué te refieres con eso? —interrumpió ella.

—No me da la misma energía que antes —explicó Zack, abriendo el alhajero—. No me provoca la misma sensación.

Zoey miró el collar en el fondo de la cajita y parpadeó.

—Para mí se ve igual que antes. Aunque ya no brille tanto. Antes parecía una piedra jade. Ahora está como desvalido.

—Exacto, es como si se hubiese desteñido —murmuró Zack, volviendo a cerrar con la llave el pequeño baúl de metal—. Tal vez es porque ha gastado demasiado poder al destruir a los demonios, sanarte y desprenderse de ti. No se supone que esto fuera posible. Pero si él consiguió dejarte libre, habrá usado mucho de su poder.

Zoey asintió despacio, la afirmación tenía sentido. Pero, ¿se podía dejar inconsciente a un collar? Porque así era como se veía: dormido.

No sabían cómo encarar la situación y, con las horas, Zoey se apegaba más y más a Zack; y él no se quedaba atrás. En cualquier momento que podía, besaba su mejilla, la abrazaba, le decía que la quería. Ella reclamaba un buen beso o simplemente se acurrucaban en la cama mientras Jessica estaba entretenida con algo más.

Cuando conseguían estar solos las ropas caían con prisa y los besos se fundían en cualquier parte. El baño resultó ser el lugar más frecuente, no solo porque era más íntimo, pequeño y cerrado, sino porque la ducha era un buen complemento para el calor que amenazaba con llegar en noviembre, a casi diez días de distancia.

Zoey se apoyó en el hombro de Zack y él acarició su pierna desnuda por debajo del dobladillo de la falda escolar.

—Sabes… —Zack trazó dibujos en su piel—. Ya van tres días, Zoey. No sé por qué no me voy de aquí.

Ella tragó saliva y apretó la mejilla contra su hombro, con más fuerza.

—No quiero pensar en eso.

—Lo haces, indudablemente.

—Ya lo sé.

—Y yo creo que algo aquí no está bien. Si me enviaron a protegerte por el dije, una vez que él dejó tu cuello, yo debería haberme marchado. —Zack frunció el ceño y miró fijo por la ventana—. Tal vez todavía estás en peligro, no solo por los ataques de Jude, quizá

todavía hay algo más que no sabemos.

—Sería mucho más sencillo si pudiésemos entender qué es ese «algo más».

—Esto no es…

—… normal —finalizó ella.

Esa noche, Zoey no durmió bien. Zack mantuvo su forma humana, abrazándola por detrás, pero aún con sus cariños, los sueños que tuvo no la dejaron tranquila y se despertó varias veces, agitada.

Había un rey otra vez y él caía. ¡Era traicionado! Sin embargo, a la mañana siguiente, no tenía ningún tipo de explicación para esa clase de visiones.

Agotada por el poco sueño, Zoey se levantó y marchó rumbo a sus clases con el conejo en la mochila.

Durante Historia James parloteó sobre los apuntes que había conseguido de un amigo de tercer año, hablaba de esas hojas como si fueran un tesoro perdido.

—Tenemos la vida solucionada —exclamó, mientras algunos alumnos se ubicaban en los asientos delanteros.

—Vamos, tampoco es para tanto. —Jess bufó—. Desconfío de dónde los sacaste.

James se ofuscó.

—Oye, al menos intento aprobar. No como ustedes dos que no han venido a estudiar nunca.

Ellas intercambiaron una mirada. Con todo lo que había pasado, no se habían juntando con James más de una vez. Además, aprovechaban que tenían a Zack como profesor en el cuarto, en donde le hacían preguntas variadas.

—Sí hemos estado estudiando.

—Me dejan de lado, eso es lo que pasa —murmuró él, poniendo cara de cachorro. Jessica soltó una carcajada, llamando la atención del chico nuevo.

Zoey miró, curiosa, la manera en la que él los observaba y se encogía nuevamente, como si les tuviera miedo. Ni siquiera era capaz de recordar su nombre como para ser amable y saludarlo. Al menos, ya no se sentía extraña como la otra vez que habían cruzado la vista.

—Oye —codeó a Jess—. ¿Cómo se llamaba este chico?

—Gay —replicó James, y Zoey le dirigió una expresión poco simpática.

—A Jessica no le interesa el muchacho, así que no tienes que actuar a la ofensiva, James —le dijo ella. Su amiga volvió a reírse y él hizo

una mueca notable—. Eso en primer lugar. En segundo, usar la palabra gay como insulto está mal. Es feo.

James, que no quería admitir su error, decidió cambiar de tema.

—Entonces, ¿te interesa a ti? Sabes, mi amigo Rick querría hablar contigo.

Jess alzó las cejas y miró a Zoey con una sonrisa tentativa, casi olvidando que Zack estaba en la mochila.

—¿Rick Davenson?

—Oh, perfecto —exclamó ella. Lo que le faltaba ahora era tener a ese chico detrás moviendo a James como marioneta.

—¿Qué? ¿No te interesa? —Él guardó sus apuntes.

—¿De ahí sacaste esas hojas? No pienso ni tocarlas.

—Rick aprobó todas las materias el año anterior.

—Sí —dijo Jessica—, porque la profesora de Inglés le regaló la nota. Al igual que la de Matemáticas, la de Biología, la de Economía y la de Química. Su tío es uno de los inspectores, obvio que van a aprobarlo.

Zoey frunció el ceño y se reclinó en la silla.

—¿Estás diciendo que aprueban a Davenson solo para que su tío no le haga problemas a la escuela?

—Mi mamá dice que sí. Rick y su tío viven en mi ciudad —terció Jessica.

—Vaya, así que hay alguien comprado —suspiró Zoey.

—Exacto, la directora.

Jessica se cruzó de brazos y James negó con la cabeza, mientras alzaba el mentón.

—Mis apuntes salvaran sus vidas, ilusas —exclamó él.

Las chicas rieron en voz baja y acordaron encontrarse a estudiar en la biblioteca por la tarde para que el muchacho se quedara tranquilo. James sonrió y luego se puso a cuchichear con Jess sobre alguna salida que quería arreglar con ella.

Almorzaron juntos y luego Zoey corrió rumbo a la biblioteca. Necesitaba pasar tiempo a solas con Zack para que él le pudiera explicar los ejercicios de Matemática. Se sentaron en la mesa de siempre y el conejo saltó fuera de la mochila.

Ella sacó en silencio sus apuntes y Zackary se sentó sobre la mesa.

—Así que… Davenson.

Zoey arqueó las cejas y le pegó en la cabeza con la cartuchera.

—No empieces —le dijo, escondiendo una sonrisa—, ya sabes que

no me interesa.

—¿Y el chico nuevo? —probó él, con las orejas bien paradas.

—Tampoco. Ni me acuerdo cómo se llama.

—Pero el chico es guapo.

Zack giró la cabeza blanca hacia otro lado, como si no le importara tanto su opinión, y ella estuvo a punto de reventarse de la risa.

—¿Desde cuándo te preocupa tanto?

—No me preocupa —terció él, con voz tranquila.

—¿Y entonces por qué preguntas?

—Por nada, yo no tengo nada que temer. —El conejo se cruzó de patas—. Soy hermoso.

Cruzándose de brazos también, Zoey se inclinó hacia él.

—Baja de tu nube, pompón.

Zack frunció la boquita bordada y descruzó sus patas cortas.

—¡Oye! ¿Cómo es eso de «pompón»? ¡No tengo nada que envidiarle a Davenson! —exclamó, ofendido. Zoey estuvo a punto de ponerse a reír otra vez, cuando él bajó las orejas y ladeó la cabeza—. Bueno, como mucho él está vivo y yo no. Tengo que envidiarle eso.

—Davenson no me gusta, Zack —aseguró ella mientras abría la cartuchera—. Creí que habíamos dejado en claro las cosas entre nosotros.

—Lo sé, y por eso sé que te fijarás en alguien más cuando yo me vaya. ¡Pero no Davenson! Puede ser cualquiera menos él. El chico nuevo me agrada más.

Zoey bufó, podría ser que ella fuera la terca que no quería aceptar a otro amor que no fuera Zack, pero él era sin dudas el terco que no quería aceptar que ella solo iba amarlo a él. Sin embargo, el comentario sobre Rick le causó gracia otra vez.

«Así que Davenson no, pero el nuevo sí».

En cualquier otro caso, le diría que eso lo elegiría ella. Pero no pensaba abrir la boca. No quería elegir y no pensaba herirlo. Zack hablaba en contra de lo que sentía.

—Olvídalo —le dijo Zoey. Enseguida comenzó a copiar en lápiz los ejercicios.

Zackary le remarcó una sola vez que se había confundido un signo positivo con uno negativo, luego hablaron insulsamente sobre el clima y sobre las citas de Jessica y James. Cuando ella empezó a hacer cuentas mentales, él se quedó callado.

Entonces, un libro se cayó de la estantería detrás de ellos, del otro lado, y Zack brincó dentro de su mochila justo a tiempo.

El chico nuevo apareció, caminando con un libro en la mano; miraba fijamente las hojas, pero levantó la cabeza de repente, sorprendido de ver a Zoey allí.

—Ah —dijo ella. El muchacho se quedó en su lugar y se balanceó sobre sus pies como si no supiera si salir corriendo o no, o como si pensara que hacerlo sería demasiado descortés.

—Lo siento —dijo él con voz profunda—, pensé que no había nadie aquí.

Zoey trató de sonreír. Otra vez, no recordaba su nombre.

—No hay problema.

El chico se volteó, sin mirarla y sin volver a hablar, y se alejó por entre medio de las estanterías. Ella continuó mirando el sitio por donde había desaparecido y parpadeó, confundida.

—El tipo es raro —murmuró Zack, sacando la cabeza de la mochila —. Entonces digo que él no.

—Es como si le tuviera miedo de la gente —agregó Zoey, ignorándolo.

—Quizá sí es un asesino por drogas como dijo Jessica. ¿O lo dijo James?

Ella tampoco contestó a eso. No creía que el chico nuevo fuera un asesino, pero tal vez el problema en su anterior colegio había sido demasiado fuerte y él ahora no quería relacionarse con nadie. Entendía un poco la mirada que le había dirigido a ella, a Jess y James. Era como envidia, recelo. ¿Por tener amigos? Probablemente se sentía tan solo que anhelaba tener amistades así.

—¿Zo?

La voz de Jess le llegó desde alguna parte de la biblioteca.

—¡Aquí estoy!

Ella y James aparecieron con comida bajo los brazos: una caja de galletas bañadas en chocolate y unas papas fritas. Jessica lanzó su mochila sobre la mesa y el chico se sentó junto a Zoey, mirando curioso dentro de su mochila azul abierta.

—¿Qué es esto? —preguntó, tirando de las orejas de Zack para sacarlo del bolso. Ella intentó arrebatárselo de las manos, pero el joven fue mucho más rápido y lo sostuvo lejos de su alcance—. ¿Es tu peluche de cama?

—No digas idioteces, me lo regaló un admirador secreto. —Se puso en puntas de pie, sin poder alcanzarlo; al final, fue Jessica la que le quitó el conejo de las manos desde atrás.

—¿Y qué hago entonces con Rick? Le dije que trataría de conseguirle una cita contigo.

Alcanzando el peluche que Jessica le tendía, Zoey negó con la cabeza.

—Dile que no me interesa. ¿Qué más podrías decirle?

—Oh, pero Jess y yo queremos ir al cine este sábado. ¡Podríamos ir los cuatro juntos!

Jessica se sonrió tentativamente por detrás de James y le guiñó un ojo a Zack, que, mientras el muchacho no le veía, intentó enseñarle el dedo del medio, hasta que se acordó que en esa forma no tenía dedos.

—No insistas, ya te dije que no. Zoey está enamorada de alguien más.

James bufó y sacó los apuntes de Rick.

—¡Rick podría salvarte las papas del fuego si sales con él!

Ignorándolo por completo, Zoey continuó con los ejercicios de Matemática, dándose cuenta de que ya no eran tan difíciles como antes. ¡Y eso que Zack le había explicado poco y nada! La chica terminó enseñándole James cómo resolver dos de las tres actividades de la tarea, y Jessica entendió por sí sola la última.

Pasaron gran parte de la tarde allí, hasta que la bibliotecaria apareció con libros para acomodar y tuvieron que esconder las galletas con chocolate. Se marcharon entre risas y James se despidió de ellas en la escalera.

—Sabes —Jessica anudó su brazo al de Zoey—, estaba pensando que en realidad podríamos ir solo tú y yo al cine. El de este pueblo es viejo y no tiene estrenos, pero…

—¿Crees que nos dejaran salir? —interrumpió ella.

—Me dejaron salir a cenar con Adam, ¡por favor!

Zoey hizo una mueca y miró el techo.

—Creo que Adam hizo eso con trampa, con magia.

—Oh. Entonces… —susurró Jess.

Llegaron al cuarto y se dejaron caer en sus camas, al tiempo en que Zack salía de la mochila.

—¡Si James vuelve a mencionar a Davenson, voy a darle el susto de su vida!

Las chicas lo observaron con los ojos como platos y, luego de alternar miradas cómplices entre ellas, se echaron a reír con fuerza. Zack podría decir todo lo que quisiera sobre seguir adelante y vivir nuevos amores, pero era un celoso de primera y, al parecer, no podía ocultar lo mucho que le molestaba que «su» Zoey tuviera pretendientes. Tal vez, algunos más de los que él esperaba.

Capítulo 16

—No sé cómo diablos conseguiste esto —murmuró Zoey mientras pagaba por la entrada al viejo cine del pueblo. Allí tenían tan solo una función semanal y, en realidad, el lugar lo sostenía el intendente como un sitio de interés cultural e histórico. Era de esos cines antiguos de la época de las películas mudas.

—Davenson —dijo simplemente Jessica.

Entraron juntas. No era de sorprender que fueran las únicas en la sala.

—¿Cómo qué Davenson?

—Ya te lo explicaré luego.

Zack sacó la cabeza de la mochila.

—En serio, ¿cómo que Davenson?

Escogieron los asientos de en medio y Jessica le tendió su entrada a Zoey.

—Se los explicaré más tarde. Ahora, disfruten de su primera cita a solas.

Sin más, ella volvió a levantarse y salió, brincando como una niña pequeña, de la sala. Zack y Zoey se la quedaron viendo, estupefactos.

—¿Qué diablos?

—¿Cita a solas?

—¿Ella nos consiguió una cita? —repitió Zack—. ¿Y qué tiene que ver Davenson?

Zack salió de la mochila y se paró sobre una butaca roja antes de tomar forma humana y cruzarse de brazos como un mocoso obstinado.

—Entonces, tenemos una cita —murmuró Zoey, pensando en lo mucho que había anhelado hacer algo parecido con él.

Zack alzó las cejas y miró hacia la pantalla; al final, se descruzó de

brazos y observó a Zoey con el principio de una sonrisa asomando en su rostro.

—Tenemos una cita.

Con una sonrisa tentativa, Zoey giró la cabeza hacia delante y se encogió de hombros.

—Nunca he visto una película con un chico —susurró cuando las primeras publicidades y avances llenaron la pantalla.

—¿Ah, no? —murmuró Zack, estiró un brazo por encima de su hombro. La atrajo hacia él y Zoey ensanchó la sonrisa.

—Tú has ido con muchas, ¿verdad?

Él rio por lo bajo y besó suavemente su mejilla.

—No, no con muchas. En casa hay un lindo cine, pero no he llevado a muchas chicas. Solo a dos.

Mientras pensaba en quienes habían sido esas dos afortunadas, Zoey hizo una mueca. No le convenía preocuparse por eso o realmente iba a odiarlas; ahora Zack estaba allí con ella.

—Vaya, entonces la tercera es la vencida —bromeó, y Zack se agitó, divertido por el comentario.

Miraron la pantalla hasta que *«Piratas del Caribe, navegando aguas misteriosas»* dio inicio. Zack empezó a reírse de Johnny Deep al instante y Zoey se quedó pensando en dónde estaban Keira Knightley y Orlando Bloom. La película no era lo mismo para ella sin esos dos actores.

La primera parte transcurrió sin problemas, hasta que los dedos de Zack comenzaron a bajar por el cuello de Zoey hacia el dobladillo de la camiseta sin mangas.

—¡Oye! —exclamó ella, sobresaltada. Zack sonrió con picardía en la oscuridad, con solo un perfil iluminado.

—¿Qué tiene? Estamos completamente solos.

—No pensarás que debamos… «ya sabes qué», aquí. ¡Eso sería demasiado, Zack!

Él puso una expresión inocente y metió la mano entre su blusa y su piel, buscando el hueso de su clavícula. Se estiró hacia ella sin dudarlo.

—¿Qué es demasiado, Zoey? —murmuró, presionando los labios contra el lóbulo de su oreja, manteniéndola inmovilizada mientras su otra mano la atraía a su pecho—. Esto no es nada.

Entonces, esa mano buscó el broche de su corpiño.

—¡*Wow*! ¡Eso es demasiado! —chilló ella, riéndose del ataque de nervios que le estaba dando; se deslizó fuera del asiento. El calor se le

estaba subiendo a la cara. Jadeó y notó que una mano de Zack aún estaba en su espalda. Lo gracioso era que él ni siquiera intentaba quitarle nada. Solo la molestaba—. Ya basta, me haces cosquillas.

—Estamos solos, no te resistas —rio él, pero Zoey se arrastró hasta poner distancia de un asiento de por medio—. Puedo ser todavía muy letal —añadió, levantando las manos y agitando los dedos—. Voy a destruir tu mondonguito —amenazó.

Zoey se tapó la panza con las manos.

—¡Estamos en un lugar público! ¿Es que estás loco? Realmente van a pensar que me estás toqueteando.

—Puedo toquetearte de verdad si quieres —se carcajeó él, reclinándose en el asiento.

Ella puso más distancia.

—No bromees —intentó amenazarlo.

—Soy prácticamente un fantasma —dijo Zack, mientras se bajaba del asiento y se agachaba.

Se deslizó hacia ella y Zoey volvió al suelo con otro ataque de histeria a punto de consumirla. Hacía tiempo que no tenía deseos de correr de él.

—Zack, para ya —ordenó, tratando de moverse hacia atrás, pero él llegó más rápido. Atrapó sus piernas y la jaló hacia él—. ¿Estás así de loco? —le dijo, incrédula.

No sabía dónde iba a quedar el límite entre las cosquillas y las cosas más serias. No sabía si estaba asustada por lo que pensaran los demás o porque aquello era hasta divertido.

—Sí, estoy loco —sonrió él, atrapándola por completo—. Y eso es lo que lo hace más divertido.

Capturó los labios de Zoey en un beso que ella nunca iba a olvidar. Era distinto; no era dulce ni desesperado, era sensual y tan excitante que le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo. Zack devoró su boca con mucha resolución, como si supiera la cantidad de presión exacta que tenía que hacer con sus dientes, como si entendiera cada una de sus reacciones y el modo en el que ella iba a tomar el recorrido de su lengua por su labio inferior.

Zoey gimió en su boca. Se estiró hacia él hasta que recordó que eso era un cine y que cualquier persona podría entrar y verlos teniendo sexo con ropa.

—Salte —indicó ella, golpeándolo en el pecho—. ¡Te dije que aquí no!

—Buuu —se quejó Zack, soltándola—. Pero si te ha gustado.

—Eso no… —Zoey parpadeó y abrió la boca, buscando algo

inteligente que decir—. Eso no tiene nada que ver.

Él se acomodó mejor en el suelo y se rio de su pobre balbuceo.

—Eres tan linda cuando no te salen bien las palabras.

—¡Me han salido bien! —se quejó ella, empujándolo definitivamente con las manos. Se levantó y volvió al asiento.

—Has mentido, te mueres por besarme.

—Yo no dije que no quisiera.

Zack también se levantó.

—Obviamente que no, jamás dirías algo como eso —se jactó él—. Te gusto demasiado como para no desearme.

Zoey frunció los labios y se cruzó de brazos.

—Eres un terrible egocéntrico sin remedio —bufó—. ¿No existe humildad en alguna… —fingió que buscaba algo en él con la mirada— parte de ti?

—Si la hay. —Zack se sentó a su lado—. Y te dejaré averiguar dónde.

—¡Oh, por favor! —se quejó ella, entendiendo a dónde iba el comentario. Puso los ojos en blanco y, como pudo, volvió a apartar su cabeza cuando él intentó molestarla—. Zack —susurró impaciente—. ¡Ya deja de jugar!

—Pero es nuestra primera cita, ¡nadie ve la película en la primera cita!

—¡Ya! —Zoey consiguió darle un manotazo en la cara y escabullirse lejos de sus garras, otra vez—. ¿En serio hacías esto con las otras chicas?

Miró al frente y se sentó lo más derecha posible. Zack se levantó despacio y fue a sentarse junto a ella.

—No te enfades ahora —se burló—. No hacia eso con las chicas porque era más pequeño y no tenía idea de lo que era el sexo.

Entonces, ella se giró y lo apuntó con un dedo.

—No, no me enfado —le dijo, de forma directa—. Solo que no entiendo tu concepto de primera cita. —Negó con la cabeza y arqueó las cejas—. De verdad. Quiero una cita romántica, es nuestra única oportunidad —protestó, exagerando su puchero.

Zack gimió al instante y suspiró, derrotado.

—Un puchero lo puede todo —dijo él—. De acuerdo, dejaré las cosquillas para otro día y seré el más lindo de todos los novios del universo. —Pasó nuevamente un brazo por encima de sus hombros y la atrajo a su pecho. Besó su frente y sonrió como un tonto al recordar sus mejillas encendidas y la resistencia que puso para no permitir algo

que, al fin y al cabo, él no iba a hacer.

Solo le gustaba provocarla.

Jessica casi se meó de risa ante la expresión de molestia de Rick Davenson. Él estaba sentado junto a James en el pequeño *restaurant* del pueblo y no parecía entretenido con los chistes que su amigo contaba.

—¿Podrías repetirme una vez más por qué Zoey no vino y no me avisaron antes?

Jessica sonrió amablemente.

—Fue de último momento, ella me pidió que saliéramos antes, pero al final me mandó un mensaje avisándome que no podía parar de vomitar.

James hizo una mueca y Rick frunció más el ceño.

—¿Y entonces qué hacemos todavía aquí?

—Oye, yo al menos quiero disfrutar de la comida —terció James, pinchando una papa frita gigante—. No salimos para nada, ¿o sí?

Jessica miró a su compañero y se jactó mentalmente de sí misma. Hasta ahora, todo salía perfecto. Ninguno de los dos sospechaba absolutamente nada y, usando la influencia que Davenson tenía en el colegio, la salida grupal había sido aceptada por la directora. Incluso Rick había pedido la ayuda de su tío para conseguir el permiso, con la excusa de que el señor mismo los acompañaría. Pero el señor era de no cumplir y ni James ni Jess lo habían visto ni una sola vez por ahí.

—¿Y tu tío?

—No lo sé —respondió Rick, rechinando los dientes.

Jessica bufó; el adulto responsable no era responsable en absoluto. Tanto esa familia como la directora eran unos completos incompetentes y por eso no le sorprendía tanto que nada más hubiera ocurrido con la encargada del colegio después de la muerte de Zack y de la desaparición de Adam. Hasta la caldera había explotado por culpa de unos cuantos balazos y nadie había sido capaz de darse cuenta.

Estuvo a punto de decir en voz alta que todos se merecían una denuncia, pero logró guardárselo para sí misma cuando Rick suspiró, frustrado por no tener a su cita.

Pobre de él, pero a Jess no le caía nada bien y estaba de acuerdo con Zack en que Davenson no era un buen tipo para Zoey. Ni él ni su familia tenían el prontuario limpio.

Comió un poco de las papas de James y miró por la ventana, esperando que Zoey y Zack disfrutaran de su tiempo a solas, cuando alguien conocido pasó caminando por delante de ella. Adam tenía mucha ropa encima para la temperatura primaveral que hacía, pero Jessica tenía muy en claro que era él.

Se levantó de golpe y James la miró confundido.

—¿Jess?

—Tengo que salir un momento.

Abandonó el local sin decir nada más y solo tuvo que recorrer veinte metros hasta ver a Adam de cerca. Él le daba la espalda y lo único que ella hizo fue decir su nombre en voz alta. Él se giró lentamente, bastante sorprendido de verla allí y de que ella lo hubiera ido a buscar con esa determinación grabada en la cara.

—¿Jessica?

—Supongo que no tengo que preguntar qué haces aquí. No te molestes en poner esa cara de imbécil —terció, avanzando hasta detenerse a unos dos metros—. Ya sé lo que buscas y solo voy a decirte que dejes a mi amiga en paz.

Adam asintió lentamente y se metió las manos en los bolsillos.

—Vaya, así que ahora tú eres la protectora.

—No tengo el porte ni la fuerza de Zack —murmuró ella con el mentón en alto, y Adam estuvo a punto de delatarse otra vez, presa de la sorpresa. Lo que él había dicho lo había dicho sin creer jamás que Jessica pudiera saberlo todo—. Pero cuando se trata de este estúpido asunto del collar tengo que ponerme ruda —masculló, cruzándose de brazos—. Así que lárgate antes de que te patee tan fuerte en el trasero que tengas que ir a cosértelo.

—¿Tú me patearas el trasero? ¿Quién te crees que eres, Jessica? —Adam rio.

—Solo aléjate de Zoey, no te atrevas a hacerle daño.

—¿O sea que no estás celosa?

Jessica alzó las cejas.

—¿Por qué debería estarlo? ¡Tú quieres asesinar a mi mejor amiga! ¿De qué mierda de celos me estás hablando? Oh, sí, aguarda, me encantaría que me mataras también.

Adam sonrió y sacó las manos de los bolsillos.

—¿Matar a Zoey? ¿Por qué mataría a la chica que amo? —susurró. Jessica se quedó congelada por un segundo—. Detesto tener que decírtelo de esta manera, pero siempre la quise a ella, incluso cuando el imbécil de Zack, vivito y coleando, la hacía suspirar. ¿A ti? ¿Por qué te querría a ti en primer lugar?

Jessica apretó los puños. Eso ya lo sabía, al menos una parte de eso. Adam se estaba burlando de ella, tenía que controlar su mal genio.

—Me da igual, no es como si fueras importante para mí —murmuró, sintiendo como la herida que estaba sanando en su corazón comenzaba a abrirse peligrosamente.

—¿Jessica?

James y Rick aparecieron dando la vuelta en la esquina. Ambos abrieron los ojos como platos cuando vieron a Adam allí, pero James tuvo una rápida reacción y se puso delante de ella.

—¿Qué haces tú aquí? —le espetó y Jessica sintió que la herida se tapaba nuevamente. James estaba allí para ella, él sí importaba.

—Oh, ¿tu nuevo novio, Jessica? ¿Ya sabe que eres una puta fácil? —rio Adam y James se adelantó tanto que Rick tuvo que lanzarse sobre su espalda a detenerlo—. Dile a Zoey que iré por ella, que no se preocupe por nada. Que su amiguito desaparecerá pronto.

James gruñó y le soltó una sarta de insultos. Adam volvió a reírse tranquilamente y se alejó caminando como si nada hubiera sucedido. Una vez que desapareció de su vista, Rick soltó a James y Jessica se relajó.

Automáticamente, él se giró hacia ella y, rabioso, buscó una respuesta.

—¿Qué está pasando? ¿Qué hacía este tipo aquí? Si te lastimó juro que voy a matarlo. No voy a perdonar que te haya insultado así.

—Adam es un tipo complicado, James —dijo Rick en voz baja—. No te metas con él.

Jessica se cruzó de brazos y bufó.

—No ha pasado nada. Solo he querido dejarle unas cosas en claro. Nada más.

—Te llamó puta y luego dijo que iría por Zoey, ¿qué carajo?

Jess negó rápidamente sin saber cómo explicar eso, mientras Rick agarraba al chico del brazo.

—Tenemos que ir a avisar que lo hemos visto, tiene pedido de captura por ser menor de edad. Aún no tiene dieciocho.

—¿Ahora?

—¡Claro que ahora!

Jessica asintió.

—Genial, ustedes vayan a hacer eso y yo volveré al restaurante a buscar mi billetera —soltó. La billetera la tenía bien metida en la cartera, pero no pensaba irse al colegio sin hablar con Zack y Zoey. Si se encontraban a Adam por allí…

James puso mala cara y volvió a zafarse de Rick.

—Yo no vi ninguna billetera —dijo el pretendiente de Zo, pero James lo hizo a un lado; eso no era lo que le preocupaba.

—¿Con este tipo dando vueltas? Iré contigo.

—No seas bobo —terció ella—. Ahora que él sabe que lo hemos visto quizá quiera impedir que ustedes vayan a denunciarlo. Yo no le importo, quedó más que claro. Iré por mi billetera y derecho al colegio, no es como si quisiera cruzármelo otra vez.

—Vamos —insistió Davenson, apartando sus dudas—. Mientras más pronto lo hagamos, más pronto podré hablar con Zoey.

Jessica les sonrió y pensó exactamente lo mismo. Mientras más pronto se fueran, más pronto podría hablar con su amiga.

Capítulo 17

—No entiendo qué pasó con el tipo religioso y la sirena.

Zoey giró la cabeza hacia Zack cuando salían de la sala.

—¿No murió?

—¿A que sí?

Zack se encogió de hombros mientras exponía su teoría sobre el final de la película.

Salieron a la calle y Zackary estuvo a punto de convertirse en conejo cuando Jessica apareció junto a ellos, agitada y despeinada.

—Jess. —Zoey la abrazó—. Muchas gracias.

—No me agradezcas ahora —contestó su amiga, quitándose el flequillo de la frente—. Adam está en el pueblo y amenazó con llevarte con él. No creo que sea buena idea deambular por aquí.

Zack se puso como una fiera en un segundo.

—¿Llevarla con él? Voy a matarlo.

Zoey puso una mano en su pecho para detenerlo y miró a Jessica con la boca abierta.

—¿Hablaste con él?

—Sí, intenté increparlo —explicó ella, ladeando la cabeza—. Pero luego terminó insultándome y diciendo que estaba enamorado de ti. Entonces aparecieron James y Rick y la cosa no parecía terminar jamás.

—¿Rick? —repitió Zack, cada vez más cabreado.

—*Hey,* tranquilo —Jess le dio una palmada en el hombro—. Les dije que se los explicaría luego.

—Ya es luego, niña. Habla.

—Como que no estoy entendiendo nada —alcanzó a decir Zoey,

antes de que Jessica explicara rápidamente cómo había usado a Davenson para conseguir la salida.

—Por eso yo diría que nos movamos rápido hacia el colegio o Rick sí verá que Zoey no está vomitando. La verá conmigo dando vueltas por aquí. Ahora mismo están haciendo la denuncia sobre Adam.

Zack se convirtió en conejo y los tres comenzaron a marchar hacia el río. Zoey intentó que Jessica explicara nuevamente las cosas, más calmada esta vez, pero ella siguió hablando como si nada de eso fuera realmente serio.

—¡Pero por favor, Jess! ¿Cómo se te va a ocurrir ir a presentarte ante él? ¡Y decirle que sabes lo del dije! ¿Entiendes que eso puede ponerte en peligro? —cuchicheó Zoey, apretando el conejo de peluche contra su pecho.

—Lo entiendo, pero tenía que hacer algo.

—No, lo que tenías que hacer era dejarle en claro que ya no puede romper tu corazón —corrigió ella—. Lo hiciste porque necesitabas decirle en la cara que es un imbécil.

Jess siguió mirando al frente. A medida que llegaban al puente, comenzó a soplar un viento agradablemente frío, típico de una tormenta de primavera.

—También eso.

—Me imagino que no le habrás dicho que ella ya no tiene el collar, ¿verdad? —pregunto Zack, girando la cabeza hacia ella.

—¡Por supuesto que no! Además de que la conversación se dirigió a expresar cuánto amamos a Zoey. Y cuán idiota eres, Zack —completó Jess—. Dijo que ibas a desaparecer, supongo que es el sueño de su vida.

—¡Ja! La dicha que habrá tenido cuando me creyó verdaderamente muerto.

Llegaron por fin al puente, Zack todavía se quejaba sobre Adam. Zoey no quería una vela en ese entierro, por lo que no volvió a abrir la boca. Cuando estaban a mitad del río, las cosas se pusieron complicadas. La tormenta que había anunciado su llegada metros más atrás ahora estaba sobre ellos, desenvolviéndose en nubes negras sobre el agua.

—Oigan, ¿qué es…?

Zack tomó forma humana en un segundo y calló a Jessica por completo. Zoey miró a su alrededor hasta fijarse en el agua crispada. Algo allí no era normal y un pequeño dolor en el pecho le hizo querer salir corriendo. Levantó la mirada y ahí estaba la respuesta. Jude los esperaba al final del puente, bloqueándoles el paso.

—Muévanse —ordenó Zack y ambas se pusieron detrás de él.

—Deberíamos salir de aquí —susurró Jess y Zoey estuvo de acuerdo. Lo mejor era dejarlos pelear solos e intentar llegar al colegio por el puente automovilístico.

Se alejaron tres pasos antes de que un rayo cayera junto a ellas y destrozara un costado del puente, dejándolas expuestas al vacío. Ambas gritaron y se fueron al suelo, producto del impacto. En esos momentos, ninguna fue consciente de que, de ser un rayo normal, probablemente no estarían vivas.

De pronto, Zack ya no estaba allí. Quedaron acurrucadas contra el cemento y la tormenta comenzó a balancear el puente, que era firme y pétreo. Era magia muy poderosa y ahora estaban solas.

Entonces, el puente se meció hacia un costado y Jessica perdió el equilibrio. Lo siguiente que Zoey vio fue a su amiga caer por el hueco abierto entre las rejas, directo al río crecido y enfurecido.

—¡No! —gritó Zoey, y cuando una viga se quejó debajo de ella lista para venirse abajo, chilló nuevamente y logró aferrarse a una de las rejas. Se asomó y, aterrada, observó la superficie del agua. No había rastros de Jessica—. ¡Zack, Zack! —gritó aunque no lo veía. Escuchó una maldición proveniente de algún sitio cercano y le pareció que era del chico. Jude tampoco estaba allí en ese momento—. ¡Jessica cayó al agua! —insistió. Él tenía que ir por ella, era el único que tenía probabilidades de salvarla. En ese estado, si ella intentaba salvarla, morirían ambas.

El puente volvió a sacudirse y, después de un segundo, Zoey logró ver a Zack zambullirse en el río. Aterrada como estaba, sujeta a los metales de las rejas por su vida, buscó a Jude con la mirada. ¿Cuánto demoraría en aprovecharse de su soledad? ¿Conseguiría darse cuenta de que ya no tenía el dije antes de matarla? Si tan solo Zack lo hubiera llevado allí, podrían dárselo y acabar con esto.

Zoey giró la cabeza hacia el colegio, para ver a Jude que caminaba hacia ella, con el cuchillo que le había clavado la pierna la otra vez. No quería volver a sufrir esa clase de dolor. Ya sabía lo que era ser apuñalada y ahora estaba asustada de padecer el mismo sufrimiento una vez más. El dije ya no podría salvarla.

—¡Yo ya no lo tengo! —gritó ella desde donde estaba. Jude mantuvo su expresión seria y acomodó el cuchillo en su mano—. ¡Maldita sea, que ya no soy la portadora!

—¿De qué mierda hablas, pendeja? Tú y ese mocoso me tienen harto. Voy a matarte de una maldita vez y ambos podrán esperarme en el infierno.

Zoey negó con la cabeza e intentó soltarse de la reja para poder

moverse. El puente se inclinó más, sacudiendo todo el camino. Ella volvió a aferrarse. Había solamente dos opciones: Jude y su cuchillo, o caer al agua y morir ahogada. No sabía qué era más tentador.

Miró hacia abajo y luego al asesino de Zack, intentando tomar una decisión rápida y definitiva. Pero se retrasó cuando el puente chirreó ante el golpe de otro rayo que impidió que se deslizara al río.

Jude ya estaba ahí con el cuchillo en alto, listo para enterrarlo en un golpe vital que la mataría sin dudas.

Y de pronto todo cambió.

Zoey se movió por sí misma, con luz aguamarina brillando en sus ojos, resuelta e imparable. El puente volvió a sacudirse, pero ya no había temor en ella. Sujetó el brazo de Jude y, ante la mirada atónita del hombre, lo hizo girar sobre sí mismo, partiendo sus huesos sin siquiera inmutarse. Jude soltó el cuchillo entre alaridos de dolor que harían estremecer a cualquiera.

Sin decir ni una sola palabra, ella lo soltó. Lo dejó caer de rodillas al suelo. Extendió una mano hacia su cabeza y aferró su frente con la punta de los dedos. Jude gritó, mientras ella clavaba las uñas en su piel y hueso como si fuera un chocolate blando y derretido.

La reja se desarmó a cada costado, dejando los metales finos y filosos expuestos. La mitad del puente se vino abajo mientras Zoey, completamente ajena a su alrededor, mantenía sus ojos en ese malnacido hombre que por primera vez suplicaba por su vida. Los metales de las rejas cobraron vida propia y, a gran velocidad, atravesaron el cuerpo de Jude hasta dejarlo suspendido en el aire. Zoey apretó con más fuerza todavía, rompiendo su cráneo de a poco mientras la sangre lo empapaba todo.

El hombre dejó de respirar; sus ojos se salieron de sus cuencas, mientras los dedos de la chica, como armas letales, destrozaban lo que quedaba.

Y en ese momento fatal, el puente se derrumbó por completo en una explosión de luz y energía que sacudió hasta la tormenta misma.

—Zoey, Zoey. —Jessica le hablaba al oído. Supuso que era una buena señal, pero por más que quiso abrir los ojos y abrazarla como loca, no pudo moverse. Había algo pesado que impedía a sus músculos reaccionar, una energía aplastante que la mantenía quieta en su sitio.

—Zoey. —Zack parecía hablarle del otro oído—. Vamos, tú puedes.

¿Poder qué? ¿Abrir los ojos? No, no podía, intentar era en vano. Y

la verdad es que no tenía ganas de hacerlo. Ahora que sabía que ambos estaban bien, no tenía ganas de moverse. Quedarse así tampoco era malo. Tal vez, estaban ahora los tres muertos y eso no cambiaría mucho si se despertaba o no.

—¡Zoey!

«Bien, diablos. ¿Por qué tanta insistencia? Abriré los ojos una vez y volveré a cerrarlos; eso los dejará satisfechos, ¿verdad?» Se forzó a si misma a obedecer la orden de su cerebro. «Abre los ojos, abre los malditos ojos».

—Zo… —Zack seguía pegado a ella—. Por favor, no puedes dejarme ahora.

Ella gimió en su mente mientras intentaba sacar fuerza de donde no la tenía. Obedecer era como levantar pesas de cincuenta kilos con cada brazo. Para alguien de su tamaño, no era factible. Lo intentó, pero apenas la luz tocó sus retinas, volvió a cerrarlos; eso sí que era fácil.

—¡No vuelvas a cerrarlos, mierda! —Zack le tocó la cara. Mm, algo estaba mojado por allí—. Tienes que despertar.

Quería decirle que no podía, pero para eso tenía que hablar. Y encontrar sus cuerdas vocales parecía tan difícil como encontrar oro en una mina. Peor que levantar un párpado. Abrió la boca y oyó a Jessica suspirar de alivio. ¡Pero si todavía no había dicho nada!

—Está agotada —resumió Zack—. Estás cansada, Zoey.

Decirlo fue como encontrar el oro. Zoey fue capaz de abrir completamente los ojos y de respirar con normalidad, apartando de encima la energía pesada que la inmovilizaba; pero apenas recuperó completamente el sentido, el dolor le atravesó el pecho y cada parte del cuerpo.

—Agh —se quejó y miró el techo de su cuarto. ¿Cuándo habían llegado allí? Lo último que recordaba era…—. ¿Qué pasó? ¿Y Jude?

Sobre ella, cabeza con cabeza, Zack y Jessica abrieron la boca, pero no supieron qué decir. Se miraron entre ellos como si buscaran las palabras en la mente del otro.

—Todo está bien ahora, creo —dijo él y Zoey gimió nuevamente cuando intentó levantar la cabeza de la cama. Una gota de agua cayó en su mejilla. ¡De allí venía lo mojado! Jessica estaba empapada y, al parecer, Zackary también.

—¿Cómo que «creo»? —susurró, rendida. Mejor se quedaba acostada. Hablar era ya casi un milagro.

—Bueno. —Zack dudó—. Después de que asesinaste como una loca psicópata a Jude y de que derrumbaras el puente, no sé si decir que

«todo está bien» es completamente cierto.

Congelada en su sitio, no solo por el dolor, sino por lo que acababa de oír, Zoey lo miró. Algo no cuadraba; y es que en su mente eso no podía ser verdad. Su consciencia empezó a gritar, histérica: ¿Cómo ella iba a asesinar a alguien y a derrumbar el puente? ¡Era un maldito puente de concreto y metal! No tenía sentido, pero, a su vez, razonó que no tenían motivos para mentirle.

—Explícame qué está pasando —murmuró, moviéndose apenas.

—¿Lo quieres con lujo de detalles? —Él hizo una mueca, mientras Jess arrugaba la nariz. Cuando ella asintió, él hizo un sonido extraño —. Saqué a Jessica del agua y, cuando fui por ti, tus ojos brillaban como dos malditas bombillas de luz. Jude estaba clavado por fierros mágicos y tú estabas aplastando su cráneo con las manos.

Zoey se horrorizó. Ahora entendía por qué no debería querer los detalles. Era espantoso, sin importar cuánto Jude la había dañado. Una cosa era defenderse y otra cosa era asesinar como en una película de terror.

—Jess y yo solo pudimos ver cómo destruías todo. Cuando la luz se fue y pudimos acércanos, no quedaba nada de él y solo una parte del puente estaba en pie. Tú estabas allí, inconsciente. Te sacamos lo más pronto posible. Si alguien lo vio…

Con todo el esfuerzo del mundo, mientras él hablaba, Zoey levantó una mano para verla llena de sangre seca. Tembló al saber que lo que había hecho no tenía perdón y que, sobre todo, no recordaba cómo.

—Soy… —gimió, a punto de echarse a llorar.

—Tranquila, esto no fue tu culpa.

—¿Cómo… cómo?

—No sé cómo, Zoey. —Zack le sujetó la mano, mientras Jessica se envolvía en una toalla—, pero sé por qué no estás muerta y por qué el dije ya no tiene su color. El collar es una cascara vacía, lo que habitaba allí tiene ahora un nuevo lugar donde residir. —A medida que él hablaba, ella negaba con la cabeza. ¡Mierda que no podía ser cierto! —. En ti. Tú eres el dije ahora.

Capítulo 18

Zoey tragó saliva mientras Zack la miraba con pesar.

—Es la única respuesta a todo esto, Zo. De lo contrario, ¿cómo es que hiciste algo así? El dije…

—¿Está dentro de mí? —jadeó ella, más asustada que antes—. Eso no puede ser cierto. ¡Va a poseerme del todo!

—No, no. —Zack le tocó la frente, deteniéndola antes de que ella luchara por levantarse—. Aguarda.

—¿Aguardar qué? —chilló Zoey.

—¿Y si tiene razón? Lo que ella hizo, lo hizo poseída —replicó Jess —. ¿Qué tal si se apodera de ella?

Zack negó.

—No creo que eso sea posible a largo plazo.

—¡No cuando era solo un collar! —Se quejó Zoey, levantándose por fin. No tardó en darse cuenta de que estaba llorando—. ¡Dentro de mí, puede hacer cualquier cosa!

—¡No estamos seguros de eso! —Zack le plantó las manos en los hombros—. ¿Y si en realidad él está fusionado contigo? En vez de ser un parásito dentro de ti, quizás ambos son uno. ¿Lo entiendes? —Zack se alejó de la cama y Zoey consiguió fuerzas para sostenerse. Por un momento, no pudo hablar.

—¿Y eso sería mejor? —preguntó Jessica, a su lado—. ¿No sería lo mismo?

—Yo no creo que sea lo mismo. Si él fuera un parásito, estaría compitiendo con ella por su cuerpo.

—¡Pero si es lo que acaba de hacer! —indicó Zoey.

—¡Lo sé! Sé que fue su poder, lo reconocí. Esa clase de energía es única. Pero de todas formas… —Zack se sentó en la cama de Jessica y

se pasó las manos por la cara. Él parecía bastante confundido también —, estaba diferente. ¡Porque en sí, ahora no es el dije! ¡Eres tú! —añadió y señaló a Zoey.

Ella se llevó las manos ensangrentadas a las mejillas.

—¡Yo no soy él! —gritó. Aguantando el dolor que la atravesaba, intentó salirse de la cama. Tenía que lavarse. No podía tolerar el olor, el color, lo que significaba. La idea era insoportable para ella, más cuando había creído estar libre al fin del problema. Ahora era mil veces peor. Ser el mismo dije no era algo que hubiera contemplado ni en miles de años.

—Claro que no —dijo Jess, intentando abrazarla—. Tú eres tú. Siempre lo serás.

Nerviosa, Zoey se agitó y negó.

—Ya no soy yo. ¿Qué no ven que si tengo esa cosa ya no soy yo?

El silenció cayó sobre ellos y lo único que hicieron fue cruzar miradas aterradas. Zoey se abrazó a sí misma y lloró con fuerza, con todo lo que le quedaba. Ni Jess ni Zack se movieron durante un minuto entero, bastante confundidos, hasta que ambos se pegaron a ella en un intento por consolarla.

Lloró como nunca había llorado: en voz alta, con fuerza y gimoteando como una niña pequeña, colmada de verdadera angustia. Jess derramó lágrimas silenciosas a su lado y Zack, impotente y molesto por lo que su llanto le provocaba, apretó los puños.

—Siempre hay cosas buenas dentro de la oscuridad —murmuró, intentando secar sus lágrimas—. Tienes que ver el lado bueno de esto.

—¿Cuál es el maldito lado bueno? —sollozó Zoey.

—Nadie sabe lo que sucedió. Sin collar, no hay pruebas para creer que tú lo tienes. Jude está muerto y cuando Adam aparezca, le daremos el dije vacío. Podremos buscar paz para ti, te lo aseguro.

—¡Ni tú crees que eso vaya a funcionar! —gritó—. O explícame, ¿cómo es que siempre encuentran al portador?

—En eso tiene razón —musitó Jessica.

—Encuentran al dije por su energía. Quien lo busca, lo rastrea de esa forma. Pero si llegan aquí y no hay collar, ¿cómo comprobarán que lo tienes tú? —insistió él.

—¡Podrían ver que la energía sale de mí!

—¡Y luego podrían ver que no tienes el collar! —exclamó Zack, intentando convencerla de eso—. Y te repito que la energía ya no es igual, ya no se percibe de la misma forma.

Zoey negó varias veces y continuó derramando lágrimas sin parar. Sin embargo, Jessica se mojó los labios.

—Lo dices realmente como si ya no fueran ni el dije, ni Zoey.

Zack hizo una mueca elocuente, sin dejar de mirar de reojo a la chica rubia que aumentaba la intensidad de su llanto.

—No, realmente es así como me pareció. Ese poder correspondía al dije en cierta medida. Pude reconocerlo, pero era distinto, estaba transformado. Si otros ven la energía no podrán reconocerla de la misma manera que yo porque nunca fueron portadores y porque no tienen la clase de poderes que yo tengo. A menos que sean como Jude otra vez, con esa magia tan extrema.

—¿Y no podría ser que el dije ahora es diferente por estar dentro de ella? ¿Como si fueran uno solo? —tanteó Jessica, lúgubremente, como si la idea la asustara bastante.

Zoey tragó saliva y evitó mirar a su amiga, la idea le aterraba. No quería escucharlos más.

—Podría ser, todo podría ser —respondió Zack mientras se pasaba las manos por la cabeza—. Las opciones son varias y, aunque yo me incline por alguna, no quiere decir que sea cierta.

—Pero al fin y al cabo, sí tienes razón —insistió la chica—. Si ellos llegan aquí buscando el dije y solo ven a una chica con una energía que no es igual, los despistará.

—Si —aseguró Zack, pero no quiso decir que ahora ni él se mostraba convencido de lo que había dicho. Si realmente Zoey y el dije se habían fusionado, convirtiéndose en un solo poder dentro de ella, quienes buscaran al dije se encontrarían con algo distinto, algo que no comprenderían, pero que conseguiría llamar su atención por la cantidad de fuerza que emana.

El dije era poderoso por sí mismo; ahora, dentro de Zoey, la invencible era la chica. Y ella no quería saber nada del tema.

—No entiendo cómo pudo haberse caído semejante puente —se murmuraba en los pasillos.

—¿Tan malo estaba? ¡Pasamos por allí miles de veces!

—No puede ser, ¡era de cemento!

—Puede haber cedido la tierra…

Zoey no quería escucharlos, no quería oír nada del estúpido puente. Ni siquiera sabía cómo todavía tenía el valor para salir del cuarto y enfrentarse a la vida. Había tenido valor antes, pero esto era distinto; ya no se sentía una persona.

Y luego recordaba que había asesinado a Jude sin piedad hasta

terminar empapada con su sangre. Se la había lavado, se había duchado miles de veces, pero se sentía sucia, con olor a sangre impregnado en su piel.

Por supuesto, Jude había querido asesinarla, eso lo sabía. Había matado a Zack también, pero ella nunca hubiera querido devolver el golpe de esa manera. Ella no era así, no era una persona vengativa. Ella no era una asesina.

Sí, ahora lo era. Podría haber sido el dije tomando control de su cuerpo, pero habían sido sus manos las que se enterraron en el cráneo de Jude.

Entró al aula y se sentó en el fondo. No le importaba que Jess se acomodara atrás con James ni tampoco que Zack se hubiera quedado en el cuarto. Ahora estaba más que claro por qué él no había desaparecido. El dije seguía estando con Zoey, más que nunca, y Zack seguía atado al asunto. Ahora ya no había nada que pudiera deshacer. Era probable que él jamás pudiera desligarse de eso.

Escondió la cara entre sus manos y contuvo los deseos de ponerse a llorar otra vez. Hizo lo posible para mantenerse imperturbable. No quería escuchar preguntas, no quería hablar con nadie. Tomó aire y contó hasta diez a medida que el nudo en su estómago se tranquilizaba.

Durante la noche Jessica había insistido en que el libro podría tener alguna clase de respuesta, pero para ella esa cosa ya era obsoleta. No les había dado nada en todo ese tiempo. La palabra «posesión» ya no tenía sentido porque Zoey no estaba poseída por el collar, ahora ella era el estúpido collar. Y estaba segura de que nunca antes alguien había sido convertido literalmente en el dije, en una bomba de tiempo a punto de explotar.

—Zoey.

—¿Qué? —preguntó, apartando las manos, de forma ruda.

Frente a ella, Rick Davenson fruncía el ceño.

—Quería hablar contigo.

—Piérdete, Davenson, no quiero soportar tus quejas —masculló, sorprendida de sí misma en el fondo. Ella nunca había sido tan agresiva.

—Me dejaste plantado —dijo el chico entre dientes—. Logré que nos dejaran salir y me dejaste plantado.

Zoey puso los ojos en blanco, antes de sonar despectiva.

—Pues me importa un pepino, lárgate.

—¿Qué mierda te pasa? ¡Si no querías salir conmigo, lo hubieras dicho!

Cada vez más rabiosa, y con el odio que crecía dentro de ella, Zoey se paró y se inclinó hacia él.

—Muévete antes de que te haga sangrar, idiota. ¡Sal de mi maldita vista! —le gritó.

Algunos de los compañeros de segundo año que estaban en frente del aula se voltearon a verlos. Uno de los varones puso mala cara.

—¿La estás molestando, Davenson? Deja a Zoey en paz —dijo al pensar que él la acosaba.

Sintiendo las miradas desconfiadas de los demás alumnos sobre él, Davenson se giró y salió del aula. Enseguida, ella se sentó y puso una cara más suave, más delicada.

—Gracias, Fer —dijo a su compañero. Intentó mostrarse afligida aunque no lo estuviera—. No sabía qué hacer para sacármelo de encima.

Fernando le contestó con una sonrisa y siguió en lo suyo. Quitando la máscara que había creado, Zoey volvió a taparse la cara con las manos. Maldito Davenson, maldito Jude, maldito dije, maldito mundo.

«Malditos todos y cada uno de los estúpidos humanos».

—Dicen que le gritaste a Davenson —rio Jessica cuando llegó junto a ella en la clase de Natación. Zoey la miró por un instante y volvió a fijar su mirada en el agua de la piscina—. ¿Estás mejor?

—Para nada, no quiero ser grosera contigo, pero no quiero hablar de esto —murmuró.

Jess negó.

—No te preocupes, lo entiendo. No preguntaré si no quieres que lo haga.

Ante eso, Zoey guardó silencio y continuó con la mirada en la piscina. Ahora sus compañeros hablaban de la otra cara de la buena Zoey, esa que podía ser muy agresiva. Y es que, a decir verdad, ella nunca había usado palabras así con nadie. Estaba cansada, eso era todo; cansada, triste, asustada y asqueada.

Cuando volvieron al cuarto antes de la cena, Zack se rondó alrededor de ella sin hablar sobre el asunto, pero preguntando cosas bobas sobre las materias. Al fin y al cabo, los exámenes estaban a la vuelta de la esquina y la primera ronda venía a finales de esa misma semana, con el examen práctico de Química.

Jessica le contó a Zack los rumores sobre la mala Zoey que había escupido veneno sobre Rick Davenson y a él se le iluminó la mirada,

como si estuviese orgulloso de ella. Sin embargo, Zoey no respondió a sus preguntas y se encerró en el baño para llorar bajo la ducha sobre la realidad que todavía no podía aceptar, sin darse cuenta de que, de seguir así, lo que la carcomería no sería solo la culpa o el miedo.

—¿Qué se siente tener todo, y a la vez no tener nada? ¿Eh? ¿Qué se siente que te destruyan de raíz? ¿Quieres que te lo diga? ¡Porque estoy seguro de que ya lo sabes! Sabías también que no iba a quedarme en mi molde, en ese asqueroso molde que me legaron. Tu molde era mucho mejor, más brillante, más pulido, más poderoso. ¿Pero qué es lo que has hecho? Simplemente me hiciste reír con tus patéticas ideas, con tu patético actuar. ¡Es que…! Por favor, vamos, ¡no me mires como si suplicaras! No tienes que suplicarme a mí, ya sabes cómo soy, me gusta disfrutar del momento, de reírme con la victoria. Ahora mismo… ahora mismo me gustaría escuchar qué es lo que estás pensando, llevas rato ahí callado mirando cómo arranco las raíces de tu imperio. ¿No vas a pelear? ¿No vas a pedirme que me detenga?

El profundo silencio se desparramó sobre la sala.

—He ganado —repitió entre carcajadas al ver que no obtenía respuesta.

—No. —El otro hombre en el suelo mantuvo sus ojos azules en él, al fin había encontrado qué decir—. Mientras yo viva, nunca habrás ganado.

El primero ensanchó la sonrisa y lo miró con un placer que inundaba cada vez más sus venas.

—¿Pero qué dices? Si ya estás muerto.

Capítulo 19

Zoey estaba de mal humor. Todo a su alrededor le parecía terriblemente pesado. Estaba cansada, no podía dormir bien, no podía concentrarse en nada. Las últimas clases particulares fueron un desastre, pero ninguno de sus amigos insistió en que pusiera atención. Para Jess y Zack ya era sabido, para James no; él se dio cuenta solo por su expresión.

En el pasó de tres días los sueños extraños continuaron sin tregua. Zoey escuchaba frases en su mente, a veces con imágenes, a veces en plena oscuridad. La figura de un rey en su trono, traicionado y olvidado, era frecuente, pero ella prefería ignorar todo ese asunto.

Sabía muy bien por qué pasaba eso. Era cosa del dije y ella se estaba inmiscuyendo en sus recuerdos, aunque no tenía idea de por qué, tampoco le interesaba. En la mañana del examen práctico de Química se sentía fatal. No había dormido bien, estaba pálida y temblorosa. Mientras Jessica se duchaba, Zoey permaneció en la cama hecha un ovillo entre los brazos de Zack. Al menos ya no sentía ganas de estar sola, ahora moría por sus abrazos sy los de nadie más.

Zack le acariciaba la frente mientras movía uno de sus pies a un ritmo que ella no conocía. Parecía cantar una canción en su mente y Zoey prestó atención a ese movimiento, se concentró en él y lo siguió con su propia melodía.

—¿Estás cantando lo mismo que yo? —preguntó Zackary, divertido, inclinando la cabeza hacia ella.

—No, no sé qué cantas tú —respondió Zoey en voz baja, suspirando.

—Deberías vestirte y tratar de conseguir una buena rodaja de pastel de chocolate. ¿No dijo Jessica que había uno ayer en la cafetería?

—No debe de quedar más.

Zack frunció el ceño ante el pesimismo, pero no dijo nada. Cambió de tema con prisa.

—¿Piensas ir a visitar a tu hermano en estos días? De seguro estará feliz de ver a su heroína preferida, a la hermana que es capaz de recibir un…

—No.

Zack dejó escapar un suspiro y detuvo la mano que acariciaba su frente.

—De acuerdo —le dijo él, sin insistir más.

Guardaron silencio hasta que Jessica salió del baño con el pelo mojado y el uniforme ya puesto.

—Voy a vomitar de los nervios si no nos vamos ya. ¡Sé que voy a mezclar mal todo y haré explotar algo!

Zoey se vistió con prisa y salió junto a Jess, que no dejó de hablar de Química en todo el trayecto a la cafetería. Allí, por supuesto, no quedaba más pastel. Comió poco, al igual que los días anteriores, y subió al aula de Economía, clase que tendrían primero, seguida por Jess y por James. Cuando entraron, se encontraron con el aula repleta de alumnos de tercero sentados en todos los lugares. Se quedaron parados en el umbral, viendo cómo sus asientos al fondo eran ocupados por los traseros de alguien más.

—¿Nos equivocamos de aula? —preguntó James con una mueca.

Jessica negó, pero no se movió de donde estaba. Zoey se fijó en Davenson, que le dirigía una mirada de pocos amigos, y luego en Mariska, al fondo, casi en su asiento. Sin más, se abrió paso entre las filas hasta llegar hasta Sara, una de las chicas del otro año, que la miró con sorna, esperando que ella se atreviera a echarla.

—¿Alguna explicación para que estés en mi lugar? —le preguntó—. Si tengo que sentarme en el suelo, al menos quiero saber el porqué.

No lo dijo de mala manera, pero al parecer todos se habían enterado de las palabrotas de Zoey a Rick, por lo que el silencio era pétreo a su alrededor. La excepción, claro, eran las amiguitas de Mariska. La propia Mariska, en cambio, no había abierto la boca.

—¿Por qué? —dijo Sara, con una sonrisa—. Simplemente porque los gatos se sientan en el suelo, querida. ¿Tiene eso sentido para ti?

Resonaron algunas risas, pero Zoey no se inmutó. La llama creció dentro de ella de pronto. Se inclinó hacia Sara y plantó la mano en la mesa del pupitre, casi aplastando el brazo de la chica.

—Puedo arrancarte el cuero cabelludo y convertirlo en una bonita peluca para transformistas, ¿tiene sentido eso para ti? —murmuró. De un momento a otro, Sara estaba tragando saliva y ya nadie se reía. La

muchacha no se movió, completamente sorprendida y aterrada, por lo que Zoey guio sus dedos hacia su muñeca. La tomó y apretó ligeramente—. Salte de mi sitio —le ordenó mientras aumentaba la presión.

Sara gimió. Zoey podría haber seguido si no fuera porque Jessica tiró de su brazo en otra dirección.

—¡Zoey! —le gritó y ella soltó a la muchacha. Se irguió de pronto, confundida y jadeante como la misma víctima de su ataque. Sara salió de su banco y buscó refugió en sus amigas, acunando su muñeca contra su pecho—. ¿Qué mierda haces?

—Yo… —Fue lo único que pudo decir. Tembló cuando se dio cuenta de que había agredido a alguien sin pena ni vergüenza, sin importar cuánta burla hubiera en sus comentarios. Ella no tenía por qué lastimarla de esa forma. Tartamudeó, pálida como una pared, y miró a Sara con los ojos como platos—. Lo siento. No sé qué…

—Iré. —Sara tembló también—, iré con la preceptora —anunció, y recibió apoyo de sus amigas.

«Perfecto», pensó. Iba a acusarla y severamente sancionada.

Zoey se dejó caer en su asiento antes de que el resto de sus compañeros entraran al aula.

El chico nuevo se detuvo junto a la puerta, con todos los demás, pero suspiró y volvió a salir como si se creyera equivocado de sitio.

—Amiga… —Jessica se quedó junto a ella, intentando hablar, pero Zoey no la escuchó más. Otra vez, sentía ganas de llorar.

—¿Y qué me dices de todos ellos? ¿De todos ellos que morirán creyendo en ti? Los abandonarás, los dejarás. Muerto no sirves a nadie. Tu sangre se desperdiciará en el piso que una vez mantuviste pulcro.

—La muerte no acabará conmigo.

El hombre en el suelo levantó la cabeza, mientras que el que estaba parado se reía en su cara.

—Ya lo ha hecho.

Zoey intentó recordar exactamente qué tenía que hacer, pero estaba cansada. No había podido dormir bien en la noche por culpa de los extraños sueños y había cerrado los ojos durante Historia. Ahora tenía más de seis sanciones en el cuaderno de actas por eso y por haber

agredido a Sara. Todo en solo dos días.

Era la primera vez que algo así le sucedía y eso la tenía desconcentrada. Se paró frente a los químicos que tenía que mezclar según las instrucciones y miró a Jessica y a James junto a ella. Los dos tenían los ojos como platos y miraban sus envases de vidrio con la misma expresión, calcada.

Zoey tomó el frasco con líquido azul y se detuvo a medio camino. No tenía ni puta idea de qué hacer. Durante un momento pensó que debería haber llevado a Zack con ella. Podría haberle pasado los datos en susurros.

Miró al resto de la clase y se fijó en Sofía, que se encontraba junto a Fernando y al chico nuevo. No recordaba cómo se llamaba, más allá de que su nombre comenzaba con una L. Él también parecía bastante confundido y miraba a su alrededor. Sus miradas se cruzaron y Zoey le dedicó una sonrisa forzada, solo por ser amistosa, pero él no le devolvió el gesto. Regresó su atención inmediatamente a su examen y ella lo imitó sin más.

«El azul iba primero y después…», intentó recordar.

—*Somos nosotros o él, somos nosotros o él.*

—¿Qué? — Jess giró la cabeza hacia ella y susurró, para que la profesora no oyera.

Zoey negó con la cabeza, sin responder, con la mirada todavía en sus frascos.

—*Nosotros o él. Él o nosotros. ¿Que no es lo mismo? Sí es lo mismo. Nosotros o él, nosotros o él* —repitió sin tener idea de por qué lo decía y a quién.

—Zoey. —Jess puso mala cara al comprender que su amiga otra vez actuaba extraño—. Deja de hablar o van a pescarte y a amonestarte.

Comenzó a agitarse como si estuviera nerviosa y con frío al mismo tiempo. Brincó sobre sus talones, sin dejar de repetir lo mismo. La profesora lo notó y caminó hasta ella.

—¿Scott? ¿Qué tanto estás murmurando?

Ella no la miró.

—*Somos nosotros o él* —dijo.

—¿Qué cosa? —preguntó la mujer—. Si no paras de hacer eso en este mismo instante, saldrás de aquí con un reprobado —amenazó, pero ella la ignoró—. ¡Scott!

—*Nosotros o él, él o nosotros.*

—¡Suficiente Scott! —La profesora estiró la mano para agarrarla del brazo. De pronto, los frascos de Zoey explotaron en la mesa y lo que ella no había llegado a mezclar llameó casi hasta el techo.

Hubo una seguidilla de gritos y Zoey se derrumbó en el suelo, complemente agitada, sin aire. A su lado, Jessica se tapaba la cara y la miraba de reojo. La profesora olvidó rápidamente la actitud de la chica y comenzó a buscar heridos entre el alumnado. Zoey continuó en el suelo, tratando de calmarse y de comprender qué mierda le sucedía.

Dos alumnos y la profesora misma tuvieron que ir a la enfermería. Los chicos que habían estado del otro lado de la mesa del laboratorio de Zoey habían recibido cortes y la mujer podía llegar tener incluso fragmentos de vidrio en la piel.

Por alguna razón ni Zoey ni Jessica ni James resultaron heridos y, luego de ese fatal accidente, todos fueron enviados a sus cuartos para descansar un poco. Al verlos entrar a la habitación Zack notó que en sus caras se manifestaba el desconcierto.

—¿Qué ha pasado? —murmuró, tomando forma humana al ver que James no había entrado con ellas.

—No sé —dijo Jessica, todavía con una expresión pasmada—. Zoey no dejaba de repetir…

—¿Repetir qué? —Zoey fue derecho hacia él y se apretó contra su pecho. Zack no tardó en rodearla con los brazos, dándole toda la contención que podía—. ¿Qué pasó?

Ella negó y Jessica tomó aire.

—El práctico de Zoey explotó de la nada. ¡Y no solo los vidrios! Una llama salió de no sé dónde y casi nos quema las cejas.

Zack se tensó y apretó con fuerza a la chica entre sus brazos.

—Tenemos un pequeño asunto aquí.

—He lastimado a Sara —murmuró ella, sin dejarlo seguir con lo suyo—. Le grité a Davenson como nunca le grité a nadie. Yo no… no estoy bien.

Zack se quedó con la boca abierta. Sabía lo de Davenson, pero ¿lastimar a Sara? ¿Cómo había pasado eso? Miró a Jessica en busca de las respuestas que Zoey no le daba y la chica se limitó a negar con la cabeza, tan perdida como él.

—Será mejor que te duermas temprano. —Zackary empujó a Zoey al baño—. Después de darte una buena ducha.

Cuando ella cerró la puerta detrás de sí, Zack se aproximó a Jessica.

—Tienes que explicarme exactamente qué pasó, con cada maldito detalle. Nada puede quedar afuera.

Jessica parloteó como un loro, incluso repitió varias veces lo mismo, pero no porque ella quisiera, sino porque Zack lo pedía así; se rascaba la frente al escuchar. Algunas teorías se formaban en su cabeza mientras trataba de decidir cómo manejar la situación.

Ya estaba decidido que le darían el collar a Adam para alejarlo de Zoey de una vez por todas. Ahora que ella era el dije, sin embargo, había también otras prioridades. Tenían que lograr calmarla, estabilizarla. Quizá pasar unos días en casa con su familia ayudaría, el campo podría traerle paz.

Mientras Zack escribía un mensaje para los padres de Zoey, fingiendo ser ella, en el que les pedía pasar el fin de semana en la casa, Jessica volvió a relatar la actitud de la muchacha en el laboratorio: el temblor y las frases repetidas una y otra vez.

—Nosotros o él —dijo Zack cuando soltó el celular—. Pensé que se refería a Jude con eso.

—¿Son palabras del dije?

—Es lo más seguro. Él debe proyectar sus pensamientos en Zoey, pero es evidente que ella no logra comprenderlos. Si pudiera analizar al dije de la misma forma que él lo hace con ella…

—Podría saber de qué está hablando —completó Jessica. Sacó el cuadernito de la logia de debajo de la cama. Zack ya le había confesado hacía días dónde lo había ocultado—. El dije tiene cosas que decirle. Y entonces, con eso, debemos entender que él la quiere viva.

—No sé si podemos confiar en que él lo hace por Zo. Yo creo que lo hace por sí mismo.

—Sé que lo hace por él mismo. —La voz de Zoey los hizo sobresaltarse—. Sé que no le importo, que me mantuvo viva para no acabar en manos de otros —dijo, apretando la toalla contra su pecho —. ¡Y también sé que mete cosas en mi cabeza! ¡Ese actuar no es mío! Es de él, yo no lastimo a la gente, yo no asesino personas —exclamó —, yo no exploto material del laboratorio. —Los chicos la miraron en silencio y ella marchó al armario con el ceño fruncido—. ¿Pero, saben qué? No quiero seguir con esto —gruñó—, no quiero llorar por algo que no es mi culpa. ¡Y me importa un pepino lo que él quiera! Está en mi cuerpo, ¿o no? —soltó en voz alta, mientras sacaba prendas con furia. Zack abrió la boca para decir algo, pero la cerró sin poder formular nada—. ¡Y sigo siendo dueña de mi cuerpo! ¡Y si quieres algo de mí, Dije, vas a tener que decírmelo con claridad!

—Me haces reír. Todo el tiempo tratas de escapar de mí.

El hombre en las sombras se reía. Otra vez, tenía el ego por las nubes, pensó Zoey. Ya lo reconocía, a quien no identificaba era a la otra voz que flotaba en el aire, pero que tenía un peso distinto, una magnitud diferente. Como si el hombre de la oscuridad y la nueva voz no estuvieran en el mismo plano.

—Quien ríe sin ganar no goza de razón. Tus manos y tus ojos no pueden poseer lo que nunca fue tuyo.

La risa del otro no se hizo esperar. Él sonaba real, más que real.

—El derecho siempre fue mío, estúpido es el que osó negarlo.

La otra voz se movió. Flotaba de una manera irregular. Como si fuese y viniese y su tono se viera complicado con las distancias.

—Así llamas a tu padre —contestó, más cerca de Zoey, más claro—. Así te quedarás sin nada.

—Tú eres mi nada, entonces. Porque te encontraré y te haré mío. Tu poder ya no será tuyo.

—Yo seré tu nada, entonces —contestó la voz incorpórea—, cuando te destruya por dentro. No seas estúpido, Peat. Tú no eres digno ni naciste para tener algo así. Tú naciste para estancarte en las sombras.

—¡Yo nací para tener el poder! —rugió el hombre, sacudiendo la oscuridad con su furia—. ¿Crees que eres demasiado para mí? ¿Crees que nací para ser el hijo bastardo? ¿Para pudrirme en la oscuridad? Te equivocas. —Su tono bajó—. Yo soy la oscuridad.

Capítulo 20

Zoey sabía muy bien que la idea había sido de Zack y, en medio de su furia, tenía que admitir que hasta podría resultar.

El viaje en auto comenzó mal, en especial cuando su papá la retó por las amonestaciones. Ella se respaldó con su historial de buena chica, bajó la cabeza y explicó que Sara se había burlado de ella y que no se sentía orgullosa de haberla herido, a pesar de todo.

—Al menos te defendiste —dijo él, alzando las cejas por el espejo retrovisor—, pero mejor hazlo con personas que intenten herirte antes. Dudo que esa muchacha se hubiera vuelto agresiva contigo.

Zoey no podía afirmarlo o negarlo. No había tratado con Sara más allá de la fatídica interacción que habían tenido en el salón. Por ello, no podía emitir un juicio sincero sobre ella. Su autodeclarada enemiga siempre había sido Mariska y últimamente ni siquiera tenían conflictos. Cada una hacia lo suyo.

Al llegar a la casa, su papá le recomendó no hablar del tema con su mamá ya que ella tenía demasiado de lo que preocuparse después del intento de secuestro de Mateo. No se encontraba bien desde ese día y sumarle la noticia de que su hija había hecho algo malo en el colegio no le haría bien.

Zoey se bajó el auto e intentó ponerle buen humor al asunto, a pesar de que sus últimos días habían sido un desastre. Estaba bastante estresada después de todo lo que había pasado y esperaba no tener que cambiar pañales, o haría explotar más cosas.

Al entrar en la casa lo primero que vio fue a Mateo en un corralito para bebés, acostado y agitando brazos y piernas de forma lenta. Sin saber demasiado por qué, Zoey se inclinó sobre él.

—Por tu bien, espero que no vuelvas a liarte con demonios, niño malo —le dijo sin humor—. Que no son buenas compañías.

Mateo pareció mirarla, pero cerró los parpados, finos y rosaditos, lentamente antes de volver a abrirlos. La verdad es que ella dudaba que pudiera verla bien.

—¡Zo! —Su madre apareció en la puerta de la cocina mientras se quitaba un delantal—. Qué bueno que ya estés aquí. Estoy preparando ensalada rusa.

Zoey trató de sonreír.

—¿Y para eso el delantal? No es como si la ensalada fuera a saltarte a la ropa —se burló, sin malas intenciones. Su madre frunció el ceño, como una niña pequeña.

—Es nuevo, quería usarlo un poco.

Zoey notó que el delantal llevaba un enorme corazón estampado que por dentro decía: «NUEVA MAMÁ».

—*Hey*, tampoco eres nueva mamá. Eso está hecho para las mamás primerizas —le dijo.

—Ya, niña, que tengo un nuevo bebé, eso me basta.

El Sr. Scott cerró la puerta de la casa y se encogió de hombros cuando su mujer besó a su hija y regresó tarareando a la cocina.

—Esos detalles la hacen feliz, Zoey. No la molestes.

Ella le sonrió, agradecida de que nadie se hubiese ofendido, y pasó a la cocina con un leve presentimiento de lo que iban a comer. Su madre cortaba la carne del *peceto* en rodajas finas. El *Vitel Toné* debería estar en la heladera.

—Genial, hacía mucho que no comíamos esto. ¡Es casi comida de Navidad! —exclamó, sentándose en la silla libre junto a la puerta.

—Bueno —dijo Helena—, ya que fuiste tú la que propuso venir hoy, quise hacerte algo rico.

En el fondo aceptaba que, luego de casi perder a su hermanito, ya no se sentía celosa y no tenía motivos para enojarse con sus padres, en especial si le preparaban una comida que adoraba.

—Ya falta poco para las vacaciones, Zo —dijo su papá, sentándose también—. ¿Invitarás a Jessica unos días?

Zoey se encogió de hombros. Con todo lo que pasaba, no le quedaba tiempo para pensar en que faltaba un mes y pico para terminar las clases. Primero tenía que aprobar los exámenes de fin de curso.

Le preguntaron un par de cosas más sobre el colegio y, viendo que su madre estaba por terminar de preparar la comida, ella puso lo mesa. Almorzaron tranquilamente hasta que Mateo rompió en llanto en la sala. Zoey se preguntó si siempre era así; con los demonios había estado tranquilo.

Cuando terminaron de comer, la chica levantó algunas cosas y se marchó a su habitación; en el camino recogió la mochila azul del sillón. Llegó al cuarto con un suspiro y, antes de cerrar la puerta, se llevó un buen susto. Zack ya estaba recostado en su cama, en forma humana, con los pies colgando casualmente por el borde.

Confundida, Zoey miró su mochila y luego al muchacho.

—Oh, tú hiciste llorar a Mateo, ¿verdad?

Zack alzó las cejas.

—¿Yo? —preguntó.

—¿En qué momento te viniste para arriba?

—Recién.

Zoey dejó caer la mochila al suelo y se recostó junto a él. Miraron el techo sin decir nada.

—¿Estaba bueno el *Vitel Toné*? —inquirió Zack después de largo rato—. Hace mucho que no como eso.

—Sí, estaba bueno. Puedes ir a buscarte un poco cuando quieras. Seguro papá y mamá van a dormir una siesta y podrás meterte en la cocina.

—Y algo de ensalada rusa —susurró él—. Mm.

Ella reprimió una sonrisa.

—¿Cuál es tu comida favorita?

Zack la miró de reojo y esbozó una sonrisa tentadora, de esas peligrosas que él hacía cada tanto.

—¿Quieres que lo diga en voz alta?

—Oh, vamos, Zack. Hablo en serio.

—Yo también.

—Claro que no —aseguró ella.

—Tus cerezas, manzanas, melones, pechugas. ¿Cómo podríamos comparar tus nalgas con frutas, eh?

—Ya cállate —espetó Zoey, tentada de risa. Le dio un puñetazo en el hombro.

—Son halagos.

—No lo son —se jactó ella. Le dio otro golpecito—. A nadie le gusta que comparen su cuerpo con frutas.

—Dije pollo también. Pechugas.

—Es de mal gusto.

—Las cosas de mal gusto son las más interesantes —replicó el muchacho—. Hemos hecho algunas, ¿o no?

Con la cara tan roja como un tomate, Zoey abrió la boca para

contestar.

—No, eso no fue de mal gusto.

Cerró la boca otra vez y Zack se rio bajito.

—¿Ah, sí? Mírate tú, diciendo eso. Yo sabía que era capaz de volverte loca.

—Qué ego. No digas tonterías.

—No son tonterías. Son realidades —afirmó él.

—Oh, pues bien, te las imaginas —volvió a retrucarle ella.

—Por supuesto que no.

Zoey prefirió no contestar, sabía que él iba a discutirle ese punto. Guardó silencio y miró el techo mientras lo escuchaba tararear una canción entera. Solo al terminar, Zack suspiró y habló.

—Mi comida preferida son las hamburguesas. ¿Y la tuya?

Ella sonrió ante la respuesta tardía.

—Milanesas.

—¿Y postre?

—Dah, pastel de chocolate. ¿Qué tal tú, eh? —inquirió Zoey.

—Panqueques con dulce de leche y helado.

—¿Fruta?

—Manzana —dijo él.

—Sandía —respondió Zoey antes de que Zack preguntara lo mismo —. ¿Y qué hay de tu música favorita?

—Me gusta *Simple Plan*.

—Últimamente me gusta mucho *Katy Perry* —explicó ella, girándose en la cama para apoyar el mentón en su hombro.

—¿Cuántos hijos tendrías conmigo? —soltó de pronto él, y Zoey levantó el mentón de su cuerpo.

—¿Qué?

Zack se rio bajo otra vez.

—Que si pudieras tener hijos conmigo, cuántos tendrías. ¡Y no digas que no has pensando en eso porque estoy seguro de que te imaginaste lindos niños rubios de ojos grises saliendo de ti!

Zoey dejó caer la mandíbula y frunció el ceño.

—Qué diantres, ¡Zack! No, no me imaginé pariendo bebés rubios. ¡Nunca me imaginé pariendo! —se quejó—. Qué horror.

—Sabes a qué me refiero.

—No, tampoco pensé en cuántos hijos tendría contigo —añadió ella.

—Mentira —canturreó él, oliendo la poca veracidad de sus palabras —. Di la verdad. ¿Dos, tres, cuatro?

—¡Cuatro! —repitió Zoey, incrédula. No, nunca había imaginado algo por el estilo. ¿Casarse? ¿Quién no soñaba con casarse con él? Pero ¿bebés?

—Vale, ni uno. Ya recuerdo que no te gustan los bebés —contestó Zackary.

—No es que no me gusten los bebés, es solo que no tengo paciencia para ellos. Tal vez cuando tenga a mis propios hijos sí los soporte. Pero eso pasará cuando tenga como treinta.

—¿Entonces? —insistió Zack.

Ella suspiró.

—Dos, me gustarían dos, supongo. Quizá tenga uno y odie tanto estar embarazada que no quiera ninguno más. ¿Cómo voy a saberlo?

Zack no contestó de inmediato; se quedó pensando el tiempo verbal que la chica había usado y, al final, giró la cabeza hacia ella.

—Te gustarían, aún quieres hijos conmigo —dijo, sin preguntar.

Zoey lo miró directo a los ojos.

—Dije «supongo» —le recordó ella. Pero sí, estaba enamorada de él desde hacía mucho tiempo, ¿por qué pensaría en tener hijos con alguien más? Sabía que no era posible, que Zack no podía procrear porque, con cuerpo o sin cuerpo, él estaba muerto. Esa figura junto a ella no necesitaba respirar o comer, ni siquiera tenía ADN. Pero el alma de Zack estaba allí, a pesar de todo. Entonces, ¿eso no lo haría alguien vivo en algún loco sentido? ¿O la vida se limitaba simplemente a la existencia de un latido cardiaco o de un impulso cerebral?

¿No era eso todo lo contrario a las personas que tenían muerte cerebral? Ellos tenían cuerpo, pero sus mentes estaban perdidas. Zack no tenía su cuerpo, pero sí su mente y sus recuerdos, seguía allí. Y mientras él estuviera presente ella iba a soñar platónicamente con un futuro a su lado.

—Sí, me gustaría —ratificó.

—A mí me gustaría poder decirte: «Sí», algún día —respondió Zackary con una sonrisa cordial, pero no había rastro de felicidad en sus ojos—. Si pudieras, ¿cómo los llamarías?

Zoey tragó saliva, sin querer pensar en lo que él había dicho primero. No quería ponerse a divagar en aquel momento.

—Me gustan muchos nombres. Ariana o Melina. Aaron y Melisa también.

—¿Por qué todos nombres con M y A? —inquirió él, alzando las

cejas.

—No sé, es coincidencia. ¿Y a ti qué nombres te gustan?

—Me gusta Zoe —rio, mirándola con picardía—, Alma, Francesca, Azul, Samantha, como mi hermana. Tengo variedad, ¿ves?

Ella se carcajeó. Negó con la cabeza ante su carácter bromista e imparable. Justo en ese momento, Helena la llamó de un grito.

—¡Zoey! ¿No quieres darle de comer a tu hermano?

Automáticamente Zoey hizo una mueca de disgusto. Imaginaba que después de comer le iba a tener que cambiar los pañales también.

—*Hey* —Zack llamó su atención—, sé que en realidad crees que no tienes paciencia para un bebé. Pero me parece que te gustará la experiencia. Ve y aprovecha de pasar tiempo con tu hermanito. No creo que de adultos ambos vayan a ser tan cercanos porque hay mucha diferencia de edad entre ustedes. Cuando él aprenda a jugar con cochecitos, tú estarás en la universidad, lejos de casa.

—Ya estudio lejos de casa —terció Zoey.

—Pero él todavía es un bebé, no entiende nada. Vamos —insistió él, empujándola de la cama hasta hacerla rodar al suelo—. Dale de comer. No debe ser tan difícil.

Zoey se levantó y se arrastró hasta la puerta, fingiendo desesperación. Zack le señaló la salida y, ella, bufando, obedeció.

Su madre mecía a Mateo en el *living* y sonrió encantada cuando la vio bajar por las escaleras. Sin saber qué hacer, se paró delante de ella e hizo un gesto con la cabeza.

—Bien —dijo Helena—, sostenlo, mientras yo voy por el biberón.

Zoey puso los brazos en un círculo y recibió al pequeño Mateo que estaba bastante despierto y atento. Esperó con el niño en brazos a que su madre regresara, estaba incómoda, tenía la estúpida necesidad de iniciar una conversación, pero el bebé no hablaba.

Su madre volvió enseguida y la obligó a sentarse en el sillón de mayor tamaño.

—Ahora —le dijo—, con cuidado, colocas un poco de leche en el dorso de tu mano, para saber qué tan caliente está, si no, va a quemar la boca del bebé —explicó, mostrándole cómo hacerlo.

—¿Y por qué no le das de mamar? —inquirió Zoey.

Su madre se echó a reír casi al instante.

—Porque si no, lo estaría haciendo yo. La idea es que le des de comer tú. Tú no puedes darle de mamar.

Zoey volvió a sentirse estúpida. No dijo nada y esperó indicaciones. Sin más, la Sra. Scott tomó la mano de su hija y le puso la leche en la

mano.

—*Hey,* no está muy caliente —soltó ella.

—Perfecto entonces. —Le tendió el biberón.

Zoey sostuvo, dubitativa, a Mateo con un solo brazo. Tomó la mamadera[28] y la inclinó, desconfiada de sí misma, hacia la boca del niño. Un poco de leche salió el pico y salpicó la carita del bebé, que parpadeó asustado ante el suceso.

—Uy —dijo Zoey, preocupada—, creo que no lo voy a hacer bien.

—No, inclina a Mateo más hacia arriba —indicó la madre—. Cuidado con la cabeza, es frágil.

Obedeciendo las indicaciones, Zoey acercó el biberón a la boca del niño una vez más y, después de pasarle el pico de goma por los labios, el pequeño captó la indirecta y chupó a su ritmo la tibia leche.

—¿Lo ves? —Sonrió Helena—. No es difícil. Mira que no chupe aire.

Y así, Zoey se quedó sola en la sala con su hermanito. Sostuvo el biberón, cambiándolo de ángulo a medida que la leche bajaba. Por momentos Mateo paraba, respiraba una y otra vez y luego retomaba. Sus ojitos entrecerrados miraban la nada y la expresión de agotamiento cuando no podía chupar más le resultó graciosa a su hermana.

Era extraño pensar que esa era la primera vez que tocaba realmente a su hermano. La última vez que lo había visto, el niño había estado en manos de demonios asesinos y ni siquiera se había dado cuenta.

En realidad el bebé no era tan malo. Zoey se rio nuevamente cuando Mateo se paró a descansar y sonrió cuando él cerró una manito en torno a uno de sus dedos. Entonces, el pequeño se detuvo por fin y suspiró despacito, como adormilado.

—Bueno, tal vez hubiera valido la pena que me rebanaran en dos por ti, supongo —murmuró ella, apartando el biberón—. Pero no te preocupes, no dejaré que vuelva a pasar algo así. Yo solucionaré las cosas. De alguna forma lograré que nadie corra peligro por mi culpa. Ni tú, ni mamá, ni papá, tampoco Jess. No dejaré que nada malo pase —añadió entre suspiros mientras pensaba para sí misma, o más bien, para el dije dentro de ella—. Si por tu culpa les pasa algo… —gruñó, para el collar—. No importa que seamos uno ahora. Estás en mi cuerpo, estás conmigo y más que ponernos de acuerdo según tú, tú tienes que ponerte de acuerdo conmigo según mis condiciones. No quiero dominarte, no me malinterpretes, solo quiero vivir y ver vivos a quienes quiero. No sé cuáles son tus planes, podrías intentar decírmelos. Si lo que querías era quedarte conmigo, pues lo tienes; ahora deberías hacerte cargo de lo que haces.

Sabía que no iba a recibir una respuesta, pero también sabía que el dije la escuchaba. Y no tenía sentido suplicar como una niña tonta, ya había pasado por demasiadas cosas como para tenerle miedo al collar.

Era hora de que los dos trabajaran juntos.

⚜

—Oye, ¿puedo ir por unos dulces? —preguntó Zoey dentro del auto y señaló el mercado de la estación de servicios. Su padre asintió, distraído, y ella se bajó con una sonrisa, acarreando la mochila azul.

Entró a la tienda y fue directo a la sección de galletas dulces y golosinas. Tomó varios alfajores de chocolate, un paquete enorme de *Oreos* y varias bolsas de caramelos.

—*Wow,* —terció Zack desde su mochila—, ¿vas a darte un atracón o algo así?

—Es para compartir con Jessica, no seas tonto —replicó Zoey—; y con James seguro que también.

Zack no dijo nada sobre eso ni se molestó en sacar la cabeza de la mochila. Zoey tomó otro alfajor más y entonces se sobresaltó cuando una figura se abalanzó sobre ella.

—Scott —dijo Adam, con la boca casi en su frente.

Zoey retrocedió rápidamente y, en medio segundo, Zack estuvo fuera, bien humano y rabioso.

—Lárgate.

—Zackary. —Adam no retrocedió, en cambio, sonrió impasible—. Por supuesto que estás aquí.

—Siempre estoy aquí, deberías haberte acostumbrado.

—Bueno, viendo que Zoey ya no tiene encima el dije, tú no deberías existir.

—Pero lo hago. —Zack apretó los dientes y Zoey abrió la boca detrás de él, pero no dijo nada. No sabía cómo Adam sabía lo del dije, pero eso no era lo importante ahora. Tal vez debería correr al auto.

—Bien, entonces me gustaría oír la explicación que hay para todo esto. Porque ella sigue viva, muy viva.

—Esto no es asunto tuyo —gruñó Zoey, dando un paso hacia atrás —. No te metas.

—Todo es asunto mío si tiene que ver con el dije —terció Adam. Se cruzó de brazos e infló el pecho para ganar más altura que Zack—, y todo es asunto mío si tiene que ver contigo.

—Cierra la boca —pidió Zackary en una burla suplicante—, no te

metas donde no te conviene.

—¿Me dices eso justo a mí? —rio Adam—. ¿Quién es el muerto aquí, Collins?

Zoey rechinó los dientes en el momento en el que Zack dio un paso al frente hasta pegarse a Adam peligrosamente. El otro muchacho no dio señales de temer al contacto agresivo, más bien parecía predispuesto a dar el primer golpe.

—Mira, Adam, voy a ser lo más clara contigo que pueda —espetó ella, corriendo a Zack con un brazo. Ya no valía la pena retroceder y era mejor que ese asunto lo zanjara ella, porque Adam siempre había estado más detrás de ella que del dije—. No me interesas, nunca lo harás. Me da absolutamente lo mismo si sales con esa estupidez de que rompo tu corazón. ¡Me tienes harta! Solo déjame en paz, no te metas en mi vida, ni en la de Jessica ni… ¡Solo aléjate! No te soporto.

Adam la miró fijo antes de volver a sonreír.

—Cuando él no esté…

—Cuando él no esté, ¡nada! —Zoey se mantuvo firme, mostrando fiereza en sus ojos azules—. Te lo dije antes, te lo digo ahora: esto no es por Zack. Aunque él no estuviera, yo no me interesaría por ti.

—Algún día…

—Atrévete —masculló Zack, recuperando la posición cuando Adam dio un paso hacia ella

—Claro que me atreveré.

—¡No! —Zoey contuvo las ganas de gritar, debía recordar que seguían dentro de un mini mercado—. ¿Quieres el dije? Pues te daremos el dije. Y jura que me dejarás en paz.

Adam la miró como si ella hubiera enloquecido y, entonces, de su bolsillo Zack sacó el dije.

—Ten, imbécil. ¿Lo quieres? Aquí lo tienes. No sabemos por qué el dije abandonó a Zoey. Pero lo hizo. Póntelo y disfruta de tu trofeo.

Sin más, Zack rodeó a Zoey con los brazos y la sacó de allí. Antes pasar frente a la zona de la caja, él se convirtió en conejo y ella arrojó las golosinas a una góndola vacía. Salió corriendo del mercado y se metió dentro del auto.

—¿Y no compraste nada? —preguntó su padre, confundido.

—Todo vencido —explicó Zoey, aferrada a la mochila y al pequeño peluche de conejo blanco.

---

[28] **Mamadera:** Biberón.

Capítulo 21

Adam tenía el dije, Jude estaba muerto, las sombras no aparecían y no había más demonios a la vista. Eso tenía que suponer algún tipo de alivio, pero los chicos no estaban tranquilos: tenían que arreglar las cosas con el dije antes de que decidiera que Zoey lastimara a alguien más.

—Necesitamos información —dijo Jessica—. No hay otra que eso —afirmó, mientras abría y cerraba el viejo cuaderno de la logia—. Estoy segura de que aquí hay más, incluso en el templo tienen que haber muchos datos.

—Es peligroso ir al templo —resumió Zack.

—¿Y entonces? ¿Me quedo solo con esto? —terció Jess, levantando el cuaderno.

Zoey suspiró y se sentó en la cama.

—Yo creo… —Miró a Zack con intención—, que la abuela Collins puede ayudarnos. Tu abuelo sabía mucho de la logia y, aunque esto no ha ocurrido antes, puede ayudarnos a entender cosas del dije.

—Claramente. —Jessica dejó el cuaderno en la cama y se cruzó de brazos—. La magia del dije se ha transferido a ti de alguna forma. No hay dudas de ello y todos lo tenemos en claro, ¿no? —Ante eso, Zackary hizo una mueca y Zoey se estremeció—. ¿Y si en realidad lo que debemos hacer es usar magia?

La magia del dije no era segura. Jessica podía tener un punto, pero ese punto aterraba a Zoey. La magia del dije había matado a Jude, había dañado a Sara y había estallado instrumental del laboratorio. Era peligrosa.

—No me gusta la idea. Y no creo que al dije le agrade tampoco.

—No, ya lo sé. —Jessica se inclinó hacia su amiga—. Pero piénsenlo un poco. Ambos, tú y el dije, necesitan sobrevivir y para

lograrlo tienen que trabajar juntos.

—Sé eso. —Zoey se mostró irritada. Ya sabía que tenía que trabajar junto al dije para mantener la armonía, pero compartir el poder era otra cosa—. Y no hables como si él estuviera aquí, sentado con nosotros.

—¡Es que lo está! —exclamó su amiga y Zack, detrás de ella, volvió a hacer una mueca—. Tú misma dices que deben ponerse de acuerdo. Ambos comparten un cuerpo y él, por supuesto, te salvó y se unió a ti por el bien común de ambos. Y por el bien común, deben protegerse el uno al otro. ¿Quieres vivir? Estoy segura de que él también quiere que vivas.

—El dije es un ser puramente egoísta. —Zack cruzó la habitación —. Puede querer que Zoey viva, ¿pero por amor a ella? Es todo por amor propio, y por amor propio es que no quiere ser dominado.

—¡Pero si esto no se trata de dominación! Se trata de formar un equipo.

Volvían a lo mismo. Era demasiado poderoso; incluso aunque la idea fuera tentadora. Con ese poder Zoey podría protegerse a sí misma, proteger a su familia, a Jess. Revivir… ¿Revivir a Zack incluso?

Negó rápidamente con la cabeza. Ya sabía cuáles eran los riesgos, ya había tenido esa idea en la mente antes y ahora conocía qué tan peligroso era.

—Tratemos de dejar eso como última alternativa.

—Oigan, ¿para qué diablos estoy yo aquí, eh? —Zack agitó los brazos—. Últimamente me siento como pintando en una pared. ¡Yo soy el chico con poderes!

Zoey se hubiera reído de la expresión en su cara, pero guardó silencio.

—Exacto, no necesito poderes si Zack está aquí para protegerme. La idea de que él esté aquí es que yo no ponga en riesgo mi vida y la de los demás por culpa del dije.

Jessica, aun así, frunció el ceño.

—¿Y si tus poderes se descontrolan? ¿Cómo hará Zack entonces, eh? Discúlpame, pero no puedes quedarte sentada y esperar que él haga todo por ti.

Zoey se sintió incómoda; claro que no quería que Zack hiciera todas las cosas por ella y la salvara eternamente, pero le daba aterraba lastimar a otras personas que quería.

Sin embargo, a la vez, esa era la pregunta que no podían responder. No podían saber qué iba a pasar si ella no era capaz de controlar la

magia y aun así dañaba a los que quería.

Zack y Zoey cruzaron una mirada profunda y larga. Jessica tenía que parar de hablar o iba a ponerlos locos. Ambos se dijeron con un simple movimiento de ojos que ver a la abuela Collins era lo mejor que podían hacer por el momento.

Tocaron la puerta con cuidado y esperaron que el afable empleado de la señora Collins apareciera pronto. Eran casi las doce de la noche y temían que ella no estuviera despierta. El mayordomo alzó las cejas al verlos, pero no dijo nada cuando Zoey pidió por la señora y enseguida los dejó pasar.

La abuela Collins estaba recostada en su cama leyendo un libro de fantasía juvenil, algo que los tomó por sorpresa. La anciana bajó el texto y, cuando los reconoció, sonrió anchamente.

—Pensé que ya se habían olvidado de mí —murmuró. Estiró la mano hacia su nieto y Zack acudió pronto, se arrodillo junto a la cama —. ¿Cómo estuvo ese baile, mi niño?

—Zoey estuvo hermosa y la pasó muy bien, ¿verdad?

Zoey se puso colorada. No era buen momento para pensar en esa noche en particular. No delante de la abuela del chico en cuestión. Sacudió la cabeza y se acercó a la cama.

—Le traje su pulsera, le agradezco mucho toda su atención, abuela Collins —dijo, agachándose junto a Zack.

La señora palmeó su mano y cerró los dedos de Zoey alrededor de la pulsera de plata.

—Puedes quedártela, querida.

Incomoda, Zoey negó.

—¡Eso no! Esta es una joya muy… ¿Y sus nietas?

—¿Qué mejor que dársela a la niña que quiere mi nieto? —sonrió la abuela—. Por favor, quédatela. Mis nietas tienen ya muchas cosas mías. Siempre pensé que había que dejarle algo a la chica que Zackary quisiera.

—No seas terca, Zoey —rio Zack.

Nerviosa, ella se guardó la pulsera en el bolsillo. No quería ser terca, pero le parecía un regalo demasiado valioso que le incomodaba aceptar. Jamás había tenido algo así; ni siquiera había soñado con algo así. Estaba acostumbrada a otro tipo de vida.

—Es algo muy caro para mí —murmuró.

La abuela Collins se rio alegremente.

—No seas tonta, niña. Confía en mí; no me servirá para nada cuando me vaya de este mundo. Mis nietas tienen sus propios regalos. Además, tú eres como una nieta para mí ahora. —Estiró la mano y le palmeó los dedos a Zoey una vez más—. ¿Cómo van las cosas? Hacía mucho que no venían a verme.

—Bueno, las cosas no han sido fáciles —murmuró Zack, clavando los codos en la cama. Zoey hizo una mueca, consideraba que era mejor que lo contara todo él. La abuela Collins se veía tan frágil que empezó a preguntarse cómo iba a reaccionar ante la información.

—¿Qué ha pasado? —cuestionó la anciana, con mala cara.

—Para empezar —dijo Zack, con las cejas alzadas—, el tipo que me asesinó, Jude, le enterró un cuchillo en la pierna a Zoey. Tuvimos que coser la herida. Lo extraño, y lo que nunca me agradó, es que los poderes del tipo eran cada vez menos terrenales. Luego Zoey tuvo problemas con el dije, eso de pelearse por el mismo cuerpo y…

—¿Pelearse por el mismo cuerpo? —exclamó la mujer—. ¿Cómo es eso?

Zack miró a Zoey, pensando que ella podría explicarlo mejor, pero la chica solo negó con la cabeza. No quería ser ella la que dijera las cosas malas; mejor que el nieto mismo lo hiciera, aun cuando él tenía poco tacto para explicar situaciones delicadas. No era conocido por su excelencia en dar malas noticias.

—El dije puede poseer a los portadores. Es algo que leímos en el cuaderno de la logia gracias al código del abuelo, y lo sabemos también gracias a algo que comprobó Zoey luego. Él dice qué hacer y Zo obedece sin darse cuenta. Pero siempre la ha alejado del peligro.

La abuela Collins apretó los labios en una fina línea. Por ahora, se notaba preocupada, pero no alterada.

—A tu abuelo nunca le ha pasado algo así —contestó, mirando a Zoey también—. No sé qué decirles.

—Es que no es solo eso, abuela —musitó él—. Hay más.

Cuando la mujer dio un respingo, él continuó.

—Luego de eso, el hermanito de Zoey nació y fue secuestrado por demonios. No, no eran humanos. —Ante la mirada confundida de su abuela, él decidió continuar con el resumen—. Estos tipos le abrieron el estómago a la mitad.

—¡Oh, Zack! —Se quejó Zoey entonces. Se llevó una mano a la frente y negó ante la falta de tacto; no le habían abierto el estómago, solo la habían apuñalado. Y luego habían intentado decapitarla—. Solo me clavaron un cuchillo.

—Y yo creí que había muerto —siguió él, mientras la señora se ponía más y más pálida—. Entonces, una luz enorme hizo desaparecer a los demonios y, cuando pude acercarme, ella estaba inconsciente y el dije en el suelo.

—Aguarda un momento, hijo —terció la señora Collins, llevándose una mano a la garganta y buscando un vaso con agua de la mesa de luz. Zoey empezó a temblar de los nervios. ¿Y si la mujer se desmayaba de la impresión? ¿Y si le daba un ataque al corazón? —. Más despacio. ¿El dije…?

Zoey tomó aire, se inclinó hacia la abuela de Zack y se corrió la ropa del cuello. Le mostró que no había nada colgando de él.

—No tengo más el dije —murmuró.

Se hizo el silencio durante al menos un minuto. La señora Collins se forzó a beber agua y Zoey le apretó el brazo a Zack para impedir que dijera algo impropio antes de que la abuela consiguiera estabilizarse.

La señora Collins cerró los ojos un momento y, cuando los abrió, estaba más calmada.

—No entiendo.

Su nieto se pasó una mano por el cabello, mientras pensaba en cómo explicarlo fácil y rápido. Tampoco valía la pena explayarse demasiado, al menos no para él y Zo estuvo a punto de abrir la boca para intentar suavizarlo.

—El dije se fundió con Zoey. La esencia dentro del collar y ella ahora son uno solo. Zo tiene su poder, ella es el dije ahora. Mató a Jude en medio de un trance, de una forma aterradora y… —Se calló al ver la cara de la chica—, y ha dañado sin querer a otros compañeros.

La abuela Collins tembló y se irguió en la cama. Allí estaba el ataque que Zoey había temido. Zack intentó tomarle la mano, pero la señora se la llevó al pecho.

—Eso no es posible —exclamó—. ¿Cómo podría ser posible? ¡Mi querida niña!

—No lo sabemos, abuela. Ha sucedido ya y ahora luchamos con eso —balbuceó él, frotándole el brazo.

Zoey volvió a tenderle el vaso con agua.

Otra vez reinó el silencio. Cuando la señora rechazó la bebida, la jovencita se encogió bajo la mirada de la anciana, sintiéndose extraña y anormal. Ideas complicadas pasaron por su cabeza y el escrutinio y el miedo en su mirada la ponían nerviosa. Ella era una mujer que conocía todo el secreto y que la viera como un objeto o algo extraño le causaba más ansiedad, más de la que había sentido desde que el dije se había unido a su cuerpo.

—Jamás ha sucedido algo como esto —murmuró la abuela—, y yo no sé qué respuestas darles, porque no las tengo, ¡esto es terrible!

—El dije salvó su vida —agregó Zackary, encogiéndose de hombros —, a pesar de todo. Lo único que podemos sacar a conclusión es que a él le agrada estar con Zoey y ha decidido mantenerla viva por sobre todas las cosas.

—Yo… —La señora Collins se llevó una mano a la boca—. Oh, Santo Cielo, lo que ese objeto ha logrado. Tu abuelo decía que había que protegerlo, yo decía que había que dejarlo en manos de alguien más, y cuando te lo dieron a ti… —Miró a su nieto—. Porque fueron sus órdenes, sus últimos deseos. Yo no quería aceptarlo. Pensé que lo mejor era arrojarlo por el inodoro. ¡Y fue así como te perdí! —sollozó —. Ahora otra niña más está metida en esto y ya no puede salir.

—Abuela —susurró él, intentando alcanzar su mano, pero la mujer la alejó.

—Tu abuelo sabía muchas cosas, Zackary, y a veces creo que lo mataron más por eso que por ser el portador.

En ese momento, Zack se levantó de un golpe y Zoey los miro, confundida.

—¿Por eso? Pero, ¿no se supone que murió dormido? ¿No dijeron que tuvo un ataque al corazón mientras dormía? —gritó el chico con una máscara de dolor en el rostro. Zoey se preguntó entonces, hacía cuánto había muerto el Señor Collins.

La abuela Collins reprimió un gemido.

—Mi querido, ¿de verdad crees que un hombre tan sano como tu abuelo hubiera muerto dormido? Era viejo, sí, pero no estúpido. Era fuerte, sano y estaba protegido en esta casa. Por eso vivíamos aquí. Tu abuelo encontró restos de templos, escombros, probablemente de la logia. No sabría decirte si existió un templo aquí mismo o si quedaron solo restos de él y la magia servía igual. Eso lo hacía un lugar seguro, como el colegio, como te han dicho a ti. Murió, como tú, pero no pudieron sacarle el dije una vez muerto porque no podían entrar. Entonces, tu padre, convencido al igual que tu abuelo de que la causa era primero que la familia, te puso el collar. Tu madre solo siguió las indicaciones de tu papá sin entender qué iba a suceder. Y cuando quise evitarlo… ya era tarde. Tenías el collar, estabas en esa escuela. Y yo soy solo una vieja enferma que dejó que destruyeran a su familia.

—¡Pero…! —Zack se dejó caer en el suelo—. ¡Él sabía que yo iba a morir! ¿Por qué? ¿Por qué me hicieron esto?

—Sí. —La mujer volvió a gemir—. Yo ahora sé que él lo sabía. Pero tu abuelo decía que debía ser así, que estaba en nuestros genes, que era nuestra responsabilidad. Y yo… yo no tenía voz en eso y se

suponía que esa cosa era lo suficientemente valiosa como para dar nuestra vida por ella.

—¡Nada es lo suficientemente valioso! —exclamó Zoey—. ¿Qué es entonces el dije que la gente debería morir feliz por él?

—Oh, hija. —La abuela Collins derramó una lágrima—. Esa cosa es incierta y horrible. Por muchos años mi marido me convenció de que era su responsabilidad, y yo lo creí. Me aseguró que nada te pasaría, Zackary. Que vivirías, que estarías bien porque todo estaba arreglado. Que estabas oculto —ahogó un gemido y, entonces, se tapó la cara con las manos, llena de vergüenza y dolor—. Pero mi esposo era un hombre que no revelaba todos sus secretos, alguien al que debías decirle siempre que sí. Y yo… yo dejé que todo esto pasara. Él sabía miles de cosas. Yo lo amaba, pero dejé que él, por todo lo que supo y que jamás me dijo, destruyera a mi familia. Es algo con lo que voy a cargar hasta el último día de mi vida y que pagaré del otro lado.

Hubo un momento de silencio, solo roto por los quejidos de la anciana que seguía con la cara tapada, incapaz de mirar a su nieto. Zoey trató de encontrar su voz porque no quería que eso terminara mal y que para colmo Zack pudiera reclamarle a su abuela algo que era evidente que ella no podía manejar.

—¿Todo? —susurró Zackary con la cara escondida en el acolchado, adolorido por lo que acababa de conocer. No podía siquiera mirar a la mujer—. ¿Qué sería «todo»?

—No sé qué sería todo, pero sí sé que él podría ayudarlos mejor de lo que yo puedo. Aun cuando fue él quien ocasionó todo esto.

⚜

Zack y Zoey se quedaron solos en la terraza. Jessica los esperaba, pero no estaban listos para hablar con ella aún. Él parecía hacer otro duelo al saber que su abuelo había sido asesinado con la misma estrategia que usaron en él.

—¿Jude habrá matado también a mi abuelo? —preguntó Zack, entonces.

Zoey no supo qué contestar, era una posibilidad. Ambas muertes habían ocurrido en un sitio donde los asesinos no podían entrar, se habían valido de la magia para cometer el crimen y el dije había quedado en manos de otros. Podría haber sido Jude, claro, pero no lo sabían en realidad.

Miraron el cielo estrellado y se acurrucaron el uno contra el otro mientras Zoey comenzaba a darse cuenta de algo en lo que no había reparado por mucho tiempo. Nadie con intenciones de poseer el dije

podía entrar al colegio o cruzar las rejas. Entonces, ¿qué pasaba con Adam? Él había sido alumno allí, había vivido ahí. ¿Y el hombre rubio que Zack mató?

—Tengo que hablar con mi abuelo —dijo él de repente.

Zoey salió de sus pensamientos y giró la cabeza, confundida.

—¿Qué dices? —Su cerebro seguía maquinando cuál era el criterio de selección del colegio para los enemigos.

—Que tengo que hablar con mi abuelo.

—Tu abuelo… —murmuró ella. Le parecía bastante obvio recordarle estaba muerto, como un muerto normal.

—Sé que falleció, lo que digo es que tenemos que traerlo.

Ella dejó caer la mandíbula. ¡Después de todas las veces que ella había querido revivir a Zack y ahora él, como si nada, planteaba traer al señor Collins!

—¿Cómo se te ocurre? —jadeó ella—. ¡Tú no me dejas hacer lo mismo contigo!

—Te estás yendo por otro camino, Zo —replicó Zack, deslizando una mano por detrás de su cintura—. Yo no hablo de revivir un cuerpo, sino de traer al espíritu.

Zoey gimió, eso no le gustaba nada.

—Estás loco.

—Claro que no. Es como el juego de la copa, podemos hacerlo; y con el poder del dije sería posible traer al espíritu indicado. Mi abuela tiene razón, él lo sabía todo y no podemos seguir perdiendo el tiempo con libros, templos y logias extrañas. Mi abuelo nos metió en esto, ¿sí? Yo sé que es su culpa. Si en algún momento llegué formar parte de la loca idea de seguir una misión familiar, ya no queda nada de eso. Ahora solo siento bronca. Y sé que mi abuela y mi mamá, así como mis hermanas, poco poder de decisión tuvieron acá. Ni siquiera entendían lo que realmente me sucedería. Mi abuelo lo decidió, mi papá pasó por encima de todos y yo estoy muerto. Así que lo mínimo que puede hacer es ayudarnos.

—No me gusta el juego de la copa —susurró ella. Todo estaba perfecto, dijes malditos, asesinos, Zack y su cuerpo de mentira y demás, ¿pero fantasmas? Eso era otra cosa. Ya había tenido una mala experiencia con el maldito fantasma de la iglesia y las cosas no habían salido nada bien. ¿Cómo sería ahora si no podían asegurarse quién se metía a través de la copa?

—No seas gallina —la pinchó él—, con todo lo que has pasado no puedes tenerle miedo a un espíritu.

—¡No seas tonto! Por la copa se puede meter cualquier cosa. ¡No

quiero a un demonio persiguiéndome por el resto de mi vida! Además, creo que tenemos que descifrar otros asuntos, ¿sabes? Estuve pensando en que hay algunas cosas que no cierran.

—No exageres —musitó Zack—, es por un bien común. Necesitamos a mi abuelo.

—¡Pero tampoco estamos tan desesperados como para hacer eso! Y te lo repito, estuve pensando en otra cosa importante, ¿podrías oírme?

—Sí puedo, pero antes déjame recordarte algo: tú querías hacer cosas más peligrosas. ¡Querías revivirme a mí! Eso sí es una locura.

Zoey apretó los labios. Un punto para él, *okay*.

—Da igual. Ahora es mi turno de exponer —avisó ella. Zack la miró con atención. Estaban demasiado cerca, pero ninguno se inmutó—. Pensaba en el tema de los enemigos que entraron donde no deben. A ti te asesinó Jude sin ingresar. A tu abuelo, también. Las sombras me hicieron salir del colegio para que él me agarrara, etc. A lo que voy es que no entiendo por qué Adam y el tipo rubio al que mataste con la flecha sí pudieron ingresar. —Fue evidente que la mente de Zack se quedó en blanco y que tampoco se había detenido a pensar en el tema —. ¿Hay algún criterio de selección? Todos querían El dije por igual. Y es obvio que Jude usó el túnel debajo del río, el que va al sótano, para poner el hechizo que te mató. Algo parecido habrán hecho con tu abuelo, pero los demás sí pasaron por las rejas. Adam vivió aquí.

—Mierda, Zo, ¿por qué no habíamos pensado en eso antes? —Zack la soltó y empezó a caminar por la terraza.

—No tengo ni la más pálida idea. De igual modo, nunca estuvimos seguros de cómo funciona la protección. Si bien tu abuela dijo que estamos a salvo, Adam lo mencionó primero, y en Adam no podíamos confiar.

—Si mi abuela lo cree, para esta altura y con todo lo de Jude, no hay que dudar de ella. Ella nos lo dijo la primera vez, lo repitió ahora. En eso estamos bien, ¿no? —dijo, deteniéndose y mirándola. Zo asintió—. Entonces, ¿qué tiene en común Adam con el tipo de las flechas? No eran poderosos, no como Jude. ¿Será que eso influye? Es decir, ¿que mientras más magia tengas más te repele este lugar?

Zoey bajó la mirada, pensativa. Nunca habían visto a Adam hacer magia. Sabía del dije, sabía mucho más que ellos quizá, pero nunca había hecho un hechizo ni nada por el estilo. El tipo rubio hechizó a Zack fuera del colegio, pero no podía establecer, por sí misma, qué nivel de poderes tenía.

—¿Jude era más fuerte que el de las flechas? —inquirió ella.

—No al principio —dijo Zack—. Es como te decía, las últimas veces sus poderes eran demasiado fuertes. Y están las sombras y los

demonios. Las sombras entraron, pero los demonios no.

—Realmente no tengo idea —replicó ella, sacudiendo la cabeza.

—¡Con más razón tenemos que hablar con mi abuelo!

Zoey gimió. Podía entender su necesidad de información, pero en serio, ¿fantasmas? ¿Otra vez?

—A que Jessica no querrá —aseguró Zoey, rezando para sus adentros.

—¿Apuestas? —terció él. Corrió hacia ella—. Vamos, sabes que es la mejor opción.

—No.

—¿Por qué no? —consultó mientras le tendía una mano—. Vamos, apuesta conmigo.

—No lo haré, voy a salir perdiendo —protestó Zoey.

—Depende de lo que tomes como «perder». —Zack sonrió de pronto, como si hubiese olvidado todo lo que habían hablado minutos atrás.

Se inclinó hacia ella. Zoey se reclinó contra el suelo y él puso una mano a cada lado de su cuerpo.

—¡Contigo «perder» siempre es…! —Se calló la boca. Tal vez perder no era tan malo. No, solo un segundo. Estaban hablando de cosas importantes—. Oye, tenemos un asunto serio entre manos. No estamos para andar jugando.

—Te ves súper comestible cuando se te traba la lengua.

Zoey cerró automáticamente la boca y le dio un pequeño empujón.

—Tenemos que volver a la habitación, mañana tengo clases y pasado, examen. Hay mucho en qué pensar.

—Sí, sí. —Zack recuperó su postura e hizo una mueca—. Maldito examen, malditas clases. Malditas dudas existenciales que no me dejarán dormir.

—No duermes —le recordó ella, levantándose también.

Él la ignoró.

—Quiero que sean vacaciones para poder meterme en tu cama todas las noches —dijo con un suspiro.

Zoey enarcó las cejas. Se sacudió la ropa y esperó a que él se pusiera de pie. Después de todo, Zack era Zack y bromeaba hasta en los momentos más absurdos.

—¿Vacaciones? ¿Esperarías hasta las vacaciones? —jadeó, tentada de risa.

—¡Por supuesto! —exclamó él con fingido horror—. ¿Cómo puedes

ser tan ninfómana que no puedes esperar a las sanas vacaciones, Zoey? ¡Eres una degenerada!

Capítulo 22

Estaba sola allí; al menos, no veía a nadie más. Se sentía incomoda, como si algo no estuviera bien. La oscuridad la mantenía alerta, en una mezcla extraña entre miedo y desconfianza. Se encogió a medida que un susurro en la oscuridad se convertía en una voz incorpórea, fuerte y clara. Venía de todos sitios a la vez, pero no estaba segura de sí le hablaba a ella.

—… porque todo lo que sube tiene que bajar. En los días venideros tu extirpe se extinguirá y la nada seguirá a tu genética. Los reinos caerán, tu cuerpo magullado será olvidado como tu nombre y tu existencia. Nadie recordará al rey traicionado y venido abajo. El poder que pende de tu cuello no tendrá otra opción más que doblegarse ante mí.

Zoey notó que la voz se alejaba como si fuera y viniera alrededor de ella. Cuando regresó repitió lo mismo, más apagado, como una vieja grabación. Oyó entonces pasos a su alrededor y se giró para seguirlos con la mirada, a pesar de que sabía que verlos sería imposible.

—Tu obra termina porque todo lo que sube tiene que bajar. En los días venideros, tu extirpe… —sonó otra vez. Ella frunció el ceño. ¡Conocía esa voz! La había oído antes, estaba segura de eso. Los pasos resonaron cada vez más cerca y la voz se volvió otra vez clara. Zoey fijó los ojos hacia el sonido y lo primero que vio, antes de comprender de quién era la voz, fueron dos ojos violetas.

—¿Juego de la copa? ¿Con un examen mañana? —exclamó Jessica mientras daba vueltas por el cuarto.

Zoey se tapó la cara con la almohada. Se encontraba bastante desorientada a causa del sueño que acababa de tener. Estaba segura de que existía algún tipo de significado en él, así que no quería olvidarlo.

—¡Pero qué miedosas que son! —exclamó Zackary—. Ambas se metieron en un bosque con demonios y no quieren ahora convocar un espíritu inofensivo.

—¡Lo hicimos por Mateo!

—Claro, claro —se burló él.

Zoey gruñó. Se levantó y se encerró en el baño para repasar su sueño.

Sola, se mojó la cara y sopesó todo lo que había percibido sobre las voces incorpóreas. Siempre eran las mismas, podía diferenciar al menos a tres. La que acababa de oír, la había escuchado con mayor frecuencia, siempre hablaba de conquistar, de poseer. La segunda la había oído una sola vez y era más tranquila. El tercer hombre parecía ser un rey.

Y estaban los ojos violetas, los ojos violetas pertenecían a esa voz más frecuente, la de recién, la del poder y la conquista. Pero ¿qué tenía que ver con el dije y con ella? ¿Quiénes eran esas personas?

—¿Zo? ¿Estás lista para salir de ahí? Llegaremos tarde a clase —susurró Jess, golpeando la puerta.

Ella le contestó que ya casi terminaba, se cepilló los dientes y salió para vestirse. Por alguna razón Zack estaba como conejo, pero no le preguntó el motivo. Se sentó en la cama y comenzó a ponerse el uniforme de gimnasia sin muchas ganas. Esa tarde tenían Natación, además de Educación Física, lo que en cierta forma era bueno. Parecía que iba a hacer calor otra vez y una zambullida le vendría bien.

Jessica se peinó el cabello, cada vez más largo, y se sentó junto a su amiga, sobre la cama.

—*Hey*, yo no pienso hacer esa cosa en semanas como estas. ¿No podemos esperar a que sean las vacaciones? Falta poco más de un mes, teniendo en cuenta de que nos liberarán recién el diez de diciembre.

Zoey frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, mientras Zack se acomodaba en el espacio entre ellas.

—¡Del juego de la copa! —dijo él.

Automáticamente, Zoey lo corrió del sitio.

—Ya te dije que no. Y no, Jess, no quiero hacer esto ni ahora ni nunca. Creo que tenemos cosas más reales de las que ocuparnos.

Jessica sonrió encantada y se levantó, feliz con su respuesta. Zoey negó con la cabeza, todavía inmersa en sus pensamientos, y le arqueó las cejas a Zack cuando él bufó, mostrándole que ella había ganado esta partida y que, de haber apostado, la recompensa le habría gustado.

El conejo se cruzó de patas y la miró expectante, como si la retara a reclamarle algo. Salieron entonces del cuarto con él en la mochila, y

allí, en el pasillo, se encontraron a James. Entonces, Zoey entendió por qué él no se había quedado como humano. Quizás hacía rato que el chico estaba ahí, con ganas de meterse al cuarto.

—¿Y señoritas? ¿Cómo van los preparativos para el examen? Creo que ya sé todo sobre las invasiones inglesas.

Jessica alzó una mano.

—No me hables aún de eso. Todavía quiero memorizar el módulo anterior.

Zoey tampoco deseaba hablar del examen. Tenía la leve sensación de que le iba a ir horrorosamente mal. Era probable que esa noche se la pasara estudiando con Zack tanto como pudiera, aunque estuviera cansada y con miles de teorías locas en la cabeza. Por eso no dijo nada sobre su sueño ni le mencionó a Jessica el asunto que había debatido con él la noche anterior. Era mejor que las dos apartaran esa clase de preocupaciones por unas horas y fueran adolescentes normales que se preparaban para una prueba académica.

Después de desayunar se metieron con prisa en el aula y miraron los apuntes. El resto de sus compañeros estaba en lo mismo, intercambiaban datos y se prestaban las carpetas. James se aburrió enseguida del tema y, cuando el chico nuevo entró al aula y se sentó cerca de ellos, se inclinó sobre Jessica, celoso, en busca de su atención.

Zoey se rio. El chico nuevo no era del estilo de Jess, de eso estaba segura, así que James no tenía de qué preocuparse, pero de ahí a que el novio de su amiga lo captara, había una buena brecha.

Entonces, el muchacho se inclinó un poco hacia ellos. James lo miró aireado y Jessica lo codeó con disimulo.

—Hola, ¿podrían decirme si tienen la quinta pregunta del módulo tres? —preguntó con suavidad, como si hablar con ellos le doliera. James comenzó a negar, pero Zoey le puso una mano en la cara.

—Claro, yo te la doy —dijo, intentando no reír por lo idiota que le parecía su amigo en ese momento.

El chico nuevo asintió con la cabeza, pero no le devolvió la sonrisa. En cuanto ella le tendió su apunte el muchacho la miró a la cara por un instante antes de apartar la vista.

—Gracias, te la devolveré enseguida.

Se retiró y se puso a copiar, de espaldas a ellos.

—Pobre chico. ¿Por qué nadie se hace su amigo, eh? —preguntó Jessica, mirando al resto de la clase con malos ojos.

—Nosotros también podríamos, ¿sabes? —le recordó Zoey, riéndose todavía de James que negaba con más fuerza—. No es como si no

fuéramos del mismo curso.

—Hay suficiente macho en este grupo conmigo —terció James, cruzándose de brazos y estirándose en la silla como un campeón.

Jessica soltó una carcajada enorme, quizá con un concepto de macho muy diferente al de James, y él le dirigió una mirada oscura. Zoey también rio, pero no se metió esta vez; Zack se movía en su mochila y podía escucharlo murmurar.

—¿Qué? —susurró, inclinándose hacia él, como si buscara algo en el bolso—. ¿También crees que hay suficiente macho aquí?

—Soy más macho que James, y él ni siquiera lo sabe —se jactó el conejo de peluche.

En Natación las chicas tuvieron que hacer una serie de ejercicios simples, pero más que nada, ambas se entretuvieron hablando sobre la posible relación de Mariska y el profesor. Jessica todavía quería ganar los cuarenta pesos.

Al salir de allí volvieron a su cuarto para estudiar durante el resto de la tarde. Zack les tomó examen oral, hizo preguntas al azar y otorgó premios en caramelos a la niña que contestara más rápido y de forma correcta. Zoey comió dos de ellos y miró malhumorada el montón de papeles vacíos entre las piernas de Jessica. Así se fue a cenar, ojeando los apuntes para jugarse una revancha, aunque ya no hubiera más caramelos.

Caminaba hacia la fila para escoger su comida cuando algo en su pecho le dictó una orden mental. Se quedó dura, con el apunte en las manos. De pronto no quería avanzar. Sabía muy bien que esa era una orden del dije, pero había una alarma en ella. El dije le estaba advirtiendo sobre un posible peligro. Estaba preocupado, nervioso.

—*Somos nosotros o él* —susurró.

Zoey cerró los ojos al darse cuenta de que todavía tenía control sobre su cuerpo; él solo le hablaba, y ella repetía sus palabras.

Se alejó de la fila, salió del comedor y la presión en su pecho aflojó. Se apoyó entonces contra la pared y trató de mentalizarse para entender la situación. Tenía que analizar lo que ocurría antes de dar el siguiente paso. Tomó aire y volvió al comedor. Automáticamente brilló la alerta en su cabeza y tuvo que salir de vuelta.

—Pareces que hoy no quieres que cene —murmuró Zoey, molesta.

Subió hasta el cuarto y se dejó caer en la cama. Jessica ya se había marchado con James, y ahora ella estaba allí, muerta de hambre, solo

con Zack.

—¿Qué onda? —preguntó el conejo con su cabeza en su blanca pata.

—¿Qué onda? —repitió Zoey, girándose de lado para verlo—. El dije no tiene ganas de que cene.

—¿Eh? —preguntó él con las orejas bajas—. ¿Por qué tendría algo en contra de tu dieta?

—No, no es eso —balbuceó ella, agitando un brazo—. Solo que no quiere que entre al comedor y creo que tengo que hacerle caso. Bueno, le hice caso. Por eso estoy aquí.

Zack frunció el entrecejo de tela.

—Eso es raro.

—Supongo, pero estoy cansada ahora y solo quiero aprobar el examen de mañana.

—Entiendo. Pero igual deberías comer algo —contestó Zack, comprendiendo que lo mejor era dejar ese tema para después—. ¿Te hago un examen? —le sonrió.

Se convirtió en humano y le quitó el apunte de las manos. Zoey suspiró y asintió, antes de agarrar el celular y pedirle a Jessica comida por mensaje de texto. El examen era más importante por el momento que los dilemas del dije.

⚜

Zoey miró la hoja por decimoquinta vez. Esa maldita pregunta se le había hecho Zack la noche anterior. Sabía la respuesta en algún lugar de su mente.

No se atrevió a mirar fuera de su hoja al principio, como toda alumna aplicada que teme que otros piensen que se está copiando, pero sí miró hacia arriba; tal vez el techo tenía las respuestas.

Alzó la cabeza y por el rabillo del ojo vio que Jessica se apretaba la sien con los dedos. James tenía la lapicera metida en la boca y daba vueltas su examen para un lado y para el otro. Más adelante, Sofía se golpeaba la cabeza contra el pupitre y Fernando se agachaba disimuladamente a buscar un lápiz caído. El chico nuevo, en cambio, escribía sin parar.

«Bien por él», pensó Zoey, preguntándose por qué había dormido esas dos malditas horas anoche en vez de repasar la pregunta de nuevo.

«Explique el avance inglés sobre Buenos Aires en la segunda invasión inglesa de 1807».

Se acordaba de algunas cosas, de un par de nombres tal vez. Quizás alguna fecha, pero no demasiado. Suspiró porque, de alguna manera, todo eso tenía que servir de algo; tenía que hacerlo funcionar.

Escribió escuetamente, relacionó cosas que tenía sueltas en la cabeza hasta armar un texto aceptable. Suspiró, llena de nervios, firmó la hoja y se levantó para entregar. No podía hacer nada más, era todo lo que sabía. Sus amigos la siguieron con la mirada.

Al dejar la hoja sobre la mesa, la profesora le indicó que esperara afuera, así que salió al pasillo y se sentó en el suelo con la espalda contra la pared. Tenía que cruzar los dedos; si aprobaba ese examen, aunque fuese con lo mínimo, aprobaría la materia. Ya no importaba obtener las mejores notas, ahora solo deseaba sobrevivir el fin de año.

Flexionó las piernas y apoyó el mentón sobre las rodillas. Quedaban los exámenes de: inglés, Economía, Matemática, Plástica y Física. Dio un respingo cuando la puerta del aula se abrió y el chico nuevo salió, silencioso como siempre. Fue a sentarse a metros de ella, sobre la misma pared, y ni se le dirigió una mirada. Cómo Zoey estaba aburrida, fue ella la que se giró hacia él y le sonrió.

—¿Cómo te fue?

El chico la miró por un breve instante.

—Bien —respondió él.

—Espero que te hayan servido los apuntes entonces.

El muchacho asintió con cautela, como si tuviera miedo de que ella le hablara de forma tan amistosa.

—Sí, gracias. —Se quedó callado, no le dijo nada más.

Ofuscada por la poca simpatía del chico, Zoey apartó la mirada y bajó los ojos hasta su mano. Esta le picaba con furia. Se rascó y el ardor aumentó.

En ese segundo, fuego cobró vida entre sus dedos. Una llama bailó sin quemarla, pero sin ser totalmente agradable, contra su piel. Con la boca abierta, se recordó que no debía gritar y bajó la mano hasta esconderla con su cuerpo. Espió a su compañero y agradeció que él no notara la luz enorme que salía por detrás de su falda.

«¡Mierda! ¿Cómo…?», pensó, alterada. Sacudió los dedos y la llama creció. Reprimió un jadeo y deslizó la mano por el piso frío, tratando de extinguirla. Pero no, nada. La llama iba más allá de toda lógica.

«¿Cómo se apaga esto?»

No tenía una respuesta, pero sabía qué otra cosa podía ayudar: Zack. Necesitaba a Zack. Pero él estaba en el cuarto, arriba, tal vez mirando videos en la computadora.

Zoey volvió a sacudir la mano, jadeando aterrada. Si alguien pasaba por el pasillo, o si el chico se levantaba…

«No», razonó. «Tengo que moverme yo».

Se puso de pie y ocultó su mano de la vista del muchacho. Primero corrió al baño de niñas del piso. Cerró la puerta detrás de sí y se apresuró a meter los dedos debajo del chorro de agua del lavabo. La llama se extinguió. Zoey se miró la piel. Estaba sana, como si nunca hubiese tenido fuego.

Si bien el dije no la controlaba, ella acababa de hacer magia. Magia pirómana en medio de un colegio lleno de niños.

Miró sus dedos de reojo, cogió agua y se mojó la cara. Ahora ella tenía acceso a los poderes del dije y debía controlarlos para no dañar a nadie, eso estaba más que claro.

—Bien —murmuró Zoey con su vista fija en el espejo—. ¿Cómo se supone que debo hacer esto? No tengo idea de cómo manejarlo. ¿Algún consejo? —preguntó al dije. Luego, suspiró y apoyó la frente sobre fría superficie. Esperó, mientras miraba sus propios ojos azules —. ¿Hay algún truco? Sería de ayuda. No quiero lastimar a la gente, además de que sería problemático que todo el mundo viera lo que puedo hacer. Atraería a nuevos enemigos.

No recibió una respuesta. Después de observar su reflejo por un rato, salió del baño. Volvió al pasillo donde más de sus compañeros se habían juntando. Ni Jess ni James estaban ahí, así que supuso que seguían dentro del aula, en el examen.

Moría de ganas por subir al cuarto y hablar con Zack, pero no podía. Tenía que quedarse allí, a la vista de la profesora. A menos que…

Zoey se acercó a Sofía y le avisó que iría al cuarto durante un momento para buscar un libro que se le había olvidado. Ante la sonrisa de su compañera, marchó escaleras arriba, apresurándose para llegar a la habitación.

Cuando alcanzó la primera planta, tropezó con una baldosa y estiró las manos hacia el suelo para frenar la caída. De ellas, un poder aún más extraño que las flamas de su mano la hizo rebotar hacia atrás y caer de trasero dos escalones más abajo. Chilló y se aferró al suelo para no rodar hasta la planta inferior. Al ponerse de pie, confundida y sorprendida por lo que acababa de hacer, se sacudió el polvo de la falda y miró a su alrededor, esperando que nadie la hubiese visto.

—Agh —se quejó y se sobó la cadera antes continuar con el

recorrido.

Cojeando, Zoey abrió la puerta de su cuarto. Zack miraba televisión en su computadora, en forma humana, relajado sobre la cama.

—¡*Hey*! ¿No deberías estar en examen? —preguntó él.

Con los dientes apretados, Zoey buscó sentarse en su cama. Corrió al chico con suavidad y se dejó caer como pudo.

—¿Zo? —insistió él.

—Aguarda —pidió ella, sobándose una nalga.

—¿Me insinúas algo? —preguntó Zack. Se inclinó sobre la chica y presionó sus labios debajo de la oreja de Zoey. Ella se limitó a ponerle una mano en la boca.

—Me caí —explicó ella.

Retiró la mano de Zack, pero aceptó que él le besara el cuello. Ignoró el lindo cosquilleo que le provocaban sus labios y agradeció que él se pusiera serio y se preocupara entonces por su golpe.

—¿Te duele mucho?

—No tienes idea —gruñó ella y Zackary se rio sin humor. Él había experimentado dolores aún peores que una torpe caída. A decir verdad, ella también.

—Tranquila, sigue masajeándote y pasará.

Zoey giró la cabeza hacia él, sorprendida de que contestara eso.

—¿Qué? —preguntó Zack, alzando las cejas.

—Nada. Solo pensé que tú dirías algo como: «Mejor te masajeo yo».

El chico sonrió y se inclinó sobre ella para besarla en la boca. Ella jadeó cuando la lengua de Zack recorrió la línea de su labio inferior; eso le hacía olvidar el dolor.

—Puedo hacerlo si quieres.

Zoey suspiró en sus labios y negó.

—No es que no quiera —murmuró—, es que debo volver a la clase. Ya di el examen; Jessica y James siguen en él. Pero tenía que venir a decirte algo, el golpe me distrajo.

Zack dejó de mostrar su sonrisa y se alejó de ella, sentándose recto en la cama.

—¿Qué pasó? —preguntó. Notó enseguida que el tono de voz de la chica no era alegre.

Con los labios fruncidos, Zoey dejó se sobarse el trasero.

—Hice magia sin saber cómo —susurró—. Mi mano se prendió fuego. Y cuando me tropecé, sin querer hice una cosa rara que me hizo rebotar hacia la escalera. De ahí mi golpe.

El rostro del muchacho se ensombreció. Él siempre había estado en contra de usar la magia del dije por lo peligrosa que era para el cuerpo humano.

—Eso es algo que tenemos que solucionar.

—Necesito controlarlo —musitó ella en respuesta—, aunque no sé cómo.

—Nadie supo nunca cómo controlar al dije —respondió él—, no te desesperes.

—Pero yo no soy como el resto. Yo ya no soy yo, ahora somos uno solo. ¿O me vas a decir que los otros portadores pudieron hacer la magia que yo hice con Jude sin sufrir daños?

—No, nunca.

Se miraron en silencio por algunos minutos. Al final, Zoey sacó los pies fuera de la cama.

—Ya debo volver, solo quería decírtelo —afirmó con la mirada en el suelo.

—Está bien. —Zack se inclinó nuevamente hacia ella y la jaló contra su pecho. Zoey se acurrucó contra él y disfrutó del cariño de su abrazo. Después de todo, el chico siempre iba a ser su mejor contención, pasara lo que pasara. Suspiró en sus brazos, deseando tener las respuestas que necesitaban—. Ya lo arreglaremos.

Sí, lo harían, de eso estaba segura. Tal vez Zackary no tenía las respuestas y, sin dudas, ella tampoco, pero era consciente de la única manera de resolverlos era juntos. Juntos las encontrarían.

Capítulo 23

Para cuando Zoey volvió al aula, Jessica y James habían terminado el examen y la profesora los había hecho entrar a todos mientras comenzaba a corregir. Zoey abrió la puerta despacio y miró dubitativa a la mujer, que alzó los ojos hacia ella.

—¿Todo bien, Zoey? Sofía me dijo que tuviste que ir al baño, que no te sentías bien —dijo, en voz demasiado alta. Sofía le sonrió, feliz de su excusa inventada, y Zoey bufó. Le había dicho claramente a Sofía que avisara que iba a buscar algo; no que iba al baño. Sus compañeros la miraron burlones—. ¿Te sientes mejor?

—Sí, estoy bien —se limitó a responder. Marchó a su asiento, aguantando algún que otro comentario. Carla, una chica con la que hablaba poco, le preguntó si había usado mucho el inodoro de su habitación—. No, en realidad vomité sobre la cama de Jessica —le dijo y Carla se carcajeó, mientras que Jess hizo una mueca de disgusto.

—No estarás hablando en serio —murmuró ella.

Riéndose, negó.

—Tuve que ir a buscar algo y Sofi se inventó eso. ¿Cómo les fue?

—Horriblemente mal —contestó James—. A ti bien, ¿no? Fuiste la primera en entregar.

—Nada que ver —terció—. No tenía idea de que responder a varias de las preguntas. Si apruebo, lo hago de suerte.

James parloteó algo sobre lo *nerd* que había estado Jessica, pero su amiga no le contestó; más bien la miró con el ceño fruncido para hacerle saber que comprendía que ella había subido al cuarto por algo en particular, aunque no supiera qué. Como no podían hablar delante del chico, Zoey se encogió de hombros.

La profesora entregó algunos exámenes al final de la hora, entre

ellos, el de James, que se ligó un penoso cinco. El chico lo festejó como si hubiese recibido un nueve.

Salieron del aula y, automáticamente, Jessica se aferró del brazo de Zoey.

—Iremos arriba, te vemos en diez minutos —le dijo al muchacho.

Arrastró a Zoey por las escaleras mientras que la rubia se sujetaba su nalga adolorida.

—Oye, para el ritmo —se quejó Zoey.

—¿Qué pasó? —inquirió Jess.

—¿Cómo puedes estar segura de que pasó algo, eh?

—Me di cuenta —resumió como si se tratase de una obviedad—. Habla —ordenó al detenerse en el descanso de la escalera. Zoey miró para todos lados para comprobar que estaban solas, y su amiga se impacientó más—. ¡Zo!

—Ya —le dijo, dándole palmadas en la mejilla para calmarla—. Sucedió algo muy imprudente y fui a contárselo a Zack.

Eso no dejó satisfecha a Jessica, ni por asomo.

—¿Y?

—Mi mano se prendió fuego —dijo—, y luego salí volando como un metro sin saber cómo. ¡El dije me está dejando usar su magia, pero no entiendo cómo controlarla!

—¡¿Que qué?! —replicó Jess, con la boca abierta—. ¿Tu mano… qué?

—Se prendió fuego. ¿Cómo quieres que te lo explique mejor? De repente me picaba y al segundo tenía fuego en mi mano.

—¿Y no te quemaste?

—No, ¡y no podía apagarlo! Metí la mano debajo del agua de la canilla del baño de niñas.

Jessica frunció el ceño y puso ambas manos sobre sus hombros.

—Sabes lo que esto significa, ¿verdad?

—¿Eh… sí? —dudó Zoey, haciendo una mueca.

—Significa que vamos a usar esos poderes, lo quiera Zacky o no.

⚜

En realidad para ella el problema no era Zack, sino el dije. Pero Jessica estaba convencida de que tenía que aprender usar los poderes, no solo a controlarlos; que eso sería la diferencia entre la vida y la muerte. Zackary fruncía el ceño, para nada convencido, por supuesto.

Pero su amiga le recordó sutilmente el asunto del juego de la copa y él murmuró cosas por lo bajo, en un rincón del cuarto, durante diez minutos.

Además, Zoey sabía muy bien que el dije podía funcionar con pequeñas palabras en latín. Solo que ella no sabía el idioma y, otra vez, eso la devolvía a Zack. Jessica se pasó al menos veinte minutos intentando convencerlo de revelar escuetos y simples hechizos en esa lengua para que Zoey practicara.

Ella, en cambio, se quedó viéndolos discutir en la cama mientras pensaba en lo que opinaría el dije de todo eso. Él era importante en esa discusión, aunque ella odiara contarlo como a una persona más. No quería tener problemas con él a causa de su magia.

—Solo uno —pidió Jessica, ya cansada de que su palabrería no surtiera efecto en Zack. Él apretó los labios y negó una vez más.

—Es peligroso.

—¡Si tú querías usarla para el juego de la copa!

—No. Para ello no hace falta hacer magia —respondió él.

Jessica contestó algo más y el chico volvió a negar.

—Oigan. —Zoey se bajó de la cama al final—. Hay dos cosas en las que tienen razón. Uno: sí, es peligroso —dijo mirando a Zack—. Y dos: sí, sería ideal aprender a defenderme. Pero el punto es que no sabemos lo que el dije quiere. Yo no sé si esto lo hace él a propósito o si se sale por sí mismo sin querer. Lo único que sí sé es que tengo que controlarlo a como dé lugar. Aprender a usarlo es la única opción. Estaba asustada, pero ahora tengo más miedo de prender fuego a alguien. Y, además, debemos tener en cuenta que podríamos no estar seguros aquí dentro —añadió con la mirada puesta en Zack, mientras Jessica fruncía el ceño—. Si lo que pensamos la otra vez acerca de los que sí pueden entrar al colegio y los que no, no tenemos ningún patrón para seguir. Jude no está y nos sacamos de encima a Adam, pero otros pueden volver. Los demonios, si lo recuerdan, lograron atravesar la reja, pero no la ventana.

Jessica dejó caer la mandíbula.

—¿Cómo? ¿Cómo no nos dimos cuenta de eso?

—Cómo no te diste cuenta de eso, ¿verdad, sabelotodo? —la pinchó Zack, pero Jessica lo ignoró.

—Es… es terrible. No podremos estar seguros de nada. Y es verdad, Adam estuvo todo el tiempo aquí dentro, pero Jude no atravesaba las rejas del colegio. Y los demonios en la ventana…

Jess empezó a girar por la habitación y Zoey suspiró. Zackary tampoco dijo nada y se llevó una mano al mentón, tal vez pensando

en lo mismo que ellas. Pero, antes de que Jessica verdaderamente se pusiera histérica, él se rascó la frente.

—No tenemos nada de lo que agarrarnos.

—¡Nada, excepto que ella aprenda a defenderse! —gritó su amiga, mientras Zoey se encogía de hombros—. ¡Date cuenta de eso, Zack!

—Y otra vez, volvemos al hecho de que no sabemos con certeza si el dije quiere que me defienda o no.

—¿Y cómo sabremos eso? —Incapaz de calmarse, Jessica se cruzó de brazos—. ¡Es obvio que quiere que te defiendas! Te está dando sus poderes, te salvó la vida miles de veces. Bueno, no miles, —agregó, cuando notó la expresión de Zack—, un par. Pero ahí está el asunto, no hizo nunca esto con nadie más porque quiere que tú vivas. —Se paró delante de Zoey y le apuntó con el dedo índice en la frente—. Zo, por favor. ¿Qué es lo que vamos a hacer ahora, entonces?

Ella no se quitó el dedo y asintió. No valía la pena preguntarse si el dije le estaba dando permiso o no.

—Probar, sin dudas. No es como si el dije me contestara. Le hablo y no me responde, así que lo vamos a tomar como un sí.

Zack se levantó de su rincón y suspiró, derrotado, al oírla hablar. Se sentó en el suelo y las llamó con los dedos.

—Bien —masculló—. Probaremos algo muy, muy sencillo.

Ambas corrieron a sentarse junto a él y formaron un círculo. Se miraron entre ellas, ansiosas y nerviosas, y luego centraron su atención nuevamente en el muchacho.

—¿Qué haremos?

—Un hechizo de sanación. Alguna de ustedes dos debe cortarse un dedo.

Zoey hizo una mueca. «Genial, ya empezamos con la sangre», pensó. Comenzó a levantar la mano cuando Jessica se la atajó.

—Yo lo haré. Si lo haces tú, esto no tendrá un buen resultado —indicó—. Ya el dije te sanó una vez sin hacer un hechizo propiamente dicho, quizás él este siempre curándote. Yo me corto, tú me sanas.

Se paró y rápidamente alcanzó un alicate pequeño que usaba para arreglarse las uñas. La cosa tenía suficiente filo como para cortar la piel de un dedo. Volviendo junto a ellos, Jessica apretó la tijera en torno a la yema del dedo gordo. Zoey cerró los ojos.

Un pequeño gemido de su amiga le indicó que el corte ya había sido hecho, por lo que abrió los ojos y la vio apretándose el dedo para contener la sangre.

—Hagámoslo rápido, los dedos duelen mucho —se quejó la chica.

—Y sangran mucho —balbuceó Zoey al ver que las gotas de sangre manchaban el suelo.

Zack le indicó rápidamente que tomara la mano herida de Jessica y Zoey lo hizo, mirando con desagrado la herida. No le gustaba mucho ver sangre así, a pesar de que podía aguantarlo.

—Repite después de mí: *Saguinem removere, fatum removere*

—*Sanguinem removere, fatum removere* —repitió Zoey mientras presionaba la mano de Jessica. Durante un momento, nada pasó. Al siguiente, algo brilló entre ellas.

Cuando soltó la mano de Jess, estaba limpia y sana.

—Oh, por Dios —murmuró Jess, levantando el dedo para que todos lo vieran.

—Oh, por Dios —repitió Zoey.

Más bien: Oh, por el dije.

Cuando Zoey salió del examen de inglés, agotada, se encontró cara a cara con Lucas Marín, el chico nuevo. Ella intentó sonreírle, pero había pasado los últimos dos días cortando a Jessica para poder sanarla una y otra vez. De alguna forma eso la cansaba. Tal vez el poder del dije era mucho y robaba parte de su energía. Eso explicaría su desmayo después de asesinar a Jude.

—¿Scott, verdad? —preguntó él. Zoey asintió, agradecida de saber ahora su nombre, porque podría llegar a olvidárselo otra vez en cualquier momento si seguía así.

—Llámame Zoey, somos compañeros —le recordó.

—Claro, Zoey —murmuró él, no muy convencido—. Yo quería preguntarte por los apuntes de Economía. Los de Historia me sirvieron mucho. ¿Podrías prestármelos para completar lo mío?

Zoey asintió justo cuando James aparecía a su lado al salir del aula. Lucas lo miró, pero no lo saludó, por lo que James estrechó los ojos y se pegó a la chica, como si quisiera decir: «Es mi amiga. Lárgate, no voy a prestártela».

—¿Qué hay? —dijo él sin alegría.

—Nada —respondió Lucas antes de voltearse y alejarse por el pasillo.

James frunció el ceño y se cruzó de brazos, altivo.

—Este chico me cae muy mal.

—No te ha hecho nada —le recordó Zoey con las cejas en alto—. Ni

siquiera está interesado en Jessica.

—No, ya veo que no. —James le dirigió una mirada dobleintencionada.

Zoey tuvo que bufar; ella asumía que el chico nuevo solo le había hablado porque ella había sido amable. Quizás había sido la única lo bastante simpática como para que él se sintiera cómodo en ese colegio.

—No bromees —se rio luego de una pausa.

—No bromeo, ¿no te diste cuenta de que solo ha hablado contigo? —comentó James y automáticamente la mochila azul de la chica se agitó. Zack murmuraba cosas otra vez y el muchacho lo oyó. Se volteó hacia el aula en busca del dueño de la voz, pero no vio a ningún otro hombre cerca—. ¿Oíste eso?

—No, ¿qué cosa? —preguntó Zoey, curiosa.

James abrió la boca para contestar, pero la cerró al darse cuenta de que tal vez no tenía mucho sentido insistir. Negó con la cabeza y salió al pasillo.

—Iré a comer algo, entre el sueño y el hambre estoy delirando —se rio—. Nos vemos abajo.

Zoey sonrió porque le agradaba pensar que él era el chico ideal para Jessica y que, además, había resultado ser un mejor amigo de lo que había pensado en un comienzo. Nunca como Zack, pero era agradable y muy compañero.

Jessica salió del aula medio minuto después y, juntas, alcanzaron a James en el comedor, dispuestos a tomar algún caramelo para pasar el rato.

—¿Nos juntamos para estudiar Economía? —inquirió él, esperanzado. Zoey comenzó a asentir al pensar en su merecido descanso del curso de magia intensivo y sanguinolento, pero Jess negó por ella con su cabeza—. ¿Por qué no? —murmuró su novio, haciendo un falso puchero.

—Cosas de chicas —se limitó a aclarar Jessica, dejándolo a su imaginación.

James hizo una mueca.

—¿Se van a depilar las vaginas?

Ante eso, Zoey se atragantó con la gaseosa que acababa de llevarse a la boca y Jessica soltó un bufido molesto.

—¡Oh, James! —espetó, dándole una palmada en la cabeza—. Las vaginas no se depilan.

—¿Ah, no? ¿Y qué es el cavado? —replicó él, muy seguro de sí mismo.

—¡Son partes distintas del cuerpo!

Zoey trató de no reírse para no ahogarse más, pero no funcionó. Escupió gaseosa por todo el suelo del comedor y se ganó las risas imparables de los chicos de otros cursos. Excusándose con sus amigos, corrió en dirección al baño, tenía también parte de la chomba del colegio llena de Coca-Cola.

Se reía sola mientras se lavaba, había olvidado que Zack estaba en la mochila.

—Así que el chico nuevo habla mucho contigo, ¿eh?

Ella dejó de reírse y miró la mochila que se abría para dejar ver un par de enormes orejas blancas en el espejo. Le dirigió una mirada divertida porque no podía creer que realmente le hubiese prestado más atención a eso que al último comentario de James.

—No, en realidad, fui la única que habló con él en clase. Pero fueron dos veces, ¿o tres?

La cara de Zack no estaba para nada feliz.

—Tres —murmuró, como si fuera el número del mal.

—¡No me digas que estás celoso! —refunfuñó ella.

—No. Solo decía.

Zoey estiró la mano para acariciar sus orejas.

—No seas tonto. Ni siquiera me sabía su nombre.

—Claro.

Zack no dijo nada más, pero ella se dio cuenta de que su negatividad hacia el muchacho era quizás un tanto exagerada. Era extraño que tanto él como James se sintieran amenazados por un chico que ni hablaba, ni miraba, y en el que ni ella ni Jess siquiera pensaban.

Salió del baño un poco más limpia que antes y se encontró con los chicos para volver a la clase. Al sentarse en sus lugares, Zoey vio a Lucas y recordó buscar su apunte de Economía, completado esmeradamente por Zack. Ante la mirada cuidadosa de James y la expresión celosa de Zack, desde la mochila, ella se levantó de su sitio y fue a tocarle el hombro al muchacho de pelo oscuro.

—*Hey*, aquí esta. Espero que te sirva —le dijo con amabilidad. Lucas alzó los ojos hacia ella y tomó el apunte con cuidado de no tocar sus dedos.

—Gracias, te lo devolveré pronto.

—De nada.

Volvió a su asiento y comprobó que la que tenía el ceño fruncido esa vez era Jessica.

—Realmente, este chico es raro. Si le gustas, ¿por qué no te habla más?

Zo la codeó.

—Yo no le gusto.

—Solo ha hablado contigo —indicó James otra vez—. Lo juro.

—Quizá todos ustedes son muy celosos como para ser buenos con él.

—No es cierto —replicó él, con la mirada clavada en la espalda de Lucas—. Es solo que no me cae bien.

Jess ladeó la cabeza, pensando en lo que su novio había dicho.

—Bueno, yo no estoy segura, pero el chico tiene algo que no es agradable.

—¿No creen que exageran? —terció Zoey, sacando su libro de matemáticas—. Si no lo conocemos, no podemos saber nada sobre de él.

—Puede ser —admitió su amiga, pero James siguió negando.

—Él simplemente no me gusta. No deberías prestarle tus cosas. ¿Mira si en realidad es un asesino y lo único que quiere es conseguir cosas de sus víctimas? —dijo él, irguiéndose en la silla.

Zoey se quedó con la boca abierta y Jessica ahogó un gemido. Ninguna de las dos creía que Lucas fuera un asesino serial de ese estilo, pero ella estaba acostumbrada a los asesinos y él podía estar, justamente, detrás de otra cosa. Entonces no sería tan extraño que solo hubiera hablado con ella, ¿o sí?

Miró su mochila de reojo y vio la expresión calculadora de Zack. Él comenzaba a pensar lo mismo.

⚜

—Vamos, una vez más —insistió Jessica, llevando el alicate a otro de sus dedos. Zoey ya estaba cansada; no quería ver más sangre, pero entendía que era necesario. Zack se había marchado y ellas estaban solas, antes de que James llegara a estudiar—. La última —agregó su amiga cuando vio la mueca—. Ya lo haces mucho más rápido, en menos de un segundo —felicitó.

—Está bien, solo procura no sangrar mucho.

—Lo sé, lo sé. —Jess se cortó el dedo índice y Zoey esta vez solo tuvo que tocarla y decir la mitad de las palabras en latín para que el dedo brillara y sanara—. ¡Perfecto!

Esta vez, ella también sonrió. No era tan difícil.

—Creo que es suficiente —dijo—, limpiemos todo antes de que James llegue y vea la sangre en el tarrito. —Había colocado un pequeño pote de plástico para recoger la sangre que pudiese llegar a gotear y que no manchara el suelo.

Zack iba a volver de madrugada, así que no tenían mucho de qué preocuparse. Ante lo que habían conversado en clase, él había decidido investigar quién era Lucas Marín y eso las liberaba para el ingreso de James a la habitación.

Ordenaron todo, sacaron los apuntes y se acomodaron como si hubiera estado estudiando por horas. Lavaron el tarrito de sangre en la pileta del baño y se encargaron de que no quedaran rastros. Tuvieron que esperar apenas unos cinco minutos antes de que James golpeara la puerta, insistente. Jessica se levantó elegantemente a abrir, como si nunca hubiera estado empuñando un peligroso alicate, y dejó pasar al muchacho, el cual entró acalorado y pálido.

—¿James? —preguntó ella, cerrando la puerta e inclinándose hacia él—. ¿Estás bien?

—Te juro que no —respondió él, con un hilo de voz. Miró a Zoey y luego volvió los ojos a Jessica—. No van a creer lo que vi.

Jess alzó las cejas, pero le pasó una mano por la espalda al verlo tan asustado.

—¿Sí? ¿Qué viste?

Él tragó saliva.

—Vi a Zackary Collins, al mismísimo fantasma de Zackary Collins.

Capítulo 24

Ambas dejaron caer las mandíbulas y, ante el silencio, James se exasperó.

—¿Oyeron lo que dije? ¡Acabo de ver un fantasma!

Detrás de él, Jessica se debatía entre reírse o insultar a Zack por su descuido. En cambio, Zoey controló su expresión y apretó los labios.

—¿Estás seguro? Ya habían dicho que lo vieron antes.

—¡Pues sí! Yo lo vi antes, ¿no se acuerdan? —El chico se dejó caer en la cama de Jess—. ¡Y ahora otra vez! Muy claro, ¡él me vio también! O al menos me miró.

—Eso es tétrico —agregó Jess, imitando a Zoey con el tono mientras se sentaba junto a él—. No te preocupes, fue solo un espíritu en pena.

—Es solo que él no debe estar en paz. —La rubia también se sentó —. ¿Quieres un poco de agua?

Él asintió y, al recibir la bebida embotellada se tranquilizó un poco.

—Lamento venir con esto a ustedes, fueron quienes lo encontraron y… —miró tímidamente a Zoey—, sé que él te agradaba.

Zoey se encogió de hombros. Hacía mucho que no se ponía a pensar en la muerte de Zack. Trataba de enterrarla en lo profundo de su mente.

—No te preocupes.

—¡Es que estoy aterrado!

—No te preocupes, en serio. —Jess le palmeó la pierna y le dio un beso en la mejilla—. Yo también he visto fantasmas aquí, no es para tenerlo en cuenta.

Ante eso, la cara de James se transformó.

—¿Más? ¿Bromeas? ¿Hay más fantasmas que Zack?

Jessica se quedó con la boca abierta otra vez al darse cuenta de que había empeorado la situación.

—No, bueno, sí.

—Lo que ella quiere decir es que este sitio es muy viejo, es lógico que pueda haber varios espíritus, pero los fantasmas no hacen daño —se apresuró a decir Zoey, sonriéndole con confianza—. Olvídalo y pongámonos a estudiar. Si lo viste ya dos veces, eso solo quiere decir que tuviste mala suerte, ¿sí?

James tragó saliva otra vez y asintió.

—No voy a poder dormir hoy —dijo, a su pesar.

Cuando Zack volvió, James ya se había marchado, temeroso, y Jessica estaba dormida. Zoey había esperado despierta para verlo y arrastrarlo al baño. En cuanto cruzó el umbral, el chico cerró los ojos y esperó una reprimenda.

—Supongo que sabes lo que voy a decirte —cuestionó ella, cruzándose de brazos.

—¡Lo siento! ¡Lo siento!

—¡Zack, es la segunda vez! ¡Justo con James! ¿No podías elegir a otro? Seguramente él ya lo había superado.

—No fue mi culpa. Es que siempre ronda demasiado cerca de ustedes —se excusó él—. Es un chico inoportuno. ¿No sabes que una vez Jessica le volcó un vaso con jugo sobre los pantalones y ella ni se dio cuenta? —Zo ladeó la cabeza, pensativa, preguntándose cuándo había sido eso y por qué no lo recordaba. James tampoco lo había mencionado—. Bueno, yo estaba vivo en ese momento y también tuve que cruzármelo en el baño. Se moría de pena por Jessica. Es simplemente inoportuno —finalizó, cruzándose de brazos también.

Zoey apretó los labios.

—No me acuerdo. Pero igual eso no importa. ¿Qué hacías en forma humana?

—Estaba cerca del cuarto de Lucas, y si él me veía como conejo sería peor, ¿o no? Pensé que si me veía como humano nada pasaría, ya que no sabe de mí, no me conoce físicamente, a menos que alguien le haya mostrado una foto, que lo dudo —explicó él. Suspiró y se sentó sobre la tapa del inodoro—. ¡No sabía que James no había salido todavía de su habitación!

Ella suspiró también y se sentó en el *bidet*[29].

—Menos mal que te vio apenitas.

Él la miró de reojo, como si temiera que llegara a ese punto.

—Apenas. Bueno…

—Oh, ¡Zack!

—Lo sé, lo siento. Ya no hay nada por hacer, de todas formas.

Zoey apoyó el mentón sobre su hombro.

—No, pero lo bueno es que Jess y yo practicamos y cada vez lo hago mejor.

Zackary sonrió de costado, feliz de dejar el tema de los fantasmas inexistentes de lado.

—Me alegra que ninguna saliera lastimada.

—Creo que el dije quiere que use sus poderes. Si no, no estaría dentro de mí, en primer lugar.

Pensaron en eso durante unos minutos, de forma silenciosa. Zoey miró fijamente la línea de su mandíbula y cómo esta se extendía hacia su cuello. De pronto, se le antojó morder ese sector con fuerza.

—Zack —susurró.

—¿Sí?

—Jessica está dormida… —musitó.

Zack sonrió, sin dudarlo ni un segundo, y giró la cabeza para encontrar sus labios. Se pegó con suavidad a su boca y movió de arriba abajo la cabeza, extasiándola por el tierno roce. Zoey se estiró aún más, buscando profundizar el beso, y fue ella la que mordió su labio inferior, antes que nada. Él era comestible, ¡mucho!, y su sabor se le enredó en la lengua.

Él gimió complacido y le devolvió el gesto con la misma pasión.

—Hacía rato que quería un beso así —murmuró él—. ¿Sabes que a veces me molesta tener que compartir el secreto con Jessica?

Ella se arrastró a su regazo, se abrazó con firmeza a su pecho y respondió a cada sutil, y no tan sutil, beso recibido.

—Ya no estamos tan solos, es cierto.

—Y ahora James también ronda por aquí. Y aunque me alegra que tengas a un buen amigo en él, yo siempre quiero ser tu mejor amigo, ¿sí?

—Tú no eres mi mejor amigo —se rio la chica, apoyando la frente en la de Zack—. Siempre serás más que eso.

—Pero solo a mí me contarás todos tus secretos, ¿verdad? —sonrió él, estrechándola con fuerza.

—Cada uno de ellos —contestó Zoey, besándolo una vez más, ávida de recibir su cariño. Esa noche, esperaba obtener más que simples y

candentes besos en los labios.

Según Zack, no había nada raro en Lucas Marín. Se cambió de colegio debido a la separación de sus padres. Había un juicio sobre la herencia que pertenecía a la familia y el chico había tenido un conflicto con un compañero, por lo que lo trasladaron sin más. Por el resto, tenía notas normales, era hijo único, entre sus aficiones se mencionaba el dibujo y la realización de comics.

Si bien habían desconfiado de él por un tiempo, Zoey optó por calmarse. No podía ver asesinos en cada esquina y, sin duda, tenía que recordar que el colegio seguía siendo un lugar seguro. Los peores enemigos, como Jude y los demonios, siempre habían estado de la puerta y/o rejas para atrás. Ninguno había entrado al edificio, aún, y si Lucas estaba dentro quería decir que era un chico normal.

Adam era todavía una "x" en un cálculo que no podía resolver, por lo que pretendió ignorarlo hasta que realmente algo malo pasara. O al menos hasta que el dije hiciera más evidente sus deseos de alejarla de ciertos lugares, o intentara advertirle, fuera el caso que fuera. Por ejemplo, podría decir más palabras que «nosotros o él», para variar.

Consideró que lo mejor era preocuparse tan solo cuando estaba fuera del colegio. Como, por ejemplo, cuando la profesora de Biología los llevó esa semana a todos al Zoológico de la zona para que repasaran un poco antes del examen.

Zoey se sentó en un banco de madera frente a la jaula de los conejos y esperó a que Jessica volviera junto a ella.

—¿Sabes? Creo que van a matar a todos esos pobres animales —murmuró Jess, con mala cara. En ese zoológico, uno podía meterse en algunas jaulas y tocar a muchas de las criaturas, pero algunas de sus compañeras estaban abrazando demasiados conejos al mismo tiempo y los hombres parecían querer meter las zanahorias en sus hocicos por la fuerza.

—No sé qué es peor, si esto o los pollitos.

—Esto es maltrato animal —contestó Jess con la nariz arrugada—. No deberían dejar que la gente venga y vuelva locos a los bichos, pobrecitos.

Miraron más allá, donde estaba la jaula de los pollitos y los patos bebés. James estaba por ahí, riéndose con sus amigos y lanzando pedazos de zanahoria los unos a los otros. Por lo menos, ninguno revoleaba pollos.

—*Hey*, supongo que hablaste con Zack por lo de James, ¿no?

—Sí, fue un descuido.

—Pero uno complicado —agregó ella—. ¿Qué le diremos si vuelve a verlo? ¿Cómo le explicaríamos que…?

—No creo que él tenga por qué volver a verlo —dijo Zoey, mirando como Sofía acariciaba las orejas de un conejo marrón con mucha dulzura—. Zack no tendría por qué volver a salir, en realidad.

—En eso tienes razón. ¿Qué te dijo de Lucas, eh? —Ante esa pregunta, ambas miraron al solitario chico parado cerca de un árbol, sin siquiera ver a sus compañeros que se divertían.

—Todo normal en él —aclaro Zoey—. Y yo lo descartaría como sospechoso porque él puede entrar al colegio. Hasta ahora los demás no pasaron nunca por la puerta. ¡Y no menciones a Adam!

—No iba a hacerlo, descuida. No me parece que sea algo lógico lo suyo o que merezca tenerse en cuenta aún. Después de todo, todavía no sabemos cómo funciona el asunto. —Jessica se apoyó contra ella—. Sé que es nuestro único consuelo, pero deberíamos aclararlo lo más pronto posible.

— ¿Y cómo? La señora Collins no sabe por qué sucede esto exactamente, más allá de que la escuela está construida sobre un antiguo templo. Pero hubo tantas discordancias…

—Pero, ¿por qué el templo del bosque y la iglesia no son seguros? Ambos están construidos sobre antiguos templos —sumó Jess, tocándose el mentón con un dedo—. ¿Por qué la casa de la abuela Collins y el colegio si, pero los demás no?

Zoey se quedó con la boca abierta, al notar que era un buen punto.

—Vaya —susurró—, no es que no hubiera pensando en eso antes, pero tampoco encuentro forma de resolverlo. A veces creo que me salteo millones de detalles que son obvios. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—Lo sé. Es mucho y es de vida o muerte. Es normal que te sientas así. Y por eso tenemos que hallar más respuestas, por lo que… —Disimuladamente, Jessica sacó el librito de la logia de su mochila—, he estado traduciendo un poco más después de cada examen.

Zo se inclinó hacia ella, buscando ocultar el libro de la vista de los demás.

—¿Has encontrado algo de interés?

Jess empezó a asentir, pero se corrigió.

—Bueno, un poco más de lo mismo, en cierto sentido. —Abrió una página que tenía marcada—. Sigue contando un par de cosas más sobre el portador y sus pequeños trances y es aquí donde me ha llamado la atención. —Señaló una línea—. Se le escapa que es una

mujer.

Zoey se quedó sin habla una vez más.

—Pero si antes decía que no sabía quién era el portador.

—Pues parece que se lo dijeron, menciona a *«ella»*. —Jess pasó otra página—. Y aquí, menciona que ha tenido que usar la magia del dije para sanar la herida de un miembro importante. Dice que resultó lastimada por el poder. Que fue demasiado fuerte para ella.

—Yo también salí herida una vez —contó Zoey.

Jessica alzó las cejas, pero no hizo más preguntas.

—Y aquí… —Pasó como tres hojas más.

—Oh, vamos, ¿hiciste algo más que traducir esto?

—¡No seas boba! Soy muy buena para estas cosas. —Jess marcó con el dedo el principio de una hoja un poco rota—. Aquí dice que ella murió.

Ante eso, Zoey le arrancó el libro de las manos, como si pudiera entender lo que decía sin el código.

—¿Murió? —jadeó.

—Le ordenaron ejecutar un hechizo sumamente poderoso. Querían que un preso revelara dónde estaba escondido el Santo Grial. —Jessica la miró, esperando alguna reacción de su parte, pero la única respuesta que obtuvo fue una mirada confundida—. El hechizo la mató. Aunque en realidad no pensé que este tipo de conjuro fuera más difícil que sanar una herida muy profunda. Se nota que los portadores eran meros peones de la logia. Los súper usaban.

—¿Y qué tiene que ver el Santo Grial?

—Zoey —replicó Jess, como si su amiga se hubiese vuelto boba—, el Santo Grial es una reliquia templaría. Quedamos en que estos templos y construcciones eran templarias. No es de sorprender que la logia siguiera sus leyendas y buscara completar sus objetivos.

Zoey asintió, por fin comprendiendo.

—Creo que al llegar a casa voy a leerme todo sobre templarios. Entonces, ¿el Santo Grial? ¿Y cómo se relaciona eso con el dije?

Jessica se encogió de hombros.

—Claramente, para los de la logia encontrar el Santo Grial era de suma importancia. No sé qué tenían que ver los templarios con el dije, eso sí. Pero además, todo esto demuestra que otros portadores no han podido hacer magia sin terminar malheridos.

—Lo sé —repitió ella—. Me ha pasado. Solo que desde que estamos juntos en mi cuerpo ya no salgo lastimada.

—Quizá porque ahora es todo más carnal. Al compartir un mismo

cuerpo, él debe legarte algo.

—O quizá, como ya veníamos diciendo, es que a él le agrado de alguna manera.

—¡Sin dudas! Si no te hubiera dejado morir. Prefirió unirse a ti que dejar que te mataran, por lo que propongo que… —Jess se calló automáticamente, sonrió y metió el cuaderno en su mochila.

James llegó apenas tres segundos después.

—¡Chicas lindas! ¿Qué hacen? —preguntó y se inclinó entonces sobre ellas—. ¿Zanahoria, *amore mío*? —Puso un pedazo de zanahoria mordida cerca de la cara de Jessica.

—¡Ni loca, sal de aquí! —chilló ella—. La habrán babeado quinientos conejos.

James y Zoey se rieron de su gritito agudo y ella agradeció la interrupción. Lo mejor era concentrarse en eso cuando llegaran al colegio y pudieran hablarlo con Zack en paz porque lo había tenido que dejar metido en la mochila dentro del micro escolar durante el paseo. De seguro él intentaba vigilar todo desde allí, aun cuando ella y Jessica tuvieran un escudo protector encima todo el tiempo.

James mordió el trozo de zanahoria y Zoey hizo una mueca. ¡En verdad no había pensado que sería capaz de eso!

—Oh, por Dios —se quejó Jess, mientras se tapaba la boca con una mano.

—¡No seas tonta! Esta no la tocó ningún conejo. Fue mía desde un principio.

—Eres un asco.

—¡Y ustedes son unas bobas! —agregó el muchacho, dando otro sonoro mordiscón.

Las chicas se hicieron a un lado para dejar que se sentara junto a ellas.

—¿Y qué tanto hacían? ¿Por qué no incluyen a Lucas? —preguntó Jessica, mirando de reojo al chico nuevo.

—Dijiste que no te agradaba, ¿por qué preguntas ahora?

—Quizá porque me parece mal que lo excluyan. Sé que me resulta extraño —dijo Jess—, pero…

—Pero tampoco como para ser malos con él —completó Zoey, echándole un vistazo al chico otra vez—. ¿Nadie se esfuerza por incluirlo?

—Nadie quiere estar cerca de él, Zo. —James se encogió de hombros—. Ya te dije, no es solo a mí al que le da esa sensación. Y además, cuando Carlos intentó hablar con él, lo ignoró. Es él el que no

quiere estar cerca de la gente. ¡Qué va!

Se quedaron juntos unos momentos más, hasta que la profesora les hizo señas con las manos para que se reunieran y avanzaran por el zoológico. James se adelantó para hablar con Fernando y Jess suspiró cuando su novio la llamó para que se acercara.

Zoey le sonrió y le dijo que fuera. Todavía quería acariciar a los conejos. Estaba siempre con un conejo de mentira y casi se olvidaba cómo era uno de verdad.

Se movió fuera del grupo mientras intentaba no tropezar con la tierra antes de llegar a la jaula. Un conejo bien blanco que le hacía acordar a Zack intentaba moverse entre los demás para esconderse de los humanos. Zoey se inclinó sobre la reja y logró tocarle la piel suave entre las orejas.

Entonces, la inclinación le hizo mal. Se mareó y se volvió sobre sí misma, tratando de enderezarse. Perdió el equilibrio y cayó al suelo poco antes de desmayarse.

Abrió los ojos apenas un segundo después. Le dolía la cabeza, seguro se la había golpeado. Apretó los ojos y rechinó los dientes.

—*Hey*, tranquila —dijo un chico que le colocaba una mano sobre la frente—. No te vayas a mover.

—Me golpeé —logró decirle.

—Sí, lo vi —contestó él y ella pudo enfocar la vista en su rostro. Era Lucas—. Quédate aquí. Iré por la profesora.

Zoey no se movió, obedeció la clara orden y se quedó tendida en el suelo. Se sentía mejor a cada segundo.

—«Perrrfecto» —murmuró, arrastrando la R—. Absolutamente «perrrfecto». Todo me pasa a mí, ¿no?

---

[29] **Bidet:** Es un recipiente bajo con agua corriente que se encuentra en los baños de algunos países. Tiene su origen en Francia. Se utiliza para limpiarse luego de utilizar el retrete.

Capítulo 25

Zoey no se movió. Y cuando Lucas volvió, lo hizo solo.

—Le dije a uno de los chicos que fuera por la profesora, ya se alejaron mucho.

Zoey movió un poco la cabeza a su alrededor y se dio cuenta de que el grupo no estaba allí. Dos empleados del zoológico se acercaban a ellos, pero nadie más.

—Ah, bueno—murmuró—. Pero creo que ya me siento mejor, me sentaré.

—No —dijo Lucas. La empujó hacia abajo, inclinándose demasiado sobre ella.

Zoey lo observó a los ojos por un breve instante. Él tenía una mirada profunda y un rostro atractivo. Pensó que, si no fuera tan callado, muchas chicas podrían sentirse atraídas por él. A pesar de su extraña personalidad tenía cierto encanto.

—Zoey… —empezó a decir él.

—¿Sí? —preguntó la chica entre rápidos parpadeos. Notaba que Lucas estaba cada vez más cerca de su rostro y que eso no le gustaba nada. Que lo considerara atractivo no significaba que lo quisiera tan cerca.

Entonces, en el preciso momento que Lucas acortó la distancia y la besó, en su cabeza una explosión de gritos la hizo jadear. Le gritaban dentro de su propia mente. Empujó a Lucas con las manos y se sentó de un golpe.

—¡*Hey*! —chilló, tapándose la boca con una mano mientras sostenía la otra contra el hombro del muchacho—. ¡No vuelvas a hacer eso!

Lucas no respondió; la miró intensamente a medida que sus ojos se oscurecían.

—Scott…

—Creo que te has confundido —murmuró ella. Logró ponerse de pie y apartó las manos del chico para sujetarse de la reja de la jaula de los conejos. Justo llegó un empleado del zoológico que la ayudó a sostenerse.

—Te llevaremos a la enfermería.

Zoey asintió al notar la debilidad de sus piernas y dejó que los empleados la ayudaran a caminar. Se alejó y no volvió a mirar a Lucas. Ya no sentía ganas de ser tan amigable con él. Al llegar a la enfermería se sentó sobre la camilla y se frotó la cabeza con las manos. Ahora se le partía el cráneo de dolor. Con ese beso y la desesperación por apartar a Lucas de ella no le dio demasiada importancia al resto.

—Carajo —murmuró, apretándose la sien.

Un hombre bajito con delantal blanco apareció para tomarle la presión y ella le expresó entre susurros que le dolía mucho la cabeza. El enfermero le recomendó que se quedara acostada, y así lo hizo. Suspiró varias veces hasta que la profesora ingresó al cuarto seguida de cerca por Jessica.

—Estoy bien, lo juro —les sonrió, pero el gesto le arrancó otra puntada aguda en la cabeza.

—¿Te golpeaste la cabeza?

—Tal vez —dijo Zoey, aunque no sentía dolor por contusión, la molestia era más bien interna, estaba dentro de ella.

—Vamos a tener que llevarte al hospital si te golpeaste la cabeza.

—No me la golpeé —se corrigió entonces—. Me duele del desmayo, de la baja presión.

—¿Ah? ¿Segura? —La mujer le pasó una mano por la frente—. Lo mejor es estar seguros.

Frunció los labios y tuvo que soportar la espera de la ambulancia mientras pensaba en qué explicaciones iba a darle Jessica y a Zack una vez pudiera regresar al micro y recoger la mochila. En el hospital más cercano, que resultó ser el mismo que visito por una acuchillada en la pierna, le hicieron radiografías para descartar alguna contusión.

En la sala de espera una enfermera la miró con el ceño fruncido. Ella fingió no haber estado nunca allí, por las dudas de que alguien pudiera recordarla. Aquel era un hospital pequeño de emergencias, pero la zona seguía siendo bastante rural y de seguro aparecían pocos menores de edad acuchillados que luego huían en medio de la noche.

—Muy bien, Zoey —dijo la enfermera, revisándole la presión una vez más—. Está todo en orden. No tienes ninguna contusión. Ya puedes marcharte.

Ella trató de sonreír y se acomodó la falda antes de bajarse de la camilla.

—Gracias.

No volvió a mirar a la enfermera y salió del consultorio sabiendo que tenía los ojos de la mujer clavados en su espalda.

En la sala de espera la profesora respiró aliviada y, mientras llamaban un taxi, le comentó que el resto de los alumnos continuarían con la excursión por dos horas más, con el preceptor encargado del curso. Ellas volverían al colegio.

Al entrar a la institución la docente le dijo a Zoey que fuera a descansar y ella aceptó, no sin antes pasar por el comedor y agarrar algo para comer. Necesitaba azúcar para poder continuar y procesar lo que había pasado.

Se recostó sobre la cama con un alfajor en la boca y preguntó en voz alta, al dije, por qué había gritado.

—¿Te sientes bien? Me alegra que no te hayas lastimado —dijo Jess, al volver de la excursión horas después.

—Sigo con dolor de cabeza —replicó Zoey. Se había puesto el pijama y estaba metida en la cama. Jessica le entregó la mochila y Zack salió antes de que alguien pudiera abrirle el cierre—. Estoy mejor desde que me acosté.

—Tal vez no desayunaste bien —murmuró su amiga, sentándose en su cama para sacarse los zapatos.

Zack le tocó la frente, todavía en formato conejo, y dejó caer las orejas.

—Estás bajo mucha presión, ¿por qué no duermes un poco?

Ella lo abrazó y se recostó sobre la cama.

—No tengo sueño, y además muero de hambre —añadió, con la intención de que captaran la indirecta. Enseguida, el conejo se llevó una pata a la frente e hizo un saludo militar.

—Sus deseos son ordenes, señorita. ¿Qué quiere para comer?

—Pizza —contestó ella con una sonrisa.

Zack salió sigilosamente de la habitación y las dos cruzaron los dedos para que nadie viera a un fantasma otra vez, o a un conejo maniático, por los pasillos.

—Oye —empezó Jess, justo cuando Zoey la llamaba con los dedos. Curiosa, su amiga se arrastró hasta su lechó y se acostó a su lado—.

¿Qué?

—Tengo que contarte algo —contestó ella, apretando los labios—. Algo que pasó con Lucas.

—¿Qué pasó? — La cara de Jessica tomó un tono sombrío.

—Me besó cuando caí; estábamos solos y no me lo esperaba.

Jess se irguió y dejó caer la mandíbula.

—¿Que él, qué? —exclamó.

—¡Baja la voz! No quiero que ni Zack ni James sepan esto. ¡Especialmente Zack! Si todavía está en el pasillo…

Su amiga empezó a negar.

—Yo veo más peligroso que lo sepa James ¡Mira si a él se le ocurre decírselo a alguien, empezarían a correr rumores! Y eso pondría como loco a Zack. —Jessica cerró la boca automáticamente cuando Zoey la fulminó la mirada.

—No puede pasar eso. ¡Es tu novio, deberías controlarlo!

—Oh, lo controlo. Pero, ¿y si Lucas lo dice? ¿O dice que tú lo besaste a él? No conocemos a este chico. Puede ser un loco que…

—Jess —Zoey apretó los labios—, no hay demasiado tiempo para armar grandes rumores.

—No, pero aun así deberías contarle a Zack lo que pasó. Es mejor que se entere por ti, ¿no? Además de que, si se lo ocultas, él tendrá dudas sobre ti.

Zoey tomó aire y lo dejó salir con lentitud.

—Tienes razón. Se lo diré enseguida. Se supone que tenemos una relación formal a pesar de las circunstancias. Y la confianza es lo más importante.

—Aunque él esté muerto —dijo Jess.

—Aunque él esté muerto.

—Yo iré por algo para comer mientras ustedes hablan, cuando él regrese, ¿sí? —aclaró Jess, sonriéndole.

Zoey le devolvió una mueca y le dijo con la mirada lo nerviosa que le ponía lo que iba a hacer. Jessica le apretó el hombro con cariño y se levantó. Aprovechó para cambiarse de ropa sin Zack.

Zoey suspiró una vez más. Preocupada, se puso de pie y buscó otra cosa para hacer en la habitación. Dio un paso fuera de la cama y el dolor de cabeza estalló de nuevo, dándole otra vez un pequeño espectáculo de audio dentro de su mente. Al igual que cuando Lucas la besó, escuchaba cosas extrañas, como susurros olvidados y ahogados en medio del propio dolor que ella sentía. Era muy difícil de entender lo que decían las voces. Así como vinieron, se fueron.

—Ay —gimió, apretándose la sien.

—*Hey* —Jessica estuvo sobre ella otra vez—, ¿realmente no te golpeaste la cabeza?

—No —insistió Zo. Se apoyó contra la pared y se quitó el pelo de la frente—, estoy segura. Supongo que estoy cansada, al fin y al cabo, el poder del dije no está hecho para humanos y yo lo estuve usando.

—¿Crees que es por eso? Podría ser, pero…

—Escucho voces —explicó ella—, pero no sé qué dicen.

—¿Además de eso de «Somos nosotros, o él»?

Zoey separó la cabeza de la pared.

—Somos nosotros o él —dijo suavemente, pensativa.

De pronto, varias cosas tenían sentido para ella. El dije tenía un enemigo, no se trataba de los enemigos que Zoey pudiera enfrentar por su vida, sino que esta persona tenía algo con él, se trataba de algo personal.

Asintió con la cabeza y entendió: el tipo de la voz en la oscuridad. Ese era el famoso «él».

—Estoy bien —le dijo a Jessica y la despidió con la mano cuando decidió volver a la cama. Tenía muchas cosas que hablar con Zack; y tenía que ser pronto y a solas.

Lucas era ahora motivo de guerra. Zack quería asesinarlo, literalmente. No dudaba de ella, pero sí tenía unos celos terribles. No le prestó atención a nada de los sueños y ella terminó por aburrirse de escucharlo hablar solo.

Cuando le dijo, por decimoquinta vez, que Lucas no tenía manera de saber que ella tenía una relación y él apretó los labios y lo aceptó, le recordó que había cosas más importantes. Sus sueños eran más importantes, el dolor de cabeza también. Cualquier cosa valía más que Lucas.

Pero, a pesar de todo, Zoey pasó la mañana esquivando al muchacho —que intentó hablar con ella para excusarse— y tratando de mantener a Zack dentro de su bolso. A la hora del almuerzo subió al cuarto para tener una seria charla con él.

—¿Quieres dejar de intentar saltar de la mochila como un conejo loco y quebrarle el cuello a Lucas?

—No. —Zack se cruzó de patas.

—Recuerdas que no puedes hacer eso, ¿cierto? —dijo ella, con una

sonrisa irónica. Zack puso bien rígidas las orejas—. ¡Zackary! ¡Estamos hablando en serio, como adultos! No puedes ser tan celoso; eso me molesta, sobre todo porque sabes que a mí ni me pincha ni me corta[30] toda esta situación. Es más, el beso me molestó mucho.

—No me grites como mi madre.

—Zackary Collins, no puedes volar de mi mochila como un conejo asesino, ¿de acuerdo? —zanjó ella.

—Sería épico.

—Y estúpido.

—Él te besó. Él, que está vivo.

—Y yo lo aparté. Y me importa un comino que esté vivo —insistió ella, con elocuencia.

—Pero yo soy tu novio —replicó Zack frunciendo la boca bordada en hilo negro. Zoey sonrió verdaderamente esta vez y se cruzó de brazos también.

—¿Mi qué?

—Que yo soy tu novio.

—Tú no eres mi novio —replicó ella.

—Que sí.

—Nunca me has pedido algo como eso.

—Nunca has dicho que no cuando estamos solos y sin ropa —se quejó él.

—No es lo mismo y lo sabes —bufó Zoey. Lo único que le faltaba ahora es que él dijera que eran oficialmente novios cuando no lo eran. Ya sabía que eran pareja de alguna manera porque convivían, se besaban y, efectivamente, tenían relaciones, pero eso no era lo mismo que ser novios. No como entre las personas vivas. Había algo en ellos que nunca terminaría de cerrar y eso le causó angustia, algo que supo ocultar a tiempo.

—¿Cómo que no? —Zack se puso más rígido, molesto con esa conversación. Ofendido—. ¿No te dije que te quería?

—Sí. —Zoey se sentó en su cama y descruzó los brazos—. Pero…

—Pero, pero. —Zackary tomó forma humana y se sentó en la cama de Jessica, aún con los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿Es lo único que dirás? Estamos juntos, ¿o no? ¿O lo estás poniendo en duda por Lucas Marín?

Automáticamente, ella dejó caer la mandíbula.

—¿Es que estás loco? —balbuceó. Estaba tan celoso que ni siquiera decía cosas coherentes—. ¿No te lo dije recién?

—No, solo estoy siendo objetivo.

—Pues tu objetivo está loco —se quejó ella—. ¡No me gusta Lucas Marín! Me gustas tú, siempre me has gustado tú. ¿No es obvio eso? ¿Siempre vamos a tener esta discusión?

Zackary alzó una ceja y apretó los labios. Miró hacia un costado por un momento, con cosas que quería decir y que se guardó.

—¿Ah, sí? Bueno, es que yo siempre voy a estar muerto. Y siempre va a haber gente que pueda crecer contigo. No me culpes por pensar que podrías querer algo mucho mejor que esta cosa que soy.

Entrando en la tormenta de furia, Zoey se inclinó hacia él.

—Te di mi virginidad, yo te di el primer beso. Y convengamos que, si no hubiera sido por mí, tampoco lo hubiéramos hecho.

—Eso solo indica lo depravada que eres —indicó él, arqueando las cejas—. Pero Zoey, seamos sinceros…

—¡Eres un tonto! —lo interrumpió ella—. ¡Sabes que te quiero!

Él apretó los labios y ella se quedó a la espera, incrédula.

—Entonces, ¿puedes decírmelo?

Otra vez con la boca abierta, ella jadeó. ¿Pero qué clase de juego estúpido era ese? Apretó los labios y alzó el mentón.

—¿Quieres que te diga que te amo? —murmuró, con la cara roja de golpe.

—Sí —dijo Zack—. Quiero que me lo digas, por favor. Y demostrarlo estaría bien.

Durante un breve momento de silencio, se miraron a los ojos.

—Exactamente, ¿cómo pretendes que lo demuestre?

—Sé que tienes buena imaginación —insistió él.

Sonrojada, Zoey maldijo en voz baja. ¿Cómo es que sentía vergüenza con cosas tan simples como esas? ¿No había superado esa etapa? Cuando levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los orbes grises, penetrantes, expectantes y divertidos, supo que su vergüenza radicaba en eso mismo. Era la prueba boba que le estaba poniendo.

Se quedó quieta, preguntándose si eso era por orgullo, si era por lo que él sentía con respecto a su posible inferioridad ante otros chicos que todavía tenían sangre en las venas. O si simplemente era porque él era un loco sin sentido ni razón y solo estaba siendo caprichoso.

—Eres un cínico —dijo, al final, con un suspiro.

—¿Cínico? ¿Por qué? ¿Por pedirte que me demuestres tu enorme amor hacia mí?

—¡Deberías confiar en mí!

De pronto, los labios se Zack se curvaron tentativamente hacia

arriba. Allí estaba esa sonrisa torcida y peligrosa que ella conocía muy bien y que le provocaba espasmos de diferentes y variados motivos. Excitación, deseos, adoración, miedo, todo en una estúpida y malévola sonrisa. Y también significaba que él era un loco caprichoso y que todo eso se trataba de molestarla y provocarla.

—Oh, cariño, ¿es que no te das cuenta de que estoy destrozado porque mi chica ha besado a otro? —dijo con tono lastimero, pero con esa expresión que hacía todo irónico

—Yo no lo besé.

—Pero tus labios tocaron los suyos. Eso ha roto mi corazón.

—Idiota —replicó ella con los ojos en blanco.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? —El puchero[31] que Zack hizo fue totalmente devastador.

—¡Bien! —Zoey se puso de pie y se agachó delante de él—. Te probaré que te amo. ¡Pero! Jamás volverás a ponerte celoso por otro chico. Si te dije que te quiero a ti, es porque es solo a ti. Y no tiene que ver con vivos o muertos.

Zack volvió a alzar las cejas y ensanchó todavía más la sonrisa.

—Muy bien. Acepto el trato.

Ella se estiró hacia él y juntó sus labios con los del chico. Fue despacio, intentando hacer de eso el mejor beso que había dado en su vida. Zack se relajó y se preparó para amoldarse al beso. Deslizó la boca de arriba abajo, apretando con suavidad.

Zoey suspiró en cuanto Zack se rehusó a responderle de forma adecuada. Él seguía probándola.

Se inclinó un poco más y buscó profundizar el beso sin volverlo demasiado intenso de primera mano. Zack apretó sus brazos cruzados y ella tuvo que presionar un poco más sobre su boca para conseguir que desistiera con la actitud tonta y la dejara acercarse.

En ese segundo, él entreabrió ligeramente la boca y Zoey pudo profundizar, tomando su labio inferior con pasión. Zackary suspiró al final y, enseguida, sus brazos estuvieron alrededor de la espalda de ella, jalándola del suelo hacia su regazo.

—Mm —murmuró él; sujetó la nuca de Zoey y la forzó a abandonar la lentitud original. Se devoraron el uno al otro, cuerpo con cuerpo, en un manojo de sensaciones que comenzaban a explotar—. Zoey… Muero por…

—¿Sacarme la ropa? —susurró ella, cuando él comenzó a dejar un recorrido de pequeños besos por su mejilla y mandíbula, bajando tentativamente hacia su cuello.

—No tienes idea —gruñó él, mordiendo el lóbulo de su oreja.

Zoey ahogó un gemido y clavó los dientes en su cuello a la vez.

—No podemos… —contestó—. Tengo clase en cinco minutos.

—Todavía no me dices cuánto me amas.

—Te dije que te amaba —replicó ella, encogiéndose ante las sensaciones que le provocaba.

—Dímelo de nuevo —suplicó Zack, soltando su oreja.

Zoey giró la cabeza y encontró su boca una vez más.

—Te amo.

—¿Sabes que siento lo mismo por ti? Yo también te amo. Y aunque no lo haya dicho con palabras, para mí sí eres mi novia.

—¿Y entonces por qué no me lo pides?

Los ojos de Zack brillaron.

—Porque no estoy vivo, Zo.

Ambos guardaron silencio.

—Sabes que si controlo los poderes del dije podría traerte de vuelta. Hay mucho riesgo, lo sé —terció ella al ver su expresión—. No quiero abusar tampoco, pero ya has visto que he curado a Jessica cientos de veces. Si practico cada vez más, podría incluso darte un nuevo cuerpo, vivo, y defenderme a mí misma. Eso es lo que quiere el dije, después de todo.

—Curar a alguien no es lo mismo que crear un cuerpo nuevo.

—Quizá no aún —Zoey frunció el ceño—. Tal vez falten muchos años para que lo logre, pero estarás conmigo y podría darte un cuerpo de la edad adecuada.

Él apretó los labios y le dijo lo que ella deseaba escuchar.

—Sí, puede ser —murmuró, agarrándole la mano para besársela.

Ella alzó una ceja.

—No me des la razón porque sí.

—Es lo que quieres oír.

—En realidad no. Quiero oír lo que realmente piensas, aunque ya sé tus razones; quiero saber qué es lo que piensas de todo. Estamos juntos en esto.

Zack suspiró y esbozó una media sonrisa.

—Estamos juntos en esto y por eso quiero que siga así, contigo sana y salva. No creo que por ahora debamos pensar en otra cosa.

—Ya sé —empezó Zoey, alzando el mentón un poco—. No es que no me asuste, pero a medida que paso más tiempo siendo el dije en sí, me doy cuenta de que él me dejará usar su fuerza con tal de que sigamos a salvo. Él nos quiere a ambos vivos y si yo soy fuerte por mí

misma, él estará bien.

Zack borró la sonrisa y apretó los labios.

—¿Cómo estás tan segura de eso?

—¿Viste que, cuando no era capaz de entenderlo ni un poco, él me controlaba? Ya no lo hace más. Ambos estamos en tregua, supongo. De alguna forma creo que intenta decirme cosas más profundas que solo «*Nosotros o él*». Y creo que eso preocupa mucho al dije.

—Mucho más que a mí —rio Zack—. *Hey*, en verdad me preocupa. Solo que lo de Lucas me tiene muy celoso. Quisiera estar vivo como él y poder tener una relación normal contigo. Sé que soy exagerado y muy teatral, pero cuando me quejo de esas cosas, me siento un poco mejor.

Zoey suspiró, negó y se abrazó con fuerza a su cuello.

—No digas eso —gruñó. Sabía que Zack nunca olvidaba ese tema, pero ahora pensaba en que realmente él debía tenerlo presente con mucha más frecuencia que ella—. Si estás aquí, estás vivo.

—Si mi corazón no late, no lo estoy.

Sin poder aguantarse más, Zoey se plantó bien delante de él y besó su boca rápido y con fuerza. Eso no iba a cambiar las opiniones de Zack, pero ella iba a intentarlo igual.

—Si puedes verme, sentirme y oírme, entonces, lo estás.

Zack sonrió de lado, con una alegría que no llegaba al resto de su cara.

—Eres muy dulce —rio con suavidad—, eso es algo que me hace desearte mucho.

Con una amplia sonrisa, ella le guiñó un ojo.

—¿No era mi trasero?

Eso le arrancó a Zackary una carcajada limpia y potente. La atrajo nuevamente a su pecho y beso su frente antes de volver a susurrarle que estaba enamorado de ella.

⚜

—¿Es cierto que estás saliendo con Lucas Marín?

Zoey gruñó en respuesta.

—Por décima vez, ¡no!

—Pero te vieron besándolo.

—¡Yo no lo besé! Él me besó y lo empujé, no estoy interesada.

Su compañera murmuró algo sobre su mal carácter y Zoey apretó

los puños. Maldita sea. Jessica había tenido razón en todo eso. ¿Cómo había podido creer que Lucas era un chico inocente y bienintencionado? El rumor había crecido por todo el colegio y algunos aseguraban que el mismo Lucas había dicho que eran novios.

Tenía que hablarlo con él y ponerlo en su sitio. Daba igual si alguien decía lo del beso y que Zoey había sido amable con él desde su ingreso al colegio, eso solo eran cosas que sumaban al rumor implantado por el muchacho.

Estaba cansada de las voces que la perseguían, incluso algunas mencionaban a Zack. Porque todos sabían que Zoey había estado enamorada de Zackary Collins, tal vez por cortesía de Mariska o de alguna de sus amigas.

Esperó fuera de la clase a que Lucas llegara y, cuando este apareció por el pasillo, sus ojos azules se abrieron ante la inesperada sorpresa.

—Zoey —murmuró.

—Tú y yo vamos a hablar —ordenó ella, tomándolo por la remera. Lo alejó del aula y Lucas marchó detrás de ella sin oponer resistencia. Algo le decía que el chico estaba resignado. Cuando lo soltó en el otro pasillo y se cruzó de brazos delante de él, Lucas suspiró—. ¿Y? ¿Tienes algo que decir antes de que empiece?

—Solo que yo no he dicho nada.

—Pues mira, no te creo.

—Lo juro. Lo que sucede es que alguien nos vio —respondió él, tranquilo, casi desinteresado.

A Zoey le provocó tal ira que tuvo que mentalizarse en apartar el poder del dije de ella. Lo mejor era que nada más agresivo y mágico sucediera.

—¿Simplemente eso? No había chicos cerca de nosotros.

—Sí había —insistió él.

—No es cierto.

—Estaban alejados, pero pudieron ver que te besé.

—Eres un idiota, ¡y yo que intenté ser amable contigo! —replicó ella, apretando los puños.

Lucas negó rápidamente.

—*Hey*, de verdad que fuiste amable conmigo, pero no pienses que yo dije algo. Entendí el concepto cuando me apartaste. No soy imbécil.

—Pues no parece que la gente lo haya entendido.

Lucas apretó los labios en una fina línea.

—Lo siento, de verdad. No pretendía que esto pasara. Me gustas, eres linda, pero ya entendí que no te pasa lo mismo. No quiero

perjudicarte de ninguna manera —contestó él, mostrándose sincero—. Trataré de solucionarlo. Les estuve diciendo a todos que no es así como dicen. Pero si quieres, incluso les diré que me golpeaste.

Zoey relajó los músculos y sintió como su interior también se relajaba un poco.

—Me parece bien, porque si no lo haces realmente te golpearé.

Se volteó sin más y dobló en el siguiente pasillo. Cuando estaba a punto de alcanzar el aula, Sara y Mariska pasaron junto a ella. Sara, resentida, se le acercó y se burló en su oído.

—¿Así que ahora también estuviste revolcándote con el novio de tu mejor amiga? Vaya Zoey, jamás te creí tan puta.

«¿Que, qué?», pensó.

Se giró justo a tiempo como para agarrar su cabello y tirarla al suelo, pero apretó los puños nuevamente y se mordió la lengua. No hizo nada, contuvo toda la violencia, tenía deseos de matarla. Sus ojos se trabaron en los de Sara, que se apartó rápidamente, y luego en Mariska, que hizo una mueca desagradable. Cuando su amiga dio unos cuantos pasos lejos, Mariska puso los ojos en blanco.

—Que conste que no fue mi idea —comentó y siguió caminando. Claro, Mariska todavía se acordaba del fantasma Zack y no quería problemas. Sara ahora era otro nuevo asunto para el que no estaba preparada.

Con más ira de la que podía controlar, siguió de largo y, en vez de ir a clase, subió por las escaleras hasta su habitación. Casi pateó la puerta al ingresar y poco se interesó si asustaba a Zackary.

—¿Zoey? —preguntó él, como conejo, sentado en la ventana.

Ella negó con la cabeza, pero no dijo nada. Se deslizó por la pared hasta caer sentada en el suelo. Tenía verdaderos deseos de matar a alguien, no sabía si a Lucas o a Sara, pero probablemente más a ellos dos que al resto del mundo. Intentó decirse a sí misma que no valía la pena sentir ira por el asunto, que el año escolar acabaría pronto y sería un tema muerto por meses. Sin embargo, su alma le decía algo muy distinto.

Algo estalló dentro de la habitación y Zack estuvo en un segundo sobre ella.

—¡Ya cálmate! —le gritó él. La despertó de aquel letargo y la alejó de la puerta. La almohada de Jessica estaba tirada a los pies de la cama, junto a ella, en llamas; el ventilador de techo daba vueltas sin control arrojando chispas y humo.

Zoey jadeó y se sujetó a Zackary, que inmediatamente estabilizó las cosas con sus propios poderes. Al ver lo que acababa de hacer, ella

volvió a repetirse a sí misma que no valía la pena y se encontró dándose cuenta de que en verdad no estaba tan molesta, de que no era para tanto.

—Oh, Dios —exclamó. El dije potenciaba sus sentimientos, haciéndola explotar y quemar cosas.

—Sí, Dios —replicó Zack. La miraba entre sorprendido y confundido—, aquí tenemos un problema.

---

[30] **Ni pincha ni corta:** Expresión argentina que alude que algo o alguien no es relevante en el momento, que no tiene relación con la situación.
[31] **Puchero:** En Argentina se usa para describir el gesto que hace la gente poco antes de comenzar a llorar.

Capítulo 26

Jessica miró su almohada con la boca abierta.

—¿Es que no solo tenías que acostarte con James? —susurró—. ¿También tenías que quemar mi almohada?

—¡Jess, por favor!

Su amiga se carcajeó al instante.

—¡Por Dios! Es que te odian de verdad, ¿eh? James está enloquecido, piensa que me he creído todo el cuento. Como si él fuera a seguir con vida si eso hubiera pasado —añadió, mirando a Zack, que sacudía los restos quemados de almohada por la ventana.

—Ya cállate, al menos no se activó el detector de incendios.

—Oh, sí, eso hubiera sido peor. No solo serías «Zoey, la roba novios», sino que serías «Zoey, la pirómana».

—¡Que te calles, te dije!

Jessica respondió a su griterío con un ataque de risa otra vez. Zack cerró la ventana y las miró a ambas con el ceño fruncido.

—Esto no es tema de risa. Esto significa que cuando Zoey está enojada no puede controlar sus poderes.

—Los poderes del dije —corrigió ella, entre dientes.

—Exacto. Hay que trabajar en eso, parece que todos los cortes que le has hecho a Jess no sirven de nada.

Jessica se irguió de pronto.

—¡Oye! Que me ha dolido. Y, además, ella lo lleva muy bien.

—Pero se ve que no es suficiente. Esta no es la primera vez que quema cosas.

Zoey frunció el ceño y se abrazó a su propia almohada, sana.

—Lo que me preocupa ahora es cómo voy a dormir. Zoey ya está

tranquila, Zack. No la vuelvas loca tampoco. Afuera la gente está parloteando como enferma. —Jess estiró su cama y se recostó. Ella parecía estar de buen humor para todo ese tema.

—¡Encima! —bufó Zoey—. ¿A quién debería golpear? ¿A Sara o a Lucas?

—A Lucas —contestó Zack al instante.

—A ninguno, no es necesario —resumió su amiga con simpleza mientras negaba con su cabeza—. Se olvidarán de todo esto. Tenemos cosas más importantes que hacer que golpear gente. A menos que esa gente intente matarte, claro.

—¿No es de lo que estaba hablando mientras tú te reías como una ardilla con asma? —preguntó él y Jessica arqueó las cejas en su dirección.

—¿Hoy estás más susceptible que de costumbre, conejo sin pene?

«Oh, genial», pensó Zoey mientras se hundía más en su cama. Cuando ellos empezaban a darse con insultos malogrados, le daban ganas de ahogarlos en un pozo.

—¿Disculpa? ¿Te estás metiendo con mi máquina sexual? —replicó él, con voz aguda.

—No empiecen. —Zoey le lanzó la almohada a Jessica en la cara, antes de que pudiera responder—. Duerme con la mía. —Entonces, miró a Zack y él cerró la boca, frustrado por no poder continuar con la pelea—. De verdad, estoy cansada. Podemos solucionarlo mañana, al menos la parte del fuego.

Jess colocó la almohada sana en su cama y se acostó con prisa. En ese momento Zack empujó a Zoey y se hizo un lugar junto a ella. Él sería la almohada ese día, por lo que ella se acurrucó contra su pecho y apretó la mejilla contra su piel. No quería hablar más del tema por ese día y Zackary lo respetó. Si bien tardó años en quedarse dormida, no la molestó más en las horas que quedaban.

Después del último examen de la semana, Jessica se sentó frente al escritorio, dispuesta a seguir con la traducción, mientras hablaba al mismo tiempo sobre la importancia de aprender a controlar el fuego.

Zackary la ignoró buena parte del día porque consideraba que él era el maestro y que todo eso ya lo habían hablado. Él estaba convencido de que, con algunas simples palabras en latín alusivas al fuego, podrían crear un pequeño incendio en un ambiente controlado. Sin embargo, Zoey no creía que su habitación fuera el sitio ideal.

—Vamos, puedes hacerlo.

—No voy a prender fuego todo el colegio —insistió ella.

—Yo lo apagaré enseguida —prometió él.

Zoey no quería fiarse de eso, pero Zack había controlado su explosión del otro día.

—Bien. —Esperó a que Zack le indicara las palabras y las repitió varias veces, sin obtener resultados—. ¿Y ahora? Parece que no es el hechizo adecuado.

Él frunció el ceño.

—Créeme que nunca quise prender fuego a nadie, no conozco hechizos de este tipo.

—*Hey*, oigan —llamó Jessica, alzando el libro—. ¿Y esto? —Ambos giraron la cabeza hacia la muchacha y ella comenzó a balbucear lo que creía que era latín.

—¿*Aquam creare*? —repitió Zack, arqueando una ceja.

—Calculo que sí. Ni idea de qué dice.

—Crear agua, hacer agua. Sería lo contrario a lo que intentamos hacer, pero ¿por qué crees que es un hechizo?

—Ah, porque aquí el tipo dice que el primer hechizo que hizo en su vida y que casi le costó tres dedos —dijo la chica, con elocuencia.

Ante eso, los chicos se levantaron de un golpe, corrieron hasta Jessica y le apartaron el libro y la hoja traducida de las manos. Jess había avanzado mucho y no solo había logrado traducir un hechizo, sino que había llegado a la parte en donde el mismo escritor del libro contaba que había sido elegido como portador.

—Dios, ahora esto sí que se está volviendo una mina de oro —balbuceo Zack—. Ya no esperábamos que pasara algo así.

—¿Cuánto tiempo habrá pasado desde que murió la otra portadora hasta que él fue seleccionado?

Jessica se encogió de hombros.

—No mucho, el dije tiene que estar en un cuerpo, ¿no? —consultó.

Zack asintió, pensativo, y recorrió el libro con la mirada. Miró la página varias veces y volvió a tomar la hoja de Jess.

—¿Es el único hechizo que has encontrado hasta ahora?

La chica asintió mientras Zoey intentaba tomar la hoja también.

—¿Crees que pueda haber más? ¿Algo que me sirva para practicar? —preguntó, pensando que ese hechizo era más inofensivo que el del fuego—. Debería probar el del agua. Al menos ya sé que si prendo fuego algo sin querer, podría apagarlo.

Zackary movió la cabeza, concentrado en el libro. De pronto, lo dejó caer sobre el escritorio.

—Aquí, traduce esto —pidió, exasperado de la nada. Las chicas lo miraron entre curiosas y sorprendidas por su actitud, pero Jessica obedeció enseguida. Tanto Zoey como Zack esperaron a que ella terminara el párrafo señalado y, cuando se los enseñó, él sonrió anchamente—. Zoey, ¿recuerdas que en el templo había una letra que yo creía que era latín pero que no estaba en el abecedario?

—Sí. —Claro que se acordaba. Una letra que parecía una P. Nunca habían encontrado respuesta a eso. Él ensanchó la sonrisa y le mostró el libro, donde clavaba el dedo sobre una misteriosa letra curvada hacia abajo.

—Qué curioso que esté aquí, ¿no?

—¿Hasta qué punto es curioso? —Zoey se mordió el labio inferior.

—Hasta el punto en el que Jessica no pudo traducir bien la palabra.

Ante eso, Jessica hizo una mueca.

—Oye, ahí dice: «Elixm animae».

—Eso no existe —rio Zack y Jess frunció el ceño—. La traducción sería*: Exilium animae*.

—¿Exilio del anima? —intentó Zoey, la palabra no era tan difícil después de todo—. ¿Qué clase de hechizo es ese?

Zack borró la sonrisa y bajó el papel.

—Me atrevo a pensar que uno muy difícil y peligroso. Uno que no deberías intentar hasta que sepamos qué hace y por qué está compuesto por esta extraña letra. Pienso también que la conozco gracias a mi abuelo y a que él me la enseñó por algún motivo.

—Un motivo que tiene que ver con la logia —dijo ella, cruzando miradas con Jessica.

—O tal vez más viejo que eso incluso. —Zackary alejó el libro y se lo devolvió a la niña encargada de la traducción—. Lo que quiere decir es que aún sabemos poco y nada del tema.

—El dije tiene miles de años a su favor, nosotros solo diecisiete.

—Es decir que hay miles de años de historia de los que no tenemos ni la más puta idea —agregó Jessica—. ¿Cómo resolver algo así? Tal vez ni los de la logia tenían idea de la mitad de las cosas.

—A mí siempre me parecieron unos fanáticos, unos locos.

—Fanáticos que practicaban magia a cuenta de los portadores. Así habrán perdido a varios —dijo él con un suspiro. Y miró a Zo con una expresión preocupada—. Tienes razón, quizá practicar este hechizo de agua sea buena idea.

Recordando las palabras en su mente, Zoey marchó al baño. Se paró delante de la pileta y cerró los ojos. Cuando estuvo a punto de decir lo que tenía que decir, se le enredó la lengua.

—*Aquam creare* —le recordó Zack, desde la puerta, con una sonrisa. Por detrás de su hombro podía ver los ojos marrones de Jessica abiertos de par en par, emocionada por ser testigo de más magia.

—Gracias —le respondió Zoey y volvió a mirar la pileta del baño. Si todo salía bien, la losa debía llenarse—. *Aquam creare.*

Las cosas no salieron del todo bien. El agua no solo apareció del golpe en la pileta hasta desbordarla, sino que todas las canillas del baño se abrieron de golpe. Zoey ahogó un chillido y, cuando el agua se detuvo, se vio en el espejo totalmente empapada. ¿El agua había volado en todas direcciones o qué? Se giró hacia la puerta y encontró a Zackary con las manos en alto, mostrando que había detenido la magia acuática.

Dura como una estatua, apretó los dientes.

—Esto no salió tan bien como esperábamos.

—Menos mal que no era fuego —replicó Jessica mientras se alejaba del baño.

Antes de que llegara el sábado, Zoey inundó la habitación tres veces más. En reiteradas ocasiones se preguntó por qué diantres no existía un hechizo para hacer desaparecer el agua. Con la magia de Zack podían limpiar el piso sin problemas, pero ya no quería imaginarse qué sería de ella empapada cada dos por tres en esa versión diminuta de *Mundo Marino*[32].

Tanto ella como Jess pensaban igual: Zoey debería al menos practicarlo una vez más antes de que su padre fuera por ella para pasar el fin de semana en la casa. Jessica también se marcharía a la suya y había quedado en llevarse el cuaderno para seguir traduciendo hechizos útiles como, por ejemplo, uno que secara cosas.

Por suerte, Zack estaba resignado y apoyaba la idea de practicar con agua porque era menos dañina que el fuego. Así que el viernes a la noche él se metió en el baño con Zoey y Jessica esperó fuera, a salvo.

—¿Lista? —preguntó él.

—¿Tú lo estás? —inquirió ella. No quería estar tanto tiempo mojada. Estaba cansada de secarse y mojarse. Por eso, poca ropa tenía esa noche, solo unas prendas viejas y que le quedaban algo chicas,

para no arruinar ni el uniforme ni el pijama.

—Claro —sonrió Zack muy seguro de sí mismo, como siempre.

Zoey no respondió a la sonrisa, preparada para fallar otra vez.

—*Aquam creare.*

Una vez más, hubo agua por todas partes. Esta vez el chorro salió del *bidet*, con una fuerza impresionante. Golpeó el techó y goteó sobre sus cabezas.

—Ups —bromeó Zack, pero ella ya estaba harta, frustrada.

—¡Por favor! No puedo ser tan inútil. ¡Tan solo seca toda esta mierda! —chilló Zoey.

El agua desapareció del golpe y hasta su cabello se esponjó de vuelta al secarse.

—Gracias —susurró Zoey.

—Yo no hice nada, linda. —Zackary negó.

Ofuscada por sus pésimos intentos, lo encaró de mala gana. Que no le viniera con juegos con ese mal humor que tenía.

—Zack —se quejó.

—Te juro que no llegué a hacer nada. ¡Lo hiciste tú!

—No dije ningún hechizo.

—Pues está claro que no siempre necesitas hacer hechizos, ¿o sí? La magia está en ti, solo debes pujarla fuera.

«Vale, en eso puede tener razón».

Zoey dejó salir el aire que había acumulado tratando de calmarse y, durante un momento, lo pensó con seriedad. En verdad sí había hecho magia sin decir las palabras antes. Eran respuestas involuntarias y tal vez el secreto estaba en hacerlas voluntarias sin tener que buscar palabras en concreto.

—Pero esto es incontrolable, entonces —resumió.

—¿Te das cuenta de que está ligado a tus sentimientos? —Zack cruzó el baño para alcanzarla—. Incluso cuando creíste que Jessica estaba muerta, y no estabas fusionada con él, la tormenta paró porque lo pediste.

—Quizá no tengo que estar enojada —siguió ella—, quizá tengo que entenderme con él bien, otra vez, como ahora. Aunque no sé por qué decide hacerme caso en algunos momentos y en otros no. ¿Será porque me impongo o algo? Eso suele no gustarle.

Zack le pasó las manos por el cabello.

—Exacto, esponjosa, pero cada vez estamos más cerca —se rio, la abrazó y le acariciando los rizos, que ahora estaban como melena de

león fanático de los años ochenta.

Zoey se abrazó a él de igual forma y suspiró. Necesitaba sacarse el estrés y pensar en el inmenso campo que le daría paz los próximos dos días. Ignorar a su madre y mirar a Mateo tal vez ayudaría en eso; así que, al día siguiente, se subió al auto de su papá de buen humor y charló con él sobre los exámenes que había aprobado. Resultaba que, hasta ese momento, incluso en los exámenes más difíciles le había ido bien. En algunos había aprobado raspando, pero era un aprobado al fin.

Se relajó en el asiento y, cuando llegó a la casa, saludó a su madre y se ofreció a cargar a Mateo para hacerlo dormir. Eso no era tan malo después de todo. Estuvo tranquila la mayor parte del día hasta que su mamá le contó que irían a cenar a lo de su tía. Eso sí que era malo.

—¿En serio? ¿Vengo a casa y tengo que ir allí?

—Son tus tíos y primas. —La señora Scott puso mala cara.

—¿No puedo quedarme aquí? Extraño mis cosas —replicó.

Francisco Scott miró a su mujer y luego volvió a clavar sus ojos en Zoey.

—Creo que Zoey está mayor como para quedarse sola por unas horas. ¿No lo crees tú, querida? Además, tiene razón, pasa poco tiempo en casa. Puede cenar con sus tíos el resto del verano.

Agradecida con él, Zo sonrió anchamente. Su mamá no cambió su expresión, pero aceptó.

—De acuerdo, está bien. Tendrás que cocinarte algo —le aclaró—. Quizás haya algunas salchichas en el *freezer*.

Zoey estaba aliviada, tendría horas en paz en casa, sin soportar a la egocéntrica y molesta de su prima. ¡Y ni hablar de la pequeña mocosa roba conejos! En cuanto su madre se marchó a preparar a Mateo para la visita, ella se sentó junto a su papá y lo abrazó fuerte.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

—Mereces ser consentida un poco —respondió él—. Pasas todo el año en un internado y con un nuevo hermano me preocupa que no te sientas a gusto.

—Estoy bien. Mamá se vuelve loca la mayor parte del tiempo, pero estoy bien.

El hombre le palmeó la mano y la estrechó contra su costado.

—Has pasado por muchas cosas este año, hija.

En eso tenía razón, pero su padre no se imaginaba siquiera la cantidad de peligros que había vivido en todos esos meses. Desde la muerte de Zackary hasta ese momento fatal en donde ella se había convertido en una fusión rara entre su propia alma y un objeto con

vida propia con grandes poderes. Si le mencionara cuántas veces había estado a punto de morir, de seguro que le agarraría un ataque al corazón.

—Lo sé —le dijo, intentando sonreír—. Pero la vida sigue y hay que afrontar las cosas.

Durante un momento, él la miró a los ojos.

—Eres muy fuerte, Zoey. Ya no eres una pequeña.

—Tu tampoco eres tan joven, papá. Todos crecimos. —Zoey ensanchó la sonrisa, esta vez sintiéndola de verdad.

Eso arrancó una risa en su bonachón padre y ella se unió a él, feliz de tener un momento así. Durante todo ese año no había tenido la oportunidad de pasar un buen rato con él y no sabía si podría compartir algo igual de sincero con su mamá, aunque esperaba que sucediera de una manera u otra. Por cómo era ella, quizá tuviera que esperar sentada.

Zoey apoyó la cabeza en su hombro y suspiró. Otra cosa en lo que su papá tenía razón era en su crecimiento interno. Ya no era la misma niña asustadiza e insegura y eso lo había tenido que aprender a la fuerza. Pero todavía estaba viva y tenía mucho por lo que luchar.

---

[32] **Mundo Marino:** Parque acuático ubicado en Buenos Aires.

Capítulo 27

Cuando sus padres se marcharon, Zoey cerró todas las puertas. Estaba acostumbrada a hacerlo desde mucho antes de tener que preocuparse por asesinos. Cerrar las puertas era una costumbre para protegerse de ladrones.

Sonrió, satisfecha por haber convencido a sus padres, y se dio la vuelta para ver a Zack, que la observaba con una de sus expresiones usuales.

—¿Qué? —le preguntó.

—¿Cuántas horas tenemos solos? —inquirió él, cruzado de brazos.

Ella contó con los dedos, incapaz de ocultar la risa nerviosa que tenía pegada a la garganta.

—Creo que cuatro.

—Vaya, como un turno en un hotel —comentó él con naturalidad.

Ante eso, Zoey se mordió las mejillas por dentro. Nunca había visitado un hotel de tránsito, pero de pronto comenzaba a imaginarse cómo serían y se preguntaba si tendrían jacuzzis. En una película extranjera había visto que sí, pero no sabía si en su país eran similares.

—¿Zoey? —inquirió Zack, ladeando la cabeza—. ¿En qué piensas?

Ella balbuceó por un segundo. Luego se recompuso y trató de verse tan inocente como sus pensamientos reales.

—Bueno, mencionaste los hoteles y me preguntaba si tendrían jacuzzi en las habitaciones.

Zack se carcajeó al instante y acortó la distancia entre ellos, llevándola contra la puerta.

—Y dime, ¿lo piensas porque te gustaría hacerlo en uno de esos?

Ella se rio. Intentó escapar inútilmente de él. Jugar así, a huir,

hasta le parecía divertido, aunque no sabía bien por qué siempre tomaba ese papel. Nunca hacia huir ella a Zack —dudaba que eso pudiese ser posible en realidad—. Se preguntó si no debería ser más picarona y atrevida. Mientras lo meditaba y Zackary subía una mano desde su cuello hasta su mejilla, se convenció de que le gustaría probar ser la que atacaba.

—En realidad, pensaba en la espuma.

—A mí también me hace pensar en la espuma —susurró él, inclinándose hacia ella—. Especialmente en cómo te verías desnuda en ella.

⚜

Cuando se despertó unas horas después, todavía estaba desnuda. Zack tocaba su trasero con una paz increíble y su madre subía por las escaleras con un lloroso Mateo en sus brazos.

—Iré a ver si Zoey está despierta —dijo la señora Scott.

En ese momento la chica sintió el corazón trabándose en su garganta. Pataleó en vano, aterrada, para salir de la cama. Por fortuna, su padre intervino.

—Por favor, Helena, está dormida. Déjala en paz.

Con eso, los pasos se alejaron de su puerta y Zoey pudo relajarse sobre el pecho de Zackary.

—Bendigo a tu papá —murmuró él, volviendo a apropiarse de su trasero—. Aunque de seguro él querría darme un hachazo en la cabeza si supiera lo que hago contigo.

—Shh —lo cortó ella, acomodada una vez más a su lado. Tomó aire y lo dejó salir, aliviada—. Estaba durmiendo muy a gusto.

—Y yo estaba tocándote muy a gusto —murmuró Zack, riendo por lo bajo—. Puedes volver a dormir tranquila, Zo.

—No, ahora no podré hasta que ellos no se acuesten.

Zack negó con la cabeza y estiró la mano hacia la puerta. Con un cuidadoso *click,* la llave giró hasta trabar la cerradura.

—¿Qué te parece ahora?

Zoey sonrió y estiró la cabeza para besar su mejilla. Al menos así podría descansar un rato más. Pero, luego de unos cuantos minutos en silencio, se preguntó si no estaba perdiendo el tiempo. Se sentía cansada, pero casi nunca tenía la posibilidad de estar a solas con él en una misma habitación. Siempre estaban con Jessica.

De a poco, ella se irguió sobre sus codos. Él le devolvió una mirada tranquila.

—¿Ya no tienes sueño?

—Estaba pensando —contó, apoyando el mentón en su pectoral.

—Dime.

—En cómo serían nuestras vidas si nunca hubiéramos tocado el dije.

Zackary la miró, pestañeó dos veces y luego dirigió su mirada al techo. ¿Era eso algo que él había pensado alguna vez? Zoey apostaba que sí, que él se lo había preguntado miles de veces después de su muerte. Quizás hubiera imaginado una vida en la que de seguro ella no estaría.

—Bueno, para empezar, creo que no te conocería —admitió él.

Zoey sintió el peso de sus palabras en lo profundo de su corazón. Siempre lo había pensado, pero oírlo era más difícil que susurrárselo para sí misma.

—Oh, ya veo.

Con una triste sonrisa, él acarició su mejilla.

—Viviría en Capital Federal, mi familia tiene propiedades allí. Estoy seguro de que vivimos en el interior de la provincia por este colegio, por el dije. Sin el dije en mi vida, yo no tendría por qué estar aquí.

—Yo estaría aquí de todas formas —comentó ella, solo por decir algo.

La sonrisa de Zack se ensanchó.

—Y es probable que le hubieses prestado atención a un tipo como Davenson —rio, pero lo hizo entre dientes como si eso no le hiciera gracia alguna. No le salió bien fingir desinterés.

—¿Y tú qué? ¿Eh? ¿Cómo sería tu novia?

—Seguramente rubia, con muchos rizos y un trasero espectacular —sonrió él, convencido.

—No sería yo, de todas formas —retrucó ella.

—Oh, sí, ese sería el problema. —Zack la apretó contra su pecho y le besó la frente—. Pero no conocerte significaría cosas que aún creo que valen la pena.

Ante esa última frase, Zoey sintió su corazón retorcerse otra vez, pero sabía a qué se refería. Él estaría vivo y ella a salvo. Sin embargo, la afirmación le dolía.

—Lo sé, lo entiendo —dijo al ver su rostro angustiado—. Ese es el punto de pensar cómo serían nuestras vidas.

—Me gustaría pensar en una versión en la que fuéramos al mismo colegio y fuéramos novios igual.

—Pero lo lógico sería pensar en lo otro —refutó Zoey.

—Y lo otro nos angustia —repuso él—. ¿No es mejor imaginar esa versión? Te alejaría de Davenson, te llevaría al cine, pasaríamos veranos juntos.

A pesar de todo lo que habían dicho, pensar en la posibilidad le gustaba.

—Eso sería genial.

—Y no tendríamos que depender de Jessica para conseguir una cita de verdad —añadió Zack.

—Tal vez podríamos incluso ir a un centro comercial.

—A un McDonald's —rio él, entusiasmado con la idea—. Hace años que no como una hamburguesa, un *Cuarto del libra con queso.*

—¿Años? —Zoey arqueó las cejas—. Apuesto que fuiste el verano pasado.

—Oh, sí, fui. Pero parece que pasaron años. Así me siento. Intento aferrarme a los recuerdos de las sensaciones que tuve en vida. —Él bajó un poco más el tono de voz—. Pero no ha sido tan fácil. Ahora estoy más acostumbrado a no necesitar dormir o comer. Agradezco poder sentirte a ti, por ejemplo, pero extraño otra clase de sensaciones, como el dolor. Es raro poder sentir placer y no dolor.

Ella giró la cabeza, confundida.

—¿Y no es mejor así? No sentir dolor debe ser increíble. No es que no sientes nada, directamente.

—Pero comparado con lo que sentía al estar vivo, esto es solo una mínima parte. Imagina que de pronto no puedes sentir el latido de tu corazón, no lo oyes. O no puedes recordar cómo se siente el respirar aire fresco, o incluso un olor feo. Nunca tengo la necesidad de arrugar la nariz.

—Pero tienes olfato —replicó Zoey, dándose cuenta de lo poco que habían hablado sobre el asunto.

Él sonrió y negó.

—Para nada.

Ella se quedó con la boca abierta, el horror se hacía presente en la boca de su estómago. Había supuesto muchas cosas, pero estaba siempre tan centrada en mantenerse con vida y conseguir amarlo de verdad que había pasado por encima de lo que él sentía y percibía.

—Yo pensé que…Oh, Zack, ¿por qué nunca hablamos de esto antes?

Él se encogió de hombros y apartó la mirada.

—¿Qué más da, Zo? Hablar de esto es solo recalcar que estoy

muerto y eso ya lo sé de sobra. Además, recordar mi vida también me hace recordar lo dura que fue mi muerte. Cuando intento aferrarme a esas emociones, me esfuerzo por separar lo último que sentí. Y lo último que sentí fue cómo mis huesos se astillaban y cómo la carne se desgarraba. Más allá del dolor insoportable, pude sentir cómo me destrozaba. No sé en qué momento morí en realidad, pero me acuerdo del frío del sótano en mi cara. Sentí muchas cosas, hasta que llegó un punto en el que no sentí más nada, todo fue… todo fue desesperante. Rogué que alguien me ayudara, pero no pasó; en el fondo sabía que nadie podía hacer nada por mí en esas circunstancias.

Zoey se encogió, cerró los ojos y apartó las imágenes del cadáver de su mente. No podía ni quería imaginarse lo que él había sufrido; el recuerdo todavía le daba escalofríos. Ella misma sabía lo que se sentía estar a punto de morir, pero una puñalada en el estómago no se comparaba con ser destrozado. Eran niveles completamente distintos.

—Lo siento —murmuró él, al ver sus gestos.

—Y yo lo siento más por ti —balbuceó ella, estirando la mano para aferrar la de Zack—. Me duele pensar en cuánto habrás sufrido por la ambición de alguien más. Y en cuánto he olvidado yo darte esta clase de apoyo. Siempre nos centramos en mí, solo porque mi corazón todavía late. Pero tú has sufrido muchísimo y no le hemos prestado la atención que merece.

Zack la atrajo a su pecho otra vez y la apretó con fuerza.

—Sabes —dijo sin contradecirla—, a pesar de todo, a pesar de que no siento temperaturas, cuando estoy así contigo creo que siento el calor de tu cuerpo. Y creo que el placer que siento contigo también viene de la mano de eso.

—¿Por qué? —susurró ella, levantando la mirada.

—Porque creo que es más bien mi mente predominando sobre mi cuerpo. Quizás en realidad no siento placer, quizá no siento nada. Quizá siento lo que tú sientes o imagino que siento lo mismo. No lo sé, tal vez mi deseo de sentir algo contigo es tan grande que puedo percibirlo físicamente.

—Eso es muy complicado.

—Pero tiene sentido. Al menos para mí.

Se quedaron en silencio, en un momento íntimo que no tenía que ver con el sexo, sino con compartir algo mucho más profundo. Zoey estaba llena de problemas y conflictos, pero él, aun muerto, tenía muchas cosas con las que lidiar. Eso no había sido nada fácil para él, y la culpa de no haberlo escuchado antes resurgió en su pecho como hacía algunos momentos. Realmente habían dejado los sentimientos de Zack a un lado solo porque él no estaba vivo. No era justo.

—Lo siento —repitió ella.

Zack le respondió con un beso en la frente y una caricia en la nuca, acción que repitió incesantemente hasta que ella sucumbió a sus cariños y se durmió en la oscuridad de su cuarto.

La tarde del domingo Zoey caminó por el campo cercano a su casa, seguida por un conejo de peluche un poco perturbador. El camino de tierra ensuciaba sus patas blancas y él se quejaba en voz baja.

—¿Crees que debería practicar aquí lo del agua? —preguntó ella, mirando a su alrededor. Los pastos amarillos los escondían de la vista de los alejados vecinos.

—Podría ser —refunfuñó él, trepando por una valla de madera—. No hay agua potable aquí, así que la única que puede reaccionar es la que tú crees.

—Crear agua —repitió Zoey—. Si alguien del gobierno lo supiera, me secuestrarían. ¿Has visto alguna vez esos documentales que hablan sobre la dominación del agua dulce y las perspectivas a futuro? La ciencia no ha podido resolver el temita del agua.

—Yo los asesinaría si lo intentaran —contestó Zack a su vez, como si nada, sin responder a su última pregunta.

—No me queda duda. Pero ¿y bien? —Ella se detuvo y miró al conejo a la espera de alguna orden o recomendación—. ¿Qué crees? ¿Uso el hechizo como corresponde o lo pido con mi mente? —sonrió ante lo chistoso que sonaba eso.

Zack se cruzó de patas.

—Hazlo con tu mente. Si puedes hacerlo aquí, tranquila, creo que podríamos seguir tratando de controlar el fuego. Nada de explotar cosas sin querer en el laboratorio.

Zoey asintió y cerró los ojos. Ahora tenía que pensar. Sin el hechizo no sabía cómo hacer magia. ¿Tenía que hablar con el dije? ¿Pedírselo? Muchas veces cuando hablaba con él, a pesar de no obtener una respuesta, sentía que la escuchaba.

—De acuerdo —susurró ella—. Quiero agua en mis manos, ¿podrías ayudarme? No creo poder hacerlo sola.

Esperó con las manos extendidas, pero cuando abrió los ojos las vio bien secas.

—Creo que no lo estás deseando de verdad —comentó Zack—. Solo estás esperando que el dije lo haga por ti.

—¿Y entonces? —Ella bajó las manos, algo ofuscada, pero sin ira

real—. ¿Los dos juntos sería la cosa?

—Supongo —aclaró el conejo.

Zoey extendió las manos y volvió a cerrar los ojos.

«Agua, quiero agua», pensó, repitiéndolo en su mente una y otra vez. *«Podemos hacerlo juntos; si estamos juntos en esto, podré cuidarme».*

Por un momento, se sintió una vil manipuladora. Usaba palabras que creía que podían conmover al dije, pero luego, después de recordar todo lo que ella había vivido y que era él quien que estaba en su cuerpo, se le quitó la culpa.

—Agua —insistió. Sus manos rebozaron del elemento, como si fueran las fuentes propulsoras. La tierra se humedeció debajo de ella y la emoción la hizo chillar.

Zack se paró en la valla y estiró las orejas justo cuando Zoey se giraba y saltaba a causa de la emoción.

—¡Genial! —le dijo él—. Ni yo tengo esa clase de poder.

—Oh, por favor. —Lo había visto hacer toda clase de cosas, crear agua era estúpido comparado con eso.

—Es en serio. —El conejo se subió a su hombro—. Crear elementos puros y naturales como lo son el agua, el fuego o el viento es algo que yo no puedo hacer. Son poderes netamente… ¿Cómo lo diría? ¿Elementales? Sí, está bien, lo dije como un idiota —agregó, al ver las cejas arqueadas de la chica—. Me refiero a que no son fáciles. Yo tengo poderes geniales porque volví de la vida, pero ni siquiera me acerco a eso. Obviamente, un hechicero mortal común tampoco podría. Ni siquiera Jude. Son poderes muy materiales, muy físicos y orgánicos. Manipularlos sería una cosa, pero crearlos… —añadió, apoyando una pata en su cabeza, como si se rascara el cabello—. Si manejas los elementos básicos, puedes hacer millones de cosas más a partir de ellos. El mundo está formado por elementos. Como dijiste antes, crear agua es imposible para la ciencia. ¡Tú puedes crear agua! Date cuenta del poder que tiene el dije: al crear agua, creas vida.

—¿Vida? ¿En serio? ¿Cómo funcionaría eso, exactamente?

—Pues no conozco las profundidades de la magia del dije, pero ya es sabido que la vida comenzó en el agua y el agua es necesaria para cualquier acción biológica. Tienes en tus manos una fuente de vida.

—Pero también puedo destruirla con fuego.

—El dije es más que solo un simple objeto poderoso, el dije es capaz de crear y de destruir en el mismo nivel —replicó él.

Se quedaron callados sin dejar de observar el agua que manaba de las manos de Zoey, de forma lenta, pero continua. Ella también entendía a qué se refería Zack: el poder del collar no parecía tener

límites si se pensaba de esa manera y, claramente, era por eso que siempre lo buscaban. ¿Cuántos lo querrían para destruir y cuántos para crear?

Capítulo 28

—Zoey, ¿en verdad no quieres venir al centro comercial? —preguntó su padre con las cejas arqueadas.

Su madre mecía a un inquieto Mateo, consternada.

—Me duele un poco la cabeza —mintió ella.

—Pensé que podíamos pasar juntos una tarde —dijo Helena—. Queríamos cenar en el McDonald's antes de llevarte al colegio.

Zoey hizo una mueca de inseguridad, tentada de ir. Había planeado quedarse sola en la casa para practicar en la chimenea con el fuego. Miró a sus padres y luego suspiró. Por más que moría por estar en un McDonald's, aprender era más importante.

—Quizá podamos ir el próximo fin de semana.

—¿Segura? Lo decidimos especialmente por ti.

—Lo sé —replicó ella con cierta culpa—, pero realmente no voy a disfrutarlo si solo tengo deseos de acostarme.

Su madre asintió, resignada, y, al pasar junto a ella, le puso una mano en la frente.

—Creo que tienes un poco de fiebre. Lo mejor sería que nos quedáramos también.

—¡No! —exclamó Zoey, de pronto, apartando la mano con cuidado —. No tengo fiebre, me siento mal, pero tampoco para tanto. Vayan tranquilos, yo me recostaré hasta que vuelvan.

De alguna forma, convenció a los adultos y se relajó cuando cerraron la puerta del auto y se marcharon por la calle de tierra. Entonces, Zack se asomó por la escalera.

—Oye, rechazaste una hamburguesa.

—Lo sé, no me lo eches en cara —replicó ella, molesta. Moría por ir y hubiese deseado acceder al pedido de sus padres, pero tenía sus

prioridades en claro—. Necesitamos la chimenea para practicar, ¿o no?

El conejo ladeó la cabeza, con las orejas bajas, igual de decepcionado que ella.

—Tienes razón, ¡comencemos! —Saltó al sillón de la casa y señaló la chimenea con una pata—. Haz lo tuyo, niña.

Zoey no se rio de su tono exagerado. Se colocó delante de la estufa y dudó sobre lo que iba a hacer, temía no poder controlar el poder

Cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que el hechizo funcionara, pero estaba aterrada porque podría prender fuego la casa, el campo o el pueblo completo.

Era muy fácil dejar volar la imaginación en ese momento; más que desear su magia, Zoey enumeraba todas las posibilidades. Sabía que nadie iba a creerle que había estado durmiendo si, al llegar sus padres, descubrían el sillón chamuscado.

Suspiró y abrió los ojos. La chimenea estaba oscura y todavía apagada.

—¿Cómo diantres lo hice antes? —se preguntó.

Zackary tomó forma humana y se levantó del sillón.

—Te diré lo que veo —avisó mientras se acercaba a ella—. Cuando realmente lo logras, te envuelve la paz. Estás tranquila. Cuando no, estás como loca, no estás relajada. No es el mismo estado mental.

Zoey refunfuñó, frustrada otra vez. Luego, se recordó que Zack tenía razón, el estrés no servía de nada.

—¿Te refieres a cómo actúo cuando logro hacer magia y cuando no?

Él sonrió. Se cruzó de brazos y la observó con diversión; ella le devolvió la mirada mientras intentaba comprender qué era lo que quería decir.

—Tienes que canalizar tu frustración, tu miedo. Recién temblabas. Miénteme y dime que no pensabas en que podrías prender fuego toda la casa.

Zoey chistó y se mordió el labio inferior.

—Sí, estaba pensando eso mismo.

—Hazlo como cuando estábamos en el campo.

Ella le respondió con una mueca nerviosa, porque no sabía cómo convocar esa seriedad otra vez. Bufó en voz baja y Zack se rio.

—Vamos, mira la chimenea —murmuró él.

Se puso detrás y la rodeó con los brazos. Zoey se quedó quieta, tratando de adivinar qué era lo que él pretendía. Si conocía a Zack tan

bien como ella creía, de seguro pretendía tocarla. Sin embargo, él apoyó la cabeza contra la de ella, sien con sien, y le masajeó una de las manos con el dedo índice.

—Piensa en lo que quieres, retenlo en tu mente. Idealízalo. Tienes que creer que esto es lo que tú y él quieren. ¿No se trata de eso? Juntos. Están juntos y lo tienen que hacer funcionar.

Ella asintió. Se relajó con su caricia y cerró los ojos. Imaginó la chimenea en su mente, visualizó que se encendía de pronto y llameaba con fuerza. Eso era lo que ella quería y el dije lo querría también. Se repitió a sí misma que el fuego les pertenecía, que debía doblegarse ante ellos. Eso no tenía que ser difícil de entender.

La habitación se iluminó de pronto y una pequeña explosión de calor le rozó la cara. Al despegar los parpados, pudo ver el fuego chispeando en la estufa a gas, que hacía tiempo había reemplazado la leña original de la vieja casa.

—¿Lo ves?

Zoey apenas giró la cabeza hacia él.

—Siento que no siempre funciona de la misma manera.

—¿No será que aún falta que hables más con él? Esto también es prueba y error, hasta que seas capaz de entender cómo funciona. Lo harás bien al final, solo no tengas miedo.

Con la mirada posada en el fuego, a Zoey se le ocurrió que podía intentar apagarlo con esa misma determinación. Tomó aire y apretó la mano de Zack.

—Puedo hacerlo —dijo en voz alta. Imaginó el fuego apagado y se repitió en su mente que el poder debía obedecerla. En unos segundos más, las llamas se extinguieron y ella dibujó una ancha sonrisa. Observó a Zackary, radiante, y él le devolvió el gesto.

—¿Otra vez?

—¡Sí! —exclamó ella. Volvió a mirar la chimenea; esta vez, tardó mucho menos en encenderla y la apagó también más rápido.

—¡Y ahora quién te para! —exclamó él. La abrazó con fuerza y le plantó[33] un sonoro beso en la mejilla.

Zoey metía cosas que quería llevar al colegio en la mochila azul cuando el timbre de su celular la asustó. Agarró el teléfono y contestó con un risueño: «Hola».

—¡Dios! —exclamó Jessica del otro lado de la línea—. No tienes idea de la cantidad de cosas que tienes que ver. En primer lugar, lo

que traduje te sentará de culo y cuando puedas levantarte, la información que encontré con *Google* te sentará de culo otra vez.

—*Wow*, Jess, cálmate —terció Zoey, mientras Zack señalaba la ventana de la casa. Un ruido a motor y a llantas en tierra le anunció que sus padres acababan de llegar del lejano centro comercial—. ¿Quieres explicarme?

—Te lo diré en pocas palabras. En cuanto llegues al colegio te lo mostraré. Traduje ciertas frases que dan mucho que pensar y que en *Google* me dieron resultados más o menos exactos. Y digo exactos porque he encontrado cada cosa…

—¡*Hey*! ¿Qué cosas encontraste?

—Dime si te suena esto: *«La persecución religiosa acabó con el legado, eso quedó claro desde hace miles de años, pero la idea de continuar con la encarecida tarea de nuestros antepasados nos llena de gracia a todos. Desde que soy portador, puedo decir que me siento más comprometido con la causa. Pero a pesar de que nuestros documentos poseen datos importantes, aún no somos capaces de descubrir exactamente dónde se ha resguardado el Santo Grial. La orden templaría se aseguró de que nadie pudiera hallarlo, ni siquiera nosotros, tan fieles a su causa.»*

Zack la miró, con las cejas arqueadas, esperando que ella dijera algo, pero Zoey solo pudo balbucear.

—¿Santo Grial? ¿Otra vez? En serio te lo tomas a pecho —dijo al recordar la breve conversación sobre ese tema que ambas habían tenido días atrás.

—Sí, muy en serio. Se supone que los templarios ocultaron eso en la Patagonia. ¿Qué me dices, eh? —Jessica estaba de buen humor, como si hubiera resuelto un enigma milenario.

—¿Cómo? ¿Patagonia? Jessica, ¿«la Patagonia»? ¿Estás segura?

—¿Bromeas? ¿Cómo se me ocurriría inventar algo así? No soy tan creativa. ¡Te lo digo! Puse «Santo Grial» más «Templarios» en *Google* y aparece una sarta de cosas que parecen no tener nada que ver con nada. Desde Hitler hasta Juan Domingo Perón. No sé, pero válgame que, si aquí lo dice, pues tal vez el dije tiene algo que ver con el Santo Grial, después de todo.

Desviando la mirada del rostro impaciente de Zack, Zoey bajó la voz. Sus padres acababan de abrir la puerta principal y escuchaba los quejidos de Mateo mientras Helena subía las escaleras.

—Okey, de acuerdo. Hablaremos de esto en cuanto llegue al colegio, saldré en un rato. Mis padres están aquí y no quiero que oigan.

Jess bufó y se despidió. Apenas colgó, Zack se transformó en conejo

justo cuando la madre de Zoey abría la puerta del cuarto.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien, dormí un buen rato —mintió mientras se dirigía a la cama para cerrar la mochila—. Estoy lista para ir al colegio.

Su madre asintió, un poco seria, y volvió a cerrar la puerta.

—Vaya, el Santo Grial —murmuró Zack—. Ya sabemos que los templarios tenían algo que ver y que para la logia parecían ser un culto. Pero, ¿incluso ellos buscaban el Santo Grial?

—Jessica dice que en *Google* sale que lo escondieron en la Patagonia.

Las orejas de conejo de peluche se irguieron.

—No creo que sea una simple coincidencia, ¿no? Tenemos templos en nuestro colegio, iglesia y pueblo. Resulta que ahora los templarios además escondieron el mismísimo Santo Grial en nuestro país.

—¿Y cómo se relaciona eso con el dije?

—Más que nada, deberíamos pensar si, en efecto, fueron los templarios quienes tuvieron el dije antes que la logia. Quizás ellos pensaban que era una reliquia religiosa al igual que el Santo Grial e intentaron esconderlo —siguió él.

Zoey se mordió el labio inferior.

—No sé mucho sobre eso. Estamos hablando del grial de la última cena de Jesús, ¿no es cierto? ¿Entonces el dije podría ser un objeto religioso?

—Quizá no lo sea, pero de todas formas intentaron ocultarlo. Por algo el Santo Grial también está escondido, se le atribuyen poderes. Lo que yo no sabía —dijo él, poniéndose de pie en la cama—, es que los templarios pudieron haberlo traído al país. Definitivamente tenemos que buscarlo en *Google*.

—Jessica nos espera para mostrarnos lo que encontró.

Se miraron, asintieron y él se metió solito dentro de la mochila azul. Desesperada por saber más y llegar pronto a destino, Zoey bajó las escaleras y se plantó delante de la cocina.

—¡Ya estoy lista!

Su padre se levantó de la mesa y le tendió un paquete marrón y rojo.

—Te traje esto para que comas en el camino. Todavía está tibio.

Zoey tomó el paquete llena de alegría al ver que tenía *nuggets* de

pollo con papas del McDonald's.

Después de abrazarlo y de agradecer el gesto, se montó en el auto. Comió durante el camino, tranquila. También deslizó algunas papas al interior de la mochila azul —aunque no sabía si el conejo podía morder eso o si tendría que esperar a ser humano para probarlas—. Ese gesto tierno de sus padres le había alegrado lo que quedaba del día. Terminó su comida antes de la mitad del viaje y se encontró muerta de sed. Lamentaba no haber tomado una botella con agua de la heladera antes de salir. Tendría que pasar por el comedor apenas llegara al colegio.

Cuando el señor Scott estacionó, Zoey se bajó y le pidió que fuera por ella el próximo fin de semana para ir juntos al centro comercial. Con una sonrisa, su padre le prometió que lo haría, encantado de ver que la actitud de su hija mejoraba.

—*Hey*, Zo. ¿Cómo la has pasado? —preguntó James, algo decaído, al verla en el comedor.

Desde que Sara había expandido el rumor sobre ellos, el chico parecía tener miedo de acercársele, incluso después de que Jessica lo dejara tranquilo sobre el tema.

—Todo estuvo bien, ¿y tú? ¿Te aburriste el fin de semana sin nosotras? —Zoey sonrió mientras destapaba una botella de jugo de naranja.

James hizo una mueca incómoda.

—Fue un infierno. ¿Sabes? Davenson sí creyó el rumor y ahora se niega a prestarme sus apuntes. Cree que soy el peor amigo del mundo.

—Creí que a Davenson le quedaba claro que no me interesaba.

—Pues sí, pero ahora cree que es mi culpa y que tengo dos chicas.

—Qué estúpido es eso —afirmó Zoey.

James arqueó las cejas.

—¿Crees que no podría tener dos chicas? —dijo él, fingidamente ofendido.

Ella lo miró como si lo inspeccionara.

—Intenta decírselo a Jess. Creo que te castraría antes de que pudieras tener dos chicas en tu haber.

James abrió la boca y jadeó, llevándose una mano a la entrepierna.

—Olvídalo. Bien que ni quería —bromeó después.

Zoey se rio y juntos subieron las escaleras.

—Además —siguió ella—, esto no es tan malo para ti, ¿o no? Los rumores podrían engrandecerte con otras chicas. Digo, dirán que tienes grandes poderes para poner a dos amigas a tus pies. Para mí en

cambio, nada va bien. ¡Deben creer que soy una zorra! Y esa es la injusticia de ser la mujer en esta ecuación —añadió, con un suspiro.

James chistó.

—No digas estupideces. Nadie cree eso.

—Pero lo creerán si Sara sigue en mi contra. ¡Justo yo, que nunca he tenido novio!

—Tienes que entenderlo —susurró James, de pronto olvidando lo que había dicho sobre que nadie creía en el rumor—. Siempre has estado escondida detrás de Jessica y de pronto, en pocos meses has pasado de bajar la cabeza y encogerte a usar tacones y vestidos sensuales. A algunas personas no debió agradarles.

Zoey arqueó las cejas y lo miró, incrédula.

—¿Qué?

—Que has cambiado. O al menos has dejado ver cómo eres en realidad. —James le sonrió y ella tuvo que cerrar la boca—. Y creo que eres una chica inteligente a la que no le importa lo que digan de ella, la verdad.

Sí, Zoey había cambiado, pero no por el motivo que él creía. La situación le había hecho levantar la cabeza en vez de esconderse. Tuvo que aprender que no tenía por qué temerle a personas como Mariska, Sara o cualquiera que quisiera molestarla, porque había asesinos sueltos afuera, gente dispuesta a matarla; ya los había enfrentado. Pero, aun así, nunca se preguntó cómo verían ese cambio los demás. Suspiró y negó con la cabeza.

—¿Ya has visto a Jess? —Quiso saber la chica.

—Sí, pero se marchó como loca diciéndome que tenía que hablar contigo en privado. Me prohibió entrar al cuarto.

Eso la hizo reír a carcajadas justo cuando llegaban a la puerta. La empujó sin decir más nada y dejó a James con una expresión confundida en medio del pasillo.

Jessica estaba sentada frente a la computadora, transcribía cosas que leía en la pantalla. Giró la cabeza hacia ella y se paró de un salto, emocionada.

—¡Esto es una mina de oro! Tienes que leerlo. —Arrastró a Zoey hacia la máquina y comenzó a abrir las ventanas de todos los sitios que había hallado—. Templarios, 1300 d.C. La orden se disolvió porque, supuestamente, la iglesia no quería que sus descubrimientos pusieran en peligro la fe de los creyentes. Los caballeros fueron obligados a huir y se llevaron todas las reliquias que habían hallado —soltó ella, mientras Zack sacaba la cabeza a través del cierre de la mochila que todavía colgaba de los hombros de Zoey. Tenía una papa

frita pegada a la boca bordada—. Es lo mismo que se dice en la película *El tesoro perdido*, la de Nicholas Cage sobre todo lo que ellos guardaron. Pero eso no es más que ficción, claro. Según esta gente loca de aquí, todo el oro y las reliquias las ocultaron en nuestro país, en la Patagonia, en un sitio que se hace llamar el Antiguo Fuerte.

—*Hey*, un minuto. Entendimos todo, por suerte. —La frenó Zack, sacándose la papa de la boca para señalarle lo rápido que había hablado—. Pero vamos a hablar más sobre lo que encontraste en el cuaderno antes de irnos por las ramas.

—*Okay*. —Jessica alzó el mentón—. Aquí está.

Le tendió la hoja que había traducido y Zoey la tomó, mientras el conejo se salía de la mochila.

—Léela —indicó él, llegando al suelo y tomando forma humana.

Repitió lo que Jessica le había dicho por teléfono y levantó la mirada hacia su amiga, viendo que aquello en realidad era muy poco.

—¿Esto es todo? —preguntó.

—Pues sí —Jess tomó otra hoja y se la entregó—, cambia de tema luego de eso. Lo mencionó como de pasada.

—Bien. —Zack asintió despacio—. Volvamos a esas locas teorías.

—Son muy sencillas en realidad. Pero luego dicen que Hitler no murió en Alemania y que se vino aquí a buscar el Santo Grial para crear una nueva guerra y vencerlos a todos.

Zoey frunció los labios, confundida, mientras Jessica abría la página *web* indicada. Si a Zack eso le parecía extraño lo disimulaba bien, porque se acercó a ella y se inclinó sobre la pantalla por encima de Jess.

—¿De qué le serviría el Santo Grial? —preguntó con la mirada puesta en la pantalla. Había un mapa antiguo que mostraba parte de la geografía del país. Un pequeño punto estaba resaltado con la palabra *«Antiguo Fuerte»* en español antiguo.

—Creo que el Santo Grial tiene enormes poderes. Me suena mucho, en realidad —dijo su amiga, mirándo de reojo.

—Pues, si los templarios creían en esos poderes, no sería extraño que ellos tuvieran el dije. Su fama lo precede y no eran pocos los que sabían de su poder. Quizás ellos querían ocultar todos los objetos poderosos que encontraran. ¿Qué más has encontrado? —siguió Zackary

—Dejando de lado a Hitler y a Perón, me fijé en lo que dice del fuerte. En realidad, es una meseta en medio de una llanura, casi sobre la costa del Golfo de San Matías, en Río Negro.

—O sea, un relieve natural que se ve un tanto extraño —indicó él.

—Pues es la única meseta en la zona, pero dice aquí —Jess señaló la pantalla—, que está hecha de roca natural, no está construida. Sin embargo, esta gente loca dice que han hallado símbolos templarios tallados y que en este famoso fuerte hay una entrada a algo que se llama «Ciudad de Césares».

—Ciudad de Césares, ¿qué diantres significa esto? —inquirió Zoey —. ¿Algo con Julio César?

—Quizá no con ese César en particular. «César» es un título, así que hubo muchos césares —agregó Zack—. Búscalo mejor, Jess.

Jessica tecleó lo necesario y seleccionó las páginas que le parecían más aptas. Los tres miraron la pantalla, curiosos, intentando atar todos esos nuevos hilos.

—La fiel Wikipedia —dijo, metiéndose en lo primero que salía al escribir «Ciudad de Césares» en *Google*—. *«La Ciudad de los Césares, también conocida como Ciudad encantada de la Patagonia, Ciudad errante, Trapalanda, Trapananda, Lin Lin o Elelín, es una ciudad mítica de América del Sur, que se dice que está en algún lugar del Cono Sur (posiblemente en algún valle cordillerano de la Patagonia entre Chile y la Argentina). La ciudad ha sido buscada por diversos exploradores durante la época colonial, pues se suponía que había sido fundada, según las diferentes versiones, por españoles (náufragos, o exiliados), o por mitimaes incas, y que estaba llena de riquezas, de metales como oro y plata.»*

—Suena como *El Dorado* —dijo Zoey, recordando la película animada que había visto de niña.

—Puede que sea un sinónimo.

—Pero *El Dorado* no estaba en Argentina —insistió ella—. Estaba en algún lugar de la selva amazónica.

Zack se apoyó contra la pared junto al escritorio y Jessica volvió a teclear.

—Ciudad de Césares, bla, bla, bla, bla. Una de las Ciudades… ¿Hay más de una?

—Pero, ¿qué son en realidad? ¿Son ciudades propiamente dichas? Si hay más de una, tendría sentido lo de *El Dorado*, ¿no? —siguió Zoey.

—¿Entonces no son ruinas? —dijo su amiga, llevándose una mano al mentón.

—¿No suena como si fueran pueblos ocultos? —Ella se cruzó de brazos, apretándose con la mano el pecho, donde solía llevar el dije—. Si en el Antiguo Fuerte está la entrada a una Ciudad, creo que sugiere que está bajo tierra.

—O en otro plano —agregó Jess—. O escondida como en la

película de *El Dorado*. Tal vez deberíamos verla de vuelta para darnos una idea.

—¿Pensar en otro plano no es demasiado descabellado? —dijo Zack, pensativo—. Y no me mencionen a mí para desacreditar lo que acabo de decir. ¿Por qué creeríamos que hay ciudades en dimensiones paralelas? Dudo que eso exista.

—Yo creo que podría ser. No podemos descartar nada en este asunto —dijo Zoey, cuando Jessica se reclinó en la silla—. Nunca sabemos con qué van a sorprendernos. Ya todo este asunto es extraño, el dije lo es, lo que soy ahora lo es e incluso mis sueños también lo son.

—¿Y en tus sueños qué? —susurró Jessica—. ¿Solo oyes a gente hablar?

—Mencionan a algún rey, como que lo han hecho caer, como que lo han traicionado. Y el que lo ataca es el que siempre habla en mi cabeza. Hace un discurso enorme sobre el poder y la oscuridad. Ya le dije a Zack que tengo la sensación de que ese tipo significa algo importante para el dije.

Los chicos guardaron silencio y se miraron entre ellos. Zoey suspiró y se dijo a si misma que quizá debería intentar comprender mejor sus extraños sueños.

—Si la Ciudad de Césares es como una tierra secreta, un mundo oculto, ¿no debería tener algún líder? —murmuró ella—. ¿Algún… rey?

—Crees que lo de tu sueño tiene que ver con esta ciudad —respondió Zackary.

—¿Y si nos estamos yendo por las nubes al creer que todo tiene que ver con todo? —dijo Jess, girándose en la silla mientras su amiga se dejaba caer en la cama—. Los de la logia creen que el Santo Grial está en el Antiguo Fuerte y, supuestamente, eso es una Ciudad de Césares. ¿Qué tal si la ciudad existía, así como *El Dorado* o la famosa Atlantis? Ya menciona ahí que eran varias, tal vez todas eran ciudades. Puede que los templarios llegaran en el 1300 d.C. y que usaran la ciudad oculta de la Patagonia para esconder el Santo Grial, otros objetos y el mismo dije.

Mientras hablaba, Zack fue a sentarse a la cama. Palmeó la pierna de Zoey, cuando ella se sentó a su lado, y suspiró.

—Si es que los templarios lo tenían —agregó—. Podemos mantener esa teoría, a medida que encontremos más información.

—Para mí es una buena teoría —insistió su amiga y Zo se quedó callada, maquinando sus propias ideas—. Creo que tendría sentido. Y es posible que alguna Ciudad tuviera un Rey, claro.

—Siento como si el dije hubiera visto todo eso —le contestó—. ¿Y si en realidad no es que los templarios lo trajeron de Europa, sino que al llegar aquí lo sacaron de la Ciudad de Cesares? Quizás el dije siempre estuvo en una de esas míticas, mágicas y ricas ciudades.

Zackary tomó aire y lo dejó salir suavemente.

—Otra vez, siento que mi abuelo sabía más de lo que decía.

Ambas lo miraron y asintieron.

—También lo creo —afirmó Zoey.

---

[33] **Plantar un beso:** Expresión utilizada en Argentina para decir que una persona besó a la otra cuando no lo esperaba.

Capítulo 29

Las teorías daban vueltas en la cabeza de Zoey y, después de otro examen final, se preguntó si en realidad no necesitaba tomar un descanso completo. Se dejó caer en la cama, negándose a buscar más información internet o a escuchar sobre traducciones.

Jessica estaba cansada también, por lo que apagaron las luces temprano y se acurrucaron en sus camas. Zackary se abrazó a su novia y le besó la frente antes de que cerrara los ojos.

Apenas la oscuridad la alcanzó, Zoey tuvo lo que ella deseaba. Las voces bailaban en las sombras y el tipo que siempre sonaba malvado y arrogante comenzaba con su discurso.

—¿Sabes qué es lo más irónico? Que tú nunca vas a poder huir por ti mismo, nadie va a prestarte atención, nadie va a querer hacerte caso. ¡Eres una cosa! Estás condenado a vagar por el mundo entre mortales imbéciles que están dispuestos a derramar sangre por tu poder.

Durante un momento, Zoey estuvo a punto de dejar caer la mandíbula. Empezaba a entender lo que ocurría, el hombre le hablaba al dije.

—¿Sabes qué será lo más irónico? —contestó alguien más—. Que tú siempre creerás que puedes llegar a mí. Eres sombras, eres oscuridad, no eres mortal como para llevar mi poder. ¡Nadie es digno de mi fuerza, nadie lo será como él lo fue!

Zoey pudo reconocer por fin a ambos. El primero era el que siempre parloteaba sobre el poder. El segundo era el mismo dije. Todo eso cobró una nueva dimensión y pensó con más fuerza en la Ciudad de los Césares y en la teoría que había ideado el día anterior.

«¿Puede ser cierto, entonces?», se preguntó.

—Él está muerto —gruñó el primero, el de los ojos violeta que cada tanto veía en las sombras.

—Lo está, pero no por siempre.

—¡Toda su descendencia murió con él! ¿De qué crees que hablas? ¡Tu esperanza es patética! No se puede dejar esto en manos mortales.

—Tu mente está tan retenida dentro de sus propios límites, Peat —contestó el dije, con pesar y burla al mismo tiempo—. Tienes razón en decir que los mortales son banales e inútiles, pero por algo Padre ha creado a alguien digno de él. Tu ira radica en que ese alguien no fuiste tú.

Zoey abrió los ojos de golpe. El despertador estaba en el suelo; ella o Jessica lo habían arrojado. Zack se removió a su lado y la empujó de nuevo contra la almohada.

—No creo que pase nada si hoy no vas a las primeras clases— susurró él.

Zoey asintió con prisa, bastante distraída, dándose cuenta de que estaba sudando.

—Tengo algo que decirte —jadeó.

—¿Otro sueño?

—Sí, dijeron cosas, nombres, ¡el dije hablaba!

—Sh, Zo. —Zack la frenó nuevamente—. Intenta volver a dormir, podremos hablarlo cuando despiertes de nuevo, ¿sí? Anoche estabas terriblemente cansada.

—Lo sé, pero no quiero olvidarme de nada. —Logró sentarse en la cama y enfocar la mirada en el rostro pálido del muchacho a su lado —. ¡Peat! El tipo que habla, el loco de la oscuridad, se llama Peat y quiere el dije. O lo quería hace mucho tiempo, ¡y escuché la voz del dije! Ambos hablaban como si estuvieran frente a frente. No como yo puedo llegar a comunicarme con él, ¿entiendes? Sino hablar, como tú y yo. ¡Y dijeron que ninguno era mortal!, que el dije solo puede ser llevado por un mortal.

Él asintió despacio.

—*Okay,* tiene sentido. Quizá por eso ambos hablan frente a frente, porque no son mortales.

—Y hay más. Hablaban de alguien que murió, un mortal que era digno del poder del dije. ¡Creo que se referían al Rey de mis otros sueños! El dije mencionó que *Padre* había creado a un mortal digno, solo uno, y que este Peat estaba enojado por no poder ser ese mortal.

—¿Padre? —susurró Zackary, encogiéndose—. ¿Cómo que «Padre»?

Zoey se mojó los labios, pensando lo mismo que él.

—¿Peat y el dije son hermanos?

—O creados por un mismo ser. ¿Podría ser así?

—¿Dios? —sugirió ella.

Se miraron en silencio durante unos segundos, hasta que los ojos de Zoey se abrieron un poco más cuando creyó comprender otro aspecto del sueño.

—Zack, ¿y si ese tal «Padre» te envió para que cuidaras al dije y a mí de Peat? Quizá Jude y los otros no sean los verdaderos enemigos. ¡Es Peat el que debe preocuparnos! Si no es mortal, él aún puede estar detrás de nosotros.

—Y puede tener poderes que no imaginamos. —Zackary salió de la cama, nervioso durante un momento.

—Y puede que el dije este nervioso, «Nosotros o él» puede significar que Peat está cerca.

—Esto no me gusta nada.

—¡Te dije que deberíamos haberle prestado más atención que solo…! —De pronto, ella cerró la boca. Se bajó de la cama y tembló. Había algo que estaba pasando por alto, algo que era serio y peligroso —. Oh, Dios, Zack, ¡Peat ya está aquí!

—¿Qué? —jadeó él—. ¿El dije te lo trasmitió?

—No —susurró ella, con el corazón en la boca y el miedo carcomiéndole el pecho—, los demonios que me acuchillaron lo dijeron. Mencionaron a Peat, ellos eran seguidores de Peat.

Zack se quedó en silencio y todo lo que se dijeron lo hicieron a través de miradas. Estaban en problemas. En serios y enormes problemas.

⚜

—*Hey*, Scott, me enteré de que eres muy buena de rodillas —se rio un chico de primero que se creía un poco más que los demás por ser el más lindo de su curso, quizás. Zoey frunció el ceño y lo ignoró, lo que menos quería era dejar salir su miedo y que este se convirtiera en agresión. Por más bobo que fuese el niño, no deseaba herirlo. El dije podía reaccionar mal por cualquier cosa.

Ahora no solo era el collar el que estaba psicótico por la posible presencia de Peat, sino que era ella la aterrada. Peat no parecía ser el tipo de enemigos que estaba acostumbrada a enfrentar.

Con todo eso, Jessica insistió en ir a visitar el templo en algún momento para ver si encontraba más información sobre las Ciudades de Césares, sobre Peat o sobre lo que fuera. Estaban cerca de hallar

algo y era necesario averiguar qué, pero los otros dos estaban reacios a ir. Simplemente no querían acercarse al templo.

—¡Tú! —gritó Jess. Apareció de la nada y le dio un golpe en la cadera—. Olvidemos por un segundo todo esto del «Peet» y pasemos a lo importante.

Zoey estuvo a punto de reírse, pero se puso seria otra vez. No era momento para bromas.

—¿De qué hablas?

—¡Mira esto! —chilló, poniéndole el celular en la cara—. Acabo de sacarla. ¡La enfermería! ¿Puedes creerlo?

Zoey le arrebató el teléfono y miró la foto que su amiga le mostraba. Estaba sacada en un mal cuadrante y apenas se podía ver a un hombre inclinado sobre una camilla, con unas piernas femeninas, escolares sin duda, anudadas a su cintura.

—Es el profesor Héctor —dijo Zoey, con la boca abierta, el tatuaje era inconfundible.

—Y mira el suelo —Jessica clavó el dedo en un rincón de la fotografía—. ¡Es la mochila de Mariska!

«Oh, vamos». Soltó una exclamación, impresionada por lo que su amiga había conseguido, pero cerró la boca en cuanto se quedó pensando en qué podría haber estado haciendo su amiga en la enfermería.

—¿Jess? ¿Cómo llegaste a esto?

—No seas modesta y dame mis cuarenta pesos —replicó Jessica, estirando la mano—. Y si no me los das, los obligaré a ti y a Zack a ir al templo al atardecer.

—*Wow* —terció Zoey, alzando las manos—. Primero explícame como lo conseguiste.

Su amiga arqueó las cejas y adoptó una expresión de suficiencia.

—Fui por una aspirina.

—Sí, claro —chistó ella.

—Es en serio, el librito ese me da dolor de cabeza. Necesito calmarme para entender más cosas. ¡Ya estamos cerca de llegar al fondo de todo esto!

—Yo siento que en realidad no estamos en ningún sitio.

Juntas entraron al comedor y se formaron en la fila, justo detrás de Rick Davenson, que por el momento no las había notado.

—Estás asustada y lo entiendo, pero olvidas quién eres ahora —dijo Jess, sabiendo que no podía hablar sin usar palabras claves—. ¡Puedes con ese tipo!

—No creo que sea así de sencillo —murmuró.

Davenson se dio la vuelta, las miró y sus ojos se clavaron en Zoey con rencor.

—¿Sin su pareja, niñas? Me imagino que James consume viagra para poder con dos pequeñas perritas como ustedes.

Jessica se cruzó de brazos y le dirigió una mirada elocuente y Zo suspiró, preguntándose si no había encontrado nada más inteligente que decir.

—Ve a lavar las medias de tu abuelita —le contestó Jess, solo porque había una docente acercándose, y empujó a su amiga fuera de la fila.

—¡*Hey*! ¿Y la comida?

—James está más adelante.

Se movieron un par de metros y lo encontraron muy malhumorado en la fila. Se hizo a un lado para dejarlas pasar con él y tuvo que aflojar la expresión cuando las chicas le sonrieron.

—¿Mal día? —preguntó Zoey, mirando a Davenson de reojo.

James asintió y Jessica se apresuró a pegarse a él. Volvió a sacar el celular del bolsillo.

—¡Pues esto te encantará!

Al final, tuvo que pagar los cuarenta pesos. Y ahora que estaba sola con Zack en el templo, sacando fotografías apresuradas de las paredes. Se arrepentía de haber ido. Lo decidieron sobre el momento para evitar meter a Jess más en la práctica. Con las fotos podría traducir de buena gana sin tener que volver por un tiempo.

Temblando, Zoey revisó las fotos de la galería para cerciorarse de que la mayoría se vieran bien. Su cámara no era tan buena como quisiera porque no tenía un teléfono de última generación.

—*Hey*, no tienes por qué estar tan nerviosa —dijo Zackary, codeándola con suavidad y dándole un beso en la frente.

—¿Ah, no? Los tipejos de Peat me acuchillaron aquí la última vez —indicó ella, bajando el teléfono.

—No quiere decir que llegará justo ahora. Mira, Zo, este Peat podría ser el más fuerte enemigo, pero los demonios no entraron en la escuela. Así que imagino que él tampoco puede. ¿Y sabes qué? Estamos a un minuto de volver a nuestra morada.

—Tienes razón —balbuceó ella, cerrando los ojos durante un

segundo. Si regresaban rápido, estarían seguros otra vez—. Volvamos ya, me sentiré más tranquila.

Zack le quitó el celular, sacó dos o tres fotos más y se lo metió en el bolsillo del pantalón. Le pasó una mano por encima de los hombros y le susurró palabras bonitas hasta que ella esbozó una sonrisa. Ser picarón en ese momento servía de mucho, porque Zoey se reía de él y eso era justo lo que necesitaban.

Bajaron los peldaños del templo y, aunque miraron bien hacia todas partes, él no dejó de decirle lo mucho que extrañaba sus besos.

—Y, oye, el próximo fin de semana podríamos repetir lo que hicimos con mucho gusto en tu casa.

—Pero esta vez sí quiero ir al McDonald's.

—Hablo de la noche, Zo, cuando tus padres duerman. No podrás gritar tanto como te gusta, pero bueno. Son los gajes del oficio.

Zoey bufó y le dio una palmada en la mejilla.

—¿Qué gajes? ¿Qué oficio?

—El oficio de enamorar a este papacito[34], por favor.

Eso le sacó una risa limpia, en voz alta, que no pudo ocultar con nada. Zackary sonrió encantado y la apretó nuevamente contra su costado.

—¿Papacito? —siguió ella, riéndose sin parar.

—Lo mismo digo. —Ambos se frenaron en seco y buscaron con la mirada la conocida voz. Adam mantenía las cejas arqueadas y los brazos cruzados. Las risas se acabaron—. Me dan asco, riéndose como babosos.

Zack gruñó al instante y Zoey puso los ojos en blanco.

—Como si esto fuera tema tuyo, Adam. ¿Qué quieres ahora?

—¿Creen que soy estúpido o qué?

—Sí —dijo Zackary, sin dudarlo, pero ella le pellizcó las costillas. Todavía no tenían idea de lo que estaba hablando.

—¿Algo que quieras compartir?

Adam se descruzó de brazos y se llevó las manos al cuello.

—Bueno, de alguna manera siempre me pareció que no tenía mucho sentido —murmuró, sacándose el viejo dije vacío por debajo de la remera—. ¿Pero esperaban que me tragara el cuentito de que esto sigue funcionando? ¡Puedo sacármelo! ¿No lo ven?

Zack se puso delante de Zoey, viendo como Adam aumentaba su griterío. Nunca estaban seguros de lo que Adam era capaz de hacer, así que mejor prevenir que curar.

—Sin dudas, pero sí creo que eres estúpido. Podrías haberte dado

cuenta antes —respondió Zack, y ella estuvo de acuerdo. No quería peleas, quería volver a la seguridad del colegio, pero sí tenía razón en decir que el tonto de Adam se lo había tragado con creces sin preguntar demasiado. Ya de por sí, que estuviera viva era raro. Entonces, ¿cómo creer que el dije seguía siendo el mismo después de eso?

—Quiero una explicación, ahora —exigió Adam, dando unos pasos furiosos hacia ellos.

—¿Qué te hace pensar que puedes exigir algo?

—Adam, no te acerques —insistió Zo, pero el chico negó, rabioso.

—¿Que no puedo exigir? ¡Pero mira qué gracioso, Zackary, tú y tu inútil idea de creer que eres parte de esto! ¿Tienes idea de quién soy, de por qué el dije debería haber estado conmigo desde un principio? ¡Por tu culpa Zoey lo tiene! Si tú y tu imbécil abuelo lo hubieran dejado donde estaba, mi sangre lo hubiera reclamado, ¡cómo debía ser!

Ambos lo miraron sin entender ni un ápice de lo que decía, pero cuando mencionó al señor Collins, ella tuvo que sujetarse a la camisa de su compañero como una garrapata para evitar que estallara la guerra.

—¡Ya basta! —gritó Zoey, para los dos—. ¡Si vas a hablar, hazlo claro!

Adam negó.

—Yo voy a hablar cuando ustedes hablen y me digan dónde mierda metieron el dije.

Zack dejó de tirar hacia su enemigo y miró a Zoey de reojo, pero ella negó rápidamente. No le apetecía decirle a Adam que ahora ella era el dije, porque estaba segura de que el muy insoportable se le pegaría más que antes.

—Bien, pónganlo difícil —gruñó el chico, dando otro paso. Zackary volvió a plantarse firmemente—. Les extraeré la información a la fuerza de ser necesario.

Cuando dio un paso más, las manos de su protector brillaron y Zo se encogió. Nunca había sabido si Adam era capaz de hacer magia y, por un breve instante, todo su discurso le sonó demasiado conocido.

«¿Podía ser que Adam…?», llegó a pensar Zoey, por un segundo.

—Necesario —dijo alguien más, irrumpiendo en aquella pelea que aún no había comenzado.

Zoey giró la cabeza hacia un costado y se encogió otra vez al ver a Lucas Marín caminar hacia ellos tranquilamente y con las manos en las espaldas. Zack se relajó en medio de su confusión y Adam se volteó

también para fulminarlo con la mirada.

—¿Quién mierda eres, sorete[35]? —preguntó, enfurecido.

Lucas era de menor tamaño y nada en él aterraba de verdad. Podría partirlo al medio como un palito de brocheta.

—¿Quieres saber qué es realmente lo necesario? —inquirió Lucas, deteniéndose a un metro de distancia. Durante un momento, todos se quedaron en silencio. Pero fue ínfimo, porque cuando Adam dio un paso decidido hacia él, Lucas se movió.

Zoey ahogó un chillido y Zackary trastabilló con ella en cuanto quiso alejarse de lo que estaba viendo. Lucas no necesitó ningún arma para partir al medio a Adam como si no fuera más que un trozo de galleta. Los chicos retrocedieron varios pasos más cuando el cuerpo de Adam cayó al suelo y la sangre estalló más de un metro a la redonda.

Entonces, el chico levantó la mirada hacia ellos y sus ojos violetas se mostraron encantados.

---

[34] **Papacito:** Hombre que se ve muy sexy.
[35] **Sorete:** Sustantivo sinónimo de «excremento» en Argentina. Muchas veces se utiliza a modo de insulto.

Capítulo 30

—¡Oh, por Dios! —gritó Zoey, tapándose la cara con las manos.

—Zackary —dijo Lucas con una sonrisa tentativa y ella reconoció en el tono de su voz esa arrogancia que siempre había oído en sus sueños.

«¿Cómo mierda no lo había notado antes?»

—¿Qué tal la muerte, eh? —añadió él—. Dicen que morir destrozado como tú es realmente agónico. Por lo menos lo resolví más rápido para este querido metiche.

Durante un segundo, Zack no fue capaz de contestar. Sus ojos iban del cuerpo de Adam a su asesino y, enseguida, estiró la mano para tomar la de Zoey. Tenían que salir de ese sitio antes de que ya no hubiese salida.

—¿Y tú, Zoey? Vaya que eres excepcionalmente peculiar, ¿eh? Con todo, has sobrevivido bastante. Y eso no se debe solo a Zackary.

—¿Quién eres? —jadeó él, empujando a Zoey hacia el templo.

—¡Es Peat! —explicó ella en su oído, sintiendo como su alma se agitaba llena de pánico. El dije estaba histérico en su interior.

—Oh, santa mierda —injurió Zack—. Este tipo es peligroso.

—¡Este tipo es el peligro personificado! Él ha estado detrás del dije todo este tiempo —aclaró ella.

Lucas, o Peat, sonrió ante sus cuchicheos.

—Del dije, de tu abuelo. De ti, Zack. De Zoey, de Jude —rio él, sonando más adulto, más tenebroso—. ¿De quién no estuve detrás durante tantos milenios? ¡Qué felices han de estar ahora que no tienen que romperse más la cabeza con tantas preguntas! ¿Verdad? Me encanta cómo los niños de hoy en día se toman todo como un rompecabezas. Pero se olvidan que los rompecabezas son un juego, ¿verdad? Y esto no es un juego, niños.

Lucas se transformaba poco a poco; no solo sus ojos se veían violetas ahora, sino que de pronto era más alto, su postura más firme y derecha. Era terriblemente mayor que ellos, tan viejo como el mismo dije, como una maldita Ciudad de Césares o como el mundo tal vez. Y ellos seguían siendo solo niños.

Sin poder quitarle los ojos de encima al enemigo, Zoey se abrazó a Zack. Dudaba mucho que él pudiera sacarlos de esa situación con sus poderes como siempre lo hacía. Con Jude las cosas se le habían complicado porque su magia evolucionaba a grandes pasos. Pero no había sido Jude en sí, había sido siempre Peat, él había estado detrás de sus grandes poderes. Con todo lo que le había costado enfrentarse a su propio asesino el último tiempo, era obvio que no podrían con un ser milenario.

—Oh, vamos, ¿ahora correrán de mí? ¿No estaban completamente seguros de que yo no era más que un joven normal? —siguió Peat con esa cosa suya de hablar prácticamente solo. Era algo que le encantaba al parecer. Zack y Zoey no dirían ni una puta palabra. No pensaban seguir con esa conversación; había cosas más importantes en las que pensar que en cómo retrucarle el dicho—. Ya saben que estoy cansado de tanto camino. Hagamos las cosas sencillas. Zoey tiene lo que yo necesito y, aunque todo esto fue un maravilloso hecho de compasión al salvar su vida, no podemos quedarnos charlando en qué circunstancias se dio exactamente. Vayamos al grano. ¿Qué prefieres, mi querida muchachita? ¿Que te mate despacio para extraer el poder de ti o que te devore entera?

Ella negó, al tiempo en que Zack la levantaba del suelo. Quizás huir era la opción más estúpida que podrían tomar, pero era la única salida. Saltaron por el aire en un intento por alejarse de Peat mientras Zackary ponía un escudo detrás de ellos.

Lo perdieron de vista al moverse hacia el otro lado del templo, pero corrían con una desventaja notoria: Peat sabía a dónde se dirigían y los cazaría como liebres.

—¡Tenemos que llegar antes que él!

—Pero eso no tiene sentido. —Zoey se abrazó al cuello de Zack; cerró los ojos e intentó apartar la muerte de Adam de su cabeza. Siempre supo que podía morir de la misma forma y ahora sabía exactamente el porqué—. ¡Él ha estado en el colegio durante semanas y semanas, Zack! Puede entrar.

—¡Mierda! —gruñó él, girando antes de que chocaran contra un árbol—. ¡Entonces no podemos volver!

—¿Y qué supones que haremos? —respondió ella, apretando las piernas alrededor de su cintura. Sentía la espalda vulnerable, pero así

Zack tenía libres las manos.

—O corremos o peleamos con él. ¡Y pelear no me parece una buena idea, carajo! No tiene sentido volver al colegio. ¡Él nos esperará allí!

—¡Lo sé! —exclamó Zoey—. Voy a morir.

Por primera vez en todo ese tiempo, Zack no le dijo lo contrario.

Serpentearon por el bosque, oyeron la voz de Peat en diversas ocasiones, hasta que él apareció un par de metros delante de ellos y los obligó a detenerse.

—Vamos, chicos, ¿no creen que es peor retrasar esto? Si te portas bien, Zoey, haré las cosas rápido y ambos podrán irse juntitos al más allá. Por eso te recomiendo la muerte lenta. Extraeré la magia y tu alma quedará intacta.

Zoey negó con prisa, sin poder apartar los ojos de la mirada violácea.

—Necesitamos tiempo —jadeó Zackary por lo bajo, y ella hizo lo único que podía hacer: hablar. Al final era mejor mantener la conversación.

—He soñado contigo —murmuró, usando esa única idea. Rezó para que Zack encontrara alguna brecha para huir mientras.

Peat ensanchó la sonrisa y ladeó la cabeza.

—¿Ah, sí? Vaya, nunca pensé formar parte de los sueños de una dama.

—El dije me lo mostró. Quería que tuviera cuidado contigo.

—Sí —respondió Peat con mala cara, como si lamentara lo ocurrido —. Lo que sucede es que cuando no se trata del mortal adecuado, sus intentos no sirven de nada. Él se encariñó contigo por motivos que creo entender, pero que me parecen imbéciles. Lo que sucede con él es que ya se ve encerrado, hace quinientos años no se hubiera aferrado a una niña ni en sueños. Es muy terco, ¿lo sabías? —Sonrió entonces—. Ahora son uno solo por su desfachatez. ¡Pero por favor! Me he pasado milenios repitiéndole que su mortal favorito está muerto. ¡Lo maté delante de él! Y tiene la cara dura… Bueno, la cara —río—, ya saben. Tiene la desvergüenza de huir de mí.

—Vaya historia, interesante —replicó Zack.

—No saben lo agotador que es. ¿Cuántos años creen que tengo? ¡Adivinen! —Peat puso los ojos en blanco—. Este chiquilín me ha vuelto loco, de aquí para allá. Le he perdido el rastro por décadas y más. Y cuando por fin lo encontré, lo tenía tu querido abuelo. Era un hombre muy inteligente, supongo que estarás orgulloso de él.

Zoey miró a su compañero por un solo segundo. No creía que Zack se sintiera precisamente orgulloso de su abuelo. Pero ahora ella

comprendía por qué había llegado a poner a su nieto en peligro por el collar. Todo ese tiempo había estado alejándolo de Peat.

—Tú lo mataste.

—Como a ti, muchacho. ¿Crees que alguien más que no pueda entrar al colegio o a la casa de tu abuelo pueda hacer algo como esa magia que te quitó la vida?

—¡Pero descubriste cómo entrar! —Zoey apretó las manos con más fuerza alrededor del cuello de Zack, esperaba que él estuviera pensando en algo—. Descubriste cómo hacerlo cuando tus demonios y Jude no podían.

—Bueno. —Peat parecía encantado por las preguntas—. Yo ayudé a Jude a poner la trampa. Su magia era pésima, tuve que prestarle parte de la mía sin revelarle demasiado, por supuesto. Hasta que Zackary no abrió el pasadizo, mis sombras no podían entrar, pero ellas no pueden hacer demasiado, como se habrán dado cuenta. Intenté ordenarles que te sacaran de allí y que dejaran que Jude te matara. Todo se arruinó de nuevo cuando se dieron cuenta, chiquillos. Cerraron el pasadizo, mis sombras quedaron afuera y mis demonios no podían atravesar ni la puerta ni las ventanas del edificio. ¡Y luego perdí a mi peón! ¡Zoey, que el poder del dije te vuelve una diosa griega asesina! Pero sabes que eso no es suficiente conmigo, ¿verdad? —agregó, bajando un poco la cabeza—. Además, no tienen a dónde ir ahora.

Zoey tragó saliva. Tenía que obligarlo a seguir hablando.

—Pero entonces, ¿por qué Jude no podía atravesar los jardines del colegio y el hombre de las flechas sí? Porque tú, digo Lucas… —balbuceó, sin saber cómo encarar la pregunta. Solo necesitaba más tiempo. Lo único que tenían que hacer era descubrir cómo salvarse. Tenía que existir una salida.

Zoey no podía dejar de pensar. Su mente se debatía entre idear un buen plan y preguntarse por qué él no la había matado antes. Si Peat quería el dije y su poder era porque su codicia iba más allá de los limites imaginados. Tenía que suponer que el dije era aún más fuerte que el mismo Peat y, si tan solo podía lograr una parte de lo que había hecho con Jude en el puente, podía al menos ganar un buen margen para huir. Lo que no sabía era cómo convertirse en esa diosa griega asesina de nuevo.

—Es una maravillosa pregunta, mi querida niña. ¡Me sorprende que no hayan descubierto el patrón aún! Ustedes dos y Jessica tienen un afilado instinto. Pero bueno, ya que quieres saberlo —dijo Peat, extendiendo los brazos—, es bastante sencillo. Tiene que ver con la herencia de la sangre. ¿No crees que eso es absolutamente perfecto? ¿Cómo un código genético permite que ciertas personas puedan

acceder a terrenos protegidos y otras no? Es una lástima que no pueda detectar las intenciones de esas personas —río entonces.

Y dio por finalizada la conversación. A Zoey no le había resuelto nada, pero el miedo la dejó paralizada otra vez. Peat dio un paso hacia ellos y no le quedó otra que aferrarse a la nuca de Zack y suplicarles a los cielos. O al dije.

—Dios, Dios, Dios —susurró—. Nosotros o él, nosotros o él —dijo, pensando—. ¿Cómo logramos que seamos nosotros?

—Espero que hables de los tres —replicó Zack, tan nervioso como ella.

—Espero estar hablando de los tres —respondió.

En ese momento, Peat avanzó más, dándoles pocas oportunidades. Levantó una mano y, sin que pudieran ver bien qué había hecho ni cómo, Zoey cayó al suelo y Zack terminó a más de seis metros de distancia. Ella se apartó el cabello de la cara e intentó buscar a Zackary con la mirada. Seguramente eso sería lo último que haría antes de perder la vida.

No logró establecer contacto visual con su novio; en cambio, se encontró con el enemigo a escasos centímetros.

—Tú puedes tener algo que a él le encante. Pero también tienes algo que a mí me fascina. ¿Entonces cómo resolvemos esto? —sonrió. Alargó la mano para posarla en su mejilla y ella ahogó un gemido aterrado.

El pecho de Zoey vibró. No llegó a sentir la mano de Peat contra su piel, en cambio, levantó la mirada y fue fiera.

—*Somos nosotros, o tú, Peat* —dijo, tan segura de sí misma que, si ella hubiera estado completamente consciente de lo que hacía, se hubiera echado a reír. Esa no era ella, era el dije, y por primera vez, se sentía feliz de que tomara la situación en sus manos—. *¿Cómo resolvemos esto?*

—Oh. —Peat se irguió—. Ya veo a dónde vamos.

Zoey estiró una mano hacia él, pero no logró tocarlo. Peat se apartó, lo que aun así no fue suficiente para él. La verdadera intención del dije no era hacer contacto, sino abrigarlo bajo su ataque.

La tormenta se desató en ese reducido especio y levantó todo a su paso, sin contar a Zack y al mismísimo atacante. En esos instantes ni Peat ni Zoey dejaron de mirarse y, para el dije, eso fue decisivo. Empujó el poder fuera de su mano y lo proyectó hacia él, que parecía que iba a esquivarlo en un segundo.

El enemigo se giró sobre sí mismo con tanta gracia que hubiera hecho vomitar de envidia a cualquier acróbata. Ensanchó la sonrisa

cuando se notó airoso y sus ojos violetas brillaron divertidos.

—¿Algo más? Te dije que eso no sería suficiente, Zoey.

—*Nadie dijo que eso tenía que ser suficiente* —respondió ella, con voz dura.

Peat frunció el ceño y, distraído, no vio que Zack saltaba sobre su espalda y lo empujaba de cara contra el suelo. Le sostuvo la cabeza contra la tierra, mientras Zoey recobraba la cordura.

—¡Zack! —gritó ella—. Salgamos de aquí. ¡Si llegamos al colegió, ya no podrá entrar!

Zack levantó la mirada y Peat aprovechó la distracción para catapultarlo hacia ella. Zoey no tuvo tiempo para correrse y solo pudo ovillarse contra el suelo.

—Maldita sea —gruñó Zackary, clavando las manos en la tierra a tiempo para no aplastarla.

—Movámonos, el dije le hizo algo. No lo desarmó, solo lo encantó por un tiempo determinado —explicó Zoey, que repetía lo que la voz en su cabeza cantaba a gritos. El dije le explicaba lo que sucedía.

Zack asintió, sin preguntar más. La alzó en brazos y corrió lo más rápido que había corrido en toda su muerte.

⚜

Temblando como una hoja, y todavía débil por el horrible momento, Zoey se recostó en su cama. Zackary la rodeó con ambos brazos y la pegó a su pecho, intentando calmarla, pero era inútil porque él estaba igual de nervioso.

Había podido comprobar la resistencia de Peat con sus propios ojos. Le había dado en la cabeza con suficiente fuerza como para que el cráneo de cualquier persona normal hubiera estallado contra la tierra. Pero el enemigo no había dicho nada, ni siquiera había sentido su resistencia contra el golpe. No hubo allí ningún sonido estremecedor que indicara la rotura de huesos. Solo recibió el ataque y se le meó de risa en la cara.

«¿Cómo vamos a sobrevivir a esto? ¿Cómo va Zoey a sobrevivir a Peat?», pensaba él, preso del pánico también. Se sentía abrumado porque, por primera vez en los meses desde su renacimiento, volvía a verse a sí mismo como a un idiota. Estando vivo no había podido cuidarse, muerto había hallado gran cantidad de poderes para proteger a una chica; pero con un enemigo como este era consciente de que sus habilidades eran pura mierda.

¿Por qué entonces no le habían brindado más? No podía evitar

darle vueltas a ese punto. Si los que lo enviaron de vuelta lo hicieron para ponerle un freno a Peat, deberían haber puesto más esmero en hacerlo capaz de proteger a Zoey.

Dejó que ella llorara en su hombro y miró una última vez por la ventana.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Es incierto —explicó ella con los ojos rojos cuando se separó de él. Tenía una expresión perdida, como si el dije la hubiera dejado mal de la cabeza después de haber tomado su cuerpo otra vez. Pero Zack sabía que su estado podía estar relacionado con Adam también—. Estará estancado en la posición que lo dejaste por al menos unas veinticuatro horas, quiero pensar. Bueno, el dije quiere pensar que unas treinta y seis. Pero él no ha visto a Peat desde hace siglos. No sabe qué tan fuerte es, y que haya roto la magia de este sitio indica que él podría liberarse antes.

—El dije es más fuerte que Peat —susurró Zack, mirando la puerta del cuarto. Jessica estaba por aparecer, lo sabía.

—Yo creo que sí —contestó Zoey—. Si no, ¿para qué lo querría?

—Pero da igual qué tan poderoso sea el dije. En este estado, él no puede frenarlo.

Eso era cierto. Si la situación era como ella la entendía, el único mortal que podía usar el poder completo del dije había muerto —o lo habían matado— hacía ya miles de años. Ser la favorita del dije y estar fusionada con él no la hacía precisamente apta. Significaba nada más que el dije ansiaba vivir y que había decidido aliarse a ellos para seguir adelante, lo que a su vez significaba que podían fallar estrepitosamente.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Zoey. No se sentía fuerte ahora. Peat era como una bola de fuego que se dirigía imparable a la tierra y amenazaba con el Armagedón.

—No lo sé, no quiero decirte nada más que eso. No sé qué hacer.

—Tenemos que irnos —exclamó ella, soltando otra lágrima—. Antes de que él se libere. Irnos muy lejos.

—¿Y a dónde iríamos, cariño? —susurró él—. Si lo hacemos, necesitamos tener las cosas claras. ¿Huir toda tu vida? ¿Eso es lo que realmente quieres?

—No, pero tampoco quiero morir.

—Y yo no quiero que mueras, pero tengo tanto miedo como tú, Zo. Temo que tal vez no podamos contra él.

Mirando su rostro afligido, Zoey se estiró para besarle los labios.

—No es necesario que puedas con él. Si fallas, yo no estaré enojada

contigo. Me iré de buena gana, pero no puedo aceptar todavía una muerte así de sencilla. Independientemente de mi vida, yo no puedo dejarle el poder del dije así como así. Y estoy segura de que el dije me hará correr contra mi voluntad si llegó a decidir entregarme.

Zack la miró, sopesando sus pensamientos y posibilidades.

—Tiene que haber una forma, siempre tiene que haberla —dijo cuando ella se mojó los labios—. No importa si antes había un hombre ideal para el collar, él no estaba fusionado con la magia. Tú sí, tú eres el dije ahora. Tú podrías detener a Peat si hacemos las cosas bien, si hallamos la información necesaria.

Zoey apretó los labios.

—¿Qué información?

—¿Recuerdas tu teoría? También creo que tiene que ver con Peat y con el dije, y si sabemos bien de dónde salieron ellos dos, también sabremos cómo detener a alguno.

Jessica abrió la puerta, tarareando una canción de moda. Les sonrió, pero su sonrisa desapareció en cuanto vio las lágrimas de su amiga.

—¿Chicos? —preguntó, acercándose rápidamente a la cama—. ¿Qué pasó? ¿Por qué están así? ¿Fueron al templo?

—Sí, pero no es lo que más preocupa ahora —respondió Zack, mientras Zoey se limpiaba la cara con las muñecas—. Surgió algo importante.

Jess tembló y continuó mirándolo, a la espera de más información. Él abrió la boca para hablar, pero las palabras se le atoraron en la garganta. Con eso, Zoey supo que a pesar de lo mucho que había odiado a Adam por el dije, él no esperaba verlo morir de esa forma tan violenta.

—Adam está muerto —soltó ella, ahorrando cualquier palabra de consuelo, porque no las tenía.

Jess tragó saliva y se puso pálida. Durante un segundo, ambos creyeron que iba a irse al suelo, pero su amiga recuperó la compostura.

—Muerto —repitió—. ¿Muerto?

—Peat lo ha matado —contestó Zoey—. Bueno, Peat es Lucas Marín.

Jessica se alejó de la cama de Zoey unos centímetros en un intento por recomponerse y decir alguna palabra. Titubeó y terminó por sentarse junto a su almohada, con el cerebro trabajándole a mil por hora para atar los cabos.

—Lucas es un ser milenario que busca apoderarse del dije. Tenemos

que huir, Jess. Él puede entrar al colegio y matar a Zoey en cualquier momento. Es muy fuerte —añadió Zack.

—Y el encantamiento que lo dejó anclado en la tierra no durará mucho.

En ese momento, su amiga se mojó los labios y se pasó una mano por la cara al comprender la gravedad del asunto.

—¿Irse? ¿Se irán? ¿Y a dónde? —exclamó, empezando a hiperventilar—. ¿Mató a Adam? ¿Cómo?

Negando con la cabeza, Zoey se apretó contra el pecho de su novio.

—No quieres saberlo.

Los ojos de Jessica brillaron, llenos de angustia. Como Zack, ella tenía mucho rencor por Adam, pero pensar en la idea de una horrible muerte le revolvía el estómago y el alma. Después de todo, lo había querido en su momento, había sido su primer amor; su primera vez y su primer engaño.

—¿Y ahora? —inquirió la chica—. ¿Qué fue lo que pasó? ¡Merezco saberlo!

—Sí —contestó Zackary. Tomó una bocanada de aire para explicarle todo.

Jess oyó, cada vez más encogida en su cama. De vez en cuando miraba a Zoey, aterrada. En cuanto él terminó de relatar la historia, ella abrió la boca, dispuesta a soltar las quichicientas preguntas que tenía en la punta de la lengua.

—Si Peat estaba encantado para quedar anclado en la tierra, ¿cómo es que pudo empujar a Zack hacia ti, aún con eso? —dijo, temerosa.

Zack se irguió de pronto, como si apenas lo hubiera comprendido. Sin embargo, Zoey lo sentó en la cama de vuelta. Tenía las respuestas gracias a la voz firme que cada tanto decía algo en su cabeza.

—Puede moverse —aclaró, con la apariencia de realmente saberlo todo cuando, en realidad, solo repetía lo que el dije le decía—, pero no puede levantarse. Está encadenado a la tierra. Aún puede enviar a las sombras por nosotros.

—Las sombras son manejables, él no.

—Tienen que irse de verdad, ¿cuánto durará eso, eh? —inquirió Jess.

—No mucho.

Limpiándose las lágrimas, Zoey se levantó y fue por un bolso. Tenían que usar el margen de tiempo que les quedaba para preparar sus cosas. Los chicos la miraron en silencio, en medio de ese sopor que aún no conseguían apalear.

—¿Y a dónde irán?

—Al Antiguo Fuerte —contestó ella, sin mirar a su amiga.

Eso era lo único que podía decir, porque no se le ocurría nada más. Consideraba que Zack tenía razón en un punto: si el dije y Peat estaban relacionados con las Ciudades de Césares, en una de ellas tendrían que hallar las respuestas. Nada era eterno y, a pesar de la inmortalidad de Peat, este debía tener un punto débil. Para encontrar ese punto débil necesitaban resolver el rompecabezas y la historia que estaba detrás de todo ese juego.

—¿Y qué harán allí? ¿Buscar el Santo Grial? —jadeó Jess.

—No, buscaremos la verdad.

—Si las respuestas están allí, las hallaremos. Mientras, nos esconderemos. —Zack también se puso de pie y comenzó a sacar ropa de Zoey del armario.

Jessica negó, como si su miedo le impidiera terminar de comprender la situación entera.

—¿Y cómo resolverán todo eso sin mí?

—Tú no vendrás con nosotros, Jess —puntualizó Zoey, dándose la vuelta—. Tienes que quedarte aquí. ¡A salvo!

—Yo he resuelto muchas cosas de esta encrucijada —replicó la chica con seriedad—. Necesitan mi ayuda.

—No voy a dejar que vengas con nosotros —Zackary le puso una mano en el hombro. Cuando ella lo miró, le hizo un gesto cariñoso. A pesar de todas las veces que habían peleado, llegaron a apreciarse y, para Zoey, eso era oro.

Los observó con un nudo en la garganta y, antes de ponerse a llorar otra vez, metió unas cuantas bragas en la valija.

—Zack tiene razón, él ya tiene demasiado conmigo como para también llevar el peso de tu seguridad.

Con eso, Jessica se calló. En su mente seguían dando vueltas las ideas y Zoey tuvo que admitir que sin Jess no hubieran llegado a nada. La necesitaría, siempre lo haría, pero era momento continuar solos y apartar a sus seres queridos del peligro. Esto no era un juego, no hacía falta que Peat lo dijera en voz alta.

Capítulo 31

Zoey metió más cosas en la maleta. Nuevas lágrimas se escaparon por la comisura de sus ojos, pero las barrió rápido con los dedos. A ese ritmo iba a convertirse en una fuente natural de agua sin necesitar magia.

En el baño Jessica hacía ruido con elementos de aseo, pero ella sabía que solo intentaba ocultar su llanto. Lo que no podía afirmar era si lloraba por ella o por Adam. Quizás ambas cosas, pero no iba a preguntárselo. No quería ahondar en la herida.

Suspiró varias veces mientras empujaba abrigos y zapatillas. Estaba segura de que eso nunca iba a alcanzarle para una huida. En realidad, mentalizarse a dejar todo era lo que le hacía imposible llenar ese bolso y creer que era suficiente. Jamás lo sería.

Pensó en sus padres, en Mateo y en quienes nunca obtendrían una respuesta sobre su futuro. Ni ella lo sabía, era mejor así. Era probable que no volviera a verlos. Quizá muriera pronto, pero al menos no estaría sola. Estaría con Zack en ese momento y él podría ayudarla a aceptar su destino, tal y como lo había vivido él antes.

—¿No quieres dormir al menos una hora? También tenemos que ir a ver a la abuela —le dijo él entonces, cuando vio que no había nada más que meter en la maleta—. No podemos irnos sin avisarle.

—Dormir es lo que menos me parece correcto.

—Esto será muy duro, Zo —le recordó él—. Lo mejor es que estés descansada. Intenta acostarte un rato mientas yo termino de arreglar las cosas con Jess. Buscaré lo del Antiguo Fuerte, si es ahí donde quieres ir. Cuando despiertes iremos a ver a la abuela. También debes comer.

—Yo iré por comida —dijo Jessica al salir del baño con una expresión de muerta viviente. Pero aun cuando ella se fue, Zoey se

negó a sentarse en la cama.

—¿Cómo podría dormir con todo lo que pasó? —susurró.

—Duerme al menos una hora —insistió el muchacho—. Cuando despiertes comerás algo y luego nos iremos a ver a la abuela.

La empujó hacia la cama y ella cayó sentada sobre la almohada. Malhumorada, se quitó los zapatos y se acobijó debajo de las sábanas.

—No podré dormir —aseguró, pero cuando Zackary le puso una mano sobre los ojos el sueño llegó de golpe. Se sumergió en la oscuridad y temió escuchar la voz de Peat en ella, pero oyó en cambio otras tantas. Algunas se diluían en el aire, otras se alejaban y la obligaban a seguirlas.

Caminó en las sombras, guiándose por lo que escuchaba a su alrededor. En un momento la voz mental del dije la hizo cambiar de dirección. Pero cuando llegó al lugar que pensaba acertado la voz se esfumó y la primera imagen apareció en su mente como una proyección de cine. Había un hombre alto, de mediana edad, que se movía de un lado a otro, inmerso en sus pensamientos.

—*¿Y cómo se soluciona esto?* —le preguntó el dije, pero parecía que el hombre no lo escuchaba—. *¿Por qué te quedas esperando el ataque? Nadie lo detiene porque se supone que el libre albedrío es para todos, ¿no es cierto? ¿Por qué entonces soy el único que no puede decidir? Te he repetido miles de veces que le hagas frente, pero prefieres apelar al discurso. En eso te pareces tanto a él.*

El hombre suspiró, ajeno a la palabrería. Ese recuerdo era propio del dije. Él le estaba mostrando a ella su pasado, sus pensamientos; esta vez Zoey estaba dentro de él.

—*¿Es que no lo entiendes? Te matará* —insistió él, pero el hombre se detuvo solo para prestarle atención a un niño pequeño y rubio que corría hacia ellos.

Zoey observó con detenimiento al infante, le recordaba bastante a Zack; parecía una pequeña versión de él. Cuando lo tomó en brazos, el niño puso la mejilla en su hombro.

—*¿Estás listo para marcharte?* —En la voz del hombre reconoció un matiz. Sabía quién era, lo conocía. Ya lo había escuchado una vez: este era el hombre destruido por el de ojos violeta, al que le había hablado sin cesar sobre la traición. Ese tipo era el rey. Al moverse hasta poner su pecho ante la mirada de Zoey, ella pudo ver con claridad el collar colgando de su cuello.

—*Sí, papá* —respondió el pequeño—. *¿Te quedarás?*

—*Debo hacerlo. Es mi deber.*

—*Tu deber es mantenerte con vida* —susurró el dije, para él—. *Con tu*

muerte quedaré despojado y a su alcance. Sabes lo que él hará cuando mueras, cuando me tenga.

El rey mortal meció a su hijo y le cantó en voz baja para calmarlo.

—*Ya sabes que debes cuidar de tu madre, ¿cierto?* —le dijo.

El niño asintió.

—*¿Y por qué tenemos que irnos?*

—*Porque debo enfrentar algo yo solo, ¿lo entiendes?*

—*¿Por qué no puedo enfrentarlo contigo?* —El niño dudó.

—*Porque si tú vives, mi herencia estará en ti. Debes vivir con tu madre para que mi sangre no perezca.*

—*Entonces, ¿ya me voy?* —preguntó el pequeño.

Su padre asintió con angustia.

—*Sabes que yo tendré una larga charla y que no quiero que estés aquí cuando suceda.*

—*Hablar, hablar. ¡Este no es momento de hablar!* —gritó el dije—. *Usa el maldito poder, ¿para qué diablos estoy aquí? ¿Por qué mierda me dieron a un humano tan apacible y reacio a vivir como tú? ¡Peat vendrá y regará tu reino con sangre! Nos consumirá a ambos.*

Zoey tragó saliva al comprender mucho más que con todos sus anteriores sueños. El rey traicionado había sido el primer portador, ese mortal ideal del que habían hablado otras veces, aquel al que el dije aceptaba por encima de todo. Pero entonces, ¿dónde estaba la traición?, se preguntó. Para ser traicionado, primero tenía que haber un aliado.

El padre se despidió de su hijo y, en cuanto el niño de marchó, los recuerdos avanzaron con prisa. Días pasaron en la memoria y el rey se hallaba ahora solo, cansado.

—*Sé que me crees un imbécil* —murmuró el rey a la nada—. *Pero no es una guerra que pueda pelear.*

—*Estás dejando que te apuñalen por la espalda.* —El dije casi bufó. Su voz podía sonar segura, pero en su tono había un ápice de súplica. Él no quería que el rey muriera y necesitaba convencerlo de salir de allí. Sin embargo, nada servía, pues el hombre esperaría a Peat hasta que él se aburriera de arrastrarlo por el suelo.

—Pero ¿por qué? —preguntó Zoey en voz alta, sin poder contenerse. Había algo que no entendía. No comprendía por qué el rey sabía lo que iba a suceder y aun así prefería esperar a Peat sentado. No tenía sentido, ¿por qué el hombre no luchaba por su vida o por su familia?

—*Porque hay humanos que siempre intentarán hablar antes que pelear*

con los de su propia sangre —le respondió el dije, directamente a ella, justo antes de que se despertara jadeando y llena de preguntas.

Zoey se sentó en la cama y se llevó una mano al pecho. Su corazón estaba ansioso, pero cuando se dio cuenta de que estaba a salvo en su cuarto, suspiró.

Los chicos la miraron, preocupados. Jessica acababa de entrar al cuarto y Zack trabajaba en el equipaje.

—Pero si no dormiste casi nada —murmuró él—. ¿Pesadillas?

—Más que eso —murmuró en respuesta.

Jessica le tendió un gran sándwich de milanesa, pero ella lo apartó con la mano.

—¿No vas a comer algo siquiera? —tanteó su amiga.

Zoey negó y se quitó el acolchado de encima.

—Creo que lo entiendo todo —dijo—. Creo que entiendo qué es lo que pasó.

Los jóvenes, que se mostraron estupefactos por los primeros segundos, dejaron sus cosas y se arrimaron a ella. Deseaban escuchar cualquier cosa que los hiciera olvidar un poco lo que esperaba fuera.

Zoey se pasó las manos por la cara, intentando mantener todo lo que había visto en su cabeza antes de que se le olvidara al hablar.

—El dije, Peat y el rey eran hermanos. Dos inmortales, uno mortal. Solo un mortal puede portar el dije y el elegido fue el segundo hermano, el rey. Peat estaba celoso porque su hermano menor tenía el poder del dije, así que rompió las reglas y lo traccionó. El Antiguo Fuerte, la… —suspiró, exasperada, tratando de explicarse bien—, la Ciudad de Césares es el reino del rey. ¡Un sitio más que milenario! Es donde el dije, Peat y el rey tuvieron su primer encuentro fatal. El rey murió y de alguna forma el dije pudo huir de Peat.

—¿Y cómo? —preguntó Zack—. Alguien tuvo que llevárselo.

Esa era la parte que Zoey todavía no tenía clara, pero esperaba obtener respuestas más adelante, una vez que pudieran encontrar ese fuerte. Negó con la cabeza para demostrarle que eso no lo sabía y continuó.

—Decían que el rey era el mortal ideal. Lo era porque era hermano del dije, fue creado por el mismo ser supremo. El dije y Peat lo mencionan como «Padre». Creo que podría haber sido quien mandó a Zackary de vuelta.

—¿Algo así como Dios? —inquirió Jessica.

—Es probable —asintió—. Y todo eso me lleva a pensar que Peat creía que, al morir el rey, la esencia del humano ideal se borraría; pero el rey creía que él seguiría vivo en su hijo. Así lo creía el dije

también, decían algo sobre la descendencia. Aun así, Peat parecía estar completamente convencido de que no había quedado ningún descendiente. ¡Como si los hubiera asesinado a todos!

—Y tal vez lo logró —contestó Jess, cuando se miraron entre ellos —. Quizá sí mató a todos los descendientes.

Zoey hizo una mueca que delataba su confusión mientras intentaba razonarlo. Lo que había dicho Zackary la dejaba en duda.

—¿Y entonces quién se pudo haber llevado el collar? —preguntó, llevándose una mano a la mejilla—. El dije no mostró nada sobre eso.

—Alguien que no tuviera relación con la primera familia en discordia, la de este rey —siguió Zack ante la pregunta. Jessica apretó los labios mientras asentía; los ojos de la muchacha estaban cada vez más rojos—. Es así como habrán surgido los primeros portadores.

—Sí, es lo que más sentido tiene —Zoey salió finalmente de la cama—. Y es por eso que tenemos que ir a ver a tu abuela.

—Tenemos que contarle todo —asintió él.

La chica negó, mientras buscaba los zapatos y algo más cómodo para el viaje hasta la casa de la abuela Collins.

—No solo es contarle —aclaró—. No me preguntes por qué, pero por alguna razón creo que tú tienes algo que ver con el rey.

Zoey se metió un buen bocado de sándwich en la boca. No tenía hambre, pero después de pasar tanto rato hablando y exponiendo sus ideas bajo las miradas confusas, serias y preocupadas de sus dos mejores amigos, optó por hacerlos felices.

Masticó despacio, sin dejar de mirar las cortinas cerradas de la ventana. Tanto Zack como Jess buscaban mapas y rutas hacia el Antiguo Fuerte porque allí irían luego de ver a la abuela.

Tragó con dificultad, atenta a la espalda de la chica en la silla del escritorio, sabía que esos serían los últimos minutos a su lado. Deseaba poder abrazarla, pero ese gesto solo demostraría que la despedida que iban a enfrentar podría ser para siempre.

Mientras Zack anotaba algunas cosas en un papel y metía el libro de la logia en la mochila azul, las miradas de las muchachas se cruzaron. Ahí Zoey supo que ya no podría comer más. Dejó el sándwich a un lado y se levantó.

Ya estaban listos, ¿para qué seguir retrasando el momento?

—Llevaremos lo que quede de la comida —dijo Zack. Envolvió el resto con el papel transparente original, ya roto, y lo puso dentro del

bolso.

—Llévense mi comida —indicó Jess. Esta vez, ambas chicas esquivaron el cruce de miradas.

Zack obedeció sin más y le tendió la mochila lista a su novia para agarrar el bolso de viaje que era más pesado.

En aquel silencio, nerviosa y asustada, Zoey se dijo a si misma que eso era lo mejor que podría haber obtenido en la vida. No volvería a ver a Jess, pero al menos había compartido algo increíble con ella.

—Nos veremos —le dijo, sin acercarse—. Estaré bien.

Su amiga contuvo el aire en sus pulmones, como reteniendo las palabras. Al final, se levantó de un salto y empujó la silla del escritorio al suelo.

—¡No digas eso! —chilló—. ¡No estarás bien y lo sabes! ¡Sabes que vas a morir y aun así quieres hacerme creer que todo estará bien!

Zack bajó el bolso al suelo, pero no dijo nada. Zoey, en cambio, se calzó mejor la mochila. Miró a Jess directo a la cara y descubrió otra vez las lágrimas en sus ojos rojos.

—¡No me tomes por estúpida! ¡Admite la realidad! —añadió la chica.

—Jess, la realidad es…

—La realidad es que crees que vas a morir y que esta será la última vez que nos veamos. ¡Pero no quieres decírmelo porque piensas que será mejor para mí! Eso no es cierto, ¡y lo sabes!

Zoey guardó silencio, sintiendo el peso de sus palabras. Claro que era así; por supuesto que Jess tenía razón, pero el punto estaba en que ella no tenía la fuerza para admitirle cara a cara que moriría pronto. No era algo tan sencillo como parecía. Jessica bajó el puño que había levantado inconscientemente y exhaló de forma abrupta.

—Lo único que voy a pedir de ti es la guerra —murmuró, mirándola fieramente a los ojos—. Júrame que no vas a morir sin pelear. Si mueres, ¡quiero estar segura de que diste todo de ti misma y que le fuiste un dolor en el culo para ese hijo de puta!

La rabia de su amiga hizo que las palabras sonaran graciosas en el contexto. Zoey se río a pesar de todo. Incluso enojada y seria, Jess no cambiaría nunca.

Acortó la distancia y la apretó. La abrazó con todas sus fuerzas y trató de expresarle lo que sentía por ella, cuánto la apreciaba y cuánto le agradecía por su amistad y su ayuda. Jessica gimió en sus brazos y enterró la cara entre sus rizos.

—Te juro que seré más que un dolor en el culo para él. Se lo patearé, lo prometo —afirmó Zoey.

—No quiero que mueras. —La chica quebró en llanto cada vez con más fuerza—. Quiero que vuelvas.

—También quiero volver —Zoey se mordió los labios. El esfuerzo por no llorar la estaba matando. La idea de no ver nunca más a nadie era una puñalada a su corazón. Hasta le parecía que dolía más que el cuchillo con el que habían intentado matarla. Dolía porque esa era su realidad. Porque deseaba acurrucarse en su cama, llamar a su mamá, hablar con su padre, mecer una vez más a Mateo. Reír con Jess, ir al cine, pasear, ir a un baile de graduación y otras tantas cosas más.

Pero al separarse de su amiga y mirar a Zack, supo que había una razón más fuerte detrás de las vidas que les habían asignado. Había algo que ellos tenían que resolver y tal vez era más grande que Peat y el dije mismo.

Quizás ellos nunca habían estado destinados a ser niños normales, después de todo.

—Solo han sido dos horas —repitió Zack. Abrió la ventana y miró hacia el bosque—. Él no tiene por qué haberse movido.

Zoey hizo una mueca y se subió a su espalda.

—No me pongas nerviosa, ya vámonos.

Zackary asintió. Se voltearon para mirar una última vez a Jessica. Nadie sonrió esta vez y solo Jess alzó la mano y la puso en su corazón, diciéndole sin palabras que ambas serían amigas por siempre.

Saltaron a la noche y cuando aterrizaron, él no tardó en correr hacia donde había estado el viejo puente. Brincó por encima del río y solo se relajaron cuando estuvieron bien lejos del bosque. Luego de visitar por última vez a la abuela Collins, marcharían hacia el sur del país sin detenerse.

El empleado de la señora les abrió la puerta sin preguntar nada y ellos fueron directo al cuarto de la abuela. La mujer sonrió al verlos, pero su mirada se apagó al notar el peso de los amargos sentimientos en las caras de los jovencitos.

—Mis niños, ¿qué ha pasado?

Zoey dio un paso, dispuesta a hablar antes que su nieto.

—Tengo algo que preguntarle, abuela. —La mujer palmeó la cama junto a ella, invitándola a sentarse. Tratando de apartar las demás preocupaciones, Zoey se hincó a su lado y le tocó suavemente la mano —. Su marido, el abuelo, sabía mucho sobre el dije. ¿Dónde lo encontró él?

—Bueno, él siempre fue de un lado al otro del mundo. Yo no entendía para qué al principio, pero él siempre dijo que era importante, que era su responsabilidad. —La abuela puso sus ojos en Zack—. Lo encontró en este mismo pueblo, en el cuello de una beba.

Zack jadeó y Zoey se levantó de golpe.

—¿Qué? —exclamó ella.

—¿Un bebé?

La anciana asintió.

—Fue algo muy triste. Yo misma la vi, la niña murió enferma unos días después de que tu abuelo la encontrara. Tomó el collar y dijo que ningún otro inocente formaría parte de este círculo sin fin, que solo a quienes verdaderamente les competía el asunto tomarían el dije. Y luego él… le dijo a tu madre en una carta que serías el siguiente, Zack —susurró—. ¿No eras tú un inocente? —sollozó.

La abuela había amado a su marido, pero había mucho que todavía no le perdonaba. Incluso Zack había pasado el último tiempo así, sin saber qué sentir sobre él. Pero ahora ella quizá comprendía algo más.

Zoey le apretó la mano.

—Abuela, él tenía sus motivos. Solo quería arreglar las cosas, pasa que no son fáciles de arreglar y lo llevó muy lejos.

—¡Puso a nuestro propio nieto en la tumba! —lloró la mujer, temblando ligeramente—. ¿Cómo arreglaría las cosas?

Zack se dejó caer junto a la cama de la abuela y buscó alcanzar su piel. Zoey soltó su mano y se la tendió. En ese momento, era importante que ambos supieran el porqué de las cosas. Tenerle rencor al señor Collins no serviría de nada, en especial cuando sus intenciones no habían sido del todo siniestras.

—No quería que nadie malo lo tuviera —contestó Zack, tocando la piel suave y arrugada de su abuela—. Yo lo entendía.

—¿Entenderlo? Podría haber dejado el collar guardado, oculto. ¿Por qué tenía que ordenar que te lo pusieran? ¿Por qué tus padres o yo misma no fuimos conscientes de todo esto?

—Por qué yo creo que Zackary desciende del primer portador —dijo Zoey, respondiendo el primer porqué de la abuela Collins. Bajó la cabeza y evitó la mirada del chico—. Es decir, su familia, ustedes. Peat no mató a todos los descendientes —le aclaró—. El rey logró poner a salvo a su hijo, y él se parecía mucho a ti.

Zack abrió y cerró la boca varias veces.

—¿Que yo qué?

—No eres el rey, después de todo —siguió ella—, no es lo mismo para el dije. Pero tu abuelo comprendió que estaba en tu sangre llevar

la carga.

La abuela Collins lo miró, confundida y aún más débil que de costumbre. Cuando Zoey le devolvió el gesto, la mujer hipó, como si lo comprendiera todo de pronto, como si lo hubiera sospechado siempre.

—¡Los ojos violetas, la destrucción del mundo, *«Defiende a quienes amas»*! —chilló, tapándose la cara con las manos—. ¿Cuántas veces lo oí decir eso en sueños? *«¡Muere por quienes amas!»*

—¡Abuela! —gritó Zack, apretando su mano nuevamente—. Tranquila, no te lleves esto contigo. Yo lo entiendo, él me dio una responsabilidad que no pude cumplir.

—Esa responsabilidad no era tuya, Zackary. ¡Eras solo un niño!

Él desvió la mirada y Zoey se levantó, al final.

—Abuelita —le dijo, con cariño—. No lo odie, él solo podía confiar en Zack. El señor Collins quería proteger a la familia y al mundo de los ojos violetas. Era su misión, se sacrificó a sí mismo y a su nieto por los demás.

Compungida, la viejita se quitó las manos de la cara.

—No lo odio. Pero tomó demasiadas decisiones que no le competían. Decidió por Zack.

—Y hoy yo decido por mí. —El joven se puso de pie y con la mano libre, tomó la de Zoey—. La misión del abuelo no terminó, yo la terminaré por él.

Capítulo 32

Zoey inspeccionó la oscuridad que rodeaba la casa de la abuela Collins, temerosa y segura al mismo tiempo.

—¿Estás lista? —preguntó Zack, tomando su mano.

—Eso creo.

Se despidieron del mayordomo con un gesto de la cabeza, todavía podrían oír el llanto de la anciana en la habitación contigua. Zoey se subió a la espalda del muchacho. Tenían un largo camino por recorrer antes de que pudiera bajarse sin estar en peligro de muerte inminente.

Él suspiró al alejarse, corrió por la calle hasta la ruta provincial. Ya había memorizado los mapas y sabía qué camino tomar para ir hacia el sur, hacia el Antiguo Fuerte, al menos hasta que pudieran encontrar otro medio de transporte que durante el día no llamara tanto la atención.

Zack tomó una velocidad vertiginosa y Zoey supo que así se sentiría andar en moto sin casco. Por suerte, pensó ella, él era mucho más seguro que una motocicleta.

—Hay que doblar en la intersección que nos llevaría al pueblo —decía él en voz alta—, y luego tomar otro camino. Podemos avanzar mucho mientras sea de noche, despistaríamos al enemigo.

—Tú lo sabes mejor que yo.

Zack asintió y la miró de reojo.

—Saldremos adelante, ya lo verás.

Zoey no dijo nada y apoyó el mentón sobre los hombros de él, con los ojos fijos en la carretera casi desierta. Se mantenían a un lado, lejos de los faros de los autos y de sus trayectorias, pero en ese momento no tenía utilidad porque estaban prácticamente solos en medio de la ruta. Algo no cuadraba… ¿Desde hacía cuánto que no se cruzaban ni un solo vehículo?

—Zackary… —susurró ella al notar lo peculiar de la situación—. ¡Zack! —repitió.

Él alzó la cabeza y la miró, a la espera, sin dejar de correr.

—¿Qué pasa?

No tenía claro cómo, pero de alguna forma lo sabía: allí donde estaban no era seguro; a donde iban, tampoco.

—¡Da la vuelta! —gritó ella, tirando del cuello de su camisa.

—¿Qué?

Le clavó los talones en los muslos y lo pateó hasta que Zack se detuvo abruptamente.

—¡Tienes que voltear, tienes que regresar!

—¿Regresar? ¿Regresar a dónde?

—Gira, gira. —Zoey señaló con el dedo una dirección al azar, o al menos era lo que ella creía.

—¿Al colegio? ¿Estás loca?

Confundida, miró su mano. Su dedo apuntaba al cartel que señalaba el ingreso al pueblo. Bajó el brazo. Ciertamente no tenía sentido, pero el dije le daba señales que no podía darse el lujo de ignorar.

—Vamos —indicó.

—¡Peat está en esa dirección!

—Santo Dios, ¡no! —exclamó ella, de golpe—. No lo está. ¡Peat se soltó!

—¿Qué?

Zoey se puso a temblar. No sabía cómo explicar lo que sentía. Las ideas fluían en su cabeza de forma atropellada. Peat estaba suelto, era mucho más fuerte de lo que habían creído y si no se movían en ese preciso instante, les iba a caer del cielo para despedazarlos.

«Muévete, niña, ¿a qué esperas?»

Ella jadeó y tiró nuevamente de la ropa de Zack.

—Al colegio, vuelve ya mismo al colegio.

Él no dio ni solo paso.

—¿Zoey? ¿Qué?

—¡Que lo hagas ahora! Peat está justo detrás de nosotros, ¡muévete, muévete! —chilló, casi fuera de control. Un lugarcito en el fondo de su mente le decía que los gritos eran del dije, no suyos.

Zack no contestó. Comenzó a correr rumbo al pueblo, confiando ciegamente en la intuición del dije. De alguna forma, eso calmó a Zoey que pudo entender con más claridad lo que sucedía.

«Ve al templo, Jessica te ayudará. Con ella deberás abrir el portal».

Lo pensaba, pero las palabras no surgían de su mente propia. Ella no tenía ni la menor idea de qué portal estaba hablando, pero si el dije lo decía, por algo era. Se abstuvo de pronunciar lo que pensaba en voz alta para no confundir más a su compañero y alcanzó su celular desde el bolsillo de la mochila. Marcó el número indicado, ante las miradas inciertas del chico que la cargaba. Jessica contestó, nerviosa, al primer intento.

—¿Zoey?

—Necesito que salgas del colegio. ¡Hazlo ya! Espérame en el templo. ¿Puedes llegar hasta él?

Jessica titubeó, pero el tono de voz de su amiga no le dejaba muchas opciones.

—De acuerdo. Sí, creo que puedo llegar.

—Estate preparada para traducir todo lo que se te cruce por la cara.

Cortó sin esperar una respuesta y tironeó de la mochila hasta tomar el pequeño cuaderno de la logia. Lo iba a necesitar, así como el código y lo que fuese que el dije buscaba en el templo.

—Zoey. —Zack llamó su atención—. ¿De qué va todo esto?

—No estoy segura —respondió, con la suave voz que tenía siempre. Ya no estaba siendo dura y seria, volvía a estar asustada. Revisó entonces el celular, todavía tenía las fotos que había sacado antes de que Adam muriera. Lástima que no habían podido usarlas como habían pensado. El dije le decía que esas fotografías no serían suficiente y aunque ella no entendía por qué, no lo cuestionó—. Tenemos que ir al templo. Jessica tiene que estar allí, la necesitamos.

—La estamos poniendo en un gran peligro —recalcó él y ella apretó los labios.

Por supuesto que sí, eso lo sabía muy bien. Si sus cálculos —o los del dije— no fallaban, Peat estaba dando la vuelta olímpica detrás de ellos. Hacía unos cuantos minutos que había dejado el bosque, pero cuando comprendiera que ellos regresaban, no les quedaría demasiado tiempo y lo estarían dirigiendo directamente hacia Jessica.

—No nos queda otra opción —aseguró Zoey—. Nos va a matar si nos alcanza.

—¿Y si mata a Jessica?

—Ella tendrá que venir con nosotros, tendrá que seguirnos. Y no hablo de morir.

Si el plan que el dije trazó funcionaba, Jessica se vería arrastrada con ellos al otro lado —a un sitio que no terminaba de comprender—. No podían dejarla en el mismo plano que Peat o él se desquitaría con

ella.

Pero a pesar de que el dije trabajaba a toda máquina, Zoey no terminaba de descubrir qué era lo que quería hacer. Para ella todo sonaba más que delirante.

—¿Qué haremos en el templo?

—Un portal —susurró al obtener una imagen clara de lo que el dije decía—. Hay un portal. O no. No hay un portal, el templo es un portal. Oh, diablos, te juro que no lo comprendo bien. Pero el dije dice que sí, que el edificio es un portal. ¿Qué mierda?

—¿Un qué? —insistió Zack.

—Nos llevará directo a donde queríamos ir —respondió Zoey.

Con eso, él guardó silencio mientras ella aceptaba maravillada la información recibida. Existía un portal que los llevaría a una Ciudad de Césares, a un lugar donde escapar.

«¿Un sitio al que Peat no podría alcanzarnos?», se preguntó.

«No, no te confundas. Él puede alcanzarnos si juega bien sus cartas. Pero nosotros tenemos una mano mejor. El mundo inferior es mucho más grande que este plano. Hallarnos le puede tomar la misma cantidad de años que le tomó hallarme en este mundo. Apura al chico, Zoey. No tenemos mucho tiempo, tu amiga tiene que estar lista para ayudarte.»

Era extraño oír su propia voz diciendo cosas de las que no tenía idea, pero asintió con la cabeza, como si el dije estuviese fuera y no dentro de su cuerpo. Apuró a Zack para que corriera más rápido hasta alcanzar el pueblo en tiempo récord. Atravesaron las calles y la plaza, llegaron al río en cuestión de segundos. Brincaron las aguas y aterrizaron entre los árboles del bosque, rezando por su suerte. Se detuvieron delante del templo vacío y allí no tuvieron ninguna sensación buena.

—¿Jessica aún no llega?

—¿¡Aún!? —chilló Jessica, saliendo de detrás de unos arbustos bajos—. No te puedes imaginar lo que corrí.

Detrás de Jessica surgió un muchacho de cabello castaño y tanto Zack como Zoey se pusieron en guardia. Sin embargo, se quedaron congelados al ver a James parado en el claro del bosque con la misma expresión anonada que ellos.

—¿James?

—¿Zoey? —inquirió él con los ojos clavados en Zack—. Jess me contagió el delirio, ¿o qué?

Ambos se quedaron mudos y miraron a Jessica exigiendo una explicación.

—No es tan complicado. No podía bajar por esa ventana yo sola —

dijo la chica, encogiéndose de hombros—. Solo le expliqué todo muy resumido al venir aquí.

Una vez en el piso, Zoey contuvo un suspiro y Zack apretó los labios para no soltar palabras que asustaran a James.

—*Okay*. —Ella suspiró y subió los peldaños del templo hacia el interior. Jess la siguió de cerca y ambas se quedaron paradas en el centro, en silencio.

—¿Y entonces? ¿Debo traducir las paredes?

Las chicas giraron en círculos mientras Zoey se preguntaba a sí misma qué debían hacer, pero de pronto no encontraba respuestas. Su mente estaba en blanco, no tenía ni la menor idea de nada.

—Yo… —balbuceó—. No sé, no estoy segura.

James se había metido en el templo detrás de ellas. Zack subió los escalones un poco después, manteniendo una distancia segura. No querían que James se alejara corriendo por el bosque, directo hacia Peat, si es que este ya estaba cerca.

—¿No te estaba diciendo el dije lo que tenías que hacer? —preguntó Zack y James pegó un brinco que casi lo hace llegar hasta el techo.

—Sí, pero… —El dije no le contestaba, se había esfumado de su cabeza.

—*Okay*, bien, calmados. —Jessica alzó las manos y todos la miraron—. Tú dijiste que tenía que traducir todo lo que se me cruzara por la cara. Lo primero es esto.

Sacó varios papeles de sus bolsillos y una linterna. Había venido bien preparada. Se sentó en el piso para comenzar. El problema era que el templo era redondo y no parecía haber ni un principio ni un final. Señaló un sitio al azar y comenzó por allí, con la hoja del ya usado código y su buena memoria para el asunto. Mientras tanto James, Zack y Zoey continuaron de pie, tan solo la observaban con interés mientras intercambiaban vistazos asustados.

Al final, Zoey sí sacó su celular e intentó ubicar en las fotos que tenían luz natural del pedazo que Jessica estaba traduciendo. El problema era que todo se veía igual y no sabía por dónde había empezado. Ahora entendía por qué el dije le había dicho que eso no iba a funcionar, las fotos nos podían tener la correlatividad que ellos necesitaban. No sería tan acertado.

—¿Ni siquiera sabemos cuánto tiempo tenemos? —susurró Zack. Se acercó a Zoey y puso un escudo alrededor de ellos. Peat podría estar a punto de hacer su aparición.

—Ni se te ocurra presionarme —indicó Jessica, sin levantar la

mirada del piso.

Zack se calló y Zoey se pegó a él. Jessica continuó murmurando para sí misma mientras James miraba a todos lados menos al chico que se suponía estaba muerto. Él se dio cuenta e hizo una mueca de disgusto.

—*Hey*, James. ¿Te acuerdas de lo que hablamos en el baño aquella vez? Me alegra que al final Jessica se fijara en ti, a pesar de haberte arrojado bebida sobre el pantalón.

James dio un respingo y lo miró con los ojos como platos.

—¿Te acuerdas de eso? —le dijo.

Como respuesta, se encogió de hombros. Los dos se ganaron las miradas confundidas de las chicas.

—¿Qué yo qué? —soltó Jessica.

—Olvídalo. Mejor traduce, hablaremos de eso otro día, cuando todos ustedes estén vivos, sanos y fuera de peligro. —Zack negó con la cabeza.

Jessica asintió y Zoey volvió observar el bosque. Se notaba tranquilo, tan apacible como siempre, pero el saber que el peligro estaba allí fuera, tal vez mirándolos, la perturbaba. La hacía sentirse incómoda.

Comenzó a ponerse nerviosa con el paso de los minutos. Miles de preguntas se agolpaban en su mente: ¿Por qué Peat se tardaba tanto? Se le hacía extraño. Y, además, ¿por qué el dije había dejado de pensar por ella?

—Vamos, Jess —suplicó, pero su amiga apretó los dientes y tembló.

—¡No me presionen, dije! ¡Estoy nerviosa y asustada, y aquí hay muy poca luz!

James se agachó pronto junto a ella y le quitó la linterna de las manos.

—Solo dime a dónde apuntar.

—Sé que te pone nerviosa —replicó Zoey, tendiéndole su celular, para que al menos alumbrara la hoja en la que escribía y mirara el sitio donde la linterna iluminaba—. Pero él estará aquí pronto y si no…

—¡Lo sé, lo sé! —Jessica soltó la lapicera—. ¿Crees que quiero que mueras? ¡Claro que no! Solo cierra el pico, Zoey.

Ella obedeció y se arrimó a Zackary, buscando algún tipo de contención. Él respondió pasándole un brazo por encima de los hombros.

—Tranquila —le susurró en un intento por reconfortarla. Aunque

ella sabía que ni él mismo creía lo que decía, se dejó abrigar por su abrazo y apretó la cara contra su pecho.

—Estoy tranquila —dijo, a pesar de que era una enorme mentira.

—¡Eso es perfecto!

Los cuatro chicos levantaron las cabezas con horror. Peat estaba fuera del templo, con las manos en la espalda y esa sonrisa tan cínica y arrogante que lo caracterizaba.

—¿Lu…? —murmuró James, reconociéndolo a pesar de que Peat ya no se veía exactamente como el muchacho de secundaría con el que habían compartido clases.

—Oh, no. —Peat negó—. Lucas Marín lleva unas cuantas horas muerto.

Jessica soltó la lapicera otra vez y Zack se puso delante de los tres niños vivos. Él era el único que podía aguantar las cosas sin ser herido realmente.

—¿Muerto? —jadeó Zoey.

—Lo mantuve vivo hasta que ya no me sirvió —dijo Peat encogiéndose de hombros y liberando sus manos—. Pero no tiene sentido que te lo explique ahora, querida. Todos ustedes van a morir, ¿no sería eso perder el tiempo?

—Nadie va a morir —gruñó Zack, conteniendo los temblores. Sabía que no era tan fuerte como Peat y eso lo llenaba de dudas.

—Oh, bueno, sí, puede que Jessica y James quieran correr ahora. Ganarán unas cuantas horas de vida, no mucho en realidad. Cuando tenga el poder del dije, este mundo dejará de existir y tres cuartas partes de los seres humanos, empezando por esta minúscula ciudad, morirán. Crearé mi propio orden y las cosas serán un tanto distintas.

A pesar de que las palabras dichas por Peat afectaron a Zoey, Jessica se paró de un salto y lo señaló con el dedo.

—¿Y entonces qué? ¡No me iré! Si voy a morir, voy a morir peleando. Así que métete tus palabras en el culo.

El insulto le hizo sentir a Zoey un cariño profundo por su amiga. Tenía razón, pero de todas formas prefería alejarla de todo eso. Después de la muerte dolorosa de Zack a principios de año y de la sangrienta muerte de Adam, ya sabían que Peat no tenía escrúpulos de ningún tipo. Y si lo que él decía sobre Lucas, sobre el verdadero Lucas Marín, era cierto, pues con más razón todavía.

Peat sonrió y estiró los dedos de las manos como si se preparara para algo verdaderamente feroz.

—¡Qué valiente, Jessica! Podría creer que eres una humana digna de vivir en mi nuevo mundo. Pero también eres muy estúpida.

Zoey apretó los dientes y dio un paso fuera de la sombra de Zack.

—¡Tú eres el estúpido! Nunca tendrás el poder del dije —masculló, estrechando los ojos. Peat ladeó la cabeza con su cínica sonrisa y recordó que era probable que él fuera a acabar con todos ellos en unos minutos—. Al menos… al menos no lo tendrás por las buenas —añadió.

—Exacto —Jessica avanzó hasta ponerse junto a su amiga. La tomó de la mano y la apretó con fuerza. En ese instante, James la imitó y tomó su otra mano—. ¡Seremos un dolor en tu trasero!

Capítulo 33

Peat rio en voz baja, enviando escalofríos a las columnas vertebrales de todos los vivos frente a él. El sonido era relajado y aterrador a la vez. Con su estilo único, Peat era temible. Ninguno de los jóvenes quería mostrar cuánto asustaba a sus corazones, pero era inevitable temblar ante él. Se mostraba seguro de sí mismo y les había enseñado cuán rápido y letal podía ser.

«¿Habrá sufrido Adam?» Zoey tragó saliva.

No quería que Jessica y James pasaran por lo mismo. Fijó sus ojos en el sitio donde Adam había sido asesinado y notó que no habría ningún cuerpo desmembrado allí. Si quedaba sangre, no podía saberlo a causa de la oscuridad. Zoey titubeó al notar qué tan sudorosas estaban las manos de sus amigos. Jessica temblaba y James respiraba con dificultad.

—Tienen que hacer eso que querías hacer —susurró Zack, sin voltearse—. Yo me encargo de él.

Ella asintió en silencio y miró a Jessica de reojo, que acató la orden moviéndose hacia atrás luego de soltar su mano.

—Haré lo que quieras —musitó.

—Traduce —le pidió a su mejor amiga, pues no sabía qué más pedir. Ya el dije no le daba información y lo único que tenía era lo que él le había enseñado antes. El templo, las traducciones y un portal. Un portal a una Ciudad de Césares. Tenía que confiar en que la traducción los ayudara a huir de allí sanos y salvos.

Jessica se echó al suelo y James alumbró la pared indicada, mientras Zack daba varios pasos hacia delante.

—Zackary, quiero advertirte que sería mucho más fácil para todos si me dieras a Zoey de buena gana —dijo Peat sin moverse—. La mataré rápido, no sentirá dolor, si es eso lo que te preocupa. Luego

ambos tendrán la eternidad, juntos. ¿No es eso lo que quisieran?

Zack apretó los dientes y los puños.

—Tendremos la eternidad, pero no de esta forma. No va a morir por tu mano.

Peat chistó.

—Niños, niños. ¡Los caprichos son castigados! Cuando un mayor les dice lo que deben hacer, ustedes deben acatar. ¿No los han criado bien sus padres? El continuo vaivén de la vida les dice que deben obedecer a los adultos.

Podrían haber reído de tales palabras, pero los chicos se mantuvieron tiesos. Zoey tragó saliva al comprender que eso era justo lo que necesitaban: tiempo. Y para obtener tiempo, debían hacer hablar a Peat.

—¿Qué hiciste con el verdadero Lucas Marín? ¿Lo usaste para poder entrar al colegio? —lanzó ella.

El enemigo clavó los ojos violetas en su rostro y ladeó la cabeza. Zoey supo que había caído en la treta.

—¿Lo estás adivinando, cierto? El cuerpo vivo de Lucas era lo que me permitía entrar al colegio. Sin su sangre mortal no podía poner un pie dentro. Tendría que seguir dependiendo de Jude para mis objetivos.

Zack supo lo que ella trataba de hacer y se detuvo. No necesitaba atacar hasta que Peat lo hiciera, eso sería un malgasto de energía. Mientras él hablara, Jess tendría el tiempo necesario.

—¿Y por qué? ¿Por qué él? ¿Por lo de la genética… eso que dijiste antes?

Peat la miró como si estuviese orgulloso de su inteligencia. Lo irónico es que Zoey se sentía cada vez más estúpida.

—Buena esa, eh.

—Es una buena pregunta —replicó ella, con una sonrisa tirante—. Ya que vamos a morir, sería genial saberlo. Porque las dudas son un poco incómodas.

—Oh, sí, querida, lo comprendo. —Peat picó como si el imbécil fuera él y Zack desvió la mirada hacia Zoey, incrédulo y sorprendido de la lengua suelta que el tipo tenía. Era inmortal, malvado y milenario, pero no podía dejar de hablar—. Bueno, como sabes, hay ciertas criaturas o personas que pueden pasar por los terrenos y otras que no y todo eso depende de la genética que posean o de quién las haya creado. ¿No es verdad? Jude no podía acceder, tenía que esperar en el bosque o en el puente. Adam podía pasar por donde quisiera, mis sombras solo cuando se abría el túnel, porque son restos de personas

que en vida sí podían pasar, y mis demonios solo hasta tu ventana. Pero para mí era mucho más complicado. Tuve que hallar la manera indicada y al humano correcto, claro, luego solo tenía que usar su cuerpo para poder pasar. Es un tanto incómodo, pero pensé que como el dije lo hace todo el tiempo yo podría hacer el esfuerzo, ¿no?

—Y desde que lo mataste esta noche… —continuó ella.

—No he podido volver al colegio, sí —contestó él con una mueca de tristeza—. Pero funcionó mientras duró.

—¿Y por qué no me mataste antes, eh? —replicó Zoey. Detrás de ella, Jessica y James comenzaban con otra oración.

—¡Porque tú eres un caso excepcional, mi querida! ¿Cuántas veces crees que el dije se ha fusionado con un mortal? No podía mover mis fichas así como así, primero tenía que investigar, ver cómo actuabas, notar tus habilidades. Atacar de primera mano habría sido una estupidez, y yo tengo demasiados años como para actuar con precipitación.

Zoey admitía que la explicación tenía sentido, pero también comprendía que la fascinación de Peat por los debates eran una debilidad que podría explotar.

—Así que —continuó él—, he llegado a la cuenta de que la fusión no te permite acceder plenamente a los poderes del dije. La magia que haces, la realiza él a través de ti, pasando por tus venas, sin herirte a cambio. Pero tú no puedes usar su magia a conciencia, no puedes decidir por él.

Zack la miró de reojo. Ambos jóvenes comprendieron que Peat se había perdido unas cuantas cosas o, salvo que se estuviera haciendo pasar por tonto. Zoey apretó los labios en una fina línea, muy poco dispuesta a decirle lo que ella había logrado hacer. Aunque no sirviera de mucho, si Peat no conocía hasta dónde había llegado, era mucho mejor para ella.

—Y Jude… —siguió ella—. ¿Jude sabía quién eras? ¿Sabía que los poderes que le prestabas eran para que tú tuvieras el dije?

—¡Oh! —Peat bufó—. Zoey, claro que no. ¿Cómo hubiera él sido mi mano voluntariamente si hubiera sabido que no iba a tener el dije? Jude no tenía idea de quién era yo, así como ninguno de ustedes lo sabía. Solo le comenté que necesitaba el dije para una única cosa, que le daría mis poderes para eso, y luego él tendría el dije para sí mismo.

—¿Y no sospechó? Porque yo hubiera sospechado.

Peat se encogió de hombros.

—Tal vez, ¿pero qué más da? No hubiera podido revelarse ante mi o traicionarme, ¿no lo crees? —dijo él. Zoey asintió, buscando qué

más decirle para que continuara con el parloteo. Zack abrió y cerró la boca varias veces hasta que ella señaló el lugar donde había caído Adam. Peat arqueó las cejas y siguió la línea de su mirada—. ¿Qué sucede?

—¿Por qué hiciste eso con Adam? ¿Qué pasó con él? —Sintieron como James y Jessica se distraían brevemente con esa pregunta.

—¡Ah! —dijo Peat, como si recién ahora recordara que había destrozado a un muchacho—. Adam Smith. Un chico complicado, ¿eh? No era tu mejor amigo, ¿verdad Zack?

—Eso da igual —respondió el chico—. Al fin y al cabo, ahora ambos estamos muertos.

—Sí. —Peat asintió y dio un deliberado paso hacia delante. Ese simple movimiento los puso a todos en alerta. Zoey retrocedió y Zack tomó una posición más ofensiva—. Los dos están muertos —repitió, pensándolo—. Al amanecer todos ustedes estarán muertos, de hecho. Podrán hacer pijamadas del otro lado. Me pregunto quién saldrá perdiendo en este lio amoroso que se han armado entre los cinco —rio —. Adam enamorado de Zoey, Zoey enamorada de Zack; Jessica enamorada de Adam, James enamorado de Jessica y Zack perdiendo el tiempo con una muchachita demasiado suelta como para conservar las bragas. ¿No hubiera sido mejor que se lo pensaran un poco, verdad?

Los chicos se controlaron de mirarse entre ellos, pues la mención de sus amoríos no los hacía felices a ninguno. Jessica no quería recordar a Adam, Zoey no quería pensar en Zack y Mariska, y James tampoco quería verse delatado conforme a eso. Zackary, por su parte, no quería pensar en cómo había pasado de largo de Zoey durante varios años. Peat sabía cómo dar en la llaga de cada uno.

—Adam quedaría afuera —remató Zoey para cortar el silencio.

—Ah, claro. Si ahora las parejitas están conformadas. ¡Qué lindo morir juntos!

Entonces, Peat dio dos pasos más y, con un movimiento de su mano, Zoey cayó al suelo. La magia invisible que la atacaba había llegado de improvisto, dejando a Zack estupefacto por varios segundos. El escudo que había puesto alrededor no sirvió para nada.

Zack se movió justo a tiempo para cortar el trayecto de Zoey hacia el bosque. La magia había comenzado a tirar de ella y lo único que pudo hacer fue sujetarla. Pero la cosa fue de mal en peor. Peat dirigió sus fuerzas a él, lanzándolo varios metros por encima de las copas de los árboles. El cuerpo de Zack se perdió en la noche y tanto Zoey como Jessica y James jadearon aterrados.

—Sigues tú —murmuró Peat con una nota de satisfacción.

De una sola vez, la chica terminó con la cara contra la tierra, escuchando los gritos aterrados de Jessica. Tenía que moverse antes de que Peat estuviera sobre ella pero, aunque pudiera, jamás sería tan rápida.

Sintió la mano del enemigo sobre su nuca y apretó los dientes. Cuando Peat tiró del cuello de su camiseta para darla vuelta, ella estiró un brazo hacia arriba y lo golpeó en la mandíbula. No había fuerza física en ese ataque, pero había magia contenida: una llamarada surgió de sus manos e hizo que Peat la soltara de golpe. Le dio apenas un margen para retroceder un poco.

—¡Quémalo! —chilló Jessica y Zoey alzó ambas palmas en su dirección.

El fuego brotó con furia, tan natural que ella sintió ganas de reír por la emoción Quizá no le resultaba difícil porque ahora, en medio de la pelea y de su instinto de supervivencia, no lo pensaba demasiado.

Peat giró en el aire, grácil y liviano, y se puso a salvo del fuego en un segundo. Nerviosa, Zoey se paró.

—¿Qué? —le espetó ella—. ¿Tienes miedo de chamuscarte?

Esa frase arrancó una risa prominente de la garganta de Peat.

—¡Zoey! —gritó James desde el templo, haciéndole notar que no debía provocarlo.

A ella ya le daba igual. Probablemente muriera en los próximos minutos de todas formas.

Zack apareció de la nada y tumbó a Peat de un golpe. El inmortal se liberó de su agarre y la chica aprovechó para alejarse de él. Llegó a hacer dos pasos cuando el peso de Zackary la echó al suelo.

—James tiene razón, maldita sea —gruñó el rubio, quitándose de encima de su novia y sin pedirle perdón por el golpe—. ¡No lo hagas enfadar!

Peat volvió a carcajearse, completamente divertido con la situación. Zoey se sintió algo mareada con la pelea y Zack, a su lado, parecía igual de débil que cualquier otro mortal. Pero tenían que continuar. El chico se lanzó sobre Peat otra vez.

—¡Tú sigue traduciendo! —Zoey se giró hacia el templo y apremió a Jessica, que miraba estupefacta la pelea.

—Y tú has magia, ¡boba! —chilló ella, echándose al suelo para traducir.

Zoey se volteó a tiempo para correrse de un Zack volador. Él atravesó la abertura del templo y golpeo ruidosamente contra una de las paredes internas. Otra vez, ella estaba sola y a merced de Peat.

Lo miró con cautela, intentando proveer algún tipo de movimiento

y, cuando Peat jaló de ella al igual que antes, Zoey gritó por las escaleras del templo. Fue en vano, pues la fuerza del inmortal era mucho más poderosa que sus dedos.

—Tienes que hacer algo más que eso —soltó Peat, a medida que ella se acercaba.

Zoey se giró sobre sí misma y le lanzó sus llamas a la cara. El fuego tomó vida propia y envolvió a Peat, liberándola del agarre invisible. Ella soltó una exclamación cuando las llamas crecieron hasta las copas más altas de los árboles. La chica no pudo ver más dentro del fuego y comprendió que todo iba a explotar. Se cubrió la cara y se echó de boca al suelo.

Esperó que la explosión la calcinara, sin embargo, al abrir los ojos no se sorprendió de encontrarse con la mirada gris de Zack que la protegía con su cuerpo del fuego abrasador

Las llamas se disiparon con la misma velocidad con la que aparecieron, y de ellas surgió Peat con una sonrisa impecable. Él había dominado la fuerza de Zoey sin sufrir ni un rasguño.

—Maldito —gruñó Zack, todavía encima de ella.

—Entonces hazlo tú —lo retó Peat, estirando los músculos de los brazos—. Dame tu mejor tiro.

Zack se lanzó hacia él después de señalarle a su novia que se alejara de allí. Estaban perdiendo y tenían que repensar las cosas; a ese paso no iban a ganar, iban a morir. Sin el cuerpo de Lucas, Peat no podía volver a entrar al colegio. Si ella, Jessica y James lograban llegar antes de que el enemigo barriera el suelo con Zack, tendrían mínimas posibilidades.

Corrió hacia el templo que tenía ahora algo de hollín. El fuego de la explosión había derribado varios árboles a su alrededor. Al notarlo, Zoey se preocupó por sus amigos.

—¡Jessica! —chilló. Los buscó con la mirada, mientas subía los peldaños de la escalera del edificio. Ellos no estaban dentro y eso la asustó—. ¡James!

—¡Aquí! —El chico sacó la cabeza por el marco de la otra puerta del templo. Jessica lo imitó un segundo después—. Estamos bien —la tranquilizó.

—Tenemos que irnos —soltó Zoey, llena de alivió. Cruzó los metros que la separaban de ellos y los instó a moverse—. Si podemos llegar al colegio antes de que…

—¿Y Zack? —James tenía los ojos clavados en el bosque.

Zoey se volteó para notar que ni Peat ni Zack estaban allí.

—Mierda.

—¿Y la traducción? —replicó Jessica. Tenía el papel que había estado usando arrugando entre los dedos—. ¡Casi obtengo algo!

—¡Eso ya no importa!

James se adelantó, metiéndose en el templo otra vez. Dubitativas, Zoey y Jessica lo siguieron.

—Sí que importa —dijo él, apuntando las letras con la linterna—. Esta es nuestra misión —replicó—. Es lo único que podemos hacer, y lo haremos.

—¡No seas tonto, James! —gritó Zoey—. Ya nada de eso importa. Si no nos movemos, nos matará a los tres.

Zoey tiró de sus brazos, pero sus amigos no se movieron ni un centímetro.

—Haremos lo que vinimos a hacer —le dijo Jessica, con la cara sucia y húmeda por las lágrimas—. Zack está peleando con todo su poder, tú debes hacer lo mismo.

Zoey se quedó callada. Quería controlarlo todo, pero no tenía ni la menor idea de cómo. El dije estaba mudo y lo único que sentía que podía hacer bien era correr.

Pero ¿no se había cansado de correr? ¿Y estaba tan mal entonces desear que ellos vivieran? ¿Desear seguir viviendo, aunque sea por un tiempo más, y buscar otra salida?

Se volteó y se alejó de ellos, hacia el lugar donde había visto a Zack por última vez.

—Tienen razón —dijo en voz baja, con un nudo en la garganta—. Pero vamos a morir. Preferiría que al menos ustedes se salven. —Ni Jessica y ni James le contestaron. La miraron en silencio y ella cerró los ojos un segundo para darse valor—. Haré lo que esté a mi alcance, pero por favor, apenas puedan correr, háganlo.

Jessica asintió.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Seré un dolor en el culo para ese hombre —replicó Zoey, con más pesar del que deseaba.

Bajó los peldaños del templo y pisó el pasto chamuscado. Con la mirada buscaba a Zackary y a Peat; suponía que tenían que estar cerca y que no se tardarían en aparecer. Levantó los puños con la voluntad que había perdido durante unos minutos y que ahora era lo único que le quedaba.

Ella era el dije, daba igual lo que Peat dijera. Iba a pelear duro. Sus manos se encendieron una vez más. Cuando Peat regresara, iba a estar lista.

Capítulo 34

—Espero que esto tenga algún sentido para ella —musitó Jessica con la mirada todavía puesta en las paredes del templo.

James se inclinó sobre su hombro, luego de mirar fijamente a Zoey, que continuaba inmóvil en la puerta del templo con las manos envueltas en llamas.

—¿Cuánto más nos falta? —preguntó él en un susurro. No sabían qué tanto tiempo tenían antes de que Peat y Zack regresaran por Zoey. Cuando eso sucediera, el enemigo podría acabar con todos de una vez.

—No sé —dudó Jess levantando la hoja.

James miró también y frunció el ceño.

—¿Qué diablos significa eso?

Ella negó, pues tampoco lo sabía.

— «*Lapis Exilis es la vida eterna. La vida se sentará en el trono de oro y el Santo Grial estará completo.*»

Se miraron, confundidos, y se voltearon para llamar a Zoey. Esperaban realmente que eso tuviera sentido para ella o para el dije. James dio un paso, dispuesto a alcanzarla, cuando Peat apareció delante de ella y la chica liberó la energía contenida en sus manos. Peat la desvió con maestría y la apuntó directo hacia sus amigos, con una sonrisa cínica que James llegó a ver.

—¡Jessica! —logró gritar él antes de poder tumbarla en el suelo. Esta vez lo que explotó fue una de las paredes del templo que se derrumbó muy cerca de ellos.

Quedaron sumergidos en una nube de polvo y James agradeció mentalmente que no hubiera fuego en ese momento. Sintió a Jessica toser junto a él y se tranquilizó un poco. Al menos ambos estaban vivos de momento.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—¡Oh, no! —exclamó Jess mientras se quitaba polvo de los ojos—. ¡Aún faltaba mucho por traducir!

Ambos intentaron comprender el estado actual del templo, y cuando la nube de polvo bajó, descubrieron que todavía quedaba un buen pedazo del muro para continuar el trabajo.

Zoey se echó al suelo y observó aterrada como la explosión de Peat sepultaba a sus amigos en una nube de humo y piedra.

—¡No! —gritó.

—Tienes que saber que cada acto tiene sus consecuencias, Zoey —gritó Peat, mofándose de ella—. Les dijiste que se fueran y no quisieron hacerte caso; es una pena.

Zoey no perdió tiempo. Le dedicó una mirada llena de odio, se levantó y amagó para correr hacia sus amigos. Tenía que asegurarse de que estuvieran bien.

Peat la detuvo, le sujetó un brazo y la sacudió con más fuerza de la que jamás había experimentado. Oyó claramente sus huesos partiéndose y gritó, sorprendida. Nunca había algo dolido como eso, incluso una puñalada había sido menos agonizante.

Peat la zarandeó y ella voló por los aires hasta que su cabeza chocó contra un árbol chamuscado. Ahogó un gemido contra la tierra negra.

—Dios —lloró. Imaginaba que su brazo derecho estaba completamente astillado por dentro, porque así lo sentía. El fuego de sus manos se había esfumado y ya no se sentía fuerte.

El miedo regresó. Se sentía inútil otra vez Apretó los dientes y se maldijo a si misma cuantas veces pudo. No podía rendirse. «*Dolor en el trasero, dolor en el trasero, nosotros o él, nosotros o él»,* se repitió. Cerró los ojos con fuerza y golpeó el suelo con el puño izquierdo.

—Seremos nosotros —masculló.

Pero para que fueran ellos, necesitaba más que un par de llamas. En ese sentido, era consciente de que lo que había practicado no alcanzaba. Peat ya había demostrado que podía apoderarse de su ataque y redirigirlo con eficacia.

—Necesitas más que eso, Zoey —dijo él, acechándola, antes de que pudiera terminar la idea.

En un segundo, Peat ya estaba allí recitándole palabras como si pudiera leer sus pensamientos. Más que nunca, deseó convertirse en la diosa griega asesina; era la única forma de superarlo, de eso estaba segura. Pero el dije seguía callado desde que habían vuelto al templo.

—Mierda —susurró cuando los dedos de Peat se apoderaron de su muñeca derecha. Gritó nuevamente cuando él la obligó a ponerse de pie. Sus huesos ya rotos se quejaron enviándole pulsaciones eléctricas llenas de dolor por toda la columna.

—¿No te dije yo que habría sido más sencillo si te hubieras entregado? No te dolería, lo haría rápido. Ahora tienes un brazo desecho, dos costillas rotas y una contusión en la cabeza.

Zoey apretó los dientes, lágrimas se escapaban de sus ojos. ¿Y las costillas cuando se habían roto? No podía siquiera evaluar el momento en el que había pasado. Pero daba igual porque Peat la obligó a moverse, llevándola del brazo herido. Increíblemente, no sentía más que el brazo desecho; todo lo demás que había mencionado no era capaz de registrarlo.

—Suéltame —logró decir, y él lo hizo, dejándola caer al suelo cerca del templo.

—Ya hemos acabado con esto. Ahórrate el sufrimiento, niña. Puedo ser clemente con la gente lista.

Él la observó desde su posición, con una sonrisa arrogante y el tono de voz despectivo y triunfal. Zoey le devolvió la mirada, asqueada. Le daba asco en todas sus dimensiones, en especial porque él creía que ella era tan débil como para pedir clemencia.

Podía estar asustada, pero había algo en lo dicho por Jess y James que era verdad: no debía ser un dolor en el culo porque sí, era porque ya había pasado por demasiadas cosas en ese largo año. Zack no había muerto en vano y ella tampoco lo haría. Si iba a morir, se llevaría un buen pedazo de Peat con ella. Esa era su misión.

—Entonces creo que soy una idiota —murmuró.

Peat no sonrió esta vez. Se limitó a observarla con una expresión que se volvió oscura y odiosa.

—Eres igual a él —masculló—. Hablas igual que él. —Su voz tembló, llena de pura rabia. Su rostro se transformó en algo mucho más peligroso de lo que Zoey podría haber imaginado. De alguna forma escalofriante, podía verse todavía más aterrador, más enfermo —. ¡Eres igual a él! —gritó, asestándole una patada en el estómago.

Zoey experimentó un nivel de dolor que iba más allá de lo que podía comprender, mucho más que cualquier otra cosa que hubiera sentido antes. Los pulmones se le vaciaron de aire. No fue capaz de llenarnos otra vez y tampoco fue capaz de gritar. Era como si todo se hubiera cortado dentro de ella; temía que la próxima patada que Peat estaba por lanzar contaría todo por fuera, de forma literal.

—¡Déjala! —La voz de Zack lo interrumpió y lo alejó de ella.

Vio apenas como Peat rodaba por el suelo con el rubio intentando dañarlo de alguna manera. Ella solo pudo quedarse allí y observar sin fuerzas lo que no deseaba presenciar. Peat, por supuesto, tumbó a Zackary en el suelo, apretando su cuello de una forma que a ella la hubiera desgarrado. Entonces, lo levantó en el aire, forzándolo a devolverle la mirada.

—¡Se acabó! —gritó el enemigo, fuera de sí—. Y esta vez no habrá vuelta para ti. ¡No habrá nada para ti! Extinguiré tu alma, extinguiré la de ella. ¡Los destruiré a todos!

«¿Extinguir su alma?», pensó Zoey. Levantó la cabeza tanto como pudo, incrédula.

La alarma se apoderó de ambos y Zack intentó, en vano, desprenderse de su agarre. Si cumplía con lo dicho, no solo destruiría ese cuerpo si no que no habría un más allá para él. Sería una muerte verdadera.

Zoey jadeó, también, gritando en su mente todo lo que no podía gritar con su voz. Deseaba llorar, estaba desesperada. No podía permitir que Zack dejara de existir.

Se forzó a moverse, usó el brazo izquierdo para impulsarse hacia arriba. El dolor la atravesó una vez más. Peat debía de haber roto más que costillas esta vez. Aunque eso fuera lo último que le quedara de vida, estaba decidida a salvar a Zackary.

Estiró la mano sana hasta ellos y la encendió. El fuego iluminó la noche y lo lanzó sin pensar hacia la espalda de Peat.

De pronto, se notó flotando, volaba. Surcó los metros que los separaban y atravesó todo lo que se cruzaba en su camino, incluido a Peat. Pasó a través de él, se aferró a Zackary y lo llevó con ella metros más allá, apretando la mano luminosa contra su pecho.

La luz los cubrió a ambos, tan cegadora como la vez que el dije se había fusionado a ella, pero esta vez Zoey podía ver exactamente lo que sucedía. La luz entraba en Zack y viajaba por su cuerpo hasta sus manos. Las ideas fluían entre ellos, fue como si se conectaran sus mentes. Ella sabía lo que sucedía y Zack entendía lo que tenía que hacer. El dije le transmitía su magia.

El muchacho apuntó con ambas manos a Peat mientras aún estaban en el aire, y toda la energía que Zoey había depositado dentro de él se impulsó hacia fuera. Cayeron al suelo en el preciso instante en el que el poder golpeaba el pecho del enemigo y lo empujaba hacia atrás en medio de un estallido que los dejó sordos y casi ciegos.

Casi como una bomba, la explosión arrasó con todo, hizo volar rocas, tierra y árboles. Fue un desastre de fuego y luz. Zoey quedó expuesta a la fuerza del dije; cayó sobre Zack, y, sin saber cómo, lo

resistió.

Debajo de ella, el chico quedó inconsciente. Cuando todo terminó, Zoey se mantuvo sobre su pecho, agotada, pero con un dolor que provenía de su alma, no de su brazo o de las costillas rotas. Era un dolor que no tenía que ver con los daños de Peat, tenía que ver con los daños del dije.

—Zack —gimió, pero no recibió respuesta. Movió la cabeza, intentando salir de ese poderoso sopor—. ¡Zack! —insistió.

Los ojos del chico estaban firmemente cerrados y eso la volvió loca. Él no dormía, nunca dormía, y por lo tanto no tenía sentido que tuviera los ojos cerrados. Zoey movió ambas manos y lo golpeó en la cara y en el pecho, dándose cuenta tarde de que no le dolían los dedos en absoluto. Ya no había huesos rotos allí.

—¡Zack! —gritó. Golpeó su mejilla con todas sus fuerzas, pero él continuó inconsciente, como desmayado.

Se oyó un gemido a sus espaldas. Zoey dejó la cara de Zack para poder ver a Peat en medio del desastre. Había un cráter donde había sido golpeado y el templo ya no era un templo, era apenas un montículo de escombros. A su alrededor no había más que un desierto, pelado y destruido. Se habían llevado más de treinta metros de bosque y, aun así, Peat seguía parado en el epicentro.

Sin dejar de ver su figura, inmóvil, Zoey se levantó sobre sus rodillas. Los ojos violetas de Peat se clavaron en ella, estupefactos, cansados y furiosos.

—Zoey Scott —musitó. Algo había sucedido con él, pues su tono no era el mismo. Peat estaba herido—. Te mataré —susurró y su cuerpo se desvaneció en sombras y negrura espesa.

Estaba herido y había huido. «Se fue», pensó ella, con un alivio en el alma que no pudo explicar porque se encontraba debajo de todo el miedo que la embargaba. Cayó de nuevo al suelo, incrédula y desconfiada, pero terriblemente fuera de sí misma como para hacer algo más.

Miles de preguntas sin respuesta desfilaban por su cabeza. Apenas podía coordinarlas todas.

«¿Esto se ha acabado? ¿Estoy viva? ¿Están Jess y James a salvo?»

Sus ojos recorrieron el templo hecho polvo y temió lo peor. No veía a sus amigos y el corazón se le arrugaba del pánico.

«¿Y Zack?» Se giró hacia él, temblando como una hoja.

—Zack —lo llamó, esta vez acariciándolo con suavidad—. Tienes que abrir los ojos, por favor. ¡Dijiste que no ibas a dejarme! —Deslizó las manos por su cara, bajándolas por su cuello y deteniéndose en su

corazón—. Muévete o realmente voy a lastimarte —chilló.

E hizo lo que Zack siempre le había advertido, lo que él siempre había odiado y negado porque era peligroso para ella. Pero no le importó, lo haría miles de veces. Lo haría con Jessica, con James y con cualquiera que Peat le hubiese arrebatado, incluso a costa de su propia vida.

Impulsó el poder que aún tenía adentro, tal y como cuando había curado los dedos de Jess con anterioridad, y deseó que él despertara. Usó magia para traerlo de vuelta sin importar los riesgos.

—Tú vas a abrir los malditos ojos y vas a decirme lo mucho que te gusta mi trasero —masculló. Apretó las manos y le suplicó al cielo que eso funcionara, que le devolviera a su Zack.

Se sobresaltó pronto al sentir que los dedos del chico rodeaban su muñeca. Abrió los ojos, llena de nervios. Zack la observaba, con la mirada gris de siempre, pero Zoey no estaba segura de que en realidad su magia hubiese funcionado.

—No estoy muerto, boba —musitó Zack y esbozó una pequeña sonrisa—. Solo que me has dejado en coma.

Zoey sintió como su pecho explotaba en alivio. Él muy maldito aún tenía ánimos para hacer chistes tontos, pero era justamente lo que amaba de él. Se arrojó sobre su pecho y presionó la cara contra él. Lloró para dejar salir todo el estrés y el miedo que tenía encima desde el comienzo de la noche.

—Se fue, Zack —sollozó ella—. Se fue.

Zack asintió, con la mirada puesta en el cielo despejado sobre sus cabezas.

—Terminó por hoy, linda. Terminó para todos.

Sin embargo, la felicidad no podía durar mucho. En el momento en el que se levantaron y vieron nuevamente el desastre, tuvieron que enfrentar la realidad. No había quedado nada. Ese era el poder del dije: había arrasado con todo.

Se quedaron parados junto al cráter y a los restos del templo, temblando de cansancio y con miedos que no podían dejar pasar.

—Jessica… James… —murmuró Zoey.

Zack pasó un brazo por encima de sus hombros, atrayéndola a su pecho para que ahogara las congojas. Era imposible que alguno de ellos estuviera vivo después de esa explosión y del derrumbe del templo. Sobrevivieron al primer ataque por pura suerte; seguramente no habían tenido tanta fortuna con el segundo. Y si el intento de revivir a Zackary con su magia no había funcionado, existía la posibilidad de que nunca pudiese siquiera intentarlo con sus amigos.

Zoey lloró amargamente por su odio a Peat. Deseaba haberle causado más daño del que le había hecho. Sabía que el ultimo ataqué fue de ella, a través de Zack, y que probablemente eso aniquiló a los chicos, pero si Peat no hubiera estado allí desde un principio, todos estarían con vida.

—No —sollozó ella—. ¡Es mi culpa! Da igual Peat —dijo, limpiándose las lágrimas de la cara con una mano sucia—, yo les pedí que vinieran. ¡Están muertos por mi culpa!

—No, siempre fue culpa de él —replicó Zack—. Desde la muerte de mi abuelo, desde la muerte del primer portador, Zoey. No te confundas.

—¿Y qué? ¡Están muertos ahora!

—Pf —musitó Jessica detrás de ellos, dándoles un susto de muerte.

Se giraron y descubrieron que ambos estaban empolvados, pero vivos y enteros.

Zoey se quedó con la boca abierta al ver a su amiga. Se preguntó cuántas veces más tendría que creerla muerta antes de sentir el alivio correrle por el cuerpo como agua tibia. Se arrojó sobre ella sin dudarlo, la hizo caer sobre el suelo duro y quemado sin consideración alguna.

Jessica se quejó y protestó por el golpe, pero Zoey la ignoró. Estaba tan feliz que no cabía en sí misma. Abrazó a su amiga con tanta fuerza que ella volvió a quejarse, pero no la dejó decir nada cuando le plantó besos en la mejilla.

—¡Estás viva!, ¡estás viva! —gritó en su oído.

—¡Ay, si! —chilló su amiga—. Afloja la fuerza, Zo. Me vas a matar.

Pero no lo hizo. Todos sobrevivieron, incluso aunque Zack siguiera técnicamente muerto. Que él estuviera allí después de la amenaza de Peat de destruirlo era más que suficiente. Ahora sabía que podía haber algo peor que la muerte y no estaba dispuesta a soportarlo.

—No sabes cómo… cómo…

—Fue por James, me obligó a marcharme de allí sin más frases —replicó Jessica.

—Eso les ha salvado la vida —musitó Zack, dándole una palmada a James en el hombro, que tenía una cara de agotamiento fatal.

Jessica apartó a Zoey de un codazo y se sentó en el suelo.

—¡No lo entienden! ¡Lo que decía allí era oro!

—Da igual, Jess —dijo Zoey. Se limpió las lágrimas y contuvo las ganas de arrojarse sobre su amiga otra vez.

—No da igual. —Jessica le dirigió una mirada seria—. *«Lapis exilis*

es el Santo Grial de la vida eterna. La vida se sentará en el trono de oro y reinará con el bastón de mando en su mano derecha. La oscuridad no tendrá quórum, pues la vida supera toda sombra y toda tristeza. Este es el reino perdido, esta es la profecía de la sangre eterna».

Se quedaron en silencio, observando a Jessica con muecas de confusión. Zoey no tenía ni idea de lo que significaba el texto y el rostro de su amiga cayó en decepción cuando no le dijo nada.

—¿Entonces? —James se acercó a ellas—. ¿No sabes qué significa?

En silencio, Zoey negó. La única palabra a la que encontraba sentido era al Santo Grial, pero aun así, la oración no tenía congruencia para ella. ¿*Lapis exilis*? ¿Vida eterna? No sabía qué era.

—¿Trono de oro? ¿A qué se refiere con eso? —preguntó Zack, mirando a su alrededor como si todavía tuviese alguna duda de la desaparición de Peat. Pero la ansiedad en el ambiente ya no se sentía. Una vez que el demonio ya no estaba cerca, era fácil notar la calma, era como si no hubiesen sido capaces de percibir su presencia hasta que este se marchó.

—¡Tiene que ver con el dije! —exclamó Jessica—. Esto es algo que el dije quería que supieras.

—Trono de oro —Zoey apretó los labios—. Lo único que entiendo es que puede estar relacionado con el rey, el primer portador. Tal vez es algo que hablaba de él.

—Y eso nos lleva…

—Otra vez a la Ciudad de Césares.

—*Lapis exilis* —repitió Zack, mirándola fijo—. Piedra del exilio.

—¿Y qué significa eso? —preguntó James.

—Piedra del exilio, mejor conocida como la piedra filosofal.

Los tres chicos cruzaron miradas entre ellos antes de volver a mirar a Zackary. Sin embargo, él seguía con los ojos clavados en Zoey, lo que hizo que James y Jessica también voltearan a verla. Ella se limitó a devolverles las miradas, intentando apartar de su mente las ideas que llegaban, ecos de lo que pensaban sus amigos.

Tal vez era una locura, tal vez no tenía nada que ver, pero si había algo que había aprendido en ese último año era que nada era coincidencia y que nada estaba allí por casualidad. Ni Zack, ni ella, ni el dije, ni Peat.

Las cosas no se habían acabado, sino que recién comenzaban.